

ROXANA AGUIRRE

¿CÓMO
CONSEGUIR
UN LIGUE
DE UNA
NOCHE?



ROXANA AGUIRRE

¿CÓMO
CONSEGUIR
UN LIGUE
DE UNA
NOCHE?



ROXANA AGUIRRE

¿CÓMO
CONSEGUIR
UN LIGUE
DE UNA
NOCHE?



¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

1º edición, Octubre 2019

© ROXANA AGUIRRE, 2019

Título original: ¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Diseño de portada: Kath B. Carlton

ISBN: 9781706845171

*No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) si autorización previa o por escrito del autor. **La infracción de uno de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.***

Todos los derechos reservados.

ROXANA AGUIRRE

**¿CÓMO CONSEGUIR
UN LIGUE
DE UNA
NOCHE?**

Sinopsis

Roger Santana, es un poco conocido y ordinario escritor que se gana la vida creando artículos para adolescentes en la revista «Hombres al poder». Sin una carrera exitosa ni un salario extraordinario, su vida da un giro radical cuando descubre la infidelidad de su novia y le encargan un artículo que le deja en claro su nueva misión: ¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Roger, persuadido por su mejor amigo Simon, se embarcará en una nueva aventura donde pretenderá ser un tipo de hombre diferente para conocer a esa mujer ideal para conseguir un ligue de una noche. El resultado es una serie de divertidos acontecimientos que le harán replantearse si en realidad lo que quiere es tener un ligue de una noche o una relación formal de largo tiempo cuando conoce a la mujer dispuesta a poner su mundo de cabeza.

INDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Miro la pantalla del monitor frente a mí, mis ojos se concentran en el cursor parpadeante de la página en blanco del documento, treinta minutos, la mitad de una hora y mi documento está vacío. ¿Cómo se le ocurre a alguien hacer un artículo sobre los pasos para conseguir un ligue en una noche? ¿Existe siquiera una razón inteligente para conseguir un ligue de una noche?

Bueno, no es que yo sea el más santo ¿Pero quién creería en su sano juicio que despertar al día siguiente con una resaca y la boca apestosa, es algo para alardear y escribir en una revista de adolescentes? Bueno, a decir verdad, sí, sueño bastante santo.

Acomodo mis lentes y paso mis manos por mi cabello despejando mi frente de algunos rizos desordenados que se habían quedado ahí. Miro mi reloj de nuevo y ha pasado otro minuto. Relamo mis labios y llevo mi vista al monitor, lo único que se lee es el encabezado.

Debí quejarme, debí decir que ni por la salvación de mi alma iba a hacer algo como esto, sin embargo aquí estoy, en mi escritorio, cuando quiero estar disfrutando de esta noche del viernes con mi novia en casa y no escribir sobre ningún estúpido artículo de ligues.

—Ese documento está bastante vacío —escucho que mi jefa habla detrás de mí con cierta picardía, con un acento inglés que adoptó la última vez que estuvo en Inglaterra, hace como dos años precisamente. Cabe destacar que solo estuvo ahí una semana y ni siquiera fueron unas vacaciones con su ex prometido como ella dijo, se iba a Londres para saber si él se acostaba con otra, el sujeto no lo hacía pero terminó el compromiso llamándola «psicópata» cuando se enteró que Margaret lo estaba siguiendo e incluso había llamado por teléfono a la supuesta acompañante gritándole «perra», lo mejor de esta historia es que esa «perra» era la madre de él, por consiguiente la suegra de Margaret.

En fin, volviendo al tema inicial, ella sabe que soy la última persona en este piso que pudiera escribir sobre ligues de una noche. De hecho, ella fue mi maestra de literatura y es más consciente que yo del fracaso que sería Roger Santana ligando con una chica, ella misma lo confesó cuando conoció a Sara, mi novia, y dijo: ¡Guau! Nunca pensé que con tu aspecto de hippie lograras conquistar a una chica tan linda como esta.

Suspiro de mala gana para volverme hacia la jefa dragón —como amablemente le llamábamos en todo el piso —con una sonrisa. Sus altos tacones traquetean el piso rodeando mi lugar y se detiene justo al frente de mi escritorio.

—Es... que... —aclaro mi garganta cambiando el gesto de inmediato —estoy mejorando mis

ideas.

—Más te vale. —Toma unos papeles de mi mesa y los une a la pila de folios que lleva entre las manos. —Ese será el artículo del mes siguiente, muchos ya lo están esperando. Vamos, Roberto, no querrás ser el prudente ahora, eres hombre.

—Es Roger —corrijo, pero no parece prestarme atención. La observo dirigirse en dirección a la puerta de Recursos Humanos y antes de entrar se gira hacia mí:

—Entra a la imprenta dentro de un mes, suficiente para tenerlo a tiempo ¿cierto? —Asiento, porque no tengo otra cosa por hacer. Vuelvo mi vista al monitor y me reprendo mentalmente, de nuevo, por no tener un carácter lo suficientemente fuerte para negarme a hacer esto.

Mis manos vuelven a posarse sobre el teclado y no tengo ni la mínima idea sobre qué escribir, presiono el puente de mi nariz entre mi dedo índice y el pulgar y respiro hondo para intentar concentrarme.

—¿Tienes problemas? —Pregunta mi compañero de cubículo. Lo observo por algunas fracciones de segundo mientras lleva una taza de café a su boca, por un momento me distrae el texto en su taza que se lee «A veces lo único bueno de mi trabajo es que la silla da vueltas» porque no había conocido objeto más sabio en mi vida.

—Nunca he tenido ligues de una noche —le hablo a Simon —ni siquiera me he acostado con alguien en la primera cita ¿Quién carajo hace eso?

—Ehhh, todos —contesta él, dándole un mordisco a un donut azucarado sin quitarme los ojos de encima. —De hecho, mi querido Roger —dice mientras mastica y deja el donut de regreso en su escritorio —hoy mismo voy a comprobar esa teoría, tengo una cita y eso incluye sexo. Mañana te traeré una lista sobre cosas por hacer antes de un ligue de una noche.

—Claro, espero que es tu lista también figure el uso de preservativos. —Simon saca su billetera y me muestra un paquete de profilácticos agitándolos en el aire, como si fuese un trofeo.

—De sabores —menciona. Rasco mi nuca viendo en su dirección con el entrecejo arrugado, él está dejando sus cosas dentro de su mochila y se pone de pie luego de dejar su billetera en su lugar.

—¿Sabías que está científicamente comprobado que los preservativos de sabor causan infecciones? —Vuelvo mi vista a mi documento y ya se me ocurre el primer paso «lleva siempre un preservativo, no de sabores».

—Por eso —me señala con su dedo mientras lleva su mochila a su hombro y yo solo lo

observo de reojo —es que no tienes amigos.

—Tengo suficientes amigos y tú eres uno de ellos. —Lo escucho ahogar un grito de horror y miro su gesto de fingida tortura cuando se va alejando.

—Sólo te hablo porque nadie más lo hace —me dice, haciendo una pausa. Ya está a unos cuantos metros y tiene que gritar para su siguiente oración: —Me gusta ser exclusivo.

Dejo escapar una risa a medida que Simon se pierde tras las puertas metálicas del elevador. Vuelvo a mirar el cursor frente a mí y me concentro para terminar este artículo, al menos la primera página a más tardar hoy.

Siete horas más tarde.

Ni una sola palabra, ni una sola, incluso borré la única línea que había escrito sobre los preservativos, no tengo nada que decir sobre ligues, tal vez debería entrevistar tipos como Simon, de esos que casi tienen tatuado en la frente de «follador de una noche». Yo tengo una novia asombrosa desde hace cinco años, no voy por ahí ligándome mujeres, quién carajos me encarga a mí un artículo como este.

Conduzco a casa mientras hago una llamada a algunos conocidos pero todos estarán ocupados el fin de semana, unos con sus familias, otros con viajes al extranjero, otros de vacaciones en la playas, solamente yo estaré el fin de semana torturándome con temas de ligues de una noche. Si hubiese renunciado a este artículo, lo más probable es que me hubiesen despedido y ahora estuviese pensando en buscar trabajo y con lo difícil que está la situación... pensándolo mejor no puede ser tan malo, ligues de una noche ¿así era, cierto?

Llego a casa varios minutos más tarde, estoy hambriento y exhausto, no he parado de pensar en el maldito artículo. Al cruzar el umbral de la puerta de mi apartamento llama mi atención el silencio en la sala, la mayoría del tiempo Sara está frente a la televisión o hablando por teléfono o Skype con sus amigas cada que llego del trabajo. Miro mi reloj y me percató de la hora, es más de las nueve de la noche y es muy probable que esté dormida, lo más tarde que llego a casa siempre es a las siete.

Camino rumbo al refrigerador sin hacer ruido y de reojo observo las luces de nuestra habitación encendidas, llevo mi vista en esa dirección y la puerta entreabierta me permite ver a Sara y, en sus pies, una cantidad de cajas esparcidas por doquier.

Me quito la bufanda del cuello y camino hacia ella. Está de espaldas a mí sosteniendo el teléfono contra su oreja, su cabello castaño que cae en perfectas ondas por sobre sus hombros está húmedo, como si justo acaba de tomar una ducha. En ese momento se percata de mi presencia y se gira hacia mí, su expresión hace que algo se revuelva en mi estómago, cuelga la llamada y pasa a la par mía, como si fuera un desconocido, como si la última persona que quisiera ver hoy es a mí.

—Cariño ¿Qué sucede? —pregunto, ella no dice nada. La secadora de su cabello la está dejando en una caja. Me da tiempo de analizar su vestimenta, lleva pantalones de mezclilla, botas altas y una blusa oscura con mangas largas junto a una bufanda amarilla —¿Dónde vas?

—Me voy —dice de inmediato, no me mira, sigue dejando cosas en las cajas y camino en su dirección, tomo su brazo y la giro hacia mí pero de un tirón se suelta de mi agarre —esto ya no está funcionando.

—¿Qué? —Pregunto incrédulo, por un momento creo que está bromeando conmigo, pero su expresión me preocupa y no entiendo que es lo que está pasando en este momento —¿Solo porque vengo tarde una vez?

—No —escupe de inmediato. Ahora si me está viendo a los ojos, no muestra tristeza, solo ira, algún sentimiento malo hacia mí que no comprendo. Intento pensar qué he hecho mal estos días y comer cereal desde la caja es lo único que viene a mi mente. —¿Es que no lo entiendes, Roger? Tú y yo, esto ya no funciona.

—Por Dios, no lo entiendo Sara, no sé qué te ha molestado tanto. Incluso he cambiado mis comidas favoritas por tonterías «light» o «cero grasa» o esas tales «sugar free» —incluso hago comillas con mis manos para hacer énfasis en esas palabras extrañas. —Todo solamente para que tú estés contenta.

—¡No es eso! —grita, va hacia el baño y trae su cepillo de dientes consigo —tú y tu trabajo.

—¿Entonces sí es porque llego tarde? —Intento acercarme a ella pero se aparta cuando mira mi intención. —Si no me dices qué es, yo no puedo entenderlo, no soy un adivino, tampoco tengo una bola mágica para saberlo. Intento pensar qué he hecho mal estos días para que estés tan furiosa pero no, no lo sé.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Vuelve a gritar, a este punto algunas lágrimas se comienzan a asomar por sus ojos y en un rápido movimiento las despeja de su mirada. —Llevamos cinco años juntos y no has cambiado ese maldito trabajo.

—¿En serio crees que la situación está para dejar un trabajo y luego ir por otro así por así?

—¿Sabes? Mis amigas salen con doctores, con ingenieros, con inversionistas —menciona,

tirando su ropa en un par de maletas y, aturdido, mi primera reacción es sacarla de ahí pero ella me aparta de un empujón. —¿Y yo qué? ¿Crees que no muero de la vergüenza cuando me preguntan qué es lo que hace mi novio?

—Soy escritor.

—¿De qué? ¿De una revista de adolescentes donde apenas cobras para cubrir algunos gastos? ¿Sabes lo triste que es para mí ver sus viajes a Francia y yo aquí, en casa, con un escritor fracasado que escribe el color de cinturón para usar esta temporada?

Por supuesto que no escribo sobre el cinturón a usar esta temporada, ni siquiera yo sé cómo hacer eso. Sara nunca ha leído algo de lo que yo escribo y, al parecer, ni siquiera tiene idea de lo que hago en esa revista. Yo escribo artículos sobre autoestima, sobre cómo conllevar el estrés del período de exámenes escolares o para personas que sufren *bullying*, sobre el peligro de las redes sociales o de las relaciones cibernéticas, de hecho, esto es lo que ha hecho tan popular la revista de Margaret y puede que no tenga el trabajo mejor pagado del mundo, pero he recibido correos de chicos jóvenes diciéndome cuánto les han servido mis palabras y eso me hace sentir extremadamente bien. Y bueno, ahora a mi jefa se le ocurrió que sería genial un artículo sobre ligues a sabiendas que el público principal de «Hombres al poder» son adolescentes.

La observo alejarse, ir hasta el armario y sacar el resto de su ropa de ahí, la toma de manera brusca y la deja caer sobre la cama.

—He enviado el manuscrito a varias editoriales, sé que en cualquier momento va a llamarme alguna.

—Cinco años —me interrumpe y observo como lanza su ropa dentro de una maleta con brusquedad —cinco años que me dices eso y nunca miro un cambio. Vivimos en la miseria, gano más dinero que tú y soy la que paga las cuentas de esta casa.

—Lo he intentado, Sara. Sabes que sí, también he enviado mi currículum a periódicos, a canales de televisión, a revistas importantes, pero no es así de fácil —además, aclaro con suficiente elocuencia: —Y no vivimos en la miseria.

—Mira a tu alrededor, sí Roger, sí vivimos en la miseria. —Quiero decirle que la llevaré a dar un paseo a un lugar donde las personas sí vivan en miseria, porque nosotros estamos en el cielo, tenemos electricidad, agua potable, internet inalámbrico y televisión por cable. Tenemos comida y nos damos lujos de ir a restaurantes caros cuando ella no quiere comer en casa, no es verdad que ella paga todo eso, hay quincenas que me he quedado sin ni un centavo porque ella quiere ir a visitar a sus padres y hospedarse en uno de los hoteles más importantes. Sí, no le gusta dormir en la casa de ellos. Tal vez por orgullo o tal vez para aparentar algo que no es en su pueblo

natal. Pero no se lo digo por no llevarle la contraria, porque sé lo que significa decirle que no tiene razón en algo y yo, sinceramente, no quiero estar discutiendo por tonterías—. Quiero tener una casa grande, Roger; con un patio hermoso y vista al mar, donde mis hijos puedan correr no estar aquí encerrados.

—Oh por Dios ¿Estás embarazada?

—¿Qué? ¡No! —espeta eso lo suficientemente alto para que escuchen hasta los vecinos, ahora estoy confundido, sigue dejando cosas dentro de la caja y este creo que es el momento para ir a consultar a un vidente.

—Entonces... ¿De qué viene todo esto?

—Porque solo yo tengo un buen trabajo —continúa y siento que no la conozco, lo juro. Sé que últimamente no hemos hablado tanto, la última vez que hicimos el amor fue antes de su viaje a España con una de sus amigas, un mes aproximadamente o más... oh por Dios, ya ni lo recuerdo... pero bueno, tampoco hemos sido del tipo de pareja sexual que follan todos los días, así que sigo sin comprender esto. —No quiero vivir aquí Roger, entiéndelo.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde siempre! Esto no es la vida que merezco, Roger. Si tú quisieras, lograras conseguir otro trabajo menos soso, yo sola no puedo.

—Pero yo me siento bien aquí, Sara. Es un apartamento, para dos. —Esto sin mencionar que el lugar es uno de esos en los que jamás pensé vivir, bastante elegante en uno de los mejores vecindarios.

—¿Lo ves? Ese es tu problema, el conformismo. Mírame a mí, fui asistente en un despacho y ahora tengo mi trabajo soñado, soy socia de ese mismo lugar donde inicié como becaria.

—Porque tu padre tiene influencias, Sara. —No debí decir eso, lo sé. De inmediato me doy cuenta que fue la chispa para desatar una explosión. Su rostro cambia, lo que parecía ser más un gesto melancólico que furioso, ahora es completa rabia. Puedo ver como presiona sus labios en una línea recta y su entrecejo se frunce dando paso a líneas de expresión que en su cara normalmente no se aprecian.

Una vez vi un documental en Animal Planet, un tigre estaba a punto de atacar a su presa, vi la determinación en su mirada unos segundos antes de cazar a su víctima, es lo que miro justo ahora en la expresión de Sara y yo soy ese borrego indefenso que va a sufrir las consecuencias.

—¿Qué estás diciendo? —alza la voz lo suficiente como para que nuestros vecinos se den

cuenta que estamos teniendo una discusión ahora, genial. —¿Que yo no puedo conseguir algo sin mi padre? Puedo lograr lo que sea sin necesidad que él esté de por medio. —Admiro su seguridad en sí misma, la verdad que sí, es algo que yo no tengo. —Yo no soy una fracasada.

—Y yo no he dicho que lo seas. —Ahora sí levanto la voz, no es común en mí hacerlo, puedo hacerme escuchar sin necesidad de forzar mis cuerdas vocales, pero me estoy fastidiando, estas discusiones sin sentido me cansan y aún sigo sin comprender el porqué de su comportamiento. —¿Por qué siempre malinterpretas las cosas?

—No, esto ya no funciona, Roger. Lo siento mucho.

—¿Pero al menos vas a decirme qué te hace pensar de esta forma? —Pasa a la par mía, dejando unas cosas dentro del bolso que cuelga sobre su hombro, la sigo con la vista y se da la vuelta para verme a los ojos, ya no sé qué sentir ahora, pero necesito una explicación, algo que me haga saber qué fue lo que hice mal para arreglarlo. —Hace unos días, todo estaba perfecto. Tengo que saber qué es lo que pasa para que arreglemos esto juntos.

—¿Perfecto? ¿Qué es perfección para ti?

—Sara... —hablo, con voz más apacible, intentando no salirme de mis casillas, porque me siento a punto de crear una erupción. —Escúchame, primero vamos a calmarnos y después charlamos todo lo que quieras...

—¡Que no hay nada que charlar, Roger! —Sigue dejando cosas en alguna caja de manera brusca, puedo escuchar como caen en el interior haciendo un ruido sordo al chocar contra el piso. —Desde hace meses que esto entre nosotros es todo monótono, tan aburrido y más de lo mismo.

—Por Dios ¿De qué hablas? —Llevo mi mano a mi rostro, intentando despejarme de la tensión que siento en este instante. —¡Tenemos planes distintos para todos los fines de semana!

O al menos teníamos, algo en lo que no me había puesto a pensar es que en los últimos meses, ella es la que hace planes con sus amigas... sin mí.

—Porque nos aburríamos, entiéndelo Roger. Una pareja que está bien no va a hacer planes todos los fines de semana, se sienten bien juntos y eso es lo esencial de una relación.

—Pero tú eres la que quiere hacer planes siempre.

—Exacto —escupe, ni siquiera había terminado mi oración cuando ella ya había dejado claro que la aburría. La miro a los ojos, pero de inmediato quita su vista de la mía y habla de nuevo: —Voy a ser sincera contigo Roger. Siento pena por mí misma, porque todos los novios de mis amigas tienen una profesión y salarios de seis cifras al año, cuando tú ni siquiera puedes

pagar la renta. Me avergüenzas, Roger. Tú y tu maldito trabajo en esa revista de cuarta.

Esa es la cereza que colma el vaso de mi frustración e impotencia, mucho más por el desprecio con el que ha soltado esas palabras. Dejo escapar una risa burlesca para no hacerle saber cómo esto me ha afectado. Me llevo ambas manos a la cabeza tirando de mi cabello hacia atrás. No hago nada por detenerla, solo escucho sus pasos alejarse de mí. Me siento en el borde de la cama con los codos sobre mis rodillas y mi cabeza hundida entre mis manos, me quedo callado. Espero un momento de arrepentimiento de su parte, que me diga que se equivocó, pero no pasa nada.

—Terminamos. —Es lo único que dice, al tomar su maleta. Me quedo estupefacto, no me muevo, no sé qué decir cuando ella pasa a mi lado en dirección a la puerta, a mis espaldas simplemente escucho: —Mandaré a alguien que recoja esas cajas mañana.

Escucho un portazo resonar entre las cuatro paredes, no reacciono, no voy por ella, no hago nada. Nuestro apartamento no es muy grande, así que escucho a la perfección en el momento que está abriendo la puerta principal, me pongo de pie y doy unos pasos hasta la entrada de la habitación aun intentando digerir lo que acaba de pasar, justo al abrirla simplemente observo su melena castaña perderse de mi vista y emprender su camino escaleras abajo.

Capítulo 2

Después de cada ruptura, siempre hay un período de duelo, a eso lo acompañan tres fases: confusión, negación y un sentimiento de pérdida, este último es un castigo, como si no fuera suficiente el infierno que estás viviendo, te impulsa a cometer el más grande de los errores: Suplicar.

Luego de haber superado las dos primeras fases, estaba en la peor, había dejado numerosos correos de voz en el teléfono de Sara y había ido a buscarla a casa de todas sus amigas, nadie sabía dónde estaba mientras yo simplemente me consumía en mi angustia.

Lloré el abandono de Sara, voy a admitirlo. Debía estar furioso, lo sé y en parte lo estaba, pero mi parte estúpida, la que se negaba a aceptar lo que había pasado, me hizo llamarla, tantas veces hasta que me quedé dormido. No me levanté de la cama todo el fin de semana hasta que Simon se apareció, me sacó de mi lecho y me metió al baño para, sin aviso, abrir la regadera y dejarme caer agua helada sobre el cuerpo.

—¿Qué mierda...? —Grité. Intenté salir de ahí pero Simon me había encerrado con llave, di sonoros golpes contra la puerta de madera con mis puños cerrados pero no pasaba nada. —Abre, maldita sea.

—Escúchame bien —le escuché decir del otro lado. Había cometido el error de contarle lo que había pasado aunque me ahorré algunos detalles —vamos salir, como un hombre vas a enfrentar esa ruptura. Que no es el único coño en este mundo.

Golpeé una vez más y luego de alguna hora, cuando me obligué a mí mismo a bañarme y le dije que sí, que ya me había duchado, me dejó salir. Mi primer instinto fue ir hacia él y darle un golpe en la cara, pero antes de estrellar mis nudillos contra su pálido rostro soltó una carcajada y agregó:

—Eso es, Roger. ¿Lo ves? No es tan difícil olvidarte de ella por un rato. Vamos por Whiskey.

—Una mierda es la que irá contigo por Whiskey.

Pero al final terminó por convencerme, porque según él no puedo estar en cama todo el día llamando a Sara, que los fines de semana no se desperdiciaban así y cuándo me preguntó sobre la última vez que salí sin ella, la verdad es que no lo recordaba. Y ahora aquí estoy, ignorando todos

los deseos de salir corriendo.

—No puedo creer que esté aquí —le digo al sentir mi nariz impregnada de humo de cigarro, vómito de adolescentes y hormonas descontroladas.

—Yo no puedo creer que hayas estado todo el día llorando por eso, no es la única mujer en este mundo, Roger. Mira a tu alrededor.

—Que no estaba llorando, Simon —mentí. Él hace una seña en dirección al bartender y en casi un instante él está frente a nosotros. —Además, ya hemos terminado otras dos veces, no es algo que no haya vivido.

—Esas dos veces habían sido tan estúpidos como para acordar seguir siendo «amigos» — Simon hace un gesto con sus manos simulando comillas y continúa: —Pero vamos que llorar no es nada del otro mundo, siéntete en confianza para decirme lo que sea.

—¿Has llorado por alguien alguna vez? —Él se ríe.

—Por supuesto que no, eso es de maricas. —Lo miro con desaprobación, definitivamente no es alguien para confiarle algo de este estilo. Él mira mi gesto y se recompone. —Pero puedes contarme lo que sea, voy a respetarlo, para eso son los amigos ¿No?

—¿Algo que les pueda servir? —El joven al otro lado de la barra nos interrumpe, Simon me mira y me encojo de hombros, mira la bebida en mis manos y de inmediato se vuelve a él:

—Dos whisky en las rocas, por favor. —El *bartender* asiente en respuesta y se va en otra dirección. Lo observo que esté lo suficientemente lejos y recrimino la acción de mi amigo.

—Simon, sabes que no soy buen tomador.

—Los corazones rotos necesitan alcohol... y buen sexo.

—No el mío.

—Tenemos que brindar porque Sara te dejó. —Suspiro y suelto de mala gana:

—Solo quiero volver a casa, meterme en mis sábanas y pensar que mañana es otro día.

—Tú necesitas diversión —me interrumpe y yo suelto una risa irónica, porque si una sola mujer no se puede quedar conmigo, no entiendo cómo puedo buscar otras para divertirme. — Necesitas conocer chicas.

—¿En serio? —le pregunto con cierto tono de mofa —¿Qué no me has visto? ¿Sabes qué es lo que buscan las mujeres en un hombre?

—Sí, un hombre que sabe lo que hace.

—No, Simon. Un hombre atractivo, con un salario estupendo.

—Yo no soy atractivo y tampoco tengo salario estupendo. Bueno... sí lo soy, pero no tengo un salario estupendo.

—Por Dios. —Resoplo con ironía, volviendo a tomar un sorbo de la bebida sin alcohol que sostengo en manos. —Lo dice la persona que conduce un Mustang.

—Pero ese me lo regaló mi abuelo.

—Y tienes una casa en la playa.

El *bartender* deja los tragos frente a nosotros, Simon toma uno y hace un gesto gracioso cuando el licor pasa por su garganta.

—La casa en la playa es de mis padres, que no se los hago saber a las chicas es otra cosa. Si me preguntan por mi trabajo, les digo que soy editor jefe, es lo mismo que vas a decir.

—Mentir.

—Eso no importa porque solo vas a verlas una vez, ¿no lo entiendes, Roger? Es perfecto, no descubrirán que mientes porque solo estarán juntos ese día. Todo se trata de la seguridad que tengas frente a ellas, las persona comúnmente se creen todo lo que les dices según la confianza con la que hables, querido Roger. ¿Ligues de una noche? ¿No era así tu artículo?

—Dejemos el maldito artículo a un lado, por favor.

—¿Qué? Ahora que estás soltero, puedes hacer estudio de campo.

—Ya, déjalo.

—¿Qué mejor forma de escribir algo cuando lo experimentas?

—No voy a hacerlo.

—Maldito seas, Roger —exclama, llamando la atención del bartender que trae dos tragos más a petición de Simon y los deja frente a nosotros —hay chicas mejores y con mucho más carne que Sara. Mira esa por allá...

Señala a una chica y siento vergüenza, no quiero que piensen que hablamos de ella o que la estamos acosando o algo así, ya no sabes con qué escándalos puedes encontrarte hoy en día y no quiero verme envuelto en ninguno.

—O aquella otra de allá. —Señala a otra chica en la pista de baile, con una mini falda que casi, por poco, logra mostrar su vagina. —Y aquí, querido Roger, hay muchas, muchas más.

—Simon, basta. —Tomo su brazo y hago que vuelva a dejarlo a la par de su cuerpo. —No es correcto que señales mujeres así.

—Solo te estoy haciendo saber el mundo que te pierdes, Roger.

Me hace rodar los ojos y miro el trago frente a mí, tomo un sorbo pequeño y siento como mi tórax se prende en llamas, casi tengo que pedir auxilio cuando me quema hasta los pulmones.

—Por Dios —exclama Simon —si no es porque te escuché en aquel campamento con Sara a media noche, juro que creería que eres virgen.

—Simon, cállate —hablo, cuando observo que el *bartender* está saliendo y una chica está tomando su lugar.

—Y es porque escuché a Sara, porque de no ser por sus gritos enloquecidos juro que hubiera creído que tú estabas haciendo popó dentro de la casa de campaña.

—Simon...

—¿Qué? —replica de inmediato, llevando el trago a su boca. —Sonabas estreñido.

Oh Dios mío, miro a la chica frente a nosotros ocultando una risa mientras se quita la chaqueta que lleva puesta y la cara se me llena de todos los colores posibles, intenta disimular y ver en otra dirección, pero ya es tarde para fingir mi muerte.

—¿Haces ese sonido todo el tiempo que coges? —Simon interrumpe mis pensamientos tomando otro trago de licor —porque de ser así, es lo primero en lo que tienes que trabajar, amigo.

No sé qué gesto debo tener justo ahora pero no debe ser bueno, siento el calor de mis mejillas e intento taparme el rostro para disimular mi vergüenza.

Ahora recuerdo porqué nunca salgo con Simon.

—No es verdad. —Gesticulo en dirección a la chica, en un intento vago de defenderme, miro su sonrisa y Simon se vuelve a ella.

—Hola Kate —¡Ah! Genial, la conoce. La conoce —¿Cierto que a las mujeres no les gusta tener sexo con tipos que suenan estreñidos?

—¡Simon! ¡Maldita sea! ¡La chica quién ahora sé que lleva el nombre de Kate aguanta una carcajada y apoya sus antebrazos sobre la barra que nos separa. —No hables esas cosas frente a las personas.

—¿Qué? —Pregunta, con una inocencia que me dan ganas de colgarlo de un bonsai. —Si no

crees en mí, podemos tener la opinión de una chica.

—Si lo hacen bien no me importa como suenen. —Escucho la voz femenina y yo quiero hacer un agujero en el piso para meter mi cabeza —¿Hay alguna otra cosa en que pueda servirles?

—¿Cómo no puede importarte? —Habla Simon, cruzando sus brazos sobre la barra dirigiendo toda su atención hacia Kate. —Es algo muy primordial sonar sofisticado, elegante.

—¿Me traes a mí un whiskey, por favor? —Pido a la dama, todo sea con tal de que no esté en esta plática absurda de Simon y su cuestión de ligues de una noche.

—Lo que quiero decir con esto es... —interrumpe Simon, haciendo una pausa mientras se lleva su trago a la boca, niego con mi cabeza para que se calle pero a Simon todo le importa una mierda —que a las mujeres les encanta el sexo y, ¿cómo puede ser posible tocar el paraíso con un tipo que suene estreñido?

—Eso no era lo que estábamos hablando —le interrumpo —ya cambiemos de tema porque me estás avergonzando.

—Sí lo era. —Ahora centra su atención en mí. —Tú necesitas diversión y solo tienes que buscar a la chica correcta. Según lo escuché en la casa de campaña, tal vez no lo haces tan mal.

—Simon, maldición.

—Kate, ¿Qué le cambiarías a este sujeto? —Ahora los ojos de ella están sobre mí, la luz es tenue así que no puedo ver qué color exactamente son, pero se ven bastante claros. Yo sostengo mi rostro en la palma de mi mano intentando relajarme porque Simon cuando quiere es un grano en el culo de primera. —Físicamente, claro. Porque en el interior, es una mariquita.

Definitivamente, él quiere terminar esta noche sepultado en mi patio trasero.

—Simon, no hagas que use mi nueva pala para esconder tu cuerpo.

—¿Qué? Yo solo quiero ayudarte.

—Kate —menciono, captando la atención de la chica —¿Puedes agregar alguna píldora en la bebida para dormir a Simon? No me importa tener que arrastrarlo hasta su apartamento siempre y cuando mantenga la boca cerrada.

La chica se ríe, Simon solo me mira sin ningún tipo de expresión y yo tengo ganas de tirarlo por la ventana. Si no es porque es el primer piso y no lograría nada con lanzarlo desde aquí.

—¿Sabes? Creo que iré por tu trago de whisky. —Responde Kate, hago un gesto de afirmación.

—Gracias —musito. La observo alejarse mientras me hago una nota mental: No regresar a este bar. Entonces, me vuelvo a Simon: —¿Puedes de una maldita vez cerrar la boca?

—¿Crees que Sara no lo esté haciendo justo ahora? —Suelta en respuesta, haciendo que casi se me caiga el vaso que había tomado entre mis manos hace unos segundos. —Lo más seguro es que ya tenga un tipo en su cama.

—Maldito seas, Simon.

—La chica apropiada llegará, Roger. Mientras tanto anímate, será divertido. Busca chicas que quieren lo mismo que tú.

—¿Qué se supone que es lo que quiero?

—Un ligue de una noche.

—¿Y una enfermedad venérea?

—Roger, existen los preservativos...

Suelto un bufido y ruedo los ojos ante esta terrible locura. Sé que para Simon todo es: «A rey muerto, rey puesto», pero eso no va conmigo. Yo no haré tremenda tontería por despecho.

—Lo siento pero no voy a hacerlo.

—Eres una mierda —espetea, con cierto tono de fastidio que intento dejar pasar de largo.

—No me interesa ese tema de la seducción. Además, no puedo. —Aunque a decir verdad, tampoco quiero aprender.

—Solo tienes que actuar como un hombre seguro de sí mismo —me río, no puedo evitarlo—, es como cualquier materia, sólo hay que ejercitarla y te haces experto.

—No, no voy a hacerlo y punto.

Me pongo de pie, aunque me detengo porque ya había pedido el trago y no puedo irme sin pagar. Saco mi billetera y después el dinero suficiente para pagar todo lo que ha tragado Simon y, además, lo que se supone que era para mí pero se lo tomó él.

—Puedes tomarte el trago que pedí, también.

—Vamos Roger, solo inténtalo. Si después crees que no es algo para ti, anda, quédate soltero por el resto de tu vida esperando a esa princesa de cuento.

—Tú estás soltero.

—Pero, con sexo... —Ruedo los ojos, dejo el dinero sobre la barra y recuerdo que Simon

tiene que llevarme porque ha sido él que me trajo en su auto, mierda. —Es perfecto ¡vamos! Sólo... míralo como un experimento.

—Simon —suelto, casi en un susurro. Sosteniendo mi frente con un gesto que se me antoja frustrado y añado: —En serio, no quiero estar hablando de eso ahora. Me iré a casa y no quiero ni un mensaje al respecto.

—Prometes que vas a pensarlo al menos.

—Sí sí —contesto, aunque en realidad no, pero una manera de parar a Simon cuando se empeña en algo, es dándole una afirmación para todo.

—Perfecto —exclama, poniéndose de pie de un salto. —Mañana, después del trabajo, es suficiente tiempo ¿verdad?

—Santo cielo —siseo, sin que él me escuche.

—Ya verás, te voy a demostrar que te equivocas. Si después crees que es una pérdida de tiempo —él sube sus manos al aire —está bien. Piensa en tu artículo, lo que sea que aprendas puedes usarlo para ello.

Miro a Simon, él toma de nuevo la lata de cerveza y le da el último trago antes de comenzar a caminar en dirección a la puerta de salida, pero antes de emprender su camino, se vuelve a mí y dice, de una manera tan elocuente, señalándome:

—Ya verás, aún con tu salario de mierda y tu minúsculo apartamento. —Lo peor de todo es que ha llamado la atención de las personas y ahora varios curiosos me miran.

Él levanta la palma de su mano y la deja frente a mi cara, sé que espera que la choque pero no lo hago, en su lugar ruedo mis ojos y paso a la par suya para salir de aquel sitio. Me hago una nota mental: «Apagar el teléfono justo al llegar a casa» cuando lo escucho gritar a mis espaldas:

—Márcalo en tu agenda. Mañana es el día que el nuevo Roger nacerá. Lo llamaremos: Misión ¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Capítulo 3

Cuando despierto y enciendo mi teléfono, hay una cantidad innumerable de mensajes de parte de Simon. Son más de las seis de la mañana y él sigue pensando en el maldito artículo del que no he logrado escribir absolutamente nada y me siento frente a mi escritorio para pensar en algo que entregarle a Margaret.

Después de leer una cantidad insospechable de artículos sobre la importancia de un ligue de una noche, me doy cuenta que difiero de mucha de esa información supuestamente creada por expertos, definitivamente, esto no es lo mío. Recibo un mensaje de Simon media hora después y aunque pienso seriamente si salir con él o no, me termina convenciendo cuando se aparece frente a mi puerta con una bolsa de doritos y dice:

—Vamos a correr. Necesitas tonificar ese trasero de abuelita.

Prefiero guardarme mi comentario.

Tengo demasiado tiempo de no salir a correr con Simon y estoy comenzando a recordar el por qué preferí alejarme de él a la hora de ejercitarme. Es un tanto vergonzoso como muchas miradas femeninas se postran en nosotros, gracias a él, que está sin camisa, bajándose la goma del pantalón deportivo para mostrar su perfecta V bien tonificada junto a su tatuaje de serpiente, uno de los tantos que tiene, es algo así como un periódico andante.

Simon se agita el cabello castaño cubierto de sudor y se tira agua sobre la cara obteniendo risitas y coqueteos de las fémimas presentes, algo que no puedo evitar me resulte gracioso todo el tiempo. A él le gusta mostrar su cuerpo y ser el objeto sexual de las mujeres, es algo así como su pasatiempo. Yo soy todo lo contrario a Simon, a mí no me gusta llamar la atención, todavía no comprendo cómo fue que llegamos a ser amigos. El primer día que lo conocí chocamos en la cafetería, derramé mi café sobre sus pantalones y él su donut azucarado sobre mi camiseta, me llamó mojigato y yo le dije que él parecía actor de una mala película porno. Al cabo de una semana compartiendo cubículo nos dimos cuenta de que teníamos bastante en común y en un mes estábamos viendo partidos de fútbol en la sala de mi casa o jugando mini golf en el patio de la suya.

—Escucha —mi amigo habla a mi lado distrayéndome de mis pensamientos unos instantes, llevábamos algunos treinta minutos en este lugar y al ver en su dirección señala con su barbilla un sitio a lo lejos. —Mira esas chicas. —No dudo en hacerlo, ellas nos están viendo pero eso era normal, es a él a quién miran. —No, no mires ahora.

—Maldita sea Simon —espeto, viendo en otra dirección cuando ellas curvan sus labios en algo cercano a una sonrisa y agitan sus dedos en el aire formando un saludo —eso me hubieses dicho antes.

—Roger, cuando te señale a alguien, nunca —hace énfasis en esa última palabra —escúchame bien, nunca, mires en esa dirección... mucho peor si son chicas. ¿No lo entiendes? No te debes mostrar interesado explícitamente.

—¿Entonces... para qué... —ruedo los ojos, respiro hondo y me limito a seguir mi camino —¡ah! Olvídalo.

—Te decía que la chicas te allá te están viendo. —Una risa irónica se me escapa, no fue intencional, pero es inevitable cuando escucho algo de este tipo y mucho más proveniente de Simon.

—No me están viendo a mí, te están viendo a ti, Simon. —Parece que él no supiera que sus tatuajes en la espalda, el brazo y la pelvis llaman suficiente la atención cuando se tiene ese cuerpo tan tonificado y estás casi desnudo. Bueno, no es que yo tenga mal cuerpo, de hecho, estoy bastante conforme, aunque ahora no me ejercite a menudo, hace un par de años sí lo hacía como una terapia anti estrés, pero nunca fui del tipo que muestra su cuerpo en público, a mí me gusta cubrirme de pies a cabeza, llevo un jersey algunas dos tallas más grandes, un pantalón deportivo lo suficientemente ancho y un gorro en la cabeza porque no quise peinarme el cabello.

—No, es a ti —continúa y yo niego con mi cabeza en un gesto divertido. —¿Por qué no vas a hablar con ellas?

—No, gracias.

—¿Qué? ¿Qué hay de malo? Sólo una charla amistosa. Te acercas a ellas y ya.

—No Simon, no voy a hacerlo. Es muy probable que solo quieran follarte a ti y a mí solo me quieren para conseguir tú número.

—Roger —espeto, parándose en seco. Haciendo que yo me detenga a su lado cuando me toma del codo y me gira hacia él —soy un hombre...

—¿En serio? —pregunto irónico —yo creía que tu pito era una vagina evolucionada.

—Roger, maldita sea, déjame terminar. —Me toma por los hombros y me sacude, después de esto terminaré con un esguince. —Escúchame, tienes que dejar esa maldita inseguridad, sí te están viendo a ti, puedo ver exactamente cuando una mujer está interesada en mí con solo la forma que me mira, ellas te están viendo a ti.

—No es inseguridad, Simon. Soy realista y además no son mi tipo. —Me suelto de su agarre y continúo mi camino, casi de inmediato lo escucho detrás de mí a la suficiente velocidad como para que ya esté a mi lado frustrando mi mañana.

—¿Qué es lo que te pasa? Todas las chicas son nuestro tipo, Roger —lo miro con desaprobación y me decido por sacar los audífonos del bolsillo de mi pantalón deportivo. Me reprendo mentalmente cuando las llaves de mi apartamento se caen al suelo y tengo que detenerme a recogerlas soltando un bufido —vamos, iremos juntos. Para eso están los amigos, ¿no?

—Puedes ir tú si así lo deseas...

—Son dos chicas y nosotros... —nos señala con su dedo índice —somos dos...

—¡Vaya! Puedo ver que aprobaste matemáticas.

—Vamos, que las chicas no muerden. —Tira de mí lo suficiente como para que me ponga de pie y a duras penas he logrado recoger mis llaves, ni siquiera me da tiempo de recoger el dulce que se salió de mi bolsillo.

—Simon, te digo que no —maldita sea, ni siquiera puedo hacer resistencia antes sus constantes tirones porque de reojo observo a ambas chicas mirarnos con intriga, me dejo llevar para no simplemente no parecer el tipo raro.

—Hola —le escucho decir, de inmediato las dos chicas postran sus ojos en él y esbozan una sonrisa agradable, una que no hubiesen mostrado si yo hubiese venido a abordarlas solo —le dije a mi amigo que ustedes no mordían ¿o sí lo hacen?

Maldito seas, Simon. Ambas chicas sueltas risotadas y los dos pares de ojos se postran en mí con una expresión divertida y la rubia menciona, bastante elocuente:

—Depende la ocasión —Oh por Dios, Oh Dios mío —un placer, soy Nadya.

Me extiende su mano, la tomo con algo parecido a una sonrisa pero en realidad parece más una mueca extraña y la otra chica, quién escucho se llama Camila, hace lo mismo. Les sonrío, al mismo tiempo que digo mi nombre y ambas me regalan un asentimiento. Nadya se vuelve a Simon quién de inmediato toma su mano mencionando su nombre de una forma pausada y sensual, besando sus nudillos. La chica rubia suelta una risilla y casi ruedo los ojos por esta escena.

—Nadya, qué bonito nombre —habla Simon, con un tono de voz más grave y seductor, al mismo tiempo que hace lo mismo con la siguiente chica —igual que Camila.

Lo dice en sílabas, si yo fuera una mujer estuviera corriendo de este loco maniático.

—Simon, es un lindo nombre para un lindo rostro —dice la chica de cabello rubio, ambos se

sonríen. Miro alrededor esperando encontrar algo más interesante que lo que estoy viendo.

—Oye, hay una cafetería al otro lado de la calle ¿te gustaría venir, Simon? y claro, puede venir tu amigo —escucho la voz de la chica y vuelvo a la escena. Simon me mira y yo miro mi reloj, no me pasa desapercibido que llamó a Simon por su nombre y a mí simplemente «amigo».

—Nos encantaría, pero debemos ir a trabajar. Pueden darnos sus números y nos ponemos de acuerdo para ir, no sé, a alguna discoteca o algo así. Nos encantaría descubrir esa ocasión en las que a ustedes sí les gusta morder ¿Cierto, Roger?

Aclaro mi garganta.

—Ahmm... ah... sí. Simon es tarde —vuelvo a aclarar mi garganta. Simon me mira con disgusto pero se vuelve a las chicas de inmediato quienes entre risillas están anotando su número en el teléfono que Simon les había extendido hacia unos instantes.

Le devuelven el celular a Simon y se retiran con una gran sonrisa, las miro alejarse aún sin comprenderlas muy bien hasta que Simon me da un golpe, nada agradable, en el hombro.

—¿Qué carajo? —espeta, con esa mirada sombría en mi persona —¿es en serio, Roger? Me dijiste que pondrías de tu parte.

—¿Auch? —llevo mi mano a mi zona adolorida y después levanto mi dedo índice en dirección a Simon —a ver... yo no dije absolutamente nada, dije que iba a pensarlo y recuerdo perfectamente que me dijiste que tenía hasta después del trabajo ¿no es así?

Él suelta un bufido y se vuelve a mí llevándose ambas manos a la cintura al estilo jarra.

—Tenemos mucho que hacer, Roger. Pero ¿ya ves? Así de fácil se consigue el número de una chica —sacude su teléfono frente a mi cara mostrándome el nombre de Nadya con su número de celular —ahora vámonos que no tengo todo el día.

Está demás decir que Simon no me dejó concentrarme en mis tareas el resto del día, yo tenía una pila de trabajo y su estado de ánimo inducía al nerviosismo del mío, Margaret —la jefa dragón— me había pedido un adelanto de artículo y yo no tenía idea por dónde empezar, escribí algo sobre pedir sus números pero de inmediato borré esa parte porque no se me ocurre que si vas a ligar con alguien una noche tengas que tener su número, se supone que las cosas no funcionan así. Por primera vez, deseé que cambiaran a Simon de departamento para poder concentrarme y le agradecí a Margaret cuando se lo llevó a cubrir un evento, para mi desgracia fueron solo un par de horas y después ya tenía un mensaje suyo sobre almorzar juntos.

—Vamos, tengo una hora —le digo a Simon, cuando estoy llegando al punto de encuentro que

habíamos acordado. Él está entusiasmado hablando con la nueva chica de recepción, a Simon ninguna fémica del piso se le escapa.

Lo tomo del brazo al ver que no se quiere separar de la joven rubia, quién por el rosado en sus mejillas puedo notar que le agrada demasiado la compañía de Simon, casi siento pena por ella... casi, porque hace unos días vi como rechazaba al chico de la papelería en el parking; pero claro, el chico no tenía los ojos grisáceos de Simon, ni los bíceps resaltados sobre la camiseta y tampoco las características de hombre follador que me deja pensando si en realidad a las mujeres le gustan los hombres románticos, detallistas y fieles como dicen todo el tiempo, porque Simon es todo menos eso.

Tiro de él hasta que ya estamos a una buena distancia de la muchacha aunque él sigue viendo en esa dirección y haciendo gestos con sus manos simulando un teléfono, lanza un beso al aire justo cuando estoy girándome en su dirección y lo miro con desprecio.

—¿Es en serio, Simon? —cuestiono, miro mi reloj y ya habíamos desperdiciado cinco minutos ¡Cinco minutos! Me gusta ser organizado con mi tiempo y algo que odio por completo es perderlo en tonterías.

—Es linda ¿no? —me dice en respuesta, le lanzo una mirada cargada de desaprobación, principalmente, porque para él todas las mujeres son lindas.

—Escúchame, tengo demasiado trabajo, así que hagamos esto rápido. Tal vez podamos pedir comida rápida, necesito volver a la oficina cuanto antes.

—Hoy no vamos a comer.

—¿Qué? ¿Entonces qué hago aquí? —le pregunto, confundido. Casi quiero tomarlo del cuello y sacudirlo porque yo debería estar allá arriba sacando una pila de papeles que me pidió Margaret, mi trabajo era totalmente otro pero últimamente parecía su asistente —si fuera mujer me aterraría esa frase.

—Ni que fueses mujer me atraerías ¿sabes?

—No sé por qué, pero eso me ha sonado más a un halago.

Simon me mira furioso, de pronto, su vista se pierde detrás de mí y ahora él es quién tira de mi persona en dirección al comedor de la empresa, tan deprisa que temo que caigamos rodando por las escaleras.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —pregunto, soltándome de su agarre. Nos detenemos a mitad del camino y él mira hacia atrás con tanta intriga que por un momento me desconcierta.

—Era Marina —dice, hiperventilando —¿La recuerdas? ¿La fotógrafa? ¿La amiga de la jefa dragón?

—Oh por Dios... ¿No me digas que... —veo que mira por sobre mi hombro de nuevo y doy un vistazo a mis espaldas por instinto —¡Diablos, Simon! ¡Tiene como treinta años más que tú! ¿Qué carajo te pasa?

—Veinte y dos en realidad —contesta, tomando una enorme calada de aire—, y fue curiosidad, me dijo que se había hecho una reconstrucción vaginal y la verdad que quería saber cuál era la diferencia. —No voy a mentir que imaginarme a Simon con la amiga de la jefa dragón me ha perturbado, aturdido, descolocado y todas las palabras que se le parezcan, pero lo de la reconstrucción vaginal eclipsó mi mente y luché por sacar cualquier imagen perturbadora de mi cabeza.

—¿Qué mierda...?

—Lo sé —se ríe —¿Quieres saber cómo es hacerlo con una vagina reconstruida?

—No, la verdad no. Ahórrate ese tipo de comentarios.

—Igual no hay tiempo—me interrumpe, centro mi atención en Simon mientras saca su laptop del maletín que lleva consigo y dice: —ya lo tengo.

—¿Tener qué cosa? —pregunto, viéndolo manipular la computadora sin prestarme nada de atención.

—Lo que vamos a hacer, voy a crearte un perfil en una página de citas —su entusiasmo me aterra, agita la computadora y toma mi brazo para seguir nuestro camino.

—¿Qué? Me dijiste que ibas a dejarme pensarlo.

—¿Necesitas pensarlo?

—Por supuesto, y además, ¿Sabes cuántos psicópatas hay en esos sitios?

—Si sí.

—¿Si sí?

Pero no le interesan mis protestas, como siempre; suelta su agarre de mi codo para continuar manipulando su portátil y me pregunto si es tan urgente como para no esperar a estar cómodos en una mesa.

—Sí, pero no es para ligar con nadie por internet. Solo quiero saber qué piensan de ti.

—¿Es en serio? ¿Por qué mejor no levantas una encuesta por todo el piso? —Me cruzo de

brazos en el momento que se detiene, pero su vista sigue clavada en el monitor.

—Voy a compararlo con el perfil que te voy a crear, el de follador.

—¡Vaya!, qué halago.

—Tú solo disfrútalo.

—Estoy muriendo de hambre y tú haciendo estas tonterías.

Justo en ese momento, a Simon le brilla la mirada, llevo mis ojos donde los suyos están postrados y su siguiente acto es ir hacia la máquina dispensadora a unos escasos metros de nosotros, lo sigo con interés y saca un billete de cinco dólares para tenderlo en la dirección indicada en la máquina. Un paquete de galletas se libera, Simon la toma y me la entrega.

—Toma, esto es tu almuerzo. Ahora cállate y déjame trabajar.

—¿En serio? Ni siquiera unas más caras.

El se va de ahí y yo solo tengo que seguirlo, ¿ya qué?, rasgo el paquete de galletas y llevo la primera a mi boca mientras continúo a sus espaldas. Llegamos hasta el comedor y tomo lugar en una mesa esquinera en la sala, por lo que supongo será el tema de conversación es mejor estar retirados del resto.

—Bien, iniciemos —lo escucho decir, observo que comienza a teclear algo en el ordenador y siento curiosidad por saber qué es —¿tu nombre?

—¿Es en serio?

—Te llamarás Michael Petrovsky...

—¿No puedo usar mi nombre?

—No —replica de inmediato, sin verme. Toma una de las galletas de mis manos y la lleva a su boca —tu nombre es muy común.

—¿Y tengo cara de Petrovsky?

—Cállate, Roger. —Muerdo una galleta. Observo las migajas que salen de su boca y caen sobre la mesa, me hacen recordar a Sara, cuando hacía esto me hacía aspirar toda la casa hasta dejar libre de pedazos de bizcochos. Además, el pseudónimo bajo el que escribes los artículos de la revista es Rumpelstiltskin y eso no es mejor que esto.

Eso es distinto.

—¿Edad? —me ignora como siempre. —Bueno, será la misma.

—Genial, creí que me pondrías 50 años más.

—¿Gustos musicales?

—Todo lo que sea Rock clásico...

—Bachatas.

—¿Qué?

—¿Intereses?

—Mejor no contesto.

Él detiene el tecleo y queda viendo un momento hacia un punto fijo, asumo que pensando en algo sucio y degenerado como todas las cosas que él se imagina todo el tiempo.

—Leer, el vino tinto y las mujeres.

—Al menos soy fino, gracias.

—¿Qué tipo de mujer buscas?

—No sé, qué tipo de mujer quieres tú que yo busque, Simon.

—Abiertas de mente, sociables y listas para la acción.

Ruedo mis ojos, mejor continúo comiendo mis galletas.

—¿Podemos solo poner sociables?

—No.

—Okey.

—Información sobre ti.

—Una persona amable...

—Soy un hombre de gustos sofisticados. —Solo escucho el *tac tac tac* del teclado y con esto apuesto que Simon está disfrutando burlarse de mi persona. —Me gustan los atardeceres, las playas y los viajes en crucero.

—Por Dios. ¿Hay algo más de mí que no sepa?

—Roger, este es Michael Petrovsky no tú.

—¡Qué bien! Me siento aliviado... —suelto con mofa.

—Bien, ahora subiremos una foto.

Eso si llama mi atención, específicamente porque yo no tengo una foto en la que pueda parecer Michael Petrovsky. Giro el ordenador en mi dirección y observo que es una foto mía en el gimnasio, flexionando el bícep, desde hace mucho tiempo que no me veo así y no parezco yo en realidad.

—¿Qué diablos...? —Exclamo, ni siquiera sabía que mi cabello se podía ver de esa forma —¿Qué carajo me hiciste?

—Te hice un pequeño retoque en Photoshop en el cabello. —Contesta, restándole importancia. Toma de nuevo la laptop y continúa en su labor.

—Ese ni siquiera es mi yo actual.

—Solo agrégale una hora de gym a tu rutina y volverás a ser ese. Oye...—me habla, de pronto hace una pausa y se vuelve en mi dirección con una total intriga que me desconcierta.

—¿Qué? —pregunto. Tomo otra galleta y la llevo a mi boca.

—¿Si te afeitas? ¿Cierto? —Eso me hace fruncir el ceño, él lleva su vista a mi parte íntima y de inmediato me doy cuenta a lo que se refiere.

—Por supuesto, Simon. —Levanto la voz, pero no lo suficiente como para que alguien a nuestro alrededor escuche. —Además, si no lo hago ese no es tu problema.

—No puedes tener a la bestia abandonada si piensas tener un ligue.

—¿La qué?

—La bestia abandonada. Lo peor de todo es que se señala esa parte con ambas manos, sin importarle que hayan personas cerca, sin medir el hecho de que a donde vaya siempre habrán chicas prestándole más atención de la que deberían. Las mujeres detestan el vello púbico.

—Sí Simon, sí. Maldita sea. —Estoy cansado, frustrado y últimamente tengo muchas ganas de golpear a Simon. —Sí me afeito, a mi novia no le gustan... las ¿bestias abandonas? ¿Qué diablos?

—Ex novia —aclara. Se acerca a mí lo suficiente como para sentir que está invadiendo mi espacio personal y murmura: —Escúchame, nunca, por nada del mundo, dejes a tu amigo sumergido en el Amazonas.

Mejor voy a ignorar eso. Cierro los ojos un momento intentando encontrar el lado bueno de esta situación pero no, no existe, definitivamente, estoy perdiendo mi tiempo.

—Vamos, ahora crea tu propio perfil.

Se ríe y yo no sé qué le parece tan gracioso. Me entrega la portátil y la tomo sin despegarle la mirada de encima a él. Cuando ya he dejado la pantalla frente a mí comienzo a rellenar todos los campos que me piden, con mi nombre e información real.

—Listo. —Digo cuando ya he finalizado. Ahora me pide una foto y con la cámara frontal de la laptop de Simon, sonrío y en segundos está la imagen subiéndose al perfil de citas. Le devuelvo la computadora a mi amigo y de inmediato hace un gesto de repulsión.

—Te gustan las mujeres carismáticas e inteligentes. Qué básico eres, Roger.

—¿Ya me puedo ir? —Le interrumpo, tomando la última galleta. —Porque no tengo todo el día para ponerme a pensar si en realidad me importa el físico de una mujer.

—Bien, mañana vemos a quién le ha ido mejor.

—Está bien.

—Luego del trabajo no hagas planes, tenemos una cita.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas a las chicas de esta mañana? Ya les hablé.

—¿En serio? ¿Estás de mente?

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —Sigue mirando la pantalla de su ordenador y tecleando de vez en cuando. —Que creen que eres lindo, aunque no sé si eso sea algo bueno o malo. Lindo muchas veces puede ser, está lindo pero no me gusta; o, diré que está lindo aunque en realidad no lo esté.

—Ahórrate las explicaciones.

—¿Qué? Así son las mujeres.

—Simon, yo no te he dicho que quiero una cita.

—Solamente te estoy invitando para que observes y aprendas, ¿de acuerdo? Si después quieres irte, está bien.

Lo miro, con ese su gesto tan despreocupado mientras teclea en su computador y se ríe ante un mensaje que acaba de llegar a su laptop. ¿En realidad quisiera ser como Simon? No, la verdad creo que no. Yo solo estoy aquí porque tengo un maldito artículo que terminar.

—Bien, solo dime a qué hora y estaré listo.

—Genial —habla, con ese entusiasmo que solo Simon puede tener cuando es medio día y no

ha comido. —Tal vez deberías ir a que te arreglen un poco el cabello, quitar toda esa maraña de pelo que casi te tapa los ojos, tienes que mostrar esas pestañas ¿Sabes cuántas mujeres desearían tener unas pestañas como las tuyas? Es su sueño frustrado.

—Yo solo voy a ver.

—Oye, no sabemos si tienes la suerte de principiante.

—No quiero. —Me encojo de hombros ante la atónita mirada de mi amigo que no entiendo. Él es él, yo soy yo. Él disfruta esto, yo no.

—Pero tienes que distraer a la otra chica, Roger. —Él ahora está apartando un poco su computadora y cruza los brazos sobre la mesa para mirarme fijo. —A mí me gusta Nadya eso es obvio, pero su amiga necesita divertirse.

—Es obvio que la amiga quiere contigo también.

—No si pones de tu parte. Vamos, levántate la camiseta.

—¿Qué?

—Hazlo.

Él es un mandón de primera, no puedo evitar imaginarlo ligando por la noche, terminando en la cama y dándole órdenes a las chicas que duermen con él. Puedo casi apostar que es del tipo que está con las manos detrás de la cabeza solo diciéndole a la chica que tiene encima: «Muévete un poco a la derecha».

Me pongo de pie y me levanto la ropa.

—Añádele unas cincuenta abdominales más a tu rutina matutina.

Una risa irónica se me escapa.

—Tengo suerte si consigo levantarme de la cama con la energía suficiente para salir a correr e ir hasta Starbucks.

—Lo harás —me dice, señalándome con su dedo índice. Se pone de pie al mismo tiempo que cierra su computadora. —Si no, yo mismo voy y te saco de la cama para hacer las malditas abdominales. Te veo luego

Sin más se retira, como siempre ignorando mis palabras dejándome ahí pensando en cómo voy a escapar de esta idea tan absurda de Simon. Y ahora que me quedo solo, me pregunto: ¿En qué diablos me había metido?

Capítulo 4

Justo al llegar a mi escritorio, un ramo de rosas rojas sobresale sobre el teclado de mi computadora. Con el entrecejo levemente fruncido voy hasta ellas y no dudo ni un minuto en sacar la nota que guarda un pequeño sobre, cuando reconozco la caligrafía de la tarjeta y el nombre escrito, me dan ganas de salir corriendo.

«Lamento mucho enterarme que vas a morir solo.»

Att: Margaret»

¿Qué carajo...?

Definitivamente, creo que aquí termina cualquier remordimiento que tenga por llamarla jefa dragón como el resto de mis compañeros de trabajo.

No me sorprende en nada que Margaret sepa sobre mi ruptura con Sara. No sé cómo ellas habían llegado a ser amigas, pero es que Sara es de ese tipo, de las que les gusta caerles bien a todos, de las que hace lo posible por ganarse la confianza de la gente pero llegar a convertirse en cercana de mi jefa es algo que todavía no le perdono.

—Ahora solo espero que puedas trabajar más rápido y sin interrupciones. —Escucho a mis espaldas, se oye el traqueteo de sus altos tacones pasando a la par mía y la pila de papeles que deposita junto a la impresora —necesito el adelanto del artículo a más tardar este fin de semana. Te he dejado bastante tiempo libre para que lo termines a tiempo. —¿Bastante tiempo libre? Miro la pila de papeles frente a mí y no entiendo cuál es ese bastante tiempo libre. —¿Entendido, Roberto?

—Roger...

—Por favor, no vayas a suicidarte.

Me mira con lástima, ruedo los ojos cuando ella da la vuelta en dirección a su oficina.

Así es mi día con la jefa dragón.

Terminé con lo que pude... ¿A quién engaño? Siempre tengo que terminar todo si no estoy despedido. Miro mi reloj de nuevo y me percató que ya son más de las seis de la tarde, casi las siete y yo sigo metido aquí revisando papeles de Margaret.

Pero ¡A la mierda!

Saco una cajetilla de cigarrillos de mi mochila, extraigo uno junto a un mechero que llevaba

conmigo en casos de emergencia. Fumar no es un hábito recurrente en mi persona, fumo cuando estoy de mal humor, o cuando estoy estresado, o cuando siento lástima por mí mismo, como ahora. Sé que es un hábito desagradable y que me estoy matando poco a poco, pero ahora es lo que menos me importa. Restarle unos años menos a mi vida no es nada comparado a lo que ahora estoy viviendo.

Enciendo el cigarrillo y dejo caer mi espalda en el respaldar de mi silla, no sé a qué hora se supone que Simon y yo deberíamos estar en su supuesta cita, pero no he sabido nada de él desde hace un rato que salió de aquí y me dijo que ya regresaba, ha pasado una hora y cuarenta minutos después de eso. Si en cinco minutos no está aquí, me voy a casa.

Miro mi reflejo en la pantalla de la computadora, el fondo es oscuro y aunque no tengo una excelente vista —casi nada voy a admitir— sí logro ver los cuántos pelos rebeldes en mi cabeza que salen en diversas direcciones y la chispa naranja de mi cigarro. Intento acomodarme el cabello un poco usando las palmas de mis manos mientras sostengo el cigarrillo entre mis labios. Me llevo el cabello hacia atrás despejando mi frente y al ver que regresa a su lugar decido tomar un poco de agua que tengo dentro de una botella sobre mi escritorio, rocío un poco entre mis dedos y paso mi mano por sobre mi cabeza acomodando algunos mechones. Tengo el cabello rizado, no al estilo afro tampoco, pero sí tengo mechones que no logro acomodar con nada y cualquier cosa que me haga en el pelo es una inútil pérdida de tiempo.

Me relajo en el espaldar de mi silla giratoria y pienso nuevamente en Simon, miro mi reloj otra vez y solo han pasado un par de minutos desde la última vez que lo vi, ya estoy comenzando a desesperarme. Le doy dos caladas largas al cigarro entre mis dedos y se me ocurre abrir el navegador, la verdad es que me pica la curiosidad por saber si en realidad las chicas opinan lo mismo que Simon. Miro alrededor y cuando me cercioro que soy el único que queda en el piso comienzo a teclear de manera rápida la dirección de mi red social, espero unos minutos que se cargue la página mientras vigilo la zona y cuando aparecen los campos comienzo a rellenarlo para entrar a mi cuenta de Facebook.

No soy muy activo en redes sociales, voy a admitir que me parecen una completa pérdida de tiempo por los siguientes motivos: No tengo ganas de hacer amigos, no tengo familia en el extranjero y no me dan ganas de conocer la vida de las otras personas.

Ni siquiera sé cuántas chicas tengo en mi lista de amistades. Nunca he sido del tipo de enviar solicitudes, los pocos amigos que tengo —treinta y cuatro para ser específicos— son algunos ex compañeros de la universidad, amistades que había logrado hacer junto a Sara. Creo que eso suficiente para crear una encuesta, específica para el sexo femenino, lo dejaré en claro desde el inicio.

La pregunta es sencilla. Comienzo a teclear cada una de las opciones y en un par de minutos ya estoy posteando mi publicación que va de esta manera:

Mujeres, necesito su ayuda para un artículo, ¿qué es lo que ustedes prefieren en un hombre?

Un hombre apuesto.

Un hombre adinerado.

Un hombre que sabe lo que hace.

Agregué esa última para saber si en realidad Simon tiene razón.

Me quedo frente a la pantalla por un buen rato mientras termino el cigarrillo y espero que alguien se muestre con vida por aquí, no sé cuándo fue la última vez que me conecté en esta cosa, pero debió ser hacer mucho. En mi foto de perfil tengo el cabello más corto y peinado hacia un lado, Sara está conmigo, recuerdo perfectamente que la foto fue tomada en el patio de la casa de sus padres luego de la celebración cuando se graduó de la escuela de leyes, hace cuatro años precisamente.

Doy un suspiro largo y pesado mientras intento despejar mi mente, agito mi rostro con ambas manos en un intento fallido de librarme de pensamientos inoportunos y miro la barra buscadora en la parte superior de mi perfil. No debo caer en la tentación, lo sé, pero algo en mi interior me dice que no estaría mal volver a verla mientras mi parte racional se intenta mantener firme. Saco otro cigarro, lo enciendo mientras tecleo su nombre y Facebook me dirige a su página.

Su perfil salta en mi pantalla, con sus expresivos ojos color miel que resaltan por sus pestañas tintadas, una sonrisa perfecta y su cabellera castaña entrenzada hacia un lado. La angustia me recorre entero y quiero ver más allá de su perfil pero ya me ha eliminado de su lista de amigos.

Tal vez Simon tenga razón, ya no quiere saber nada de mí porque antes, cuando decidíamos dejar nuestra relación siempre seguíamos en contacto, como si ambos nos negáramos a dejar ir al otro pero ahora es diferente, hoy no sé dónde está, no quiere saber nada de mí y mis llamadas molestan al punto de apagar su teléfono celular.

No sé qué hubiera pasado si yo fuera un tipo como Simon.

De inmediato viene a mi mente lo del sitio de citas, no es algo en lo que crea, pero mi parte curiosa y molesta quiere saber los resultados. La pregunta da vueltas en mi cabeza mientras la intriga me desconcierta y pongo mis dedos sobre el teclado para escribir la dirección web y en

instantes estoy frente a los campos que piden los datos para tener acceso. Sé que habíamos dicho que mañana íbamos a revisarlo, pero no hago nada con darle un vistazo, mañana finjo que no he visto nada.

Cuando mi perfil queda frente a mí, me sorprendo.

Voy a admitir que quedo flipando, en unas horas ya tengo tres solicitudes de chicas en mi perfil personal. Me levanta el ánimo ¡Bendito sitio de citas! Le sonrío a la pantalla mientras comienzo a ver el perfil de cada una de las chicas y no están nada mal, eh.

¡Toma esta, Simon!

Salgo de mi perfil, quiero saber cómo le ha ido a Michael Petrovsky y mientras lleno los campos para la información requerida de mi alter ego, un mensaje se aparece en mi teléfono celular. Si despegar la vista de la pantalla saco el aparato de mi bolsillo y cuando mis ojos viajan a él, mi corazón da un vuelco.

Es de Jonathan, el hermano Sara.

«Iré por las cosas de Sara esta noche, ella no quiere que estés en casa»

No dudo ni un minuto en enviarle mi respuesta:

«¿Qué diablos tiene que ver que tú vayas por sus cosas y que yo no esté en casa?»

Casi al instante mi teléfono suena y es otro mensaje suyo que casi olvido revisar por estar viendo el perfil de una tal *RubiaCaliente16*:

«Porque a mí no me caes bien»

¡Qué hijo de puta!

No es como que él me agradara tampoco, es un tipo calvo con los brazos llenos de anabólicos que se ha logrado mantener a costa del dinero de sus ex esposas, ¿Pero qué se puede esperar de un hombre mediocre que vive en el garaje de sus padres, se niega a trabajar y está rodeado de abogados que le hacen la vida fácil?

Maldito abusador.

Decido dejarlo así, porque la verdad que entrar en una discusión con este neandertal es una completa pérdida de tiempo. Intento llamar a Sara a su número personal porque no quiero a ese hombrecillo semi desnudo en mi apartamento, dos, tres, cuatro veces y la última me lleva directamente al buzón, casi rozo la histeria por no tener idea de donde está y contengo las ganas de ir hacia mi apartamento ahora mismo y sacar a su hermano a golpes si es posible.

Me contengo, tomo una calada de aire buscando relajación y dejo triunfar a mi parte racional mientras con mi cabeza inclinada hacia atrás miro el techo de mi oficina y la lámpara justo sobre mi cabeza, tomo otra calada del cigarrillo y dirijo mis ojos al monitor donde el perfil de Michael Petrovsky es el que invade la pantalla y...

Sesenta y dos solicitudes.

En algo más de seis horas el desgraciado de Michael Petrovsky tiene sesenta y dos solicitudes, una de ellas es de la chica *RubiaCaliente16* que envió solicitud a mi perfil personal, pero a Petrovsky le hizo llegar un mensaje privado, aparte de los diez mensajes de otras chicas que pidieron charlar con él. Voy por el perfil de algunas de ellas, la mayoría son mujeres con poses sugerentes y escotes pronunciados, pantalones ajustados y hasta una actriz porno.

Aturdido me dejo caer nuevamente respaldar de la silla donde me encuentro, no despejo la mirada del monitor. Somos la misma persona, solo que una es real y la otra ficticia, uno dice la verdad y el otro inventa tonterías, uno es... no lo sé, ni siquiera sé que se supone que es Michael Petrovsky.

No sé cuánto tiempo pasa mientras intentando digerir esa información, me percató que sigo vivo cuando un golpe en la puerta me hace estremecer y luego de eso el sonido de la misma abrirse. Hago movimientos desesperados con mis manos para esparcir el humo y tiro el cigarrillo al suelo intentando apagarlo con mi zapato, cierro el perfil de Petrovsky y miro la alfombra para percatarme que no hay restos de chispas encendidas.

—Roger, es hora.

Respiro tranquilo cuando me percató que es el maldito de Simon, suspiro aliviado y lo miro con desaprobación por estar a punto de causarme un paro cardíaco.

—¿No podías avisar que eras tú desde que entraste? ¿Dónde diablos estabas, por cierto? —estoy dando click en cerrar sesión a mi cuenta de Facebook justo cuando él se detiene a la par mía.

—Alicia, la chica de la recepción, necesitaba un aventón a casa. ¿Qué haces? —me pregunta, con un molesto interés que me hace recordar que frente a él no tengo privacidad —¿Qué hacías viendo su perfil?

Mierda, lo último que me faltaba.

—Nada, sólo quería saber qué ha pasado con ella estos últimos días ¿Acaso eso está mal?

—Dime que no le has enviado un mensaje —ahora su tono es agresivo, lleva sus manos

como jarra y pone esa mirada de reproche, muy suya, en mi persona.

—No —digo, de manera contundente —no le he enviado ningún mensaje. ¿Puedes darme privacidad, por favor?

—¿Y estabas fumando? Por favor, dime que no estabas haciéndote una paja mientras mirabas su foto...

—No.

—Porque de ser así necesitas terapia.

—Que no.

—Aquí hay cámaras y pueden verte la polla en seguridad...

—Maldita sea, Simon. Que no, ¡No!, no me estoy... ¡vete a la mierda!

—Oye, tranquilo viejo.

Simon es un grano en el culo de primera pero eso ya lo he dicho, apago el monitor y saco otro cigarrillo para llevarlo a mi boca. Me pongo de pie presionándolo entre mis labios y después de tomar mis cosas y tirarlas de manera brusca dentro de mi mochila camino en dirección a la puerta de salida sin ver a Simon. Observo sus intenciones de ir por el elevador, así que me voy directo a las escaleras, después de todo son sólo tres pisos.

—Ni se te ocurra irte —le escucho decir cuando estoy descendiendo. Oigo sus pasos detrás de mí y me percato que mi plan de mantenerlo lejos no ha funcionado —recuerda que tenemos planes.

—¿Sabes qué? No me siento de humor para tus planes.

—Maldita sea Roger, nunca encontrarás una mujer si te quedas en casa fumando, frente a un televisor viendo partidos de fútbol y comiendo chatarra.

—Es que no quiero encontrarla.

Simon suelta un suspiro, no me vuelvo en su dirección, sigo bajando hasta que estoy finalmente en el parking y lo atravieso a paso rápido hasta llegar a mi auto por la brisa que nos está cayendo encima. Recuerdo que el hermano de Sara no quiere que esté en casa mientras va por las cosas de ella y la verdad es que yo tampoco quiero encontrármelo. Me detengo junto a la puerta pensando donde puedo ir mientras tanto.

—Eres tan dramático —le escucho, él va hacia su Mustang, curiosamente aparcado junto al mío —si hubiera un premio que se llamara «Miss drama» tú te llevarías el primer puesto.

—No sigas...

—¿Te sale sangre por el pito cada mes?

—Simon, cállate.

—¿Es una cuestión hormonal? ¿Te duelen los pechos?

—Simon, maldita sea... no estoy de humor y no quiero terminar con mi puño en tu cara.

—Sólo quería que fueras conmigo para que aprendas un poco sobre seducción —expresa, se da media vuelta para quedar frente a mí al otro lado de mi vehículo.

—Yo no necesito aprender reglas de seducción, el día que quiera conocer una chica solo lo voy a hacer y ya.

—Escribe eso en tu artículo y me dices a cuántos le funciona —suelta una risita cargada de ironía. No digo nada, lo observo abrir la puerta del auto, ingresar en él y una vez que está dentro abre la ventanilla —si no quieres está bien, mañana a la hora del almuerzo revisamos el perfil de Petrovsky.

Hago un gesto, algo que indica mi descontento hacia el bendito sitio de citas, abro la puerta de mi automóvil. Maldito Simon y maldito Michael Petrovsky.

—No quiero saber nada de ese sitio de citas. Es obvio que ahí hay mujeres que prefieren un hombre que hable bonito aunque solo quiera follarlas.

—¿Ya viste el perfil?

—N... no —titubeo y aclaro mi garganta.

—¿No? Maldito seas Roger —Simon sale del auto, camina hacia mí buscando el teléfono en su bolsillo —acordamos verlo mañana... juntos.

—Suenas a novia caprichosa cuando el chico no quiere ir a ver la película con ella.

—¿Qué sabes tú de chicas?

Mejor no contesto.

Él está viendo la pantalla de su teléfono celular y yo viendo la forma más rápida de salir por este parking. Suelta una carcajada que llama mi atención y mantiene una sonrisa al estilo el Joker.

—¡Guao! —exclama, sin verme.

—¿Qué?

—Michael tiene setenta solicitudes.

—¿Qué mierda? ¿Tan rápido? Tenía apenas... —mejor me callo.

—¿Tú cuantas tenías?

—Eh... yo —aclaro mi garganta, finjo intentar recordar o algo parecido —no lo sé, no las conté, algunas treinta.

—Mientes.

—Igual Petrovsky me gana ¿no?

—Tienes tres solicitudes.

Ruedo los ojos. Abro la puerta del auto y tiro mi mochila, sin ninguna delicadeza, sobre el asiento del copiloto.

—Eso es una mierda. Lo sabes.

—¿Ahora si lo ves, Roger? ¿Lo entiendes? —casi grita, con un entusiasmo que me aterra —
¿Por qué crees que Petrovsky te lleva la delantera?

Lo ignoro, subo a mi auto y me ubico frente al volante sin mirar a Simon, él interfiere y no me permite cerrar la puerta.

—Simon, la verdad es que no me interesa.

—Claro que te interesa —dibuja una media sonrisa en su rostro, una que se me antoja mitad diabólica, mitad divertida —justo ahora estás pensando porqué las chicas prefieren a Petrovsky y por qué no a ti, siendo ambos la misma persona.

—Porque es obvio ¡En ese sitio hay hasta actrices porno!

—Genial ¿no? —Creo que Simon no entiende nada—. Te diré por qué prefieren a Michael Petrovsky, porque es un tipo que transmite seguridad, parece ser un hombre interesante, culto, elegante.

—Deja de hablar como si el supuesto Michael Petrovsky existiera, ese soy yo, es mi fotografía de hace años y es obvio que a cualquier mujer le interesa un hombre musculoso y desnudo. Intenta tú hacerte un perfil en Instagram donde no estés medio desnudo y sostengas un libro en lugar de una mancuerna, me dices a cuántas seguidoras llegas.

Comienza a manipular su teléfono sin ponerme atención y deja la pantalla frente a mis ojos. Cuando me adapto al potente brillo, observo mi foto, la del perfil, pero siendo yo.

—¿Qué te transmite este sujeto? —Me quedo en silencio, suspiro mientras pienso que está entorpeciendo mi camino por una tontería y masajeo mis sienes en un intento fallido de relajación. Por supuesto que yo no me miro como Petrovsky, yo llevo lentes, el cabello desordenado y una barba de varios días sin afeitar. —Dímelo, ¿qué te transmite?

—Ese es un tipo real.

—Que no le gusta a ninguna mujer.

—Tengo tres solicitudes, eso, querido Simon es más que suficiente. —Ingreso la llave en el orificio correspondiente para poner en marcha el auto y largarme de aquí cuanto antes.

—¿Quieres que les escriba?

—No...

—Porque apuesto que ni una de ellas quiere ligar contigo ¿Sabes qué pareces en esta fotografía?

—Okey, dime qué parezco y déjame ir.

—Un pedófilo. —Ahora sí lo miro y su comentario no me hace ninguna gracia.

—Los pedófilos pueden verse bien también, Simon. Te apuesto que por ahí hay tipos que se miran como tú y les gusta ver pornografía infantil. —Mi tono es reñido, Simon se lleva las manos a la cabeza, tirando hacia atrás la parte de su cabello que llevaba en su frente, despeja su rostro y suelta un suspiro. —Me voy.

—Está bien —me habla, guardando su teléfono celular en el bolsillo. —Voy a llamarle a las chicas, les diré que tengo trabajo que hacer, es muy probable que ya estén listas ¿Sabes cuánto tardan las mujeres en arreglarse para una cita?, gracias Roger por hacerme ver como un caballero.

Obviamente lo ha dicho con todo el sarcasmo que ha podido recoger, lo miro sacar su teléfono de nuevo y marcar, supongo, el número de la chica. Se lleva el teléfono a la oreja y aguarda ahí unos segundos.

—Puedes ir tú...

—No, llevará a su amiga y no será muy bien recibido para la otra chica hacer un «mal tercio» —hace comillas con sus dedos mientras sigue aguardando en línea. Maldice en un siseo y manipula el teléfono en sus manos. —Gracias Roger, gracias.

—A ver —le digo, cuando lo observo que se está alejando tengo que levantar la voz para que me escuche. —¿Me preguntaste, Simon? No, las invitaste tú sin consultarme.

—¿Es que no te comprendo! —Ahora está de regreso, genial. —¿En serio no te importa un poco aprender a ligar con chicas?

—Sí, la verdad que me importa muy poco.

—Está bien, como quieras. Pero la próxima vez no me digas que sí irás para conseguirme a tiempo otra persona que sí me acompañe. —Lo observo alejarse, encerrarse dentro de su auto y después ponerlo en marcha. Suelto un bufido dejando caer mi frente sobre el volante, el claxon comienza a sonar pero no me separo, me quedo así hasta que me doy cuenta que el guarda de seguridad del edificio viene hacia mí.

Escucho un golpe en la ventanilla de mi auto y la bajo mostrando una sonrisa.

—¿Está bien, señor? —¿Señor? Apenas tengo veintisiete años.

—Sí, no se preocupe —él asiente, se aleja de mi ventana y lo observo caminar de regreso a su puesto.

Tomo mi teléfono celular y le envío un mensaje a Simon, espero unos minutos que me conteste pero me quedo esperando por varios minutos hasta que me doy cuenta que no va a hacerlo, ahora no tengo idea de dónde ir. Maldito hermano de Sara. Pongo en marcha el auto y no he avanzado ni cinco metros cuando mi celular suena y desde mi lugar miro su respuesta en la pantalla de mi teléfono:

De: Simon

«Te espero en mi apartamento»

Capítulo 5

Conduzco directo al apartamento de Simon, me doy cuenta que mi vida es tan solitaria que no tengo más amigos. La mayoría de mis conocidos eran por Sara y, ahora, no sé cómo acercarme a ellos. De hecho, ni siquiera sé si me recuerdan.

Me siento estúpido y me hago una rápida nota mental: Hacer más amigos. Creo que ahora que estoy soltero, voy a necesitarlos.

Paso al interior del apartamento justo al momento que él abre la puerta, lleva solamente una toalla alrededor de la cintura y se aleja de inmediato cuando doy un paso adelante, la imagen del interior de su hogar que me recibe es tan triste y aterradora al mismo tiempo.

—¿Sabes? Creo que aparte de dramático, eres bipolar.

—Hablas como si tú estuvieras completamente cuerdo. —Le contesto de inmediato. Me lanza una rápida mirada cargada de desaprobación y se pierde en su recámara.

—Solo tomo una ducha.

—¿No es que ya era tarde?

—Lo es, por eso apresúrate y cámbiate. —Miro en la dirección a la puerta de su habitación y de inmediato aparece en mi campo de visión. —Porque sí vas a cambiarte ¿cierto?

No digo nada, me limito a ver mi ropa, una sudadera gris, un pantalón vaquero y unos zapatos que, a decir verdad, tengo mejores.

—Ahm... yo... no... —Él bufa y después escucho un portazo. —No puedo ir a mi apartamento ¿De acuerdo? El hermano de Sara irá por sus cosas.

La puerta vuelve a abrirse.

—Así que va en serio lo de Sara, ¿lo ves?

—Como sea...

—Nunca me había sentido tan feliz por ti.

—Simon... —Le riño.

—Y bien, aunque pudieras ir sé que pensabas presentarte a una cita en esas fachas —lo dice de una forma tan despectiva que me molesta un poco. —Después te ayudo a buscar algo en mi ropa porque apuesto que tampoco en tu casa tienes algo bueno que usar.

Vuelve a cerrar y lo único que hago es soltar un suspiro, intento dejar de pensar en ello mientras miro alrededor. Ya he venido muchas veces a su apartamento pero siempre el lugar tiene cosas diferentes y no precisamente buenas.

Bien, el apartamento de Simon es bonito, sí, es pequeño y bastante acogedor, o al menos lo fuese si limpiara un poco. Aquí he dicho todo. El lugar es un asco y no es por criticarlo porque esté molesto con él, en realidad a él le vale una mierda. Creo que hasta le parece *cool* porque es el típico apartamento de soltero: latas de Coca-Cola y cerveza por todos lados, cajas de pizza y envases de comida china, zapatos por toda la sala. Me llevo las manos a la cintura en forma de jarra mientras inspecciono el sitio y me dan ganas de salir corriendo.

—¿Cómo consigues vivir en este lugar? —digo desde la sala, no sé si me escucha pero lo levantado la voz lo suficiente como para que me haya entendido, escucho el sonido de la regadera cerrarse y suelto un suspiro cuando veo la cantidad de latas de soda sobre el sofá, las recojo en mis manos y miro alrededor para buscar un sitio donde depositarlas —ahora entiendo por qué usas la casa en la playa...

—Las mujeres aman la casa en la playa —me dice, saliendo de su habitación, ahora se está secando el cabello con una toalla y atraviesa su minúsculo departamento... desnudo, tengo que dar media vuelta porque en realidad, no se me apetece verle la «bestia» a Simon.

—Maldita sea, ¿Puedes vestirme por favor?

—Oye... ¿Es verdad que tengo una nalga más grande que la otra?

—¿Qué?

—Mírame... necesito que revises bien si es verdad que una es más grande que la otra.

—¿Qué? ¡No! No voy a hacerlo Simon, ve a ponerte un maldito calzoncillo. —Veo solo un momento hacia él y está de frente, con la toalla sobre el cuello y ambas manos en la cintura, algunas gotas le recorren el cuerpo y de inmediato vuelvo mi vista hacia el florero de su mesa de centro.

—No quiero andar por ahí con una posadera más grande que otra.

—¿Por qué diablos usas la palabra posadera?

—Tú eres un escritor, creí que ibas a preferir la palabra posadera...

—No... no prefiero la palabra posadera y tampoco quiero verte el culo, ve a vestirme.

—Roger, necesito que mires, no tengo a nadie más a quién preguntarle sobre esto.

—Ya te dije, no voy a verte las putas nalgas, Simon.

Escucho sus pasos descalzos caminar en mi dirección. Y se detiene frente a mí de espaldas y cierro los ojos por instinto.

—¿Qué? —me pregunta, suelto las latas de soda y me tapo el rostro con las manos —¿Acaso nunca te cambiaste en los vestidores de la escuela?

—No, nunca lo hice.

—¿Qué? ¿Eras una niña? Vamos, solo es un vistazo, ¿es una más grande que la otra sí o no?

—Eso es físicamente imposible...

—Roger... sólo cállate y ayúdame. No quiero que mi trasero no sea uniforme —suelto un bufido y abro los ojos lentamente hasta quedar con la vista de todo su cuerpo frente a mí, veo el dragón que tiene en su espalda y me concentro en la zona que me ha dicho aunque miro dos veces en otra dirección —observa bien por favor, siendo así debería cambiar mi rutina en el gimnasio así que esto es muy importante.

—¿Quién diablos te dijo eso?

—¿Es una más grande que la otra sí o no?

—Las... dos... están iguales.

—¿Estás seguro? ¿Tienen la misma forma?

—No me siento cómodo haciendo esto...

—¿Y así? —estruja el trasero. —¿Se ven iguales? ¿Es un bonito trasero?

—Sí, es un bonito trasero. Ya vístete, maldita sea. —Eso último se lo grito. No puedo evitarlo.

—¿Dan ganas de darle una palmada?

—¿Qué carajo?

Escucho el sonido de alguien aclarándose la garganta, miro alrededor, se suponía que estamos solos, qué diablos... Simon mira en dirección a su laptop, en la computadora está el rostro de la jefa dragón, Simon por instinto se cubre con la toalla que llevaba en su cuello y yo solo quiero desmayarme o fingir mi muerte.

—Creo que deberían continuar en otra ocasión —dice, viéndonos fijamente. Su seriedad me aterriza y acomoda sus lentes de pasta con marco de cebra. Tose un poco y yo creo que me voy a

morir... de vergüenza —Hola Roberto.

—Qu... qué tal, Mar...garet —balbuceo, finjo que recojo todas las latas de soda y Simon va en su dirección amarrándose la toalla en la cintura.

—Margaret ¿Por qué no me avisas que vas a llamar antes? Tengo en modo de auto contestador porque me dijiste que odiabas esperar, te dije que llamaras a mi teléfono antes. Pudiste encontrarme en una situación más vergonzosa.

¿Existe para Simon una situación más vergonzosa que esta?

—¿Ustedes son pareja? —la escucho y me vuelvo a la computadora de inmediato.

—¡No!

—¡No!

Ambos negamos al mismo tiempo.

—¿Es por eso que te dejó tu novia?

—¡No!

—¡No!

Otra vez ambos al mismo tiempo. Ella nos mira con esa actitud inquisidora y luego suelta un suspiro aburrido.

—Hacían tan buena pareja —dice, Simon me mira y yo lo miro a él. Ambos hacemos un gesto de asco, él se voltea y yo también.

—Margaret, hagamos esto rápido, tengo una cita —creo que no he mencionado que Margaret parece no llevarse muy bien conmigo, pero sí siente cierta adoración por Simon. Por un momento pensé que tal vez se sentía atraída hacia él pero es algo que Simon niega rotundamente, y bien, conociendo que se ligó a su amiga, tal vez sea verdad. Apuesto que si la jefa dragón le insinuara algo, Simon no dudaría en follar con ella.

—Bien, entonces muéstrame los documentos por favor. Y por cierto, tu posadera no está una más grande que la otra ¿cierto, señor Santana?

Simon tiene el rostro colorado y yo debo estar peor. Me vuelvo a Margaret y con una cordial sonrisa me despido de su persona.

—Yo... iré a dejar esto afuera —digo, levantando la bolsa negra. Salgo de ahí tan rápido que no me doy cuenta que la bolsa en realidad tiene un agujero en el fondo. Es hasta que estoy en el piso de abajo que me percató que lo único que hay en el interior es la caja de pizza, miro hacia

atrás y observo una lata de cerveza en el primer escalón y otra de soda unos tres pasos después.

Gruño y regreso por ambas cosas cuando miro más basura sobre las escaleras.

Las dejo ahí, porque no pienso recoger cada cosa cuando he caminado tanto desde el apartamento de mi amigo. Me regreso a la entrada y decido ir a depositar la bolsa a su lugar correcto. Miro por la ventana teñida de sepia y observo la intensidad de la lluvia allá afuera, tomo una calada de aire y me llevo el gorro del suéter a mi cabeza.

Abro la puerta y sin pensarla dos veces, corro hacia el lugar, de inmediato la brisa golpea mi cuerpo y siento que mi ropa se empapa, hay un seleccionador de basura, pero no me fijo donde lanzo la bolsa porque necesito volver adentro o pescaré una neumonía.

En un instante, ya estoy de nuevo en la entrada y me detengo en un lugar donde no cae lluvia ni un poco. Siento que algunas gotas se me escurren del pelo por sobre la mandíbula y me seco las manos en el interior de mi sudadera para tomar un cigarrillo de mi bolsa y el mechero.

No volveré al apartamento de Simon, al menos no ahora porque no quiero ver la cara de la jefa dragón de nuevo, tendré suficiente mañana con su rostro inquisitivo mirándome fijo desde su escritorio después de lo que ha presenciado.

El maldito encendedor no funciona, supongo que por la humedad del ambiente o la temperatura de mis dedos, maldigo mientras miro alrededor e intento buscar en otra cosa que distraerme mientras tanto.

Escucho una voz femenina a mis espaldas, un tono reñido que lanza una palabra obscena y me vuelvo en dirección a la persona a mis espaldas. Es una chica, sostiene un paraguas con una mano al mismo tiempo que hace maniobras para mantener una caja bastante grande en la otra. El taxista le deja la otra caja a la par suya, en pleno aguacero y a paso rápido se sube a su vehículo y se va.

Menudo taxista.

Tiro el cigarrillo sin encender en un cesto cerca de la puerta, voy en dirección a la dama. El clima no está nada considerado hoy y siento que el aire me congela hasta los huesos.

—¿Te ayudo? —pregunto al llegar a la par suya, escucho algo cercano a un está bien y sostengo la caja que tiene en manos. Ella de inmediato toma la otra a su lado y también me ofrezco a llevarla pero niega con su cabeza.

—No no, yo puedo —en ese momento levanta el rostro, a pesar de la tenue luz del alumbrado, sé que la conozco de algún lado y cuando me sonrío, caigo en cuenta que es la chica a

la que Simon le contó sobre mi vida sexual ayer y me dan ganas de fingir un desmayo.

—Roger ¿cierto? —maldición, sabe mi nombre, mal asunto. Si ya de por sí pensé en no volver a ese bar precisamente porque ella sabía más de mí que lo que cualquier persona pudiera nunca, ahora tenía ganas de ir al apartamento de Simon y tirarme por el balcón.

—Ahm... así es —menciono en respuesta mientras pienso una y mil veces que no debí salir a botar la maldita basura de Simon —¿Kate? ¿Es correcto? —la chica asiente, cierra el paraguas al darse cuenta que no ha servido de mucho o eso intenta cuando el viento con violencia estropea el objeto.

—Hoy definitivamente no es mi día —dice, viendo el paraguas estropeado. Bufa mientras se acomoda el gorro de su chaqueta y hace un gesto con la barbilla señalando la puerta del edificio.

—Dímelo a mí, tengo un par de días que definitivamente no han sido mi día —no sé qué fue lo que dije pero creo que se entendió, ella me dedica una sonrisa y extendiendo mi mano indicando que iré tras ella.

Caminamos a paso rápido hacia el interior y deposita el paraguas dañado en el cesto de la entrada. Me dice su número de piso y resulta ser el mismo que Simon, ahora entiendo de donde se conocen y por qué tanta confianza, lo que es malo, muy malo. No sé qué más cosas bochornosas pueda saber de mí pero si habla con Simon a menudo, es muy probable que ya se sepa todos los detalles asquerosos de mi vida.

—Escucha, lo que sea que hayas escuchado ayer por parte de Simon, no es cierto. —En ese momento estamos subiendo las escaleras. Kate se gira de manera leve en mi dirección. No habíamos hablado absolutamente nada después que entramos al edificio hasta ahora que, brillantemente, se me ocurrió hablar específicamente de Simon.

Observo una leve sonrisa de parte de Kate y después de eso sus dedos delgados acomodan un mechón de su cabello que se está adhiriendo a su mejilla. Kate tiene el pelo largo, liso y de un color negro intenso, tal vez sea porque está húmedo pero sí es lo suficientemente oscuro como para resaltar el verde de sus ojos, ahora que la iluminación es mejor, puedo fijarme en el tono claro bastante inusual que posee.

—No creas que voy por ahí poniendo atención a todo lo que dice Simon —habla. Su celular comienza a sonar y se detiene por un momento pero al percatarse que es imposible que justo ahora lo saque de su bolso, bufá y continúa su camino. —¿Te mudaste?

—No —contesto de inmediato —no, no soportaría vivir cerca de Simon —siseo esto último

porque el maldito tiene oídos de animal depredador y escucha a millas cualquier cosa que trate de su persona.

—¿En serio? Al parecer él estaba entusiasmado con la idea de que te mudaras con él.

—¿Qué?

Ya a este punto, esa última pregunta me salió como un suspiro, me doy cuenta que necesito mucho cardio y me detengo en el último escalón intentando recuperar el aire de mis pulmones de la forma más disimulada posible.

—Dijo que tu novia te había botado y que es muy probable que necesitaras un lugar donde vivir y él tiene mucho espacio. —Hago una mueca mientras ella se quita el gorro. Mato a Simon y su lengua floja, intento suspirar hondo y suelto el aire con enfado aunque no lo pretendía.

—No es verdad —digo, recuperando el aliento. Retomo el camino y ella continúa a mi lado. —Bueno, sí me botaron pero aclaro... —hago énfasis en esa palabra —sí tengo un lugar donde vivir.

En ese momento, tropiezo con una lata de Coca Cola y caigo al suelo, mierda. Ese es el karma, sí, debe ser eso. Todo por no recoger las malditas latas, miro la caja que llevaba en manos y ha caído a una distancia bastante prudencial, me preocupo, no me lo perdonaría si fueran objetos frágiles o valiosos a los que les he dado fin.

—Oh por Dio. —la escucho decir y yo nada más estoy viendo con preocupación el objeto —¿estás bien?

Ahora me está ayudando a levantarme, quiero ser un avestruz y meter mi cabeza en un agujero, uno muy hondo y muy oscuro para no volver a salir nunca.

—Yo, amm, sí, no... lamento lo de tu caja ¿había algo frágil ahí?

—No, no —contesta de inmediato, estoy desorientado, no sé si por el golpe o la vergüenza —son solo libros, no te preocupes. ¿Te has lastimado?

Me pongo de pie y me acomodo el cabello fingiendo que en realidad no ha pasado nada, le muestro una sonrisa y recojo la caja.

—No, estoy bien... —miento, me duele la rodilla y tengo que disimular mi cojeo extremo, miro la maldita lata y la aparto con el pie de mi camino.

—Lo lamento —dice ella —no sé quién ha sido el inconsciente que ha dejado basura en el pasillo. Te juro que usualmente no es así —mejor no digo nada, no menciono que yo he sido ese inconsciente, que el karma quiso hacer de las suyas y portarse como una perra.

—No te preocupes. —Al parecer no soy tan bueno con las mentiras como me imaginé en mi cabeza porque ella de inmediato nota mi falso bienestar y mira mi rodilla.

—¿Estás seguro?

—Sí, es sólo que me fracturé la rodilla cuando era niño y ahora soy un poco delicado de esa zona. —Ella está viendo mi rodilla, y asiente al momento que sus ojos viajan a los míos.

—Oh, una artrosis de rodilla secundario ¿Tomas algo para ello? —De acuerdo, creo que mi rostro debe ser confusión pura, porque cuando se vuelve a mí, sonrío y aclara: —Un daño al cartílago por un accidente previo.

—Ah, yo... no, no es algo que me pase a menudo. —Solo la observo asentar, no dice más hasta que nos detenemos en una puerta blanca. Deja la pequeña caja que cargaba sobre la alfombra de entrada. Busca algo dentro de su bolso y solo un instante después saca unas llaves.

—Te lo agradezco mucho, Roger. —Le escucho decir, hago un gesto en respuesta mientras dejo la caja justo a la par de la otra. —Te invitaría a tomar un café, pero todas mis cosas están en cajas y no recuerdo en cual está la cafetera. —Me río ante su sinceridad, asiento en respuesta mientras tomo ambos objetos en ambas manos.

—¿Te estás mudando?

—No. —Suelta una risita nerviosa junto a un gesto avergonzado. La verdad que esperaba que me dijera que sí, que se estaba mudando, porque eso significaba que no ha hablado tanto con Simon. —Pero estoy tan saturada con mis clases y el trabajo que no me ha dado tiempo de arreglar un poco.

—No te preocupes. —Una sonrisa acompaña mi frase. —¿Te ayudo a llevarla dentro?

Me dice que sí y abre la puerta para indicarme el camino. Doy un paso para tomar la caja y hago una mueca cuando siento el dolor incómodo en la rodilla.

—Tal vez necesites un poco de hielo y unos analgésicos —Aunque quiero restarle importancia a esto puedo ver que Kate no se traga mis intentos.

—Estoy bien...

—Vamos... entra...

Lo hago y lo que me dice es verdad, el lugar está lleno de cajas y solo hay un sofá de color vino y una mesa en el centro. Su apartamento es similar al de Simon, hablo de estructura porque, aunque no está muy bien arreglado, al menos sí está limpio; algo que le falta mucho al hogar de mi amigo.

—Siéntate por favor. —Miro el único sitio para tomar lugar y después de dejar la caja en la mesa que ella me indica, me dejo caer en el sillón, bastante cómodo voy a admitir. Desde el momento que mis «posaderas» tocan la tela, me hundo y me dan ganas de quedarme dormido.

La miro acercarse a mí, con una bolsa de cubitos de hielo envuelto en una toalla. Me entrega lo que trae en manos y después me extiende algo que deja caer en mi palma y me doy cuenta que son dos pastillas.

—Te ayudará para el dolor y a desinflamar un poco —me dice. La observo retirarse de nuevo e ir a su refrigerador de dónde saca una botella de agua potable y vierte el líquido en un vaso.

Tiro las dos pastillas al fondo de mi garganta cuando la veo acercarme el agua, tomo un par de grandes tragos y después acomodo el hielo sobre mi rodilla.

—¿Cómo te fracturaste la rodilla? —Toma mi pierna y me avergüenzo. Observo que la flexiona un par de veces, la deja sobre la mesita frente a mí, ubica mejor el hielo y lo sostengo justo como me indica.

—Una larga historia. —Me rio un poco. La observo quitarse la bufanda, seguido de su chaqueta, dejando solo una blusa sin mangas de color negro. —No era precisamente el niño más quieto.

—Qué interesante. —Se va en dirección a una puerta, que supongo es su habitación. El apartamento tiene la misma estructura que el de Simon, así que me imagino la otra puerta es el baño y eso es todo. La puerta se abre de nuevo y ahora lleva puesto un pantaloncillo corto y trae una toalla en manos. —¿Eres hijo único?

—No. —Tomo la toalla que me entrega. Me dice que debo secarme un poco para evitar un resfriado mañana y puede que tenga razón, me quito el suéter dejando solo la remera blanca que llevo en el interior y me seco el cabello. —Bueno, ahora no lo soy, pero hasta hace seis años sí.

—¿Seis años? —Asiento, al mismo tiempo que me quito los lentes.

—A mi madre le pareció divertido quedar embarazada de nuevo a los cuarenta y dos años, porque según ella estaba sola.

Se vuelve a reír y se deja caer a mi lado. Doy un vistazo rápido al sitio, aunque no hay mucho que ver porque la mayoría de cosas están guardadas, solo aprecio un librero con unos cuántos títulos que no logro divisar cuáles son desde aquí, solo reconozco uno de ellos por la portada y es el de Cazadores de sombras.

—¿Te gusta leer?

—Así es, ¿a ti?

Asiento, pero no menciono que he intentado escribir mis propias historias sin ningún éxito. Se acerca a mí de nuevo, vuelve a tomarme la pierna y flexionarla.

—¿Te duele todavía?

—Ya menos. Gracias. —Me muestra una sonrisa y vuelve a dejarse caer a mi lado, la verdad que no me duele menos pero intento, ahora sí, sonar convincente. —¿Eres fisioterapeuta o algo así?

—Soy médico.

Hasta hace unos momentos esto me hacía algo de gracia, me recordó a mi madre y pensé que tal vez Kate era como ella, que si no sabe algo se lo inventa y te diagnostica cualquier enfermedad e incluso medica sin siquiera haber estudiado para ello, pero me he equivocado y me he quedado sin palabras.

—¿E... es en serio?

—Así es... —La miro un momento, pero cuando mis ojos se topan con esa mirada verde deshago el contacto visual por instinto y miro mi rodilla. —Me estoy especializando en pediatría, me quedan algunas semanas para culminar.

—Vaya... —Es lo único que digo. Me quedo mudo. Ni siquiera sé qué cosa inteligente decir porque nunca he hablado con un médico antes, es decir, fuera de un hospital. Temo sonar tonto, algunas veces es mejor quedarse callado para evitar hacer el ridículo. Lo más cerca que he estado de un doctor era el novio de una de las amigas de Sara, pero el tipo era tan arrogante que nunca dijo más palabras que monosílabos cuando mencioné a lo que me dedicaba. —Pero... ¿por qué estabas en el bar el otro día?

Le entrego el vaso con agua que me había dado, ella se pone de pie de inmediato y la miro caminar hacia el refrigerador.

—Estaba cubriendo a una amiga, fue un trabajo que tuve unos meses cuando estaba en la universidad, necesitaba pagar mis cuentas. Ella está a punto de defender su título universitario y necesitaba tiempo libre para estudiar, así que me ofrecí a ir por ella.

No sé qué contestar o qué pensar siquiera, así que sonrío y asiento al mismo tiempo que la miro verter jugo de naranja en el vaso que le había entregado y después caminar de regreso hacia mí.

—¿Y tú qué haces? —No sé qué decir, porque precisamente no me siento orgulloso de lo que hago y no tengo un currículum profesional impresionante o alguna carrera exitosa. —Es decir, tu profesión.

—Yo... —hago una pausa —amm... trabajo con Simon.

No sé qué le ha dicho Simon qué hace para vivir, pero cualquiera que sea su respuesta va a ser la mía también.

—¿También escribes para esa revista?

—Sí. —Al menos le dije la verdad, aunque no sé qué cosas se inventó porque no creo que en frente de una chica como Kate diga el trabajo que en realidad hace. Me extiende el vaso de vidrio y agradezco al mismo tiempo que le doy un trago. Quiero decir algo interesante sobre mi trabajo, pero la verdad que no tengo nada bueno qué decir, lo único que se me ocurre es: —Mi jefa es el diablo en tacones.

Kate suelta una risita que se me hace graciosa, tal vez esta no es una conversación que deberías tener con alguien que acabas de conocer, pero yo ya lo había hecho, en minutos estaba desahogándome con Kate y ya la había puesto al día sobre el caos de mi vida con mi jefa. Agradezco cuando mi celular suena en mi bolsillo interrumpiéndome, por primera vez tengo que darle las gracias a Simon por enviarme mensajes en el momento oportuno, bueno, aún no sé si es él pero lo presiento. Cuando saco el aparato de mi bolsillo, me doy cuenta que no estoy equivocado, es su mensaje que brilla en mi pantalla y cuando lo tengo frente a mis ojos leo:

De: Simon.

¿Dónde diablos estás? Trae tu flácido trasero de regreso que ya es tarde.

Por supuesto que no tengo el trasero flácido.

No le contesto, dejo mi teléfono de regreso en mi bolsillo al mismo tiempo que me pongo de pie y me doy cuenta que el dolor ha mermado un poco.

—Lo siento —le digo a Kate. Ella de inmediato se pone de pie a mi lado y toma el hielo que le entrego. —Tengo que irme, Simon tiene una cita y quiere arrastrarme con él, si no estoy ahí a la hora que él dice puede convertirse en un grano en el culo, creo que eso ya lo sabes.

Se ríe mientras me da un asentimiento, le doy un último trago al vaso con jugo de naranja y se lo entrego para tomar mi sudadera y mis lentes.

—¿Simon? ¿Tiene una cita? ¡Vaya!

—En realidad no creo que a él le guste llamarlo así —me río. Cruzo el umbral y me vuelvo a

ella: —Fue un placer verte.

—Lo mismo digo, Roger. Si sientes algún tipo de dolor o algo no dudes en llamarme, Simon tiene mi número y sé que va a dártelo si se lo pides, se lo dio a un desconocido en una discoteca y es algo que aún no le perdono.

—Sueno muy Simon —me rio, miro en dirección al apartamento de mi amigo y al menos no ha salido de ahí —muchas gracias... por todo.

—A ti, Roger —me contesta, indico un adiós con mi mano mientras hago un ademán de alejarme. —Diviértete.

Hago una mueca, una que indica lo errado de esa última palabra, porque en realidad esto no es algo que vaya a divertirme.

—Eso no creo que pase pero voy a intentarlo. Que tengas buenas noches.

—Buenas noches. —Giro sobre mis talones, poniendo mis lentes sobre mis ojos y a paso rápido llego hasta la puerta, no tengo necesidad de abrirla, justo al ubicarme al frente Simon, él ya está saliendo, con un gesto nada amable, acomodando las mangas de su camisa blanca y me dice:

—¿Dónde diablos te metiste? Tu ropa está sobre mi cama, apresúrate.

No sé por qué, pero esa frase me ha dado miedo.

Capítulo 6

El vestuario que me ofreció Simon fue algo demasiado extravagante para mí, lo que me temía, yo no puedo vestir como Simon, él es muy de ropa ajustada, camisas impecables de botones, zapatillas recién lustradas, yo... bueno... soy todo lo contrario. Agradecí al cielo en el momento justo que noté que su ropa no me quedaba, él es unos centímetros más pequeño que yo y no hay forma que yo vaya por ahí con un pantalón que me queda unos centímetros arriba de lo indicado, así que lo único que pudo ofrecerme fue una chaqueta y una camiseta, solo me deshice del suéter que llevaba puesto y me arreglé el cabello, de hecho, fue Simon que lo hizo pero no me gustó el resultado así que volví a despeinarlo un poco antes de entrar al club, solo esperé que se descuidara al momento de mostrar su identificación.

Ya había pasado un largo rato y las chicas no se aparecían por ningún lado, creo que nos plantaron y se lo dije a Simon aunque no me prestó atención en lo absoluto, no es que me importase, de hecho, deseaba que no se aparecieran, no seríamos los únicos hombres a los que plantan un par de chicas que conociste hace unas horas. Estaba calmo, tomándome una bebida sin alcohol mientras Simon estaba concentrado en la pista de baile viendo a una chica.

—¿Sabes? —me habla, cuando le estoy dando una repasada en el lugar buscando algo interesante en lo cual distraerme. —Ahora si me arrepiento de haber invitado a esas chicas, esa que está en la pista desde hace un rato que está intentando llamar mi atención.

—¿Por qué crees que es a ti? Hay muchos tipos en este lugar.

—Es simple intuición. —Pone su mano sobre mi hombro. —Ahora no sabes nada de seducción pero a medida que adquieras experiencia te vas a dar cuenta cuáles miradas son para ti.

El lugar está lo suficientemente oscuro, no tanto como para apreciar la cara de todas las personas pero sí lo justo para tener un rato de intimidad con alguien, doy un sorbo a mi bebida de nuevo y me concentro en las luces neón que se mueven de un lugar a otro.

—Si ellas no vienen en diez minutos —le hablo a Simon, quién continúa su vista en la chica morena a unos metros de nosotros. Le doy un vistazo en ese momento y sé que Simon no está enloquecido por su baile, está concentrado en sus piernas y como se mueve su falda de un lado a otro casi mostrando su ropa interior —¿Podemos irnos?

—¿Qué? ¡No! —replica de inmediato, ahora sí me mira pero solo unos segundos y vuelve a ella. —Si ellas no llegan, vamos por otras, una noche en una disco no se acaba porque tu cita no llegó, es más bien el inicio de más diversión.

Cierro los ojos un momento y dejo salir un suspiro cargado de frustración, uno que indica mi descontento y no pasa desapercibido por Simon.

—Va a ser divertido. —Intenta tranquilizarme. —Ya verás, ahora te sientes abrumado porque será tu primera vez acercándote a una chica en una discoteca, pero una vez que aprendas te darás cuenta de lo fácil que es y cuando folles toda la noche, te vas a acordar de mí.

—No quiero acordarme de ti.

—No en ese sentido, Roger. —Me da un vistazo furioso. —Ah, olvídale. —Él deja su trago sobre la barra y se pone de pie. —Mira como se hace esto.

—¿A dónde vas?

—A hablar con ella.

—¿Qué? Pero Nadya y Camila no tardan en llegar ¿En serio quieres que te encuentren hablando con alguien más?

—Solo voy a pedirle su número, la invitaré a salir otro día. Le diré que hoy estoy esperando a mis hermanas y listo.

—Eres un maldito mentiroso.

—Lo soy —habla, como si en realidad fuera un título muy honorable. Ruedo los ojos al mismo tiempo que le doy un sorbo a mi bebida. —Mira y anota.

Es obvio que no voy a hacerlo.

Observo a Simon alejarse y yo miro alrededor para ver si alguna de ellas está aquí y tal vez es que no nos hemos dado cuenta, pero nada. Saco mi teléfono celular para intentar distraerme en algo y vuelvo a levantar la mirada a él quién ya abordó a la chica y por lo que aprecio ya están intercambiando números de teléfono.

Qué fácil resulta todo para Simon.

Pero no quiero prestarle atención. Veo mi red social y me doy cuenta que mi encuesta no tiene ni un voto, suelto un suspiro mientras reviso qué hay por aquí, nada interesante la verdad. Por un momento se me pasa por la cabeza buscar a Kate, no tengo idea de su apellido y escribir solo su nombre me lanza miles de resultados y los primeros son chicas que nada que ver con ella.

Me voy directamente al perfil de Simon, supongo que deben de ser amigos. El perfil de él salta ante mis ojos y no dudo en buscar entre sus más de tres mil amistades, no me sorprende por la cantidad de chicas que hay aquí. Escribo el nombre de Kate en el buscador y no hay resultado,

no hay ni una Kate entre sus amigos, arrugo el entrecejo mientras reviso cada una de las personas que tiene, me aburro a los primeros veinte. Dejo el celular dentro de mi bolsillo dándome por vencido y levanto la vista de nuevo para verlo a él, tan animado que no me sorprende, hablando con la morena a media pista de baile.

Las ganas de liberar líquidos me ganan y me pongo de pie de un salto, dejo el vaso que sostengo sobre la barra y le pregunto al barman quien de inmediato me indica que están los baños. Antes de salir de la zona una figura llama mi atención, la chica que se me hace muy conocida está a unos cuantos metros de mí y es en ese momento que se arregla el cabello rubio que ahora lleva bastante corto, que me doy cuenta que sí es ella. Ella mira en mi dirección, pero de inmediato sus ojos se centran en la persona que tiene en frente ignorándome por completo.

Wendy, la mejor amiga de Sara, o eso creo que es, parece no haberme reconocido. Miro alrededor, tal vez Sara esté aquí con ella, no veo a nadie a su lado, salvo al tipo con el que habla y me acerco la suficiente para llamar su atención. El sujeto de traje es el primero en percatarse de mi presencia, con un saludo rápido de cabeza me vuelvo a Wendy quién está de espaldas a mí y de inmediato al ver a su acompañante fijar sus ojos en mi persona, se gira y frunce el ceño.

—Hola Wendy. —Ella no cambia el gesto, lo cual me desconcierta. Es una persona efusiva, parlanchina y es capaz de hacer amistades al segundo.

—Hola Roger, qué gusto verte —habla, pero su tono no es de entusiasmo y quiero entender qué le hice para que el pasado fin de semana nos invitara a su apartamento en París, y ahora pretenda no conocerme. Se vuelve al tipo, continúa hablando y me siento humillado, miro en dirección a Simon y observo que continúa hablando con su ligue de esta noche.

—Disculpa ¿Está Sara contigo? —Casi tengo que gritar por la música electrónica, ella se gira hacia mí y eleva la barbilla.

—No, no está aquí. —Se vuelve a girar y continúa hablando con el sujeto quién parece desconcertado por mi presencia y yo por su actitud.

—¿Y tienes idea dónde está? He intentado localizarla desde hace días.

—Roger —escupe con furia. Observo en su rostro como rueda los ojos al momento que se vuelve a mí —estoy ocupada, vine aquí con mi cita y estás interrumpiendo, no está Sara aquí y si no sabes nada de ella es porque no quiere estar contigo, entiéndelo de una vez, esto es el colmo... acosarme a mí para que te diga dónde está, ¿no te has cansado de tantas llamadas que has dejado en su celular?

Me quedo sin palabras por un momento.

—¿De qué estás hablando? Sólo quiero...

—No me interesa lo que quieres, Roger —se lleva una mano a la cabeza y toma un mechón de su cortísimo cabello que arrastra consigo hasta detrás de su oreja —entiéndelo, no puedes darle a Sara la vida que ella quiere, si en realidad la amaras conseguirías otro empleo, o... no sé, escribirías otro libro, uno que sí sea interesante y atraiga editoriales.

—¿Qué diablos... —ella me interrumpe cuando hace un gesto con su mano, algo que indica que cierre la boca.

—Si en serio te importa lo harías, ninguna mujer quiere estar pensando en que el dinero no ajustará para pagar todas las cuentas ¿Dónde quedan tus pantalones si ella es la que tiene que pagar todo?

—Eso no es verdad, ella no pagaba todo ¿De dónde diablos sacas eso? —Bueno, creo que sí sé de donde sale eso, no va a inventarlo si Sara no lo ha mencionado aunque sea una vez, ella se encargaba de un par de cosas nada más y es mejor dejarlo claro. —Nos dividíamos las cuentas, eso es lo que toda pareja hace y ella estuvo de acuerdo todos estos años.

—Escúchame, a ella no le gusta esa vida mediocre que vive contigo, ella es una abogada respetable. —Eso ya lo sé, fui yo quién trasnochó con ella para que lograra terminar sus trabajos a tiempo. Incluso una vez bromeamos con ello, cuando terminamos su trabajo final y me dijo: «Tú deberías subir conmigo a recibir ese título» nos reímos y yo contesté: «Con que subas tú por él me basta», ahora no voy a mencionar que no me arrepiento.

Hace un rato había dejado de escuchar a Wendy y cuando vuelvo a concentrarme en ella está soltando palabras peores de las que una vez alguien me haya podido decir, frente a un tipo desconocido, en una discoteca:

—Entiéndelo, ella quiere viajar por el mundo, tener una linda casa, un auto del año, un novio exitoso. Si no puedes darle el estilo de vida que ella se merece, no la busques, tienes que conseguirte a alguien más... de tu clase.

Suelta eso último de manera despectiva, me quedo anonadado, sin mover ni un solo dedo y con la vista clavada en su rostro. De inmediato toma a su pareja de la mano y lo arrastra con ella, puedo ver la mirada de compasión de su acompañante y yo solo observo el lugar a donde se han perdido.

Mi celular vibra en mi bolsillo haciéndome salir de mi trance, no sé cuánto tiempo me he quedado aquí y tardo unos minutos en darme cuenta que es una llamada. Saco el aparato con esfuerzo sobrehumano y veo el nombre de Simon brillando en la pantalla, miro en su dirección y

está ahí, con las chicas a su lado, él mira alrededor y camino a paso rápido de regreso en su dirección.

—¿Dónde estabas? Llevo buscándote mucho tiempo —sé que miente, pero no le digo nada y me limito a saludar a las chicas quienes a cierta distancia me tienden su mano. Siento el empujón de Simon para acercarme a ellas y dice en un susurro:

—Acércate. Son chicas y solo mira ese escote —intento concentrarme sí pero no específicamente en la zona que Simon dice. Pero Wendy me ha dejado con la cabeza revolucionada, y hay muchas cosas que no entiendo, la verdad que no.

Pido un momento para ir al baño y las chicas acceden mientras buscan un lugar con Simon, una vez dentro saco mi teléfono celular y llamo a Sara, lo hago tantas veces hasta que me quedo sin batería y lanzo una maldición cuando no atiende ni una, recuerdo las palabras de su amiga y pienso que es hora de borrar su número por completo, el de sus familiares y amigos, todo lo que me conecte a ella todavía.

Llego un cuarto de hora después y tardo un tiempo en localizarlos, Simon está ahí con Nadya en los sofás de cuero en la zona VIP en una esquina del salón. A su lado la otra chica quién parece querer irse de aquí, al verme esboza una sonrisa un poco más relajada e intento lo más que puedo mostrarme entusiasta. Simon se vuelve a mí y me lanza una mirada que no logro interpretar pero no es nada bueno, sé que tiene que ver con la cantidad de tiempo que estuve allá adentro.

—Lo siento —me excuso —estaba atendiendo una llamada muy importante.

—Está bien —contesta ella, acomodándose hacia un lado, dejando un espacio para mí muy cerca de ella.

Casi no presto atención a lo que me dice, me dice su edad, su pasatiempo, de qué trabaja y qué hace cuando no es modelo. Hasta ahora me percató que me ha dicho que es modelo, pero no es algo que me llame la atención, la chica es linda sí, pero me gustan las mujeres con algo más que un cuerpo bonito. Tal vez yo no sea suficiente para esas mujeres con un currículum impresionante al parecer, todas parecen siempre querer otro tipo de hombre, yo no quiero mentir y decir que hago algo que no es verdad solo por agradarle a alguien.

—¿Tú? ¿De qué trabajas? —me pregunta, hasta hace un minuto mi vista estaba clavada en la mesa frente a nosotros. Nos están llevando tragos y los están dejando ahí, me pregunto sobre cuánto habrá pagado Simon y de dónde sacará tanto dinero para llevar a una chica cada noche a un lugar así.

La miro, sé que Simon me dijo que tenía que decir que soy editor jefe o algo de importancia,

que conduzco algún auto del año y que tengo una casa en la playa, pero digo la verdad, quiero saber si en realidad mi trabajo es tan malo.

—Escribo —su sonrisa se hace grande.

—¿En serio? ¿Y qué libro has escrito precisamente? O sea, ¿Es un bestseller?

—No no —niego con mi cabeza —todavía no he publicado ningún libro. Trabajo en una revista.

Ella ahora está más interesada en mí, su torso completo se gira y sus piernas rozan las mías, puedo ver su gesto alegre, ese rostro que me indica que en realidad le está gustando lo que escucha.

—¿En verdad? ¿La revista People? ¿Vogue?

—No —me río, no he tomado ni un trago aunque los miro en ese momento pensando la idea —es una pequeña revista, se llama Hombres al poder.

Su entusiasmo disminuye un poco.

—No la he escuchado.

—No es muy popular.

—Ah.

Eso fue todo, por cincuenta y tres minutos exactos, no dijimos más y ella no preguntó otra cosa. A ese punto Nadya y Simon ya estaban con la lengua en la garganta y a mí solo se me apetecía ir a casa.

—¿Crees que ese trabajo sea malo? —ella vuelve su atención a mí.

—¿Ser escritor de una revista?

—Sí, ¿no saldrías con alguien que tiene un trabajo mediocre, un auto del dos mil y un pequeño apartamento con dos habitaciones en un viejo edificio? —No es un viejo edificio, pero no está demás agregarle más drama solo para llegar a mi punto.

—Ahmm... yo... —ella se lleva un trago a la boca y piensa algo al mismo tiempo que lo deposita en su garganta. Lo sabía. —Creo que hay cosas más importantes.

—¿Cómo cuáles? —vuelve a pensar su respuesta, así que me da la impresión que está inventando lo que dice.

—Ammm, un hombre romántico.

—¿Un hombre romántico? —replico. Me río, sí claro. —¿Prefieres un hombre romántico que ir a París? —me vuelvo a reír y ella solo esboza una sonrisa incómoda, me quedo esperando su respuesta, no llega, se limita a tomar su trago y ver alrededor, así que doy su respuesta por hecho y le hablo—: ¿Sabes qué es lo malo? Que existan muchas chicas lindas que prefieran un hombre por dinero, no importa cuántas mentiras diga, no, ellas solo quieren estar con hombres por dinero, por los viajes, por ir en un crucero... eso es triste.

—Los cruceros son lindos. —Creo que ella no está entendiendo.

Más silencio, varios minutos incómodos y me dedico a ver la pista de baile, todas las parejas ahí. Camila no ha dicho nada y yo solo me pregunto si todos estos tipos con chicas en este espacio en realidad tienen un buen trabajo o solo están mintiendo, como Simon.

—¿Bailas? —me pregunta, aunque ya no muestra esa alegría de antes de comenzar esta conversación.

—No.

—¿Te importa si busco a alguien más?

—No, para nada.

Ella se pone de pie, la observo caminar en dirección al cúmulo de personas y sentarse en la barra, pide un trago y observo que no tarda en tener pretendientes, solo espero que sean personas importantes, con un buen trabajo y un auto del año.

Ni siquiera molesto a Simon, me levanto de mi lugar y salgo del sitio. Cuando llego a mi casa solo quiero sumergirme en mis sábanas. Me desvisto y me tiro en el colchón. Mi mente da mil vueltas en todo el asunto de hoy, no sé en qué momento entre tantas imágenes de Sara y las palabras de Wendy me quedo dormido, pero solo he cerrado un poco los ojos cuando ya escucho el despertador.

—Menuda mierda —susurro, al mismo tiempo que tomo el aparato de mi mesa de noche y lo lanzo contra la pared, un acto de lo que estoy seguro me arrepentiré más tarde.

Capítulo 7

Y sí que me había arrepentido, mucho más cuando abrí los ojos y me levanté de un salto recordando que el despertador había sonado y estaba quebrado en el suelo. Miré mi reloj y me di cuenta que faltaban veinte minutos para mi horario de entrada. Vine a la oficina, corriendo con un Starbucks en manos esperando que Margaret no estuviera en el piso.

Tengo unas ojeras enormes que pegan al piso y ni una taza de café cargado ha logrado levantarme el ánimo, me duele la espalda y todo el cuerpo, varios días sin descansar correctamente están comenzando a pasarme factura, siento un pinchazo de dolor atravesarme la sien y mi estómago rugiendo no está haciéndome mejorar en lo absoluto.

—¿Qué diablos te pasó ayer, Roger? —escucho a Simon en el momento que hace acto de presencia en la oficina, su pregunta resuena entre las cuatro paredes y la cantidad de escritorios con los que compartimos espacio. No despego mi mirada reflexiva del ventanal hasta que se detiene junto a mí y no tengo de otra más que mirar a su persona.

Simon siempre se mira bien, hasta con una simple camiseta de mangas cortas que se ganó en un asado por ser la persona capaz de tomar más cerveza, todo un mérito. Él tiene muchos puntos a su favor, por ese motivo, no puede hablar de lo fácil que es ligar porque apuesto que él no tiene que esforzarse siquiera. Él me mira interrogante, por lo cual me apresuro a contestar:

—No me sentía bien. —No he mentado, pero igual eso no hace mejorar su gesto que me indica que no le fue del todo bien. Se pone unos lentes de pasta sobre sus ojos y alcanzo a ver parte del tatuaje que lleva en su brazo —¿Cómo te fue?

—De maravilla —suelta una risa irónica, al mismo que se va a su escritorio y enciende su *Mac* del trabajo —dejaste sola a Camila, tuve que ir a dejarla a su casa porque no fuiste ni siquiera un caballero. —Tiene su mirada en mí y no es nada amable.

—Ella me dijo que iba a buscar a otra persona.

—Y ni siquiera me digas porqué, porque ya me lo imagino, todavía no entiendes nada sobre un ligue ¿verdad? —Habla de manera pausada, tecleando en su computador sin verme. Yo me encojo de hombros y me apresuro a contestar:

—Una mujer tiene que impresionarme más allá de su aspecto físico.

—Roger. —Suelta un suspiro, ahora sí me da toda su atención, gira su silla en mi dirección y ahora está de frente, tomando café, con esa mirada inquisidora tan suya. Me desconcentra verlo

con lentes, ya que es del tipo que prefiere los de contacto por ser más «elegantes». —Ese es tu problema, buscas a la mujer perfecta y eso es imposible.

—No busco una mujer perfecta.

—Sí lo haces...

Ya no quiero seguir hablando sobre este tema, tomo una calada de aire y vuelvo mi vista a la maldita ventana, me ruge el estómago y estoy a punto de inventarme una enfermedad rara para poder irme de aquí y comer tranquilo. Una risa de parte de Simon me saca de concentración y lo observo con interrogante.

—¿Qué te pasa? —pregunto en ese momento. Solo lo observo manipular su computador con una gran sonrisa en el rostro y no prestarme atención.

—¿Es en serio, Roger? —espeta, con un tono burlesco que definitivamente no sé cómo interpretar —¿Una encuesta en Facebook?

Maldita sea, había olvidado la encuesta.

No me levanto, me deslizo en mi silla hasta estar frente a mi escritorio. Tomo mi chaqueta y comienzo a buscar en los bolsillos mi teléfono celular, no está. Hago memoria de donde pude haberlo dejado pero recuerdo perfectamente llevarlo conmigo al momento de salir del edificio de mi hogar, pensaba llamar a Sara, pero de nuevo, mi parte racional había ganado.

—¿Cuántos votos tiene? —le pregunto, al borde de la desesperación al no encontrar el aparato. Simon vuelve a reír y se recuesta plácidamente sobre su silla.

—Tres —contesta, lo miro con desaprobación desde mi posición. Recuerdo que es muy probable que mi teléfono esté en mi mochila y voy hasta ella para, acto seguido, vaciar todo lo que llevo dentro —esto es ridículo, Roger. ¿Un hombre atento?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—La cuarta opción.

—¿Qué? No... —me pongo de pie para ir hacia su lugar de trabajo, en ese momento él se desliza hacia un lado para dejarme la visión completa de la máquina. Efectivamente, hay una cuarta opción ahí pero no recuerdo haberla puesto.

—Yo solo dejé tres opciones —le digo, al mismo tiempo que miro que también me cambiaron los otros puntos —un hombre apuesto, un hombre adinerado o un hombre que sabe lo que hace.

—Pues, ganó la que dice un hombre atento. —Se vuelve a reír y yo estoy a punto de la histeria. —Existe una opción que no permite modificar las encuestas, Roger.

—Esto es ridículo.

—Lo es, pero es lo que pasa cuando solo tienes a tu madre y tías en Facebook.

—Eso no es verdad, no solo tengo a mi madre y tías, Simon. Tengo algunas ex compañeras de la universidad y unas cuantas amistades femeninas.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta sin vacilación, llevando sus manos al teclado. —¿Qué haga la misma encuesta en mi perfil?

—Eso es una tontería y además tiene tres votos para la opción de un hombre atento, significa que sí, las mujeres sí prefieren los hombres atentos.

—Las mujeres no saben lo que les gusta, Roger —habla mi amigo, al mismo tiempo que toma su taza de café y le da un sorbo —eso es algo biológico e inconsciente, pueden decirte que aman un tipo atento, que les envíen flores y chocolates, pero después cuando te conviertes en ese hombre que ellas quieren, te mandan al carajo y resulta que solo te quieren como amigo. ¿O no es así?

—¿Ya te ha pasado?

—No, la verdad que no.

—Entonces cállate.

Escucho mi celular sonar y en ese momento me percató que está sobre mi escritorio, enredado entre unos audífonos y una envoltura de dulce. Usualmente no soy así de desordenado, pero hoy apenas me había dado tiempo de vestirme y venir a trabajar después de pelear con los encargados de la mudanza al verlos sacar mi sillón del apartamento, un sillón que sí era mío, no de Sara pero tal parece que ella se había adueñado de mi mueble.

—¿Sabes Roger? —Escucho a Simon, mientras estoy viendo los mensajes en mi teléfono y observo uno de mi madre preguntándome por la encuesta de Facebook, ella ya no llama, ahora todo asunto es por Whatsapp desde que aprendió a usar la dichosa aplicación —a una mujer nunca se le pregunta el tipo de hombre que les gusta. Ese es el primer error que puedes cometer.

Ruedo los ojos, guardo mi teléfono celular y en ese momento la jefa dragón entra a la sala, con su blazer de leopardo y sus lentes enormes, o así se ven por lo delgado y pequeño que es su rostro. De inmediato me ubico frente a mi ordenador fingiendo teclear tomando unos papeles que estaban sobre el escritorio. El traqueteo de sus zapatos de quince centímetros se detiene frente a

ambos y por instinto levantamos la mirada al mismo tiempo.

—Simon —le escucho decir, no me llamó a mí y puedo descansar, al menos por ahora, porque después se va a encargar de torturarme —necesito que cubras el evento de *FoxSport*, Marina quiere que la acompañes, ella se va a encargar de las fotografías.

Puedo ver como Simon palidece, me quiero reír pero me contengo antes que a Margaret se le ocurra arruinarme a mí o algo por el estilo, porque solo ella sabe cómo molestar, peor que Simon y sus estúpidas charlas sobre ligues.

—No... no —Simon aclara su garganta. Se recompone en su lugar y mira a la jefa dragón quién tiene esa mirada tenebrosa, cubierta de rímel negro, sobre su persona —aún no he terminado el artículo anterior. ¿Puede ir Roger en mi lugar? Él también sabe de deportes.

Le lanzo una mirada a Simon, niego de manera disimulada con mi cabeza y a él, puedo ver cómo le tiembla el pulso al momento de tomar unos papeles que Margaret le entrega. La jefa dragón se vuelve a mí, como pensando la opción, finjo indiferencia mientras continuo tecleando pero en realidad mi monitor se está encendiendo. No quiero, ya tengo suficientes líos con la cuestión de los ligues como para ir a un evento de deporte con la parlanchina amiga de la jefa dragón.

—Roger —la escucho llamarme, lo cual me sorprende porque todo el tiempo me llama Roberto y ya me he acostumbrado, hasta lo he tomado como un segundo nombre —¿Cómo va tu artículo?

Baluceo una serie de palabras sin sentido hasta que aclaro mi garganta y tomo una bocanada de aire para, finalmente, hablar con más coherencia:

—No he logrado avanzar mucho, pero juro que lo tendré listo para la fecha indicada. —Margaret mira en otra dirección, pensativa, mientras espera los papeles que Simon está leyendo, pero puedo apostar que no los está leyendo en sí, está buscando otra excusa para no tener que encontrarse con Marina.

—¿Esto no tiene que ver con el mal de amores, cierto?

—No.

—Más te vale, Roberto. No quieres estar desempleado y solo ¿Cierto? —Aquí vamos otra vez. Ella mira a Simon mientras extiende su mano y le entrega los papeles. —Irás tú, Simon. No se diga más.

Se va, la observo alejarse contoneándose con una gracia que le rompería el corazón a la

Nina Sawyer de *Black Swam*, me vuelvo a Simon quién parece estar en shock, viendo hacia un punto específico pero nada en sí.

—Maldición —sisea. Se pone de pie y comienza a guardar sus cosas de nuevo dentro de su mochila —mierda y mil veces mierda.

No me río, porque no estaría bien hacerlo cuando se trata de una desgracia ajena, aunque al verlo retirarse no puedo evitarlo y sé que me escucha porque se vuelve a mí y muy gentil me muestra su dedo medio.

—Buena suerte —le digo cuando va en dirección al ascensor. Solo obtengo un bufido de su parte cuando se cuelga la mochila en los hombros y toma un sorbo de la taza de café que lleva en sus manos.

Capítulo 8

Leí un artículo donde decía que antes de cada cosa buena que te pase en la vida, vendrán cosas malas, terribles, caóticas. Si eso es verdad, significa que mi gratificación debe ser extremadamente increíble porque mi vida actual es una completa mierda.

No sé en qué momento a mitad de la reflexión que hacía en base a esas palabras me quedé dormido... sobre el teclado de mi computadora... en mi trabajo... frente a la oficina de Margaret, para ser exactos. Escucho su voz a lo lejos, después más cerca, hasta que finalmente doy un respingo en mi lugar cuando recuerdo que sigo aquí, mi cabeza choca contra el monitor y golpeo por accidente mi taza de café que, para suerte mía, ya casi había terminado y solo un poco de líquido es el que se derrama sobre mi escritorio. Por un momento estoy desorientado... no sé quién soy, ni qué hago aquí y ni siquiera sé qué fecha o en qué día estamos. Espabilo cuando escucho mi nombre en boca de la jefa dragón y después de aclararme la garganta me concentro en ella cuando me llama otra vez:

—Roger —Ella se detiene con su teléfono contra la oreja, me mira a mí y después al artículo —*de una revista competencia cabe agregar*— que está en la pantalla: «¿Por qué tengo una vida tan mierda?» así tal cual se lee en el monitor. En ese momento parece no prestarle atención aunque sé que lo ha notado, es la página del principal contrincante de «Hombres al poder». —Es del hospital, algo le pasó a Simon y quieren hablar contigo. —Le agrega.

Quiero cerrar la página web que se está mostrando, pero de inmediato pone su celular en mi oído y es entonces cuando sus palabras se reproducen de nuevo dentro de mi cráneo, dijo hospital y mencionó a Simon.

—¿Señor Santana? —Escucho una voz masculina del otro lado. Miro a la jefa dragón concentrada en mi monitor y no sé si alarmarme porque me pilló leyendo la revista competencia o porque algo le pasó a Simon, casi siento mi corazón golpearme en la garganta y el pulso detrás de mis orejas se vuelve más insistente. —¿Es usted amigo del joven Simon Montenegro?

—Yo... amm sí, ¿Qué pasa? ¿Murió? —Margaret me mira. Ahora se ha puesto atenta a lo que estoy hablando y aunque ya el artículo pasó a segundo plano, agradezco que ya no continúe leyendo. Aunque sé la reprimenda que me espera después.

—No. —Dice voz del hombre del otro lado de la línea. —Nada más fue arrollado por un vehículo, pero ya fue dado de alta. Necesita que venga a recogerlo.

«¿Nada más?» ironizo en mi mente.

—¿Qué pu...? —Creo que mejor me callo. Margaret se lleva la mano al pecho y me mira con el entrecejo arrugado. Aprovecho este momento de confusión de su parte, para ponerme de pie, cerrar el sitio web que estaba en mi pantalla y tomar las cosas que están sobre mi escritorio, sin ningún orden, solo las tiro dentro de mi mochila y continúo: —Disculpe, ¿p... puedo hablar con él?

—Me temo que no por ahora, señor Santana. Todavía se le están haciendo unos exámenes, pero en unos minutos estará libre para que hable con él todo lo que quiera. —Supongo que eso es algo bueno, al menos no se quebró algo o murió, porque de haber muerto no me estuviera diciendo que vaya por él, al menos que se refiera a ir por su cuerpo, pero esto sería a la morgue y no me han llamado de la morgue, que yo sepa.

Vaya, estoy pensando demasiado.

Me obligo a tranquilizarme porque ni siquiera sé qué es lo que ha pasado tampoco. Me acomodo la mochila en la espalda y balanceo el celular de Margaret entre mi mejilla y el hombro.

—Claro, yo... voy en camino. —Estoy dando unos pasos, pero recuerdo que es el teléfono de Margaret así que me regreso y se lo entrego cuando la llamada se ha cortado. Me está viendo con ese gesto que no logro descifrar, está confusa o molesta, no lo sé. Escucho que se aclara la garganta y antes de darle la espalda me vuelvo a ella:

—Simon fue arrollado por un auto. —Ella hace una mueca y se lleva el teléfono a su bolsillo. —Me piden ir por él, no sé si está muerto, aunque la persona que llamó dice que está estable. Cualquier cosa te tengo informada, tal vez necesitemos preparar velorio, no lo sé, pero no hay que perder las esperanzas.

—¿Qué diablos? —Dice, marcando algún número en su teléfono. —¿Cómo carajo pasó eso?

Me encojo de hombros, ni siquiera yo tengo idea. Giro sobre mis talones y a mis espaldas la escucho mencionar el nombre de su amiga, la que debía estar con Simon. Quizás fue ella quién lo hizo, ya me guardaré mis incógnitas para más tarde. Me saco el teléfono celular del bolsillo cuando un mensaje me llega justo al tocar el suelo de recepción y resulta ser de él. Casi puedo respirar tranquilo, estoy en dirección al parking cuando leo sus letras:

De: Simon

¿Estás en camino?

Para: Simon

¿Estás bien?

De: Simon

Sí, te enviaré la dirección del lugar donde estoy. Trae un traje de baño.

Me detengo para comprender lo que me está diciendo y después de meditarlo un rato, escribo lo más rápido posible:

Para: Simon

¿Qué tiene que ver eso con tu accidente?

No contesta, lo único que me envía es su ubicación en una imagen. Bien, significa que está sano y salvo, al menos. Corro hacia mi auto y me encierro en él para ponerlo en marcha, ahora con más calma que antes pero siempre con la duda sobre la llamada del hospital y el mensaje de su ubicación.

Cuando estoy más cerca de la dirección que me compartió, me doy cuenta que estoy saliendo del centro de la ciudad y me pregunto si en realidad esto ha sucedido tan lejos, según el evento que Margaret mencionó, el lugar no estaba por aquí y ahora, llevo... miro mi reloj... exactamente cuarenta y tres minutos conduciendo y estoy comenzando a entrar en pánico.

Cuando aparco en un sitio —*donde Simon me dijo que estaría*— me doy cuenta que es una playa y es una fiesta. La gente en traje de baño aglomerada en grupos por todo el lugar y uno que otro joven que tablas de surf pasan en frente mío. Saco mi teléfono celular y viendo alrededor comienzo a enviarle un mensaje a Simon, antes de poder terminar el texto, una llamada suya me interrumpe y no dudo en contestar.

—¡Hey! Por aquí —escucho y frunzo el ceño —a tu derecha.

No dudo en mirar en esa dirección y cuando lo hago él está ahí, completo de pies a cabeza, sin siquiera moretón, o un miembro fracturado, ni siquiera se ve como alguien que acaba de ser arrollado por un auto. Está con pantalones cortos y sin camisa. Agita su mano en el aire y cuelgo la llamada para dirigirme hacia él. Yo no estoy preparado para estar en este lugar, llevo una sudadera grande de color gris y unos vaqueros desgastados con zapatos deportivos.

Es inevitable que todos me miren, casi quiero odiar a Simon por hacerme venir hasta aquí y todavía fingir un maldito accidente que estoy comenzado a intuir no ha pasado. Estoy vestido de manera inapropiada y me acomodo el cabello hacia atrás cuando siento el viento revolverme el pelo y ubicarse frente a mis ojos.

—No creí lograr que te escaparas de las garras de Margaret —me dice. Yo solo lo miro de pies a cabeza con un gesto que no muestra nada bueno. Estoy enfadado.

—Disculpa ¿No fuiste arrollado por un auto? —Pregunto con ironía porque, por supuesto, no lo fue.

—No... bueno, sí. Pero en realidad no.

—¿Qué?

—Que sí me arrolló un auto, pero le dije a un amigo que lo hiciera para sacarme de esa incómoda situación con Marina, ¿Recuerdas que te dije que tenía un amigo piloto de carreras? Fue actuado, no es algo que no hayamos hecho antes.

—Espera, ¿Qué? —Vaya, necesito procesar todo eso que acaba de decirme.

—Y luego, el que te llamó del hospital es un enfermero al que le pagué cincuenta dólares por hacer esa llamada.

—Dios, Simon ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Sí, lo sé. Es un asco pagar cincuenta dólares por una llamada.

—¡No! ¡Acabas de fingir un accidente!

—Oh sí, pero no te preocupes, mañana llevaré mi mano cubierta en vendaje.

Me quedo estático por un momento, solo lo observo alejarse y cuando se da cuenta que me he quedado ahí se gira en mi dirección.

—¿Qué? Te salvé de una hora de trabajo, o al saber cuántas más si a Margaret la hubiera poseído Lucifer.

Margaret es Lucifer, en realidad.

—Simon... ¿Sabes lo preocupado que estaba y resulta que estás aquí, en una playa?

—Aww, que adorable. —Se burla. —Gracias por preocuparte, pero ahora vamos, diviértete un poco.

—No estoy vestido para esto. —Estoy casi gritando por el sonido de la música. Me señalo a mí mismo con obviedad, a él parece importarle en lo más mínimo, se encoge de hombros y tira de mi antebrazo ante un grupo de tres sujetos que están charlando animadamente.

—Te dije que trajeras un traje de baño. Por suerte tengo uno extra en mi auto.

—No voy a quedarme, estoy desperdiciando tiempo por tu culpa.

—Ven, quiero presentarte a unos amigos. —¿Ya había mencionado que prefiere ignorarme? ¿Sí? Bueno, lo repetiré siempre porque es algo normal de Simon. Me estoy poniendo molesto,

molesto no, lo siguiente.

Miro alrededor de nuevo, tipos musculosos, bronceados y, bueno, aquí estoy yo. Me siento incómodo y me estoy muriendo de calor porque específicamente esta ropa no es para este clima.

—Estebano, él es Roger —le escucho decir. En ese momento es que lo miro a él y después al grupo de personas frente a nosotros donde un rubio teñido con unas gafas de sol llena de incrustaciones se ha detenido de hablar muy expresivamente con sus manos y se vuelve a vernos —Roger, él es Estebano.

El tipo mira a Simon y después me mira a mí, chilla como una damisela llevándose las manos al rostro para tapar su boca. Me desconcierta, él se queda estático y de manera suave va bajando sus manos para después, con un acto rápido, se lleva sus gafas oscuras a la cabeza. No lo he dejado de ver, ni él a mí porque eso me ha aturdido, confundido, desorientado y todas las palabras que se le parezcan.

Chasquea los dedos y una chica de no más de dieciocho años le alcanza un bolso, lleno de incrustaciones de colores como sus gafas de sol. El tipo estira su otra mano en mi dirección, toma con su dedo índice y pulgar la parte delantera de mi cabello que cede de inmediato para dejar despejada mi frente.

—¡Oh my God! —exclama, aún estupefacto, no mira a nadie solo a mí. Quita sus manos al ver mi mirada de intriga y mi cabello cae de nuevo sobre mi frente y tengo que acomodarlo porque me tapa los ojos—¿Este es Roger?

¿Qué carajo?... Los miro a los dos y Simon se encoge de hombros con un gesto despreocupado mientras se lleva la cerveza a la boca. Estebano extiende su mano de nuevo y toma mis lentes, los saca de mis ojos sin pedirme permiso y vuelve a dejarlos en su lugar.

—Al menos tiene bonitos ojos, eso es un punto a su favor —lo miro buscar algo dentro de su bolso. Estoy perdido, no tengo idea de qué está pasando y cuando logro espabilar me dirijo a él:

—¿Gracias? —fue más una pregunta que una afirmación. El sujeto hace un gesto con su mano sin ponerme atención. Me dirijo a Simon y sin un poquito de paciencia: —¿Quién es este sujeto?

Simon simplemente lleva su dedo índice frente a sus labios, indicándome silencio y yo quiero tomar mis cosas y salir corriendo. El tipo Estebano saca una libreta rosa y le devuelve el bolso a la chica morena a su lado. Comienza a escribir con un lapicero que tiene en la cúspide una serie de plumas exóticas. Sé que mi gesto no es el mejor ahora, porque estoy molesto, confundido, en realidad no sé qué es lo que siento.

Estebano clava sus ojos de nuevo en mí y siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Comienza a bajar su mirada por mi cuerpo hasta detenerse en mis zapatos y vuelve a seguir escribiendo.

—Disculpa —habla el tipo reclamando mi atención, con esa su voz tan femenina. —¿Alguna vez has usado lentes de contacto?

—No, la verdad que no, los odio—contesto, sin vacilar. Él hace un gesto, parece estar ofendido con mi respuesta, mira en otra dirección y tiene la mano de forma dramática sobre su pecho.

—Okey —es todo y continúa escribiendo, pero su rostro me demuestra que eso no le ha causado nada de gracia y no entiendo por qué, no es él quién los está usando —eso no es problema, pero vamos a cambiarlos por unos más a la moda, unos Prada o Gucci. Que no parezcan de abuelita.

Yo estoy casi temblando de furia.

—Definitivamente, tenemos que cambiar esa ropa —habla de nuevo, me señala con el lápiz cubierto de plumas y su cara indica su desagrado, pero no me mira y continúa escribiendo. Doy un vistazo a lo que llevo puesto. Es algo con lo que me siento cómodo ¿Qué hay de malo con eso?—, ah y también esos zapatos.

Como dije, no son los mejores que tengo, si están así de gastados es porque me gustan, prefiero la comodidad. En ese momento, me toma por sorpresa que me levanta el brazo y olisquea mi axila.

En frente de todos los presentes en la playa.

—Al menos no huele mal —habla de nuevo —otro punto a tu favor, vaquero —¿Qué diablos? No miro alrededor porque asumo todos nos están viendo y sería una mayor vergüenza que aparte conozcan mi cara, lo más seguro es que se están preguntando qué hay de malo en mí para estar haciendo esto en público. Definitivamente, mejor debí dar por muerto a Simon y quedarme en la oficina.

Simon se ríe en silencio, yo no le veo la maldita gracia. Estebano sigue buscando en su bolso y ahora saca un marcador de color amarillo, comienza a resaltar algunos puntos con su vista clavada en la libreta y muy ajeno a nosotros. No sé cuál es la expresión en mi rostro y no quiero saberla, Simon me conoce lo suficiente como para saber que cuando inicia el tic en mi ojo izquierdo es porque estoy desesperado, cuando la situación me rebasa completo.

—Bien, hay mucho por hacer, eso es obvio —dice el rubio, pide el bolso de nuevo y saca una pequeña agenda, comienza a ojearla y marcar con un lápiz con brillos que llevaba en uno de

sus bolsillos —pero vas a quedar di-vi-no, te lo puedo asegurar.

—¿Qué es esto? —me vuelvo a Simon cuando Estebano interrumpe:

—Un proyecto de convertir a un hombre desastroso en un semental conquistador es un proyecto brillante. —Estebano aplaude, lleva sus gafas de sol de nuevo a sus ojos. Devuelve su bolso a la chica que lo acompaña, con una gran sonrisa en los labios —¿Cómo no se me ocurrió antes?

Miro a Simon de nuevo:

—Estoy hasta la mierda de todo esto.

—De ahora en adelante —me interrumpe Estebano —sustituirás esa palabra por «miércoles»

—¿Qué?

—Que no vas a decir «mierda» frente a una mujer que quieras ligarte. Dirás miércoles.

¿Qué diablos?

—No es nada *cool* escuchar al hombre que te quieres follar decir «mierda» —escucho al tipo, lo miro a él y vuelvo a ver a Simon quién da un trago a su cerveza y después me mira a mí.

—Estebano tiene razón, Roger. Es la primera regla.

—¿Quién diablos es este sujeto?

—Soy Estebano Johns-Webber, tu personal shopper —me mira, lo miro. Me vuelvo a Simon.

—¿Mi qué?

—Necesitamos ayuda, Estebano es asesor de imagen —contesta, pero yo no le quito la mirada de encima a mi amigo. Estoy a punto de un colapso nervioso, él al parecer no lo entiende. Solo suelta esas palabras y lo dice quedándose tan relajado que me aterrera.

—Estás de mente.

—Necesitábamos ayuda —no hablo, creo que mi mirada sobre él le grita todas esas cosas que quiero decirle justo ahora pero no lo hago por la cantidad de personas presentes. Por primera vez en la vida, me estoy molestando mucho con Simon.

—Es solo un maldito artículo que tengo que escribir.

—Te lo dije —le dice a Estebano, según él discretamente pero yo estoy escuchando todo —va a ser difícil.

—Ligar es algo tan fácil —suelta el rubio después de suspirar y vuelve a pedir su bolso para, acto seguido, sacar un iPhone también con incrustaciones. —Es un proceso natural, ligamos inconscientemente cuando alguien nos atrae y después solo vas por esa persona, si es recíproco termina en tu cama, si no lo es, se acabó y ya. —Se vuelve a mí y agrega: —Lo vas a disfrutar Rogelio, ya verás.

—Es Roger...

—No es verdad —espeta Simon. Siento que me relajo cuando el punto de la discusión no soy yo. Comienzo a buscar alrededor un lugar para esconderme —si no eres estratégico, es muy difícil que esa persona termine la noche contigo.

—Si tú lo dices.

—Bueno, en realidad a ti te resulta fácil porque no tienes que lidiar con lo complicadas que son las mujeres. Los hombres somos más sencillos, es muy probable que con tan solo una insinuación caliente nos provoque una erección y ya nos imaginemos en la cama con esa persona.

—No es verdad. Es lo mismo con los hombres. Es más, puedo demostrarlo.

—¿Me puedo ir? —intervengo, cuando siento el olor de un puesto de hamburguesas que no tardo en identificar.

—¿Qué cosa vas a demostrar? —si me pagaran por cada vez que me ignoran, creo que me pagarían mejor que trabajando para Margaret.

—Que puedo ligar con chicas —Simon se ríe, da un largo trago a su cerveza. Sé que lo está imaginando y él ama saborear la victoria cuando algo sale a como él esperaba.

—¡Nah! Tu vestimenta te delataría.

—Obviamente me vestiré más... —mira a Simon con un gesto que intenta buscar una palabra más acorde para lo siguiente que piensa decir —simple. No es nada complicado.

—La verdad es que... —menciona mi amigo, tirando la lata en una papelería cercana, haciendo un ruido sordo al caer afuera —lo lamento, Estebano, en serio, pero no te creo capaz de hacerlo.

—Cien dólares.

—¿Qué cosa?

—Cien dólares, me das cien dólares si ligo a una chica en menos de treinta minutos.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Parezco alguien que no habla en serio?

—De acuerdo —digo, interrumpiéndolos a ambos, porque yo sí aprecio mi trabajo, aunque se convierta en una mierda a veces —si esta era la razón por la que vine, me largo.

—Que sean quinientos dólares.

—No tengo quinientos dólares.

—¿Entonces admites que pierdes?

—Bien, que sean los quinientos dólares.

—Entonces, mañana por la noche... —dice Estebano, vuelve a mirar su agenda para después mirarnos a los dos —podemos ir a un club. Puedo demostrarte que ligar con chicas es fácil, a ambos. ¿Están libres mañana en la noche? —Simon asiente, no, no está preocupado, está divertido... Estebano escribe en su agenda, con su lápiz de brillos con tanta seguridad que me aterra, la apuesta no es conmigo, es con Simon, pero sé que si pierde va a salir de mi bolsa, porque va a pedírmelos prestado y nunca más van a regresar conmigo.

—No se diga más, Roger ¿Si vienes, cierto? —habla mi amigo, él ya se siente victorioso y yo solo lo miro con seriedad porque no hay forma de que esto suceda.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —siseo, pero Estebano puede oírnos, aunque él parece estar ajeno a nosotros escribiendo en su libreta y ahora toma el marcador amarillo y traza unas rallas con él. Simon rueda los ojos, sí, le vale una mierda.

—Nos vemos en el club que está cerca de tu casa —habla el rubio teñido, estrecha su mano a Simon, quién en seguida hace lo mismo. Se lleva sus lentes con incrustaciones a los ojos y su bolso a su antebrazo —y si yo gano, me encargaré del look de Rogelio sin que interfieran ¿aceptan?

—Es Roger... —contradigo de inmediato —¿espera qué?

Simon se ríe, se encoge de hombros y dice:

—Hecho —tira de mí hacia un puesto de cerveza—. Te invitaré a un trago con mis quinientos dólares.

Eso es mucho dinero, solo espero que la apuesta no vaya en serio. Porque de ser así, yo en el lugar de Simon mejor estuviera corriendo camino a mi trabajo buscando como hacer horas extras. Pero no es lo que más me preocupa, si no, que acaba de aceptar que me vista un tipo que ama las incrustaciones de colores.

Capítulo 9

Por culpa de Simon me había despertado realmente tarde.

Lo primero que hice después de abrir los ojos y notar la sospechosa claridad que entraba por mi ventana, fue darle un vistazo a mi reloj. Cuando vi que solo me quedaban veinte minutos para arreglarme y llegar a la revista me puse de pie de un salto y mi instinto fue tomar una toalla para correr directo al baño pero en el acto tropecé contra Simon y caí de bruces contra el suelo.

Ayer no sé en qué momento Simon me convenció de quedarme en una fiesta con él, lo miré bailar con chicas, vomitar en mi auto, pedirme con urgencia un baño así que lo traje a mi casa porque estábamos más cerca de mi piso que del suyo. Lo único que hizo fue acostarse sobre mi alfombra y decir:

—Creo que me quedaré aquí, tu alfombra está muy cómoda. —No hice objeción porque de todas formas no quería llevarlo a su apartamento, yo estaba muy cansado y él muy tomado como para caminar por su propia cuenta.

Tal vez no todo sea culpa de Simon, fui yo quién estrelló mi despertador contra la pared y ahora estoy aquí, atravesando toda la sala para llegar a mi cubículo casi hiperventilando, había corrido desde el parking, había peleado con el elevador y me había tropezado contra la alfombra al llegar a recepción, todo esto para no encontrarme a Margaret, pero de todas formas es lo primero que visualizo al dar un paso dentro del piso de «Hombres al poder».

—Llegas diez minutos tarde —La jefa dragón está esperándome sentada en mi escritorio, está manipulando la *Mac* y con una pila de folios en sus manos, como siempre. Suspiro, mientras avanzo hacia ella y me extiende los papeles. —Esos te los voy a descontar de tu salario.

—¡Vaya! —Exclamo con ironía aunque después me arrepiento. —Un dólar y medio. —Ella me mira con seriedad, espera que yo esté frente a ella para mirarme más fijo y yo, inconscientemente, me estremezco. Camino hasta mi silla bajo su atenta mirada, lo que me hace volver a verla y preguntarle. —¿Algo más, señora García?

—Prefiero que me llames Margaret, o señorita García.

—Bien, Margaret. —No puedo evitar el tono de sarcasmo que se me ha colado en la voz, miro hacia el escritorio de Simon y me doy cuenta que aunque él no está aquí —y *para ser sinceros tampoco creo que venga*— Margaret no ha dicho una palabra al respecto.

¿Ya había mencionado que la jefa dragón tiene preferencias en este piso? Este es un ejemplo.

—Veo que hoy tienes ganas de bromear, Roberto. —Suelta de pronto, rodeo mi escritorio para tomar mi lugar cuando ella ya se ha puesto de pie y comenzar con lo que sea me ha traído para hoy. —¡Qué bueno! porque vas a acompañarme y seriamente lo pensé muy bien porque eres la persona más aburrida que conozco.

—Gracias —suelto con ironía, aunque sus palabras se reproducen nuevamente en mi cabeza y la miro curioso. —¿Qué? ¿Acompañarte? ¿Dónde?

—A un evento, no tengo una secretaria así que tú vendrás conmigo. —Enarco una ceja en su dirección y se apresura a decir: —Te pagaré extra, no te vendría mal si acabas de quedarte soltero y sin diez minutos de pago por tu retraso.

La miro con desaprobación mientras me acomodo en mi lugar, porque no hay momento que hable conmigo y no me recuerde el hecho de que ahora estoy solo. Creo que ella también lo está, de otra forma no estuviera sin compañía todo el tiempo y colgada de Facebook e Instagram.

—Pero... yo tengo cosas que hacer...

—¿Algo importante?

—Sí, Margaret.

—¿Vas a desactivar un bomba nuclear? ¿Vas a encontrar la cura contra el cáncer? ¿Vas a erradicar el hambre del mundo?

—¿Qué? No.

—Entonces no es nada importante. Te envió la dirección del evento en un email.

Suspiro, mientras intento despejar mi frustración con mis manos sobre mi rostro.

—¿Por qué no Simon? Sería una mejor compañía que yo.

—Lo sé —replica —pero está en reposo, recuerdas que ayer lo atropellaron ¿no? —la miro, y ella solo se aleja con aire de suficiencia y antes de entrar al ascensor se gira hacia mí y dice:

—Te pones un traje —oh por Dios. ¿Es en serio? Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que me puse uno y ya no debo entrar en el que compré hace un tiempo.

—El último traje que compré fue para la boda de una de mis tía, hace un siglo —obviamente exagero, no he vivido ni tres décadas aún.

—Claro, Edward Cullen —dice con tono de picardía —pues, te consigues otro —así sin más da un paso hacia el elevador, como siempre no me da opción para replicar y yo no tengo el coraje suficiente para decir que no, aunque mencionó algo de pago extra y eso no me vendría mal

—ah por cierto, te peinas.

Ruedo los ojos al cielo y se pierde tras las puertas del ascensor con esa sonrisa maquiavélica que muestra todo el tiempo. Comienzo a encender mi monitor mientras me reprendo mentalmente por no poder negarme de nuevo. Intento no preocuparme por el maldito traje, minutos después me envía la hora en un mensaje de texto, y a medida que se va acercando el momento sí comienzo a rozar la histeria por no tener algo que ponerme, me voy a casa mucho antes de la hora indicada y me pruebo el maldito traje que encuentro en mi armario, me doy cuenta que definitivamente he subido algunos kilos en estos años, antes era muy delgado.

Comienzo a dejarle miles de mensajes de texto a Simon y no contesta en el instante, comienzo a revolver todo en mi guardarropa como si por arte de magia fuese a aparecer algo que ponerme y salto sobre mi celular, que he dejado sobre el colchón de mi cama, cuando recibo la respuesta de Simon.

Me dice que tiene uno que puede servirme, que justo ahora no está en casa pero que yo ya sé dónde está la llave, no, la verdad que no lo recuerdo pero en algún lado alrededor de su puerta debe estar.

Conduzco a su apartamento mientras hago memoria de donde me dijo la última vez que la guardaba, la verdad nunca la había usado y no quiero perder tiempo preguntándole al respecto. Cuando llego al sitio comienzo a buscar debajo de la alfombra, la maseta a un lado y sobre el marco de la puerta.

—Búscala detrás del cuadro —escucho una voz familiar a cierta distancia y miro en esa dirección. Kate me señala la pintura a un lado de la puerta y yo asiento dando un vistazo al lugar que me indica y, efectivamente, la llave cae en mis pies y me giro para agradecerle.

—Muchas gracias —recojo la llave y la muestro como trofeo, ella asiente con una sonrisa y entra a su apartamento. Observo hasta que se pierde tras la puerta y miro la cerradura para, acto seguido, ingresar la llave donde corresponde.

No se abre.

Quiero gritar por frustración y miro mi reloj para ver que en realidad ya es tarde y no tendré tiempo de cambiarme en mi apartamento, dejo caer mi frente contra la puerta e intento una vez más abrir esta cosa y... nada.

—Tienes que girar la llave y tirar para arriba —escucho de nuevo, ahora ella está caminando hacia mí, al momento que llega dejo que lo intente y veo como la puerta cede fácilmente —¿lo ves? es mágico —me hace reír, quiero agradecerle pero ni siquiera me salen las

palabras correctas.

—Supongo que tu apartamento es igual.

—No, de hecho, Simon se quedó encerrado en su baño una vez y me llamó para rescatarlo.

—¿Qué? —me río de nuevo, porque si alguna vez creí que yo era tonto, creo que Simon me quita el lugar —¿Cómo es eso posible?

—No lo sé, pero estuve alguna media hora intentando abrir esto —ella también se ríe, abre la puerta por completo y me devuelve la llave al mismo tiempo que me indica el camino.

—Bueno, muchas gracias, Kate.

—De nada —replica de inmediato —cualquier cosa estoy por allá —señala su apartamento y yo asiento mientras la observo alejarse. Miro mi reloj y me doy cuenta que ni de coña llego a la hora que me ha indicado Margaret.

Respiro hondo y a paso rápido voy hasta el armario de Simon, me desvisto y me pruebo el traje que me indicó y, es correcto, el traje me calza a la perfección, pero hay un problema, es de su abuelo. Oh, genial. Me miro al espejo, es un traje verde oscuro de corduroy, con camisa blanca y una corbata a cuadros, las zapatillas que traje no pegan ni con cola, pero ahora es lo que menos importa. Miro mi reloj de nuevo y no la pienso dos veces cuando estoy tomando una de sus toallas para darme una ducha rápida.

Tengo como diez minutos de retraso, a duras penas me había aseado y peinado un poco. El lugar que Margaret me indicó está casi al otro lado de la ciudad y justo al llegar al parking veo mi celular y tengo doce llamadas suyas, menuda mierda, estoy despedido.

Salgo de mi auto y solo he dado unos tres pasos cuando tengo otra llamada de Margaret y comienzo a correr al mismo tiempo que atiendo.

—Ya estoy aquí, tuve un contratiempo y... —no me deja terminar, de inmediato sisea y simplemente escucho.

—¿Por qué diablos no contestabas?

—Porque estaba conduciendo, el tráfico está terrible y vivo al otro lado de la ciudad...

—No es el lugar que te indiqué —interrumpe, me detengo en seco mientras sostengo mi nariz entre mi dedo índice y mi pulgar.

—¿Qué?

—Te dejé la nueva dirección en un mensaje, confundí los sitios con la entrevista que daré

mañana —la verdad, me estoy dando cuenta del poder de autocontrol que tengo, porque definitivamente, tengo ganas de tirar todo en este lugar.

—Está bien —digo, inhalando aire suficiente para calmarme —llego en unos minutos.

La llamada se cuelga y yo llevo mis manos a mi rostro intentando despejar la frustración que siento. Regreso a mi auto casi hiperventilando y después de ver el mensaje y darme cuenta que estoy a veinte minutos desde aquí, pongo en marcha el vehículo.

Estoy en el lugar en menos del tiempo estimado porque conduje al estilo Vin Diesel y me salté algunos altos, le temo más a Margaret que a los policías de tránsito. Antes de bajar, me cercioro que sea el lugar correcto. Cuando me doy cuenta que sí, es el sitio que la jefa dragón me dijo, miro por el parabrisas y observo el lugar elegante frente a mis ojos. Me bajo del auto y camino hacia el interior del edificio cubierto de vidrio y alfombras, paso a recepción donde me piden mi nombre y al mencionarlo, me dejan pasar y la primera que mis ojos ven, es Margaret. Saludo con un asentimiento, ella no muestra nada en su gesto, solo me mira de pies a cabeza con sus piernas cruzadas sobre un sofá de cuero que puedo apostar, cuesta unos tres años de renta de mi apartamento.

—¿Vendes biblias? —me pregunta y yo solo la miro sin demostrar lo molesto que estoy por haber conducido todo ese camino y por sus bromas que no me hacen ninguna gracia —llegas tarde.

—Lo sé —hablo, tomando lugar a la par suya —conduje desde el otro lado de la ciudad, dos veces. —Ella no me dice nada, se pone de pie y con un gesto de barbilla me indica que haga lo mismo y obedezco. Me dejo conducir por ella hasta el ascensor donde hay un hombre de uniforme que luego de intercambiar palabras con Margaret, manipula el aparato y somos guiados hacia el interior.

No hablamos nada durante el camino hacia la planta número treinta, al abrirse las puertas puedo observar una decoración similar a una fiesta y me doy cuenta que se está celebrando el aniversario de una de las empresas que trabajan en conjunto con «Hombres al poder», en el sitio hay un cúmulo de personas bastante considerable y la luz es tenue con música clásica de fondo.

—Aquí tienes —Margaret me da una libreta y una pluma, los cuales tomo con vacilación aunque luego recuerdo que fue clara al decirme que no tenía una secretaria —todo lo que hable que consideres importante, lo anotas, Roberto.

—Es... —mejor guardo silencio, porque no tiene sentido corregirlo.

Asiento simplemente, camino a la par suya y solo se detiene para tomar una copa de champagne que le brinda un hombre con un chaleco verde, me tiende uno a mí y hago un gesto sutil

con mi cabeza indicando una negación después de agradecerle al joven.

—¿No tomas? —pregunta Margaret, dando un sorbo a la copa que lleva en las manos.

—No, no es lo mío —ella asiente, pensando un momento su respuesta.

—¿Fumas? —sé que me ha visto en algún momento en la oficina, si no, no estuviera sacando esa plástica justo ahora.

—Bue... bueno, algunas veces —casi balbuceo, ella me está viendo fijamente y da otro sorbo a la bebida.

—Algún defecto tenías que tener —habla, con los ojos entrecerrados. No sé qué significa eso pero solo espero no sea que me ha visto en algún momento con un cigarro en la boca mientras trabajo. Porque sí lo he hecho, muchas veces —¿Tienes tatuajes?

—No, Margaret —ella asiente, no sé a qué viene todo esto pero no me da tiempo de preguntar porque antes de decir algo es interceptada por un hombre mayor. Me da la copa y la tomo de inmediato cuando ella se va en dirección a señor de cabello entrecano, los miro saludarse y comenzar a hablar cosas triviales.

Recuerdo que me dijo que estuviera atento a cualquier cosa importante, así que busco donde dejar la copa y una mesa de vidrio es el primer lugar que se me ocurre para dejar la bebida y comenzar a escribir lo que estas personas digan, pasan unos minutos e intento llevarle el ritmo a la conversación. Casi puedo respirar cuando él se retira y, Margaret, se vuelve a mí para pedirme la copa, giro en dirección a la mesa y observo que ya no está.

—Ah... ammm... creo que se la llevaron.

—¿Cómo se te ocurre que vas a dejarla por ahí?

—¿Cómo se supone que voy a escribir? ¿Con las orejas? —de acuerdo, no es que quiera portarme rebelde hoy, pero juro que usualmente no le digo estas cosas, pero creo que el estrés me hace hablar sin pensar. Margaret eleva las comisuras de sus labios, en algo muy parecido a una sonrisa, pero así como viene se va y no queda rastro de su expresión.

—Bueno, consígueme otra —con sus manos hace un gesto de echarme del lugar y voy en dirección al mesero que sostiene la bandeja con las copas, está dejándolas en su sitio justo ahora, al momento de tomar una mi celular vibra y no dudo en sacarlo de mi bolsillo.

De: Simon.

¿No vas a venir?

Para: Simon.

En cuanto Margaret me deje libre.

De: Simon.

¡Uh! No tengo con quién celebrar mi victoria.

Para: Simon

¿Ganaste?

De: Simon.

No, Estebano no ha venido, así que puedo considerarlo abandono ¿cierto?

Para: Simon.

Solo han pasado dos minutos de la hora que acordaron.

Me río ante su desesperación, me giro en ese instante en dirección a Margaret y cuando mi celular indica un nuevo mensaje una figura a unos escasos metros llama mi atención, a pesar de la luz tenue puedo reconocer a la persona que está de espaldas a mí enfundada en un vestido rosa pálido, mis ojos de inmediato viajan al tipo que está rodeando su cintura con sus brazos, y siento como todo dentro de mí se rompe al ver como se acerca a él y le besa los labios.

De repente mis pies se han congelado en este lugar, mi corazón golpea con fuerzas mis costillas, y siento que dejo de existir unos instante, que todo a mi alrededor se desvanece para quedar solo con la escena que estoy presenciando. No puedo creerlo, cierro mis ojos con fuerza y sacudo mi cabeza intentando sacar esa imagen de mí, quiero creer que es solo producto de mi alucinación pero al momento de abrirlos ella se está girando y su rostro queda ante mi vista. Me reconoce, lo sé, porque de otra forma no se hubiese detenido, no se estuviese girando hacia él y tampoco tirara de esa persona con disimulo en otra dirección para no tener que pasar junto a mí.

Sé que se retiran de ahí, aunque no los estoy viendo porque mi vista se ha clavado en otro punto fingiendo indiferencia, pero en realidad me quema, mi interior está en llamas y cuando me recompongo busco a Margaret quién está en una plática amena con algún sujeto y no estoy tomando nota.

Me acerco a ella, mi mente sigue en blanco y observo como el líquido se mueve al son del tirite de mis dedos. Casi presiento que Margaret sabía de esto, estoy seguro que por eso me ha invitado a venir aquí, porque siempre lleva consigo a Simon y hoy, qué casualidad, me ha dicho a mí que la acompañase.

—¿Qué te pasa, Roberto? —habla Margaret, dejando a la persona con la que hablaba. Saluda a alguien que pasa detrás de mí y después toma la copa para darle un sorbo.

—Si... no... no es nada —aclaro mi garganta y la miro intentando mejorar mi gesto —¿A qué horas termina esto?

—Un par de horas más, ¿estás seguro que estás bien? —Mira alrededor, sé que lo sabía, sé que esto ha sido producto de su maldad y quiere cerciorarse que yo mire la escena, quiere ver mi reacción, verme perder mis estribos.

—¿Tú lo sabías? —espeto, ella me mira alzando una ceja y tomando la aceituna de su bebida, finge confusión y se encoge de hombros intentando ocultar que sabe todo.

—¿Qué cosa?

—Que Sara iba a estar aquí, con alguien más...

—¿Sara está aquí? —Mira alrededor, la verdad que es muy buena fingiendo, pero puedo notarlos, no demuestra ni un poco de sorpresa por lo que he dicho.

—¿Sabías que iba a estar aquí con un tipo? ¿Cierto?

—Espera... ¿De qué estás hablando? —la verdad que sí, es muy buena actriz, no entiendo cómo no triunfó en Broadway. —Sí, sé que está con el hijo del dueño de estos edificios, pero no me imaginé que iba a estar aquí hoy. —Mi corazón se acelera de nuevo, siento que una bola se ha instalado en mi garganta y la jefa dragón mira mi gesto e intenta mejorar la situación o eso es lo que logro interpretar: —Tal vez no sea ella.

—¿Sabías que estaba con alguien más? —De pronto se sienta acorralada, sé que ellas eran amigas pero no sabía cuánto y si Margaret sabe algo como esto es porque su amistad ha llegado a otros niveles, porque ocultar algo así... —Margaret, por favor, solo dímelo.

—No vayas a cometer una locura, no aquí, si descubren que trabajas en mi revista...

—Sólo dímelo...

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—¡Ay! Yo que sé, Roger, por Dios, algún par de semanas. Pero no vayas....

—¿Un par de semanas?

—No estoy segura...

—Terminó conmigo este pasado viernes. —Ella se calla, balbucea algunas palabras sin sentido y toma un trago del champagne en sus manos. De pronto siento que hace calor, solo quiero salir de aquí y no volver.

—No fue lo que ella me dijo, me aseguró que había terminado contigo hace un mes. Incluso pensé que era muy precipitado pero me dijo que a ti no te importaba en lo absoluto.

—¿Qué? La semana pasada seguíamos viviendo juntos. —Margaret no dice nada, siento que mi tono de voz ha perdido el control. Se queda contemplándome en silencio intentando remediar lo que dijo, pero no la dejo, antes de que diga algo cierro la libreta de apuntes y se la entrego junto a la pluma que me había dado—. Me voy...

—No te puedes ir... —dice, al mismo tiempo que toma todas las cosas que le entrego —si te vas...

—¿Me despides? Hazlo...

—Ni se te ocurra no llegar mañana —me grita, pero no me detengo, porque en ese momento estoy caminando hacia la salida del sitio y dejando atrás cualquier ruido, protestas de Margaret y lo que sea.

Mi mente da mil vueltas mientras bajo por el elevador, pensando en todo y a la vez en nada, no sé en qué momento ya estoy llegando a mi vehículo, dejándole un mensaje a Simon y me encierro en mi auto, esperando su respuesta. Una llamada de Margaret llega a mi teléfono y cuelgo antes porque no tengo ganas de hablar con ella.

Me recuesto en el espaldar del lugar, intentando sacar cualquier pensamiento inoportuno, siento un nudo en mi garganta y abro el navegador de mi teléfono celular para escribir su nombre en el buscador. Casi de inmediato aparecen varios sitios webs y entro al primer enlace que miro... es una imagen suya, una fotografía en la playa junto a ese sujeto y corresponde a este fin de semana anterior.

El tipo tiene un tatuaje, uno que le atraviesa todo el brazo y ahora sé por qué las preguntas de Margaret, sí lo sabía, es una completa arpía y quiso compararme con ese sujeto. No, yo no tengo tatuajes ¿acaso eso me hace menos, Margaret? ¿Acaso por eso merezco que me pongan el cuerno?

No me atrevo a leer el artículo completo, me hierve la sangre, estoy a punto de gritar de frustración. Lanzo el aparato al lado del copiloto y paso ambas manos sobre mi cara para despejar la tensión.

Mierda y mil veces mierda.

La odio, al mismo tiempo me odio a mí mismo ¿cómo pude ser tan estúpido? estoy tan furioso conmigo por no darme cuenta de esto antes. Acomodo el nudo en mi garganta y sin hacer nada más pongo en marcha mi vehículo, aumento la velocidad mientras conduzco sin rumbo, a cualquier otro lado que me haga despejar mis pensamientos. Una llamada de Margaret aparece en mi pantalla y no dudo en apagar el maldito teléfono y dejarlo nuevamente donde estaba.

No llevo cigarros conmigo, me detengo en una gasolinera, pero lo que considero llevarme conmigo es una botella de licor, le doy un trago largo sin ninguna delicadeza después de pagarla y otro cuando estoy entrando a mi auto, respiro hondo. Tomo grandes tragos de la bebida mientras estoy conduciendo, siento pena por mí mismo, me siento patético... humillado.

Siento que el líquido dulce del vino no es suficiente, me detengo en una licorería para comprar una botella de tequila. Minutos después estoy llegando a mi apartamento, pasando directo a mi habitación y sacando todas las fotografías del gabinete de mi mesa de noche, todas esas que comparto con Sara durante todos estos cinco años.

Años de mentiras absurdas.

—Yo nunca me hubiese atrevido a hacerte algo como esto Sara —le hablo a las fotos. Las miro una por una, hay más de cien, tomo una profunda calada de aire y tiro de la silla frente a mi escritorio para ubicarme frente a mi computador.

Sé que no debería hacer esto, pero de todas formas mis manos se postran sobre el teclado ignorando la señal de alarma en el fondo de mi cerebro, tecleo el nombre del sujeto en el buscador de google y cuando sus imágenes aparecen algo dentro de mí se revuelve. Tan bien vestido, tan arreglado, tan millonario, ¡¡¡tan hijo de puta!!! Me pongo de pie de nuevo para ir directo a la botella que había dejado sobre la mesa de noche y miro ahí las fotografías de nuevo. Le doy un largo trago a la botella sin despegarle los ojos a Sara, son fotos de cinco años, cinco años de mi vida desperdiciados.

Ya es más de media noche cuando estoy yendo hacia el jardín, no hay nadie, lo cual es perfecto, apenas puedo sostenerme cuando tiro todas las fotos sobre el pasto y les dejo caer gasolina. Tomo una entre mis manos y llevo conmigo el encendedor, la foto arde entre mis ojos y, seguidamente, la dejo sobre el resto de fotografías, miro el rostro de Sara arder, mi odio hacia ella se intensifica, no puedo creer que he sido tan estúpido.

Tomo la botella que había dejado sobre la grada de la entrada y le doy el último trago, me dejo caer sobre el pasto solo para ver para aceptar que todos estos años de mi vida fueron basura, otro trago para intentar olvidarme del rostro Sara, un último trago para borrar su número y cuando lo hago siento que me desprendo de algo enorme.

Me siento libre.

Capítulo 10

Despierto en la alfombra de mi apartamento boca abajo con una botella de licor vacía en mis manos y el estómago revuelto. Siento como la claridad del día apuñala mis párpados y cierro mis ojos con fuerza para intentar acomodarme a la luz. Los abro poco a poco a medida que siento como el sonido estridente, que proviene de mi puerta, taladra mis oídos.

—Roger —*toc toc toc* —abre la maldita puerta —*toc toc toc*.

Tengo escasos recuerdos de lo que pasó anoche, intento hacer memoria a medida que giro sobre mi cuerpo y mi espalda queda sobre el piso, algo arde en mi brazo y pruebo levantarme pero creo morir en el intento cuando un dolor agudo me atraviesa la sien.

—Roger —ahora el ruido sordo de la madera de mi puerta es más rápido y casi suena desesperado —Roger, abre la puta puerta. Rogerrrrr.

Es Simon, más sonidos que siento que aumentan mi jaqueca y logro sentarme para, acto seguido, vomitar sobre mis zapatos, menuda mierda. No los tenía puestos, estaban a un lado mío y cuando el líquido quiso regresar de mi estómago solo se me ocurrió ese lugar para desecharlo.

Mi único par de zapatillas.

—Roger —*toc toc toc toc toc toc* —o abres la puta puerta o llamo a la policía —*toc toc toc toc toc toc...*

—Simon —le grito, mi garganta está reseca y el sonido de mi voz es un tono más grave de lo habitual. Ya estoy a punto de rozar la histeria con ese sonido pero él continúa, ignorándome como siempre —deja de hacer eso o te meto esa puerta por un lugar donde nunca más vas a volver a tocarla de esa forma.

Silencio, finalmente.

Me pongo de pie a duras penas, siento que la cabeza me pesa un kilo y cada pie mucho más, me sostengo de una mesa para poder erguirme porque parece que he recibido una paliza en todo el cuerpo. De pronto, imágenes de la noche anterior comienzan a verse borrosas en mi mente, estar inconsciente era más divertido. Todo comienza a reproducirse, por orden de los hechos, tan claro que me fastidia.

—¿Vas a abrir o qué? —vuelvo a escuchar *toc toc toc* ¡mierda! —Llevo toda la noche llamándote, me pasé todos los semáforos al ver que no te aparecías por la empresa, es mediodía ya —más *toc toc toc* ¡maldito Simon! lo que menos tengo hoy es ganas de soportar gritos y ese

sonido. Voy en dirección a él y abro la puerta —Margaret ha preguntado por ti, nadie sabe nada y nos tienes a todos preocupados ¡coño!... ¿qué carajos ... —él detiene su monólogo y me mira de pies a cabeza.

—Maldita sea, Simon. ¿Puedes de una vez... —mis palabras quedan suspendidas en el aire al ver a la persona que acompaña a Simon, los dos pares de ojos se postran en mi persona y no sé qué aspecto debo tener ahora, no quiero ni imaginármelo si ya es mediodía, estaba tirado en la alfombra, y acabo de vomitar.

—¿Qué puta...? —Simon me recorre con la mirada, no solo él. Yo quiero desaparecer en este instante. Maldita sea, ¿por qué diablos no puedes venir solo, Simon? —¿Es ese el traje de mi abuelo Toño?

Miro la ropa que llevo, efectivamente es el traje del abuelo de Simon, con el nudo de la corbata hacia un lado, los últimos botones de la camisa desechos, descalzo y solo un calcetín en mi pie izquierdo.

—¡María y José en la playa! ¡Qué me da un paro cardíaco! —Estebano se lleva la mano a la frente de manera muy dramática simulando un desmayo y comienza a abanicarse con la otra, me señala después y pregunta casi sollozando: —¿Qué diablos es esto?

—No alcancé a cambiarme ¿de acuerdo? —intento arreglarme el cabello pero es imposible, al parecer se cubrió de licor, o tal vez de otro vómito porque está duro y se regresa al lugar que estaba, frente a mi cara. —No tuve una buena noche.

—Eso ya lo sabemos, querido —la mirada de Estebano sigue recorriéndome completo y yo solo quiero ir a mi cama y dormir. Me vuelvo a Simon, que también me está viendo como si fuera un fantasma que apareció frente a él.

—¿Qué diablos haces aquí, Simon?

—¿Qué hago aquí? —eleva más el volumen, hasta parece mi madre con ese tono —¿Qué hago aquí? Estoy hasta la puta madre de llamarte...

—Shh shh —escucho sisear a Estebano, llevando sus dedo índice sobre la cara de Simon—, reemplaza esa palabra por «chuta».

—¿Chuta? ¿Qué diablos es eso?

—Estoy hasta la chuta madre, suena mejor.

Simon lo mira.

—Estoy hasta los cojones porque este hijo de puta no se aparece en su puto trabajo y no

responde las putas llamadas de nadie, su último mensaje fue pregúntame cómo sería la muerte y tú te preocupas porque diga puta.

—¿Yo te envié qué? —pregunto con intriga. Estebano con su pose dramática con la mano sobre pecho mira a mi amigo y yo solo me masajeo la sien para intentar soportar todo esto. Ahora Simon se vuelve a mí y habla, por no decir, grita:

—¿Y qué carajos te hiciste en la cabeza, Roger?

Me llevo las manos a mi cabello, con el ceño fruncido y completa curiosidad. Al tacto siento unas puntas desiguales que se entierran en las palmas de mis manos. No lo dudo ni un segundo, corro hasta el espejo más cerca y me miro.

La imagen que me devuelve es un completo caos, tan aterradora y deprimente en partes iguales, tengo la cara más pálida que Drácula, unas ojeras que me llegan hasta el suelo, un rastro de baba se alarga hasta mi barbilla y...

Me he cortado el cabello.

Sé que lo he hecho yo mismo porque cada parte es más corta que la otra ¿Qué mierda? ¿Qué mierda? Me vuelvo histérico en dirección a Simon y Estebano, quienes me contemplan a una distancia prudencial ambos con la misma pose, los brazos sobre su pecho, el rubio con una expresión fúnebre y Simon con cara de completo fastidio.

—¿Si se arregla? ¿Cierto? Dime que se arregla esta mierda, Estebano.

—Miércoles.

—¿Qué?

—Que digas miércoles, dime que se arregla esta miércoles, Estebano. Se escucha mejor ¿no?

—Me vale una mierda —grito, lo miro, me mira. No traigo mis lentes, ¿Qué diablos hice mis lentes? —¿Dónde carajos están mis lentes?

—Ay, Dios —escucho al sujeto llamado Estebano, con un entusiasmo que me dan ganas de tirarlo por la ventana —al menos hiciste algo bien, tiraste esas cosas horribles.

No le pongo atención, busco mis lentes, no están en mi habitación, tampoco en el baño, no están en la cocina, en la sala, los busco en el único sillón que me queda.

—Margaret está volviéndose loca, Roger —escucho hablar a Simon, mientras comienzo a tirar los cojines por todos lados, encuentro mi teléfono, que sale volando hasta estrellarse con la

pared frontal.

—Mierda —siseo, y escucho un carraspeo proveniente Estebano pero ahora todo me tiene sin cuidado. Ahí lo recuerdo, lo último que hice fue tirar mis lentes al suelo y comenzar a pisarlos con mi zapato en la acera del exterior del edificio que vivo. Me dejo caer en mi sillón sosteniendo mi cabeza con ambas manos.

—Dice que si no te apareces hoy mismo —de nuevo Simon, estoy comenzando a odiar ese tono ronco de su voz porque en serio, hoy no estoy de ánimos para escucharlo —va a venir a buscarte hasta tu casa.

—Me vale una mierda Margaret.

—Ella dice que no lo sabía, Roger. —a este punto, hasta los vecinos deben darse cuenta de lo que ha pasado porque no hemos dejado de gritar desde que Simon llegó aquí. Él suelta un bufido y yo, simplemente me limito a guardar silencio. —No es su culpa que tu ex novia sea una... le diré arpía porque soy un caballero y no puedo llamarla puta, porque eso es lo que es. —Quiero decirle que ya lo hizo, pero da igual ya. —Te estuvo poniendo el cuerno todo este tiempo.

—De hecho, todos lo sabían —habla Estebano. Corre las cortinas y abre las ventanas para ventilar mi apartamento.

—¿Sabían qué cosa? —Tengo hasta la garganta seca, herida, no me sorprendería sentir el sabor metálico de la sangre en mi lengua. Yo no tomo alcohol, nunca lo hago y ahora estoy recordando porqué.

—Espero no te moleste que entre un poco de aire, pero apestas. —Me ignora y yo, no puedo quitarle la mirada de encima.

—¿Sabían qué cosa? —Vuelvo a preguntar, más fuerte. Estebano se encoge de hombros y se deja caer en el sillón a mi lado.

—Estuvo en primera plana en el periódico este fin de semana. —Lo miro y miro a Simon. Vuelvo a Estebano quién toma el control de mi tv y después de rosear algo sobre él saca un pañuelo de su bolsillo y comienza a frotarlo. —No es algo nuevo que se hable de ese bombón hijo del millonario holandés en las revistas, periódicos o sitios populares de internet. Lo que ignoraba es que la chica fuera una perra.

—¿Tú lo conoces? —Le pregunto a Estebano, quién vacilante me da un asentimiento. Genial.

—Sí, pero tú seguías creyendo que Sara iba a convertirse en una chica inocente y virginal porque no estaba contigo. —Se burla Simon soltando una risita irónica al mismo tiempo que saca

una manzana de mi refrigerador. Una de las pocas cosas que me habían quedado porque Sara se había llevado casi todo. Sí, se llevó toda la comida argumentando que ella la había comprado, lo que era mitad cierto, porque ella era quién compraba las tonterías dietéticas y «gluten free», entonces yo tenía que ir al supermercado por mi cuenta para poder comprar mi comida sin esas absurdas etiquetas. —. No sabes cuantas veces antes de besarte a ti, le había practicado el beso negro al otro tipo.

—Simon, maldita sea, cierra la boca de una vez.

—¿Sí sabes qué es el beso negro, verdad? Es el tipo de sexo oral pero...

—Simon, ¡Qué te ahorres las explicaciones! —recrimino, agradezco que se calle. Me pongo de pie y casi no puedo moverme, de inmediato la cabeza me comienza a dar mil vueltas y se me revuelve el estómago, me sostengo del sillón y tomo lugar otra vez tapando mi cara con ambas manos y cerrando los ojos con fuerza para intentar estabilizarme. Me quedo donde estaba dando una profunda calada de aire y escucho a Estebano:

—Si supieras jugar tus cartas... —Lo miro, me doy cuenta que ha tomado un florero que estaba sobre la mesa frente a nosotros, ha roseado alcohol desinfectante sobre él y lo frota con una completa dedicación que me fastidia —ningún hijo de millonario te quitaría tu chica. Pero si eres pobre, no te vistes bien y usas lentes de abuelita...

—¡Qué ya no tengo los putos lentes!

—Chutos, Rogelio ¡Chutos! ¡Qué ya no tengo los chutos lentes!

—Que es Roger, maldita sea, Roger. —Bien, puedo asegurar que no es común que me salga de mis casillas pero ahora estoy frustrado, siento un terrible dolor en la sien y la cabeza me da vueltas, casi me siento como la niña del exorcista y presiento que los vomitaré a ellos dos como la película misma. —Agradezco mucho su preocupación, pero quiero que se vayan.

—Yo no quería venir —replica el rubio de inmediato, dejando el florero donde estaba y tomando el control de tv para encender el aparato —pero fuiste tú quién le pidió a Simon que viniera porque necesitabas un nuevo look, traje algo de ropa en mi auto.

—Yo no... —mejor me callo, porque no sé qué más pude haber hecho y mi celular ni siquiera funciona para darme cuenta de cuántas estupideces cometí.

—Margaret va a despedirte, Roger —espeto Simon, de nuevo.

—Pues no me importa.

—¿Y qué piensas hacer mientras tanto? ¿Ser un indigente? ¿Vivir de las migajas de otras

personas? ¿Pedir limosna en un centro comercial?

—Bueno, ya parece indigente —habla Estebano y, la verdad, nunca había deseado golpear a alguien en la cara.

—Quiero que los dos se vayan ahora mismo —grito, cuando en ese momento, el canal que Estebano había dejado en el tv, comienza a mostrar una noticia. Una que muestra al hijo del millonario holandés de la mano de Sara. Mi —hasta hace una semana —novia Sara.

Me quedo viendo la imagen de ellos dos, se ven tan felices, tan cómodos, tan millonarios. La voz de la reportera se reproduce en mi cabeza, sus palabras viajan entre mi cerebro y mi cráneo, dice algo sobre la chica que robó el corazón del hijo del magnate holandés y su nombre es Sara Escribano. Algo se rompe dentro de mí, algo me golpea en el pecho con fuerza. Estebano apaga el tv de inmediato pero la imagen queda completamente nítida en mi cabeza, mi vista la sigue proyectando como si en realidad está todavía en la pantalla, hasta que me obligo a cerrar los ojos y la ira me carcome por dentro, me recorre la espina dorsal y me vuelvo a los dos rostros que me están viendo con intriga.

—Voy a hacerlo —le digo a Simon. Él arruga su entrecejo con completa intriga y me apresuro a decir: —Lo del proyecto. Tú ganas. Voy a hacerlo.

—¿Lo del artículo?

—No sé si todavía tengo el maldito artículo o no. Pero voy a hacerlo.

—¿Estás hablando en serio? —Le digo que sí con un gesto, sin verlo a él, sin ver a nadie. Me siento frustrado, abatido, desorientado. Me pongo de pie y voy por mi teléfono o lo que sea que quede de él porque para ligar, supongo que necesitas uno.

Estebano suelta un gritito y aplaude con alegría:

—*¡Merveilleux!*

—Solo me dicen cuando iniciamos —hablo, mi voz suena a la de un desconocido. No me reconozco en este momento, todo lo digo con una completa calma que me aterra mientras camino hacia mi habitación como si en realidad no estoy destrozado, destruido, o completamente arruinado.

Maldita Sara, maldito hijo del millonario holandés, maldito yo por haber sido tan idiota.

Capítulo 11

Como si no fuese suficiente cargar con la humillación de que mi novia de toda la vida me hubiera dejado por alguien más, ahora tenía que escuchar sobre ella y el hijo del millonario holandés en todos los canales, medios de comunicación y sitios de internet. Porque al parecer no es suficiente con hablar del tipo que está llevando a cabo un proyecto de agua potable en África, si no, que todos hablan de la nueva chica que «le había robado el corazón»: Sara.

Y no fue todo, la cereza que colmó el helado de mi vergüenza, fue recibir en mi correo la nueva edición de «Hombres al poder», con la cara del hijo de millonario holandés en la portada, el tal Koen Van Brouwer —o como sea—. Maldita Margaret. Sé que todo esto lo hizo a propósito, cada cosa a la que ella le dedica tiempo con tanto esmero es por un motivo sucio, ya lo tenía planeado, por eso me había invitado a mí y no a Simon, quería que lo viera, para al día siguiente restregarme al tipo ese en la cara.

Aunque Simon se encargara de defender su nombre todo el día y decir que en realidad ella no tenía idea de lo que había pasado, yo la conocía lo suficiente. Así era la jefa dragón, capaz de hundir a cualquiera cuando se le da la gana.

—Todos sabemos que Margaret es el diablo en tacones, pero yo sí le creo. Si Sara salía con un tipo cuando todavía estaba contigo, no me sorprendería que también le haya mentido a Margaret.

Eso fue lo que dijo, pero hasta este momento no me había hecho cambiar de opinión. Mañana me presentaría renovado, iba a dejar que estos dos hicieran lo que quisieran con mi imagen, pero me presentaría especialmente a dejar mi carta de renuncia. Ya estaba decidido, iba a dejar la maldita revista, por mi bien, por el de Margaret, por el de todos.

—No vas a dejar la revista, Roger —escucho a Simon. No le presto atención, no me giro hacia él, no me muevo, no hago nada. Principalmente, porque era su firma que figuraba en la base de la entrevista, algo que me ocultó todo este tiempo. —Margaret dice la verdad, yo ni siquiera sabía que Sara te ponía el cuerno con ese sujeto y si la jefa dragón sabía me lo hubiese dicho.

Una risa irónica se me escapa.

—No te preocupes Rogelio. Así es la vida —interrumpe Estebano, tecleando en su *iPhone*, había venido con él al lugar que me había recomendado, una estilista amiga suya. Algo caro y costoso que no me importó pagar por el veneno que contenía mi alma gracias a Sara, Margaret y el hijo del millonario holandés —a veces te dejan por algo mejor, pero qué se le va a hacer.

Cierro los ojos un momento para evitar perder el control con este tipo.

—Escúchame Roger —Simon, de nuevo —ahora más que nunca tienes que demostrar que donde Sara deja las bragas a ti no te importa en lo absoluto. Tienes que dejarle en claro que tú puedes conseguir a alguien mejor, que puedes follar con una mujer diferente cada noche y eso no se logra si dejas tu trabajo.

—Voy a conseguir otro.

—¿En un McDonald? ¿Ese es tu nuevo plan de vida?

Hasta un McDonald suena mejor que trabajar para Margaret en estos momentos.

No hablo, no muevo mi vista del punto blanco de la alfombra de felpa, sintiéndome patético y destrozado hasta la mierda. Él saca su teléfono y comienza a preguntarme cosas, datos, correo electrónico y contraseñas.

—¿Qué estás haciendo?

—Te creo un Instagram.

Dejo que lo haga, ni siquiera tengo ganas de contradecirle o de pensar en lo mucho que detesto las redes sociales. Que se divierta conmigo, ahorita no me interesa nada. Ya casi puedo visualizar a Simon charlando con mujeres desde mi cuenta riéndose a mi costa.

—¿Vas a quedarte en la casa de la playa hoy? —Llamo su atención que obtengo de inmediato. —Quiero un lugar para quedarme esta noche.

—¿Qué? ¿Por qué mejor no salir a divertirnos y amanecer en el apartamento de alguna chica sexy, Roger? —Ruedo los ojos. Pone su celular frente a nosotros y el flash se dispara produciéndome una ceguera temporal que me hace recriminarlo al hecho. La puerta se abre, alguien con altos tacones camina hacia nosotros y Estebano se pone de pie en dirección a la persona presente.

—Bien, él es Roger —escucho la voz del rubio, levanto la mirada para encontrarme una señora morena, con mucho estilo, mirándome de pies a cabeza, estupefacta. —Te lo dije, el tipo es un desastre. —El sujeto Estebano me saca el gorro de lana de la cabeza, la mujer con el cabello rosa suelta un gritito que no me sorprende en lo absoluto.

—Por favor, no haga comentarios —hablo, cerrando los ojos un momento para evitar ver su gesto. Creo que ya había tenido suficiente en un solo día y quiero guardar intacto el poco de autoestima que me queda —entre más rápido hagamos esto, mejor.

Me pongo de pie y ella asiente aún sin quitarme la mirada curiosa de la cabeza. Levanta las

manos muy a lo Estebano y me indica el camino, no me pasa desapercibido como sus ojos me recorren de pies a cabeza y se vuelve a Estebano a quién le murmura unas palabras y éste le contesta con una risita que prefiero ignorar.

—Haré lo mejor que pueda —le escucho decir a ella cuando me indica que tome el lugar frente al enorme espejo. Prepara todo para iniciar con el corte de cabello y casi de inmediato escucho el sonido de la tijera cortar más allá del largo permitido. En ningún momento me miro en el espejo, todo el tiempo miro un envase que está frente a mí pensando que Margaret es una completa perra.

Y como si la estuviera llamando telepáticamente, mi teléfono se hace sonar y sé de inmediato que es ella, había elegido un timbre distinto para su número porque siempre sus llamadas implican urgencia. Descanso cuando la llamada se corta pero de inmediato está marcando otra vez. Ruedo los ojos y saco el teléfono celular solo para decirle fuerte y sin vacilación:

—Estoy ocupado, llámame más tarde.

—Roger... —cuelgo, no me pasa desapercibido que me ha llamado Roger. Creo que ya estoy despedido. Nunca le había hablado así a mi jefa, pero creo que se merece eso y más que ni siquiera me arrepiento.

La mujer morena anuncia que ya ha terminado y acomoda mi cabello con alguna especie de líquido o lo que sea, cuando un sujeto entra, ella le dice algo a lo que él asiente y se acerca a mí. Ahora es el celular de Simon sonando y ya sé de quién se trata, sale un momento y Estebano habla:

—Rogelio ¿Te importa si arreglamos todo... —hace una pausa con un gesto que prefiero no describir y me señala de manera despectiva —ese vello facial de tu rostro? Necesitas una depilación de cejas... ur.gen.te

Me miro en el espejo y me encojo de hombros.

—Haz lo que se te dé la gana. Y es Roger...

Ni siquiera había terminado la frase cuando ya Estebano le ha dicho a un hombre que acaba de entrar qué es lo que va a hacer, cómo debe cortar y dónde debe depilar.

—Ningún hombre que valga la pena conocer por dentro, irá descuidado por fuera —habla el rubio teñido, con una mano en la cintura apartando un poco su largo abrigo de piel —una frase de mi queridísima Coco Channel. Ese será tu nuevo mantra, apréndetelo de memoria.

Ruedo lo ojos y suelto un sonoro suspiro cuando mi celular comienza a sonar, de nuevo.

Margaret.

Mi siguiente acto es tomar el aparato, apagarlo y dejarlo sobre la mesa provocando un ruido sordo cuando lo dejo caer sobre la madera.

—Deberías contestarle —escucho al rubio, pienso que debe estar bromeando. Quiero preguntarle qué haría él en mis zapatos, porque apuesto que se comportaría peor que una diva — tal vez tenga algo que decir.

—¿Es en serio?

—Solo digo que tienes que actuar como si te vale una mierda. Tienes que seguir tu vida normal, salir con chicas. ¿Quieres mi consejo? Preséntate a trabajar mañana mismo, con una sonrisa al estilo Joker, como si la vida te trata de maravilla. En casa te haces un muñeco vudú de tu jefa y te desquitas todo lo que te ha hecho.

—¿Sabes hacer un muñeco vudú?

—Y de tu ex novia, por favor. Pero no de Koen Van Brouwer que ese tipo es un papacito.

Lo miro, presiento se está burlando de mí, sí que lo está haciendo por la forma en que sus labios se curvan de manera maliciosa y pregunta si el sujeto tendrá Instagram. Simon entra a la sala cuando le estoy dedicando una mirada furiosa a Estebano. Mi amigo de manera rápida toma todas sus cosas y se acerca a mí.

—¿Estás bien? —despego la mirada del rubio teñido un momento y lo miro.

—Nunca he estado mejor —obviamente esto es ironía, algo que Simon no pilla, porque se apresura a decir:

—Genial, deberías contestarle el teléfono a Margaret, quiere hablar contigo. Le dije que probablemente no puedes hablar porque estás follando hasta quedar inconsciente, espero no te importe.

—¿Qué?

—No te preocupes, no es verdad. —Simon suelta una risa que me fastidia. —En realidad está encabronada contigo. Pero no te preocupes la haré sentir culpable para que no te despida. Para eso son los amigos ¿no?

—Genial, gracias —hablo con burla.

—Te voy a enseñar las principales reglas de seducción, que ninguna mujer se pueda resistir, ni siquiera Margaret —hago un gesto de repulsión ante tal idea—. Te lanzaré al campo ¿Sabes cómo aprendí a nadar? Cuando mi abuelo Toño me lanzó a la piscina y casi muero ahogado, fue una buena técnica, la aplicaré contigo.

No me da tiempo de contestar porque se pone de pie y se pierde tras la puerta, me quedo viendo ese lugar donde se ha ido intentando digerir todo lo que me acaba de decir. Estebano también lo mira perderse y se vuelve a mí encogiéndose de hombros.

Me doy cuenta que es lo suficientemente tarde cuando me estoy viendo al espejo del salón y el sujeto frente a mí es completamente diferente al que todos los días me saluda en el espejo de mi baño. Ni siquiera sé si está bien o mal porque Estebano no ha dicho una palabra, se ha quedado viéndome más tiempo de lo normal y después llamó a su amiga, la estilista.

Una vez que ella ha llegado y muestra una enorme sonrisa al verme. Prefiero ponerme el gorro de lana de nuevo sobre la cabeza.

—Quítate el suéter, por favor —me habla Estebano, lo miro desconcertado y vuelve a repetirlo con nada de paciencia: —Quítate ese feo suéter.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo.

Vacilante, hago lo que me pide. Comienzo a quitarme la prenda poco a poco esperando que diga que está jugando conmigo, pero no. Lo dejo caer sobre la silla que estaba y lo escucho, de nuevo:

—Ahora la camiseta.

—Estás de broma.

Me mira, mientras saca su teléfono celular, con un gesto que me dice sin necesidad de palabras que va en serio. Me indica que me apresure y yo solo pienso que debe estar bromeando conmigo.

—Vamos que no eres el primer torso desnudo que miro, apresúrate.

Lo hago soltando un bufido, ahora temo que me diga que me quite los pantalones. Me mira y enarca una ceja, su siguiente acto me deja desconcertado: Me saca una fotografía. El flash me vislumbra y aturdido me vuelvo a él cuando sale del lugar y solo un corto tiempo después regresa con prendas de ropa sobre su antebrazo.

—Escúchame —habla, dejando lo que trajo uno a uno sobre mi brazos —por nada del mundo usarás esa ropa de mediocre frente a tu jefa ¿Me escuchas? Desde hoy en adelante te pondrás ropa de tu talla, nada de esas horribles sudaderas o chaquetas dos tallas más grandes, ya me contarás como cambiará tu vida.

—Amm... gracias...

—Quiero que te pruebes esto. —Saca una camiseta azul, muy ajustada. Me la lanza y me dice, con nada de amabilidad, que me la pruebe. —Vamos.

No digo que no porque en realidad quiero irme de aquí y entre más rápido lo haga será más fácil, cuando la camiseta se ajusta a todos los rincones de mi cuerpo, me siento tan apretado que da miedo. Estebano levanta una ceja y me dice —más bien ordena— que me quite el gorro.

—No voy...

—Hazlo.

Maldita sea.

Lo hago y me mira de nuevo con un gesto que no logro descifrar, toma otra fotografía y ahora me pide que me quite los pantalones. Me rio y vuelvo a preguntarle de nuevo si lo que ha dicho es en serio, a lo que él... obviamente... contesta afirmativo.

—No voy a...

—Solo dime que no llevas calzoncillos del hombre araña.

—No.

—Bien, igual iba a salir, no es como que quiera verte. Le rezaba al Jesucristo de las alturas que no usaras ese tipo de ropa interior. *I'll be right back.*

Sale del sitio y me quito los pantalones para usar unos que él me había indicado, estoy apenas subiendo la cremallera cuando Estebano ya está entrando de nuevo y me mira de pies a cabeza. Saca su libreta con incrustaciones con un lápiz de plumas rosas, sin decir absolutamente nada, escribe algo con un entusiasmo que me aterra y ni siquiera me apetece saber qué es.

—No tengo dinero para costear esta ropa de diseñador —le hablo, él solo me mira un momento y vuelve su vista a lo que está escribiendo.

—Lo sé, pero no es necesario que vistas de diseñador para lucir bien. —Guarda sus cosas dentro del bolso amarillo y me da un papel que previamente había arrancado de su libreta. En el pliego dice algo sobre los colores a combinar, que no me preocupe por esta ropa porque es lo que ha quedado del teatro para el que estuvo trabajando y... que tengo buen trasero.

Lo miro con el entrecejo fruncido, pero él ya se ha perdido tras la puerta.

Incómodo atravieso el parking a paso rápido porque temo que el tipo ese me haga regresar. Cargo toda la ropa que me había dado antes de salir y casi llegando a mi auto inicia un aguacero típico de mi mala suerte. Comienzo a correr y me encierro en mi auto tirando las prendas en el

asiento trasero. Saco mi teléfono celular para escribirle a Simon de quién no he tenido noticias desde que se fue y no me dijo si podía estar o no en su apartamento, de todas formas decido irme directo a su morada.

En el trascurso paso frente al edificio donde vivo pero no quiero ir ahí, no mientras la imagen de Sara y el hijo del millonario holandés estén frescas dentro mi cabeza y me tiene a hacer locuras de las que pueda arrepentirme.

Una ola de melancolía me atraviesa cuando me detengo en frente y miro aquel lugar donde creía ser feliz con nostalgia. Tal vez debería mudarme. Iniciar de cero e intentar pasar de largo todos esos recuerdos que me acarrea este sitio. Paso por última vez por el Starbucks que está en la esquina, a modo de despedida y no puedo evitar notar ciertas miradas sobre mi persona. Incredulo voy hasta el mostrador y compruebo que no tengo nada en la cara, cuando me aseguro que no, me acerco a la chica para hacer mi pedido, me desconcierta cuando me sonrío y me dice que espere solo un momento. Sé que ese es su trabajo, pero antes ni siquiera conseguía una mirada de alguna de estas empleadas, así que todo esto es nuevo para mí.

Llego hasta el edificio que habita Simon, antes de salir del auto tomo mi suéter y lo pongo sobre mi cabeza para evitar mojarme mientras corro hasta la puerta principal. Subo los escalones con paciencia y cuando estoy frente al apartamento de mi amigo, busco la llave que está en el mismo sitio y de inmediato cae sobre mis pies como el otro día. Cuando intento abrir... la puerta no se abre. Maldición. Lo hago como Kate me había dicho una, dos, tres veces... pero no pasa nada. Suelto una mala palabra en el acto y cuando la puerta no cede me doy por vencido dándole un golpe y recuesto mi espalda sobre la puerta con un gesto derrotado para deslizarme hasta quedar sentado sobre la alfombra.

Tomo mi teléfono celular para dejarle otro mensaje a Simon y sé que no voy a recibir una respuesta suya, su última conexión fue hace varias horas y mi mensaje anterior parece inclusive no llegarle a su teléfono, tal vez está con alguien utilizando la casa en la playa, siempre prefiere apagar su teléfono celular para evitar «interrupciones». Suelto un sonoro bufido y escucho a cierta distancia, una puerta abrirse, cuando miro en esa dirección observo a Kate, saliendo de su apartamento con una chica rubia a su lado. Por su uniforme verde, intuyo que también es doctora ¡Genial! otra persona con carrera impresionante y, aquí yo, intento de escritor.

—¿Tienes problemas? —La escucho y se dirige hacia mí con la otra chica siguiéndole los pasos. Me muestra una sonrisa que intento corresponder lo mejor que puedo, aunque solamente quiera pegarme contra la puerta de madera repetidas veces.

—No... bueno... solo quería abrir el apartamento de Simon y... no funcionó. —Se ríe un

poco y le doy espacio cuando está cerca de mí para que tome la llave de la puerta. La rubia me saluda con un leve asentimiento al mismo tiempo que se hace una coleta en la cúspide de su cabeza.

—Él es Roger —habla Kate a la otra doctora, sus ojos brillan en ese momento y me doy cuenta que es muy probable que le ha hablado de mí y solo espero que no haya sido lo que escuchó de Simon el otro día en el bar.

—¡Oh! ¿Tú eres Roger? Kate me ha hablado de ti. —Mierda, lo sabía. —Hoy casualmente discutíamos sobre tu artrosis de rodilla. —¡Ah! Genial, ahora mi condición médica es un tema de conversación entre las mujeres. Mal asunto.

—Pero estoy bien —aclaro, antes de que me den un diagnóstico y no me guste nada. Para desviar el tema le pregunto su nombre y, después, me doy cuenta que era mejor no saberlo:

—Margaret.

Suelto un bufido, no puedo evitarlo, uno que demuestra fastidio, coraje, furia y todo lo que se le parezca. Me recrimino de inmediato, pero no pasa desapercibido por la chica quién se ríe y se apresura a decir:

—Por lo que intuyo, alguna Margaret te ha arruinado la vida. —Hace una pausa cautelosa. —¿Tu ex?

—No, mi jefa —aclaro, también mi ex me ha arruinado la vida, pero igual mi jefa la ha ayudado a rematarlo. No sé cuál de las dos es más vil.

—¡Uh! Te entiendo. Mi supervisora también es un grano en el culo —Kate la mira con desaprobación, pero esboza una sonrisa en el acto.

—¿Y cómo se llama? —pregunto con inocencia. Ella señala a Kate con su dedo índice.

—Katheryn, en realidad le llamamos Kate —hace una pausa —y está aquí a mi lado.

Oh por Dios. Genial, genial. No basta con ser doctora, si no, que tiene un rango más alto. ¿Qué edad puede tener esta chica? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? No le calculo más que eso. ¿Ya es supervisora de otros médicos?

—Espera... ¿Esta Kate? —ella asiente.

—Créeme, no querrás tenerla como jefa.

Kate se ríe y yo solo la miro un momento, anonadado, aturdido, estupefacto. La puerta se abre y señala su interior al mismo tiempo que me entrega la llave y se vuelve a la rubia a su lado.

—Sí sí, ya me voy —habla la joven, que desgraciadamente, lleva el nombre de la jefa dragón. Se da media vuelta, pero antes de emprender su camino se vuelve a mí y dice de manera elocuente: —me saludas al papi sexy de Simon.

Y se va.

Me vuelvo a Kate con el entrecejo fruncido, ella también está viendo a su amiga hasta que se pierde cuando emprende su camino escaleras abajo y se vuelve a mí.

—Bien, esa es Margaret, una de mis mejores amigas. —Asiento con mi cabeza intentando restarle importancia y señalo la puerta del apartamento.

—Gracias... de nuevo...

—No hay de qué. —Es su respuesta y se detiene varios segundos a analizar mi rostro, cruzándose de brazos, intimidándome por completo. —Te hiciste algo nuevo ¿cierto?

—Aamm, sí. Yo... —Me paso la mano por el cabello, intentando mejorar mi aspecto. Está algo húmedo por la brisa, pero ahora ya no se siente igual que antes. Para mi sorpresa, está suave y manejable. —Era hora de... —Balbuceo. —Ya sabes, cambiar.

—Me gusta —la escucho decir. Kate se acerca a mí un poco y me toma por sorpresa cuando su mano toca mi cabello, en el acto se roza con la mía y me despeina un poco agregándole: —Pero así está mejor.

Da media vuelta, en dirección a su apartamento. Le sonrío cuando se vuelve en mi dirección antes de abrir la puerta y dice:

—Cualquier otra cosa, no dudes en tocar a mi puerta.

Asiento con mi cabeza, con una sonrisa nerviosa hasta que desaparece de mi campo de visión y yo me encierro de inmediato en el apartamento de Simon. Suelto un suspiro contra la puerta y me acomodo en el sofá, sin hacer nada en sí, solamente viendo hacia un punto fijo, cuando espabilo lo primero que hago es sentarme frente al escritorio de Simon, me voy directo a mi red social, entre los amigos de Simon hago una corta búsqueda ubicando el nombre verdadero de Kate que mencionó su amiga hace un momento. Solo hay una Katheryn entre los amigos de Simon y sí, es ella. Su fotografía es simple, es una selfie donde sus ojos verdes se aprecian a la perfección, su perfil está privado. No dudo en enviarle una solicitud de amistad que acepta casi de inmediato, pero no es todo, de inmediato tengo un mensaje suyo que dice: «Hola».

Capítulo 12

La verdad, hasta hace una hora no pensaba continuar trabajando para Margaret.

Pero es increíble como un video te hace cambiar de opinión y aquí estaba, subiendo por el ascensor y mi reflejo, triste y preocupante, es el que se muestra frente a mí. Un tipo que no creo ni siquiera conocer es el que me devuelve la mirada, con ropa ajustada que yo normalmente no me atrevería a usar. Hasta hace una semana consideraba mi vida estupenda, como si nunca podía estar mejor y, ahora, todo esto solo era como un montón de basura que quería desechar de mi mente a como fuese.

Las puertas se abren en mi piso y sosteniendo los folios actualizados de Margaret camino hacia su oficina, ignorando las miradas de todos mis compañeros de trabajo. Desde el parqueo intento mantenerme enfocado y no salir corriendo por la cantidad de atención que he recibido. La chica de Simon —Alicia, la de recepción— ni siquiera me había reconocido y el conserje —el único amable de este piso— me dijo que me miraba bien, que casi parecía un modelo de esas revistas.

No supe si tomarme eso como un insulto o un cumplido.

Toco la puerta de Margaret con mis nudillos, un suave *toc toc* que ella ya reconoce, desde el primer día me dejó dicho que odiaba a las personas que tocaban muchas veces y que dos eran suficientes y si era posible, no se escuchara.

—¿Quién? —habla desde adentro, con nada de paciencia y respiro hondo para evitar irme de aquí y no volver.

—Roger —suelta un bufido que escucho a la perfección hasta mi lugar. Nada amable, sin un poquito de paciencia. Y a mí ya me da igual lo que sea que hable u opine la jefa dragón.

—Pasa —le escucho y lo hago, después de contar hasta tres para evitar soltar todas las malas palabras que vengo reteniendo desde lo que vi esta mañana. Le dije a Simon que no me importaría, que me mostrara el maldito video que decía que no debía ver, y la verdad es que me arrepentí, aquello me había calado las entrañas con violencia. Fue como si me apuñalaran en la espalda repetidas veces.

Por un momento estuve a punto de cometer el error de creer que Margaret podía ser inocente, incluso lo estuve pensando anoche, hasta que vi un video suyo tomando champagne con el hijo del millonario holandés y Sara en un pent-house después de la fiesta a la que me obligó asistir, la

misma que dejé para terminar emborrachándome mientras ellas a carcajadas se divertían, en especial Margaret, después de saber que aquello me había afectado.

Todo esto estaba publicado en el perfil de Instagram del sujeto que tenía más de trepecientos seguidores, había llegado a él mientras volvía a hacer una corta investigación de su persona, hoy me arrepiento por completo. En fin, ese video no fue todo, ayer también se habían reunido en uno de esos restaurantes caros con un nombre difícil de pronunciar y Margaret había publicado una fotografía en sus redes sociales mencionando lo mucho que se divertía con sus «mejores amigos».

Me sentía patético y humillado, así que decidí que lo mejor era continuar trabajando aquí fingiendo que no me importaba en lo absoluto, mientras encuentro algo mejor y me iré sin avisar siquiera.

—Bien, aquí estoy —le digo, cuando doy un paso dentro de su oficina. Ella ni siquiera me mira, hasta que la veo dejar el lápiz con tanta fuerza sobre su escritorio produciendo un ruido sordo y temo que el bendito mueble de cristal se haga pedazos.

—Ni siquiera sé qué... —En ese momento me mira y cierra la boca. Como si alguien ha tocado un botón de algún control remoto que la ha hecho guardar silencio de pronto. Me mira de pies a cabeza pero de inmediato su vista se postra en mis ojos. Su gesto ya no es el mismo e intenta recomponerse aclarando su garganta —Roger, te dejé claro que...—aclarar de nuevo su garganta —que cuidado no llegabas ayer.

—Tenía bronquitis.

Por supuesto que es una mentira, pero esta mañana me había encontrado a Kate esperando un taxi fuera del edificio y me ofrecí llevarla a su trabajo. Ayer, habíamos platicado un poco a través de nuestras redes sociales, por un momento me olvidé de Sara y el sujeto holandés, al menos hasta que ella se quedó dormida, esta mañana tenía un texto suyo disculpándose y yo le dije que no había problema. Cuando la vi en el momento que me dirigía al *parking* insistí en llevarla, me preguntó si me encontraba bien y lo único que solté fue un bufido cargado de frustración a lo que agregué:

—No sé si quiera si tengo trabajo —Ya íbamos camino a su lugar de trabajo cuando hizo esa pregunta, concentrado en la carretera le contesté. No pude verla a los ojos porque de cierto modo esta mujer me intimida. —Tuve un problema con mi jefa, no fui a trabajar ayer y lo más probable es que me eche hoy mismo.

—¿Algo grave?

—No tienes idea, esa mujer es peor que satanás.

—Dile que tenías bronquitis. —Me reí, porque sé que aunque estuviera muriendo Margaret no va a creérselo.

—No puedo decirle eso. No va a creerse algo como eso así de fácil.

—No tiene de otra si presentas una constancia médica del hospital. —En ese momento sí la vi y ella con una sonrisa dirigida a mí se encogió de hombros. Después, me hizo acompañarla hasta su oficina y jurar que no le comentaría sobre esto a Simon. Pude entenderlo de inmediato.

Dejo caer la constancia médica sobre el escritorio de Margaret. Justo frente a sus ojos. Ella toma el papel vacilante sin despegarme los ojos de encima y lee la nota para después mirarme de nuevo a mí.

—Simon no me dijo nada de esto, me comentó que estabas molesto. —Su tono de voz ahora es débil. Como si quisiera decir más cosas pero no se atreve a hacerlo.

—Simon no lo sabía. —No comenta nada más, deja la nota sobre una serie de archivos y le entrego los folios en manos. Todos los que le había encargado a Simon por mi ausencia. Ella toma el paquete y después de darle una hojeada, vuelve a aclararse la garganta y dice:

—Pero ya estás bien, así que ve a trabajar y prepárate porque me acompañarás a una reunión, tienes que estar listo cuando te diga. —Todo esto lo dice sin verme a mí y ni siquiera le pregunto sobre la bendita reunión de la que habla porque ya me imagino con qué voy a encontrarme ahí.

Salgo de su oficina para ir a mi cubículo donde me encuentro a Simon quién de inmediato me hace un gesto preguntando sobre cómo me fue con la jefa dragón. Según él, pasó todo el día intentando hacerla sentir culpable por todas las cosas que hizo, pero hoy, su actitud estaba muy lejos del remordimiento.

—Creo que sigo trabajando aquí. —Le digo, a lo que él suelta un suspiro y sus hombros se relajan. No, no es que a él le importe si me voy o no, simplemente no tendrá quién le cubra la espalda si me despiden. Miro sus manos, carga todas sus cosas y una taza de café, entonces le pregunto: —¿Dónde vas?

—A divertirme un rato con Alicia. —Hago memoria quién es Alicia y recuerdo a la chica nueva de recepción. —Si Margaret te pregunta, mi abuelita está enferma.

A esto es lo que me refiero, si me quedo sin este empleo, el principal afectado será Simon porque no podrá salirse con la suya sin alguien de su entera confianza que le mienta a Margaret sobre su paradero. Aunque estoy seguro que de todas formas la jefa dragón no se lo cree, pero da igual... es Simon.

—Como digas. —Hablo resignado.

—Si me tardo, dile que te envié un texto avisándote que ella ha muerto. —Creo que Simon es un mentiroso crónico, lo peor de todo es que usa a los familiares suyos que ni siquiera conoce.

Se aleja y lo observo perderse dentro de las puertas metálicas de ascensor.

No recibo correos de Margaret antes del almuerzo, así que prácticamente no he hecho nada más que pensar en el maldito artículo del que pensaba deshacerme si renunciaba, pero todavía estoy aquí intentando crear algunas líneas incluso en mi hora libre para evitar las miradas indiscretas de mis compañeras de piso. Cuando escucho mi teléfono sonar, doy un salto en mi lugar pero de inmediato me relajo al darme cuenta que no es el tono de Margaret. Cuando lo saco de mi bolsillo, el nombre de mi madre es el que brilla en la parte superior de mi pantalla.

—¿Mamá?...

—Roger... ¿Cómo es que vi a Sara con un tipo millonario en la televisión? —Ni siquiera me saluda, no sé cuánto tiempo tenía de no hacerme una llamada y lo primero que pregunta es por Sara. Estoy a punto de colgar, pero la conozco, si hago eso es motivo para que viaje hasta mi apartamento hoy mismo.

—Estoy bien, madre ¿Y tú? —Le digo con sarcasmo. Miro mi reloj y me doy cuenta que ya ha pasado más tiempo del que Simon me dijo que regresaría. Ni siquiera se ha dignado a dejarme un mensaje, si no supiera que él desaparece cuánto tiempo se le da la gana, probablemente ahora estuviera entrando en pánico.

—¿Terminaste con Sara o te está poniendo el cuerno? —Las dos cosas mamá, pero no quiero decirle eso, no después de lo bochornoso que me resultaría explicarle que me ha dejado por un tipo millonario cubierto de tatuajes.

—Sara y yo ya no estamos juntos. —En ese momento doy un vistazo a mi red social, me percató que mi foto sigue siendo la misma, con Sara, el día de su graduación. Tomo mi computadora y elimino la fotografía, sin remordimiento, mi perfil queda en blanco y, de inmediato, la ventanilla de chat de Simon se aparece.

Simon Montenegro

Estaba a punto de decirte que quitaras esa maldita fotografía.

—¿Y cuándo pensabas decirme? Le lancé miles de maldiciones a la pobre de Sara frente a tu tía Pili creyendo que estaba poniéndote el cuerno. —Escucho a mi madre, me debato entre decirle

la verdad u ocultarlo, creo que es mejor optar por lo segundo. Balanceo mi celular entre mi hombro y mi oreja para llevar mis manos al teclado.

Roger Santana

¿Dónde diablos has estado?

—Mamá, tengo que volver al trabajo —miento. La verdad es que no tengo ganas de hablar de esto. Cuando ya se ha enviado el mensaje a Simon y aparece que lo ha leído comienza a escribir y casi un instante después tengo su respuesta en mi pantalla.

Simon Montenegro

¿Margaret ha preguntado por mí?

Roger Santana

Margaret no me habla.

—¿Todavía sigues en ese trabajo? —El tono de mi madre no me pasa desapercibido, parece el de alguien nada orgulloso de lo que hace su hijo. O tal vez me estoy sugestionando, no lo sé, pero igual a mi madre no le agrada mucho que trabaje para Margaret después de que Sara le habló de manera despectiva sobre la revista. Tal vez, debería contarle eso a Margaret, todo lo que su gran amiga dice por ahí sobre su proyecto, porque «Hombres al poder» es una proyecto de la jefa dragón desde que fue mi maestra en la universidad para —según ella— darle confianza a los más chicos. —No me sorprendería en nada si Sara te ha dejado por ese sujeto.

Me muerdo el labio inferior y respiro hondo para luego soltar poco a poco el aire que mis pulmones estaban reteniendo. Sé que mi madre está bromeando, pero aun así ha tocado una fibra muy frágil.

Me molesta, claro que sí, pero tampoco entraré en discusiones con mi madre por tonterías relacionadas con Sara y ese sujeto holandés. Así que lo mejor que puedo hacer es decirle:

—Te dejo, mamá. Que tengas buen día.

—Vamos Roger, que solo ha sido una broma. —Prefiero no dar mi respuesta y respiro profundo para poder guardar silencio. —Sabes que sí estoy orgullosa de ti, solo no me cae bien esa tal Margaret. Sara me contó muchas cosas que...

—Mamá... —La interrumpo. —En serio, tengo mucho trabajo que hacer. Te llamo luego ¿vale?

—¿Estás seguro que estás bien?

—Sí, no es nada. Es solo que tengo mucho trabajo, ya tengo que volver —cuelgo. Sostengo mi nariz entre mi dedo índice y el pulgar apretando mis ojos con fuerza. Miro un mensaje de Simon pero de inmediato aparece un anuncio a un costado de mi pantalla, es de un periódico y ahí está Koen Van Brouwer.

No dudo en buscar el perfil de Sara, acción de la que inmediatamente me arrepiento al ver su foto de perfil y su portada. En ambas está dándose un beso en los labios con el hijo del millonario holandés, mi corazón se estruja con fuerza y de pronto me siento débil, como si dejara de existir por un momento, si no es por la voz de Simon que escucho llamándome a lo lejos pensaría que estoy muerto.

Tardo un momento en reaccionar y cerrar el navegador de la *Mac* para volverme a él quién se detiene un momento y se toma una selfie.

—Sonríe Roger —me dice y me desconcierta. Está caminando hacia mí con el teléfono frente a su rostro.

—¿Qué haces?

—Un en vivo, en Instagram —se gira, de modo que en su pantalla ahora aparecemos él y yo. Simon de frente y yo a lo lejos con el entrecejo fruncido. Comienza a hablarle al teléfono y yo aturdido nada más intento averiguar que está haciendo hasta que escucho:

«Hola guapas, estoy aquí con mi amigo Roger. Un hombre completamente tímido que busca una chica que despierte su lado salvaje este fin de semana. Les dejo su Instagram si están interesadas»

Me pongo de pie para arrebatárle el teléfono y comienza a protestar. Busco donde detener el maldito video y mi rostro es el que se aprecia por toda la pantalla en mi intento de apagar esta cosa. Observo comentarios, caras con corazones, una que dice estar dispuesta y una tal Mónica «es un gruñón, pero me encanta».

Cuando por fin lo logro me vuelvo a Simon con una mirada de furia y él solo suelta una carcajada hasta que escuchamos el traqueteo de los tacones de quince centímetros de la jefa dragón. Simon me arrebató el teléfono y yo me vuelvo a Margaret quién nos observa a ambos pero su atención la deja completamente en mí.

—Te veo en el último piso. —La miro un momento y asiento. Apago la *mac* y tomo mis cosas para seguirla. Le doy un vistazo a Simon quién manipula su teléfono y suelta carcajadas, ruego los ojos y camino detrás de la jefa dragón antes que las puertas del ascensor se cierren.

Nos quedamos ahí solos los dos, en este pequeño espacio, unos cuantos minutos que se me

hacen eternos. Siento alivio cuando llegamos al último piso y me preparo mentalmente para encontrarme con cualquier cosa, porque ya sé, que si ella me trae a uno de estos lugares es para torturarme lentamente.

—No te preocupes, ellos no van a estar aquí —me dice Margaret cuando doy un vistazo rápido alrededor, la verdad lo hice porque el sitio se me hizo bastante elegante, no es ni comparado al lugar donde trabajamos en Hombres al poder. Cada cosa en este lugar es de vidrio, con paredes blancas, piso alfombrado y lámparas costosas —por si es lo que te preocupa.

—No es lo que estaba viendo —sueno sereno, como Simon me dijo que tenía que sonar con cualquier comentario que involucrara a alguna de esas dos personas. Escucho un gritito agudo detrás de nosotros y ambos nos volvemos a la mujer, tal vez de la edad de Margaret, de la que proviene ese sonido. Una persona bastante elegante, con el cabello rojizo, en ese momento enfoca sus ojos azules en mí y nos mira alternadamente.

—¿Quién es este jovencito apuesto? —Arrugo el espacio entre mis cejas y ella extiende su mano en mi dirección, la tomo de manera cortés. Se vuelve a Margaret quién se aclara la garganta y se vuelve a mí, dejándome claro que necesito apartarme —yo también contrataré asistentes así de guapos.

Le guiña un ojo a la jefa dragón y me apresuro a decir:

—No... yo no soy su asistente.

—Deberías traerlo a la fiesta de inauguración de mi nueva línea de ropa, Margaret —creo que algo muy común en mí es que me ignoren de esta forma. La jefa dragón me mira un momento y se vuelve a ella para decir de manera elocuente:

—Roger no puede ir. Tiene bronquitis, no querrás que te pase su virus —miro un momento a Margaret.

—¡Qué pena! —exclama la pelirroja, mirándome más tiempo del permitido, más tiempo del que alguien me haya visto alguna vez y no puedo evitar sentirme incómodo —pero no me importaría.

Su tono es seductor, esta mujer está ligando conmigo ¡Conmigo! ¡En frente de Margaret, la jefa dragón!

Casi siento que mis manos tiemblan y ella esboza una gran sonrisa con tanta elegancia que me aterra, saca de su bolso una libreta y escribe algo en un papel que posteriormente arranca y me entrega. No dudo en darle un vistazo y es una dirección.

—Gracias. ¿Dónde está el baño? —casi balbuceo. Margaret me señala hacia un pasillo y me alejo lo antes posible hacia el lugar contrario, me perco de inmediato y entonces me voy en dirección opuesta tropezando contra una mesa, me recompongo de inmediato ante la atenta mirada de la jefa dragón y su amiga a quienes les sonrío fingiendo que estoy bien y no soy un completo desastre.

Me encierro en el servicio para soltar el aire de mis pulmones y miro de nuevo el papel con la dirección que le daré a Simon por si quiere usarlo. Busco mi billetera y no está, en ninguno de mis bolsillos, comienzo a toquetearme todo y no aparece. No recuerdo haberla dejado en mi escritorio ¡oh mierda! ahí están mis documentos legales.

Me urge contactar a Simon, solo espero que siga en el mismo lugar y me ayude a buscar ese objeto tan importante que contiene mi vida. Estoy marcando su número cuando un mensaje de un número desconocido en mi Whatsapp llama mi atención.

«Hola, soy Kate. Dejaste tu billetera en mi oficina, tu licencia de conducir está aquí conmigo, solo espero no estés en la cárcel»

Hasta ella intuye mi suerte y por primera vez me siento bendecido por no encontrarme a los policías de tránsito. Estoy aliviado, al menos por un momento, porque después recuerdo que tengo que volver en mi casa... en mi auto... y no tengo licencia para conducir.

«Oh mierda, bueno no estoy en la cárcel, pero preferiría estarlo y no en una reunión con Margaret»

El texto es de hace unas cuantas horas, pero de inmediato mis mensajes están leídos y comienza a escribir. Abro un poco la puerta del baño para ver si Margaret continúa hablando con la pelirroja y, para mi suerte, se están despidiendo.

«¿Puedo ayudarte en algo?»

«La constancia médica ya no serviría si quiero salir corriendo, cierto?»

Su respuesta son unos emoticones de risa y después agrega:

«No, pero si quieres finge tu muerte y después consigo un acta de defunción en la morgue»

«¿Puedo hacer eso?»

«No»

Una cara triste es mi respuesta, aunque me rio en ese momento. Salgo de ahí a enfrentar a Margaret y lo que sea que esa mujer tiene preparado para mí. Le dejo un último mensaje a Kate antes de que Margaret me llame y diga que tengo que escribir todo lo que escucho.

«Paso por tu oficina dentro de un rato»

Capítulo 13

Estar en la oficina de Kate, es algo que me resulta intimidante y atemorizante en partes iguales. Estoy esperándola desde hace unos minutos mientras miro la pared detrás de su escritorio, con tantos certificados y reconocimientos que dan miedo. Estudió en Harvard ¡Harvard! Kate es la única mujer que me hace sentir pequeñito, como un tigre sin dientes y casi quiero tirarme a una esquina a llorar por tener su misma edad —*o eso creo*— y apenas haber logrado el título de una universidad estatal y que no utilizo por completo.

La puerta se abre, y me doy media vuelta para encontrármela a ella ahí, junto a una mujer mayor que me mira de pies a cabeza y me sonrío afable. La saludo de manera cortés y me quedo donde estoy sin saber en realidad qué hacer.

—Fernanda, él es Roger. —La mujer que ahora sé que se llama Fernanda se acerca a mí y cuando pretendo extenderle mi mano ella me rodea con sus brazos y me estruja contra su cuerpo. —Ella es mi jefa —continúa Kate. Cuando la pequeña mujer castaña me deja libre intento recuperar el aire y me da una enorme sonrisa.

—Es un gusto conocerte, Roger. —A Kate le causa gracia que esta mujer casi me asfixie, lo puedo ver en su mirada y en la forma maliciosa que sus labios se curvan, hasta creo que me la presentó a propósito para presenciar esto.

—Lo mismo digo —hablo, intentando ocultar el dolor en mis costillas. Se va de nuevo en dirección a Kate, rodeando el escritorio para tomar unos papeles.

—¿Es tu novio? —pregunta la mujer en un susurro, pero sé que su intención era que yo escuchara, por lo cual contesto que no, al mismo tiempo que Kate, a quién le provoca un poco de risa y veo la mirada pícaro en el rostro de la señora Fernanda. No sé qué es llevarte bien con tu jefa, pero puedo ver que Kate sí sabe eso a la perfección, por la forma en que se ríe cuando ella le dice algo en el oído y, bueno, yo me siento incómodo.

—Fue un gusto conocerte, Roger —menciona saliendo del lugar cuando yo ya me había girado de nuevo hacia los certificados fingiendo indiferencia.

—También fue un gusto conocerla, Fernanda. —Le dedico una sonrisa cuando me giro para verla, sale con los papeles y se pierde tras la puerta. Me vuelvo a Kate quién continúa guardando unos folios y me ofrezco a ayudarla para salir de aquí lo antes posible.

—Lamento que hayas tenido que esperarme. —Le digo que no hay problema, que me gusta

esperar, nada inteligente en sí. Pero en realidad es que no quiero decir mucho y sonar más estúpido intentando explicarle lo que he dicho, prefiero mantener la boca cerrada y dedicarme a dejar los papeles donde ella me indica. —No creí que llegarías tan pronto, mencionaste que estabas con el diablo de tu jefa.

—Para mi suerte, me dejó ir porque no quería contagiarse de mi «bronquitis». —Eso le provoca soltar una risita a Kate. Me entrega mi billetera cuando hemos finalizado, solo pensar que ha visto mi licencia de conducir me revuelve el estómago, definitivamente esa no es mi mejor foto.

Fue hace varios años y había trasnochado para terminar la novela que nunca publiqué, además de haber bebido más café que agua y no me había siquiera lavado el rostro, tenía resfriado y unas ojeras que pegaban al piso. En mi defensa, no pensé que me pedirían ahí mismo tomarme la maldita fotografía.

—¿Te llevo a tu apartamento? —Le digo antes que me salga cualquier estupidez sobre la explicación del porqué me miro tan mal en mi licencia de conducir, porque ya lo estaba pensando. —Pienso quedarme con Simon, así que vamos al mismo sitio.

—Así que se cumplió su sueño, que tú te mudaras con él.

—¡No! Solo... —me río un poco —solo estaré unos días... mientras... bueno... —No quiero decirle el motivo, tampoco le contaré porqué me estoy quedando con él, en mi cabeza suena patético decir: Mi apartamento me recuerda que mi ex novia me puso el cuerno viviendo conmigo, pero tampoco quiero mentir, así que digo: —Arreglo unos asuntos personales.

Me mira un instante pensativa cuando se está quitando su bata. Lleva un suéter negro de cuello alto que hace juego con su cabello y contrasta con la tonalidad de sus ojos, creo ya había mencionado el color bastante inusual y llamativo que posee.

—Solo no quiero que creas que no puedo pagar mi apartamento. —No sé por qué dije eso o porqué lo dije a la defensiva, tal vez, porque Simon dice cualquier tontería y antes de hacerle creer a las personas que soy un verdadero fracaso, es mejor aclarar.

—Entiendo... solo espero que estés bien.

—Lo estoy, gracias. —Es toda mi respuesta, pero casi de inmediato cambio rápidamente de tema antes que salgan más preguntas y termine contando mi caótica vida. —Y bien ¿te llevo?

—Quedé de cenar con unas amigas al salir del trabajo —hace una pausa —Pero... puedes venir si gustas.

Me río, no puedo evitarlo. Pero no es una risa burlesca, sino más bien, una nerviosa, de esas

que indican incomodidad. Y que, por supuesto, te hacen sonar como un tonto, cuando en realidad era lo que venía temiendo este tiempo. Me disculpo primero y después me apresuro a decir:

—Te lo agradezco, en serio, pero soy un fracaso total ante el sexo femenino. —Suelta una pequeña carcajada que se me hace graciosa y especial en partes iguales. —Y creo que eso ya lo has notado.

—Eso no es verdad.

—Siempre estoy pasando vergüenzas frente a las mujeres. Así que prefiero mantener distancia y mi autoestima intacta. —Se vuelve a reír, no sé si por lo que he dicho o por la forma que lo hago. Kate está siempre de buen humor, es algo que he notado desde que la conocí. Con un trabajo como este, yo ya estuviera gritándole a todo mundo, desesperado y con ganas de salir corriendo. Con mi trabajo mediocre ya me pasa todo eso. —Pero puedo llevarte, estar ahí mientras ellas llegan y después solo volver al apartamento, si gustas.

—Tal vez, solo necesites rodearte de mujeres. —Claro, para confundirme más sobre el estigma que es el sexo femenino—. Vamos, ámate, que el apartamento de Simon no va a ser más divertido.

Quiero decirle que, en realidad, estar en casa viendo la televisión y comiendo chatarra es para mí mucho más divertido que cualquier discoteca, reunión o lo que sea que involucre muchas personas. Pero también, es muy probable que en cada canal me encuentre una noticia del hijo del millonario holandés por su proyecto en África, y conociendo la prensa rosa, llevar agua a uno de los poblados más vulnerables pasa a un segundo plano para hablar de su nueva novia. Solo de pensarlo se me encoge algo dentro del pecho, solo han pasado unos días así que me convenzo a mí mismo que con tiempo esa sensación abrumante y embriagadora dejará de consumirme tanto.

Le digo que sí a Kate.

Con una sonrisa, fingiendo que todo está bien para evitar hacerle notar lo mal que me siento.

—Genial, porque después de todo te debo un café del otro día ¿recuerdas? —me dice, saliendo de su oficina. Yo tras ella sostengo la puerta para dejarla pasar y ella me agradece el gesto cuando cierro a mis espaldas —Aunque... te lo pagaré con cerveza.

—No me agrada nada la idea, soy un terrible tomador. —Eso en parte es verdad. —Pero ya que lo mencionas soy yo quién te debería una cerveza. Sin ti, lo más probable es que ahora no tuviera trabajo.

—Simon dice que tu jefa no es tan mala.

—Claro. —Suelto con ironía. —Ella tiene cierta adoración por Simon, pero a mí, por algún motivo extraño, me detesta.

—Tal vez le gustas. —Sé que ha dicho eso con malicia. Creo que estoy empezando a conocerla porque ya puedo identificar esa forma en la que su sonrisa se ensancha al ver mi gesto de disgusto ante tal afirmación.

Hablando de la jefa dragón ahora, no me ha dejado mensajes, ni correos, ni ningún tipo de mensaje directo dejándome en claro que me odia. Todo el tiempo desde que comencé a trabajar para ella, no han faltado ese tipo de emails diciéndome qué debo hacer aun estando en casa, algo que me resultaba molesto y arruinaba mis noches, recuerdo haber estado de tan mal humor por ella casi todos los días, tal vez fue lo que arruinó mi relación, estar más pendiente de Margaret que de mi propia novia.

—Solo paso por recepción —me habla Kate. Tengo que preguntarle de nuevo porque no he captado bien por estarme ahogando en mi angustia. Tengo que dejar eso ir y continuar con mi vida, tengo que hacerlo por mi bien.

Cuando me lo repite de nuevo le doy un asentimiento y tomo lugar en una de las sillas de felpa en la pequeña sala cuando ella me lo indica, estoy viendo hacia un punto fijo sobre la alfombra gris cuando un mensaje llega a mi celular y es de Simon.

«¿Dónde rayos estás?»

No había visto a Simon desde la tarde antes de la reunión con la jefa dragón, me había venido directo acá rezando para no encontrar policías de tránsito, ni siquiera me había despedido y ahora que lo recuerdo, Margaret mencionó algo sobre hacerle una entrevista a una súper modelo pero no quería ir con Simon, pensó en llevarme a mí. Le contesto cuando otro mensaje llega y dice:

Simon:

Eres la sensación de Instagram.

Oh genial, y todavía agrega emoticones de risa a su mensaje.

Roger:

¿Qué rayos has hecho con mi nombre?

Simon:

Tienes cinco solicitudes para este fin de semana ;)

Oh, mierda.

Estoy escribiendo cuando otro mensaje invade mi pantalla.

¿Qué te parece decirles esto? ¿Suena a algo que tú dirías?

Me quedo esperando un rato el supuesto mensaje del que habla con el entrecejo levemente fruncido y veo que está escribiendo, levanto de manera leve la mirada para encontrarme a Kate en cuclillas hablando con una niña que sostiene un oso de felpa. La niña le sonrío y ella le dice unas palabras que hacen a la pequeña rodear sus brazos sobre el cuello de la doctora. La persona de la mano de la pequeña castaña parece ser su madre quién se despide de Kate cuando esta se pone de pie y las dos se alejan con un gesto de despedida.

Ella se vuelve a mí y me sonrío a medida que avanza, mi celular suena entre mis manos y leo el mensaje del maldito de Simon.

«No suelo sostener conversaciones por chat porque apenas mi trabajo de editor jefe me deja tiempo, pero podemos vernos algún día, compartir una cena, alguna plática o unas sonrisas. Después, si todo funciona, podemos ir a mi casa en la playa, compartir unas copas y alguna película».

Comienzo a teclear mi respuesta:

Roger:

No estás hablando en serio.

Simon:

Esto es lo que les diremos a las chicas.

Roger:

¡Por supuesto que eso no suena a algo que yo diría!

Simon:

A las chicas les fascinó, Roger.

Roger:

No puedo creer que estés haciendo esto con mi nombre.

Simon:

Yo no puedo creer que vayas a tener una cita este fin de semana.

Le añade unos emoticones que simulan fuegos artificiales y yo tengo ganas de tomar a Simon por los hombros y sacudirlo, por no hacer otra cosa. Vuelve a dejar un mensaje justo en el momento que Kate llega hasta a mí y cuando me hace una pregunta sobre irnos hacia el lugar del que me había hablado, le digo que sí y decido guardar mi teléfono después de leer el texto del periódico andante:

«Necesito que nos reunamos ahora ¿dónde estás? Quiero que mires a las chicas y tú decidas con cual tener tu primera cita, aunque yo ya tengo elegida a una pelirroja con los pechos enormes por si tú no logras decidirte»

Estoy caminando con Kate hacia el parqueo, este lugar es más grande que la revista donde laboro así que llegar hasta mi auto es un poco más extenso. Miro el mensaje de Simon dos veces y bufó con discreción, no sé en qué me había metido. No estoy seguro si decirle a Simon sobre el lugar al que voy así que lo he ignorado a pesar de dejarme tres mensajes más, no sé qué vaya a hacer o pensar siquiera.

Conociéndolo, me pedirá invitarlo.

Y es lo siguiente que hace, después de que le digo que asistiré a una invitación con unas amigas de Kate, lo que más le importa es cuántas chicas habrán, le digo que no lo sé y quiere que le pregunte a Kate, le digo que no y me pregunta por una tal Brenda. No sé quién es Brenda, pero cuando me dice que tiene un tatuaje en la mano y llegamos al lugar que se supone están las amigas de Kate, diviso una chica con un tatuaje en la mano.

Bien, el lugar no parece en realidad un sitio para cenar, es una discoteca con mesas y mucha cerveza. Kate me dirige hacia ese grupo específico de mujeres, me doy cuenta que la chica con el cabello naranja es de la que Simon habla.

Le envío un mensaje y le digo que sí, si está aquí.

Me hace llegar varios mensajes al mismo tiempo, casi no alcanzo a leerlos todos y le pregunto por Alicia, la chica de recepción, sus palabras son textuales:

«¿Y qué? Esa es la magia de los ligues ¿No es perfecto?»

«¿Ella sabe que solo es un ligue?»

«Por supuesto que sí y si no, debería saberlo, se lo he dejado claro»

«¿Le has dicho que es tu ligue?»

«Por supuesto que no, tonto»

No me da tiempo de contestar, porque en ese momento estamos frente al grupo de féminas

que van de ver a Kate a verme a mí con completa curiosidad, intriga y un gesto de sorpresa que pasa a la sonrisa de inmediato.

—Chicas, él es Roger —habla Kate, las chicas sonríen ampliamente, la que por Simon sé que se llama Brenda tiene un piercing en el labio y otro en la nariz, es la primera en levantarse cuando Kate dice: —Roger dice que es un fracaso total frente al sexo femenino, yo le dije que solo necesita rodearse de mujeres y bueno... aquí está.

La miro estupefacto, aturdido y un poco cabreado, sí, ¿por qué no mencionar esa palabra? Veo esa sonrisa maliciosa de nuevo, pero no me da tiempo de recriminarle porque ya los tres pares de brazos están tirando de mí y sentándome junto a ellas en la mediana mesa que ocupen en el centro, con una chica a cada lado y sus piernas en minifaldas muy juntas a las mías.

Oh vaya, Oh vaya.

Oh mierda.

Mierda y mil veces mierda.

Me rio nervioso, quiero relajarme pero no puedo. La otra chica que nos acompaña, la que recuerdo que comparte nombre con la jefa dragón, está también muy cerca pero nos divide la que ahora sé que lleva el nombre de Brenda, con mi teléfono que todavía llevo en manos le envío un mensaje rápido a Simon que casi puede interpretarse como un grito desesperado.

Para: Simon

«S.O.S»

—Es escritor —menciona Kate, tomando un frappuccino que estaba sobre la mesa. Es un poco tarde, así que el lugar está un poco oscuro, con algunas luces de colores, pero aun así puedo distinguir sus rostros a la perfección. —Ellas son Brenda, Linda y, ya conoces a Margaret.

—¿Escribes novelas eróticas? —Pregunta una de las chicas y yo me vuelvo a ella. Me rio un poco e intento relajarme a pesar de lo nervioso que me pone tener tantos cuerpos femeninos semidesnudos al lado.

—No... yo... escribo en una revista.

—¿Nunca has escrito novelas eróticas?

—Ammm.... Bueno...

—¿Sí has escrito novelas eróticas? —Inquiere la rubia, quién aparte de compartir nombre con la jefa dragón también llevan el mismo color de cabello. Aunque en esta Margaret que tengo

en frente se logra apreciar más natural. La atención que pone en mí esta chica después de hacer esa pregunta me aterra y me remuevo incómodo en mi lugar pero no puedo.

—Escribí una hace mucho tiempo... pero no...

—Tienes que mostrarla. —La chica que cabello castaño y dos moños a cada lado de la cúspide de su cabeza se vuelve a Kate y le dice: —Oblígalo a que nos muestre la novela erótica.

—Me deshice de ella. —Me apresuro a decir y de inmediato los cuatro pares de ojos están sobre mi persona.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sí ¿Por qué? —Ahora es Kate. Todas ellas me miran con intriga y me apresuro a decir:

—Es... es una larga historia...

—¿No era de hombres millonarios? ¿O sí?

—No...

—¿Guardaespaldas?

—Tampoco.

—Vaya, un hombre que escribe novelas eróticas, suena hasta intrigante. —Comenta la otra chica.

—¿Y cómo describes las escenas sexuales? ¿Eran tus experiencias? —Interfiere de nuevo la que comparte nombre con la jefa dragón. Me siento incómodo, miro a Kate con una mirada que indica auxilio y ella les dice a las chicas que me pueden dejar respirar. Solo cuando se apartan siento que el aliento me vuelve y no estoy al borde del colapso. Pero sus preguntan sobre la novela erótica siguen ahí, y yo me niego a contestarlas.

—¿Miras mucha porno para inspirarte? —Ahora es la chica pelo naranja que habla. Un mensaje de Simon llega, de nuevo, me disculpo y me pongo de pie para contestar como si fuera una llamada, es solo un mensaje pero temo que a Simon se le escape cualquier cosa que ellas alcancen a ver que me avergüence.

Las otras chicas se ponen de pie y le dicen algo a Kate que no logro escuchar, ella asiente y las observo alejarse hacia la barra. El mensaje de Simon es un simple signo de interrogación que prefiero ignorar y le pregunto a Kate, dejándome caer a su lado sobre el sillón, si puedo darle la dirección del lugar que estamos a Simon. Ella me dice que sí, que igual sus amigas están familiarizadas con él y sus idioteces.

—Tus amigas... son...

—Especiales...

—Quería decir, intensas... —Kate se ríe, gira su torso en mi dirección cruzando su pierna sobre la otra. Estamos muy cerca, tanto que nuestros brazos se rozan pero no es un contacto incómodo, hay un pequeño contacto visual en ese momento pero de inmediato lo corto para ver en otra dirección y después de nuevo a mi teléfono. —Kate... ¿Puedo preguntar qué edad tienes?

No la estoy viendo cuando hago esa pregunta, solo por un momento le doy un vistazo para verla dejar el frappuccino sobre la mesa frente a nosotros.

—Cumplo veintisiete exactamente en fin de año. ¿Por qué?

—No es nada —digo, intentando restarle importancia. —Es solo que tu currículum es impresionante. El único reconocimiento que yo tengo es del *Kinder* por no llorar cuando mi madre me dejó el primer día.

Kate se ríe y yo, de inmediato, me arrepiento por lo que dije. Creo que tendré que buscar comida, no tengo hambre, pero necesito tener la boca ocupada en algo o soltaré más tonterías. La miro un momento, tiene una sonrisa amplia en la cara y agrega:

—Eso es todo un mérito.

Voy a intentar maquillar eso que dije con algo realmente impresionante pero justo en ese momento una de sus amigas llama a Kate, lo cual me hace sentir un poco de alivio por no tener que inventar una tontería. Ella se disculpa conmigo y le digo que no hay problema. La observo alejarse y llegar hasta su grupo de chicas, desvío la mirada cuando mi teléfono celular me anuncia un mensaje de Simon, llama mi atención la dirección web que contiene con el texto «*Si estás sensible, mejor no veas esto*», eso es suficiente para pinchar el link y arrepentirme de inmediato. Se comienza mostrar un video: El proyecto del hijo del millonario holandés. Pero no es todo, suspiro con frustración cuando en la pantalla ahora está Sara, junto a él, tomados de la mano y miro el anillo en su dedo anular.

Ella le agarra el brazo, de forma que se puede apreciar a la perfección el enorme diamante. Se mira feliz y habla algo que no logro escuchar bien por la música que está sonando en el sitio, presiento que no quiero saber qué está diciendo por las letras en blanco en el inferior de la pantalla «El hijo del magnate holandés, Koen Van Brouwer, se casa». Él se ríe por algo mencionado por ella y yo, simplemente no puedo despegar la mirada del aparato aunque quisiera arrancarme los ojos.

Todavía recuerdo el día que Sara me dijo que no estaba lista para casarse, que ni siquiera

estaba segura si llegaría al matrimonio, no era que pensaba casarme en ese momento, pero sí pensaba proponérselo algún día, en un futuro, que no miraba muy lejano. Yo solo quería saber cómo lo prefería ella, se lo pregunté mientras mirábamos un episodio de *Friends* que a ella le gustaba.

En ese momento no pensé mal de su respuesta, no me pareció nada extraño cuando añadió que le parecía estúpido si puedes compartir tu vida con una persona sin esos papeles firmados, porque pensé que era verdad, que ella tenía razón, pero ahora entiendo lo que quiso decir: No pensaba casarse conmigo.

Capítulo 14

La vida se divide en situaciones buenas, situaciones malas y situaciones totalmente caóticas. Últimamente, no sé qué situaciones buenas me han acompañado, pero es obvio que las caóticas han estado ahí, a la orden del día. Como encontrarme a Koen Van Brouwer en el ascensor del edificio donde trabajo, con dos hombres uniformados acompañándolo y una chica joven que agradecí no fuera Sara.

Había llegado hiperventilando, el parking se me había hecho corto cuando tuve que atravesarlo corriendo, solo esperaba que Margaret no estuviera en el piso y al ver el ascensor abrirse y un hombre vestido de negro me detuvo, observé que en su interior estaba él, con su porte elegante y un traje de algún diseñador carísimo que ni siquiera conozco, hablando por celular viendo hacia un costado. No sabía si maldecir por mi brutal suerte o porque no estaba en condiciones para esperar que el ascensor regresara desde el piso veinticinco, había llegado lo suficientemente tarde como para ser despedido, y todo esto gracias a él, al hijo del millonario holandés, porque no pude dormir al ver su maldito video con Sara.

Había dejado la discoteca casi a media noche el otro día, ante las protestas de las amigas de Kate quienes habían soltado un grito de horror cuando dije que quería irme a casa y un elocuente «No» que se escuchó por todo el sitio fue lo que obtuve en respuesta. Me habían dejado ir cuando les prometí que volveríamos a reunirnos, pero yo solo quería ir a casa y ver con tranquilidad el video de porquería. Cuando llegué al apartamento de Simon, no dudé en reproducirlo en mi computadora, no pensé que aquello pudiera afectarme tanto, de hecho, pensé que ya nada podía taladrarme por dentro después de darme cuenta que Sara iba a casarse con un sujeto que apenas conocía, hasta que la escuché decir:

—Nos conocimos en París hace un año, después de eso no pude dejar de pensar en él y volvimos a encontrarnos para mi fiesta de cumpleaños gracias a mi mejor amiga, a partir de ahí todo fluyó y aquí estoy, más enamorada que nunca de este hombre.

Repetí el video tantas veces, que sus palabras me quedaron grabadas en la memoria y no creo olvidarlas nunca. Era como si me estuviese confesando todo, como si a través de esa pantalla estuviese, de alguna forma, hablando conmigo y sacándome en cara lo perfecta que es para decir mentiras, o lo tonto que he sido yo para creérmelas. Acababa de mencionar que todo comenzó para su cumpleaños, me dijo que estarían solo sus amigas y no me permitió ir porque era algo completamente de chicas, hasta ayer estaba comenzando a comprenderlo todo. El video era una entrevista de veintisiete minutos, que miré completamente unas cinco veces, la pregunta más

importante estaba al final, cuando la entrevistadora le preguntó cuánto tiempo llevaban juntos y él contestó:

—Soy una persona muy ocupada, nos vimos unas cuantas veces en los últimos... no sé... cuatro meses. Intentamos mantener nuestra relación a distancia pero ya no podía más, estoy tan enamorado de esta mujer que le propuse matrimonio tan solo a unos días de mudarnos juntos, en el lugar que nos conocimos: París.

Con esto ya sabía dos cosas: Se estaban viendo desde hace cuatro meses y, ahora estaban viviendo juntos, después de apenas una semana y un día desde que había dejado nuestro apartamento y nuestra relación. Mi parte cuerda sabía que necesitaba dejar de ver eso, pero mi parte débil, la más vulnerable y masoquista me hizo quedarme hasta el último minuto donde ella acabó de destrozarme:

—Pero cuando sabes que es la persona correcta, el tiempo no importa. Estuve más de cinco años con una persona que no me hizo sentir todo lo que Koen hizo en unos días.

Casi quería retroceder el tiempo y nunca haber escuchado esto. No sé cuánto tiempo me tomó digerir aquellas palabras, pero cuando me di cuenta que seguía vivo, ya estaba comenzando a amanecer y yo tenía que ir a trabajar fingiendo ante Margaret que todo me iba de maravilla. Darme una ducha me tomó más tiempo de lo normal, así como también cada cosa que normalmente me tomaría cinco minutos; me sentía enfermo, aturdido y completamente deshecho, hasta el punto que ya todo comenzaba a dejar de importarme.

Pensé que en el trabajo podía distraerme, pero ahora que estoy aquí, frente a Koen Van Brouwer, me doy cuenta que estaba mejor en casa. Ahora que lo pienso mejor, no pierdo nada con esperar que el ascensor regrese, cualquier cosa es mejor que compartir ese minúsculo espacio con este hombre. Ahora que lo tengo así de cerca, me doy cuenta que perfectamente me lleva algunos diez centímetros de altura y esto que yo soy bastante alto, se ve que se ejercita a menudo y aunque no me pone atención en ese momento por estar clavado en su teléfono, cuando la señorita a su lado les dice a los hombres de negro que no hay problema que me dejen pasar, ahí sí muestra su interés poniendo esa mirada inquisidora de color azul intenso sobre mi persona.

—Gracias, pero puedo ir por las escaleras —digo, mostrándome firme. Pero me detiene una voz masculina al decir:

—No hay problema. Aún cabe una persona más. —Él da un rápido vistazo a su alrededor. El tal Koen tiene una voz profunda, fuerte y rasposa, casi como las de esos tipos que anuncian comerciales en la televisión. Hace un corto contacto visual conmigo y por un momento entro en pánico, tal vez este hombre sabía de mí, quizás envió a sus hombres a investigarme porque algo

que no creo es que él no haya sabido que Sara vivía con alguien, o tal vez es tan víctima como yo y no tiene idea de lo que ella hacía a sus espaldas, porque si fue capaz de engañarme a mí, a la persona con la que compartía cama, no me sorprendería que le haya dicho cualquier cosa a este tipo a quién apenas frecuentaba algunos días a la semana; pero no creo que un hombre con tantos millones se preocupe por una chica que pueda ponerle el cuerno, tiene tal seguridad que demuestra lo poco que le importa la competencia.

Paso al interior con un saludo cortés, él hace lo mismo y la jovencita a su lado también. Solo espero que Sara no aparezca, pero no me imagino que sea tan sónica como para presentarse a mi lugar de trabajo con la persona con la que me engañó todo este tiempo, aunque no es que haya demostrado ser muy prudente en estos últimos días.

—¿Trabajas en «Hombres al poder»? —me pregunta la chica, una rubia con los ojos azules, no acostumbro mantener la mirada a los ojos con las mujeres, pero en el momento que la veo al girarme después de comprobar que el botón de mi piso ya estaba marcado, me doy cuenta que se parece mucho a Koen Van Brouwer.

—Ehmm... sí... —eso es todo lo que se me ocurre decir, le agrego una sonrisa para que no crea que es algo personal, simplemente es que no tengo un trabajo para alardear mucho. Así que prefiero guardar silencio ignorando que estoy encerrado con el hijo del millonario holandés en un minúsculo espacio y, de pronto, siento que el aire comienza a faltarme.

Respiro profundo cuando salgo de ahí y ni siquiera sé la dirección a la que van pero no me toma mucho tiempo darme cuenta que Margaret los está esperando, afuera de su oficina con una pila de folios en los brazos que pasa dejando sobre mi escritorio sin decir una palabra. No le importa que yo esté llegando, pasa a mi lado ignorándome por completo y llega hasta él con una gran sonrisa que casi nunca muestra. No es que me importe en lo absoluto, estoy llegando más de diez minutos tarde y ella no se ha percatado, o tal vez sí, pero no es su prioridad en estos momentos.

Cuando llego a mi espacio, noto el ligero temblor que tengo en mis manos cuando tomo los papeles y enciendo la Mac. Me mantengo concentrado en los papeles cuando ellos pasan frente a mí y se encierran dentro de la oficina de Margaret, quedándose los hombres de negro vigilando la entrada.

—¿Qué es eso? —me pregunta Simon, llegando a su escritorio, viendo a los hombres frente a la oficina de Margaret. Deja su vaso de café cerca de la computadora y su mochila cae a su lado para, posteriormente, tomar su lugar frente a su Mac.

—Es Koen Van Brouwer. —A este punto, lo había escuchado tantas veces que hasta ya había

aprendido la pronunciación de tal apellido. No estoy viendo a Simon cuando digo esto, estoy viendo unos post-it de colores que mantengo en mi escritorio como recordatorio, creo que ya había mencionado lo ordenado que me gusta ser con mi trabajo, así que cada cosa que tenía por hacer y dependiendo la importancia, estaban categorizadas en colores.

Simon no dice nada, cuando levanto la mirada en su dirección solo tiene sus ojos puestos en mí, tomando café del vasito de cartón con su espalda recargada en el respaldar y una de sus piernas sobre la otra. Lleva esas sus gafas de pasta que odia, pero dice que las usa porque lo hacen ver como ese tipo de nerd caliente que le gusta al sexo femenino, el tipo listo y de buen parecer que vuelve locas a todas las mujeres, Simon y sus cosas.

—Margaret es una perra —suelta de pronto.

—Da igual.

—Pero no te lo tomes personal. Está en negocios, el holandés quiere invertir en la revista y si pasa eso «Hombres al poder» tendrá un nuevo estatus y pronto nos estaremos mudando a un edificio en mejores condiciones y es muy probable que tú y yo tengamos una oficina propia. Así que todos ganamos.

—Margaret no nos daría una oficina propia y eso lo sabes —de inmediato la otra parte de sus palabras llama mi atención y agrego: —¿Él va a invertir en la revista?

—Sí, piensa comprar la mayoría de las acciones. ¿Sabes qué significa eso? —Oh, genial. Lo último que me faltaba, trabajar en una empresa para el tipo con el que me engañó mi ex. Creo que Simon nota la preocupación en mi gesto porque de inmediato se acerca movilizándose sobre su silla giratoria, como si ponerse de pie y mover la bendita silla fuese demasiado trabajo. Mi amigo cambia radicalmente de tema y saca su iPad para mostrarme, utilizando su dedo índice, distintos perfiles de chicas.

—¿Cuál de ellas prefieres? —me pregunta, como si estuviésemos viendo un menú de postres y se pueda elegir uno en particular.

—Son chicas.

—Así es. ¡Qué listo eres! —menciona con ironía, con una gran sonrisa que no se me puede hacer más burlesca, ruedo los ojos y voy a explicar mi punto pero en realidad se me hace un completo sin sentido tratar con Simon y sus tonterías —son las chicas que aceptan el reto de sacar tu lado salvaje este fin de semana.

—Oh por Dios.

—Vamos, elige una...

—No puedo elegir una así por así, Simon. Además, no quiero, al menos no ahora que no estoy pasando por un buen momento...

—No seas marica. —Suelto un bufido y recargo mis codos sobre mi escritorio con el iPad suyo frente a mis ojos. —Yo ya elegí una por si no te decides.

—Pero es que no... —me quita el iPad y después la vuelve a dejar frente a mis ojos casi de inmediato. Lo que se muestra es una chica pelirroja, pero no del tipo natural, si no del tipo teñido pero que tampoco está mal y tiene unos pechos enormes...

—¿Qué dices?

—¿Esos pechos son reales?

—¡Y yo que sé! Tú vas a averiguarlo.

Las puertas se abren, escucho las risas chillonas provenientes Margaret y las del tal Koen al salir de la oficina de la jefa dragón, también escucho a Simon mencionar algo parecido a un «Oh la la» con ese acento francés que dice él saber imitar, levanto la mirada para verlo a él y después ver en la dirección en la que sus ojos están puestos.

—Las holandesas son lo mejor del mundo —habla, viendo a la chica que acompañaba a Koen esta mañana. Ella se sostiene de la mano del sujeto y, aunque deseara pensar algo turbio, por su parecido sé que son solamente hermanos.

—Para ti, todas las mujeres son lo mejor del mundo —le digo, dejando de ver a aquella persona porque, en realidad, lo que menos quiero son imágenes reproduciéndose en mi cabeza de su entrevista del otro día.

—Es que lo son —replica de inmediato, sin dejar de verla.

—No creo que una chica con millones en su cuenta bancaria vaya a fijarse en un «editor jefe». —Hago comillas con mis manos y él suelta un suspiro rodando los ojos.

—Pues me invento otra cosa. Parezco el hijo de un petrolero árabe, ¿cierto? —lo miro con seriedad y mejor prefiero guardarme mi comentario. Aunque sé que lo ha dicho con mofa, pero también lo conozco lo suficiente como para saber que sí lo haría en realidad, él es un mentiroso patológico y, lo peor, es que todo mundo cree sus mentiras. Es algo así como su don —Oye, ¿sabías que una persona cuando tiene sexo con alguien es como que haya tenido relaciones con todas las personas con las que él o ella ha estado? ¿Sabes qué significa eso?

Aturdido por sus palabras, le contesto:

—¿De qué estás hablando?

—Que tú has tenido sexo con Koen Van Brouwer. —Él suelta una carcajada, poniendo su iPad sobre su rostro para poder reír tranquilo. A veces me dan ganas de tirar a Simon por la ventana y hoy es uno de esos días.

Cierro los ojos un momento y respiro hondo para intentar calmarme y no soltar una rabieta contra Simon. Me froto el rostro con las manos y al abrir los ojos, la hermana del hijo del millonario holandés me está viendo y me dedica una sonrisa que me desconcentra un momento y correspondo por completa cortesía. De inmediato vuelvo mi vista al monitor de mi computadora y aunque no hay nada especial aquí, no la despego de ahí hasta que sus voces se pierden tras la puerta del ascensor.

No supe más de Margaret el resto del día, no es como que haya querido verla ahí, diciéndome qué hacer a cada hora o cada momento como antes, pero ahora he notado que no me busca tanto, no hay correos suyos ni mensajes en mi teléfono celular. Tampoco me ha otorgado tareas personales y he notado que Simon tiene más trabajo que antes, incluso dejó la oficina y él seguía revisando algo que la jefa dragón le había enviado por correo.

Sentía que había intercambiado papeles con Simon, o tal vez él se estaba tomando más tiempo para terminar sus cosas para escaparse con Alicia, la chica de recepción. Pero, para mí, es nuevo todo esto de no estar siendo fastidiado por Margaret, lo único que me dijo antes de dejar su oficina, fue:

—No olvides enviarme un adelanto del artículo.

Obviamente, no tengo ni siquiera una línea para mostrar por lo cual entré en pánico y me conduje a toda velocidad en dirección al apartamento de Simon, pero al llegar a su habitación y abrir mi laptop, el video sigue ahí, exactamente en la parte que Sara dice que la persona con la que estuvo cinco años no la hizo sentir lo mismo que el tal Koen Van Brouwer mientras toma su brazo y muestra el enorme diamante en su dedo anular.

Suelto un suspiro para, casi de inmediato, cerrar la computadora y dejarme caer sobre el borde del colchón. Busco entre los compartimentos de la mesa de noche de Simon alguna cajetilla de cigarrillos porque yo había olvidado la mía en la oficina. Miro condones, papeles, facturas hasta que encuentro una de cigarrillos mentolados, tomo un mechero para prenderle fuego y le doy una calada en un intento vago de relajación que me resulta completamente inútil.

Mi vista se detiene en el recipiente de ropa sucia, siempre acostumbro dejarla perfectamente

doblada en el sitio correcto, pero Simon había hecho un completo desastre. Su ropa y la mía está revuelta y tirada alrededor del canasto que tiene una misión, pero Simon prefiere dejar su ropa sucia en cualquier sitio dentro de su cuarto... o sala.

Ruedo los ojos y comienzo a depositarlos dentro del lugar correcto. Una vez que ya he recogido todo dejo el apartamento de Simon para ir al área de lavandería en el primer piso. Cuando llego al lugar solo hay un par de personas ocupando algunas lavadoras y elijo una al rincón del salón para poder fumar tranquilo. Una vez que preparo todo y espero que el aparato realice su acción, recuesto mi cadera en una mesa mientras enciendo el último cigarrillo y aspiro aquel humo que poco a poco se va llevando mis preocupaciones. En ese momento siento que me arrebatan el bendito cigarro y miro a Kate, tomarlo entre sus dedos y dejarlo caer en el piso para, posteriormente, pisotearlo.

—¿Por qué no tomas cianuro? Es más rápido —me dice con ironía. Yo solo miro el último cigarrillo que quedaba, tirado ahí, en el piso. La observo alejarse, ir hasta la lavadora que está a la par y dejar su ropa ahí después de manipularla para volverse a mí.

—Ese era el último cigarrillo que me quedaba —le digo, intentando no rozar la histeria. Mantengo la mirada en sus ojos con una ceja enarcada y ambas manos sobre mi cintura al estilo jarra, dejo mi dedo índice frente a ella y digo: —Me debes uno.

Le resulta gracioso, se sube a la mesa frente a mí, mantiene la mirada puesta en mi persona con una ceja enarcada de la misma forma que yo lo hice. Esboza una sonrisa que me hace reír, especialmente porque tiene una sonrisa bonita que me pone incómodo.

—¿Ese es tu plan de vida? ¿Matarte poco a poco? —La verdad que no suena tan mala idea comparado con todo lo que estoy viviendo. Como dije una vez, restarle años a mi vida no suena tan mal si el resto de mis días van a sentirse de esta forma.

—No fumo todos los días ¿de acuerdo? Sólo lo hago cuando estoy... estresado —creo que esa es la palabra correcta para todo lo que me pasa. Doy media vuelta para ver el estado de mi ropa y me giro cuando la escucho decir:

—¿Tu jefa?

—No, un artículo y, bueno, también mi jefa. Y —hago una pausa— muchas otras cosas.

Deja su mirada postrada en mí y yo intento ver en hacia la lavadora para no ponerme incómodo, me concentro en la ropa dando vueltas dentro del aparato, todo por no ver a Kate a los ojos.

—Ven aquí. —Escucho entonces, en ese momento sí me vuelvo a ella un tanto vacilante.

—¿Qué?

—Ven acá. —Me hace señales que me acerque a ella y, con el entrecejo fruncido, lo hago. Me pide que gire y dándole la espalda me quedo donde dice. Un escalofrío me recorre entero cuando sus manos tocan mi cuello y después bajan mis hombros, sus dedos hábilmente comienzan a recorrerme la espalda en un movimiento descendente y después en dirección contraria ¡Santo Cielo! Se siente tan bien que incluso me hace cerrar los ojos por un momento y soltar un suspiro de alivio.

—¿Mejor? —dice en un susurro cerca de mi oído, incluso sus labios han rozado mi oreja y una corriente eléctrica me recorre la columna vertebral, tardo en reaccionar, casi me he quedado inmóvil, sus dedos se alejan de mi cuello y se baja de la mesa para ver las prendas que había metido dentro de la lavadora.

—Tengo que irme. Tengo turno en el hospital. —La escucho decir. Espabilo de inmediato y aclaro mi garganta para asentir en respuesta porque siento que la voz no me funciona. Ella se aleja y antes de salir por la puerta me dedica un adiós con un gesto de mano y agrega: —Te veo mañana.

—Hasta mañana, Kate. —Mi voz suena ronca, casi no me reconozco yo mismo. De inmediato me doy media vuelta y me concentro en sacar mi ropa de la lavadora.

Capítulo 15

Antes, los domingos eran mis días favoritos.

Levantarme hasta tarde, preparar el desayuno, dormir, ver fútbol o series en Netflix. Libre de Margaret, libre de problemas, libre del maldito artículo de los ligues. Hasta hace dos domingos exactos, creía que mi vida era perfecta, tenía un trabajo estable, un salario decente y una novia que creía que me amaba. Estaba tan engañado conmigo mismo que darme cuenta de la realidad fue como darme una bofetada en la cara, o dejarme caer un balde de agua fría en pleno invierno. De pronto me encontraba solo, a punto de dejar mi trabajo, dándome cuenta que mi salario es una mierda que apenas me permite costear el apartamento en el edificio que vivo y, mi novia, con quién pasé cinco años de mi vida me acababa de poner el cuerno con un sujeto millonario con tendencia a hacer el ridículo cuando se pasaba con el licor —lo estuve viendo en su cuenta de Instagram— también había declarado en televisión nacional que yo no la hice sentir nada en los últimos cinco años y que se iba a casar enamorada de un tipo a quién estaba frecuentando desde hace cuatro meses... cuando seguía viviendo conmigo.

Había visto el video de nuevo.

Todavía intentaba comprender todas aquellas cosas que dijo, no terminaba de entender como alguien podía enamorarse de una persona a quién había visto solo en algunas ocasiones en los últimos cuatro meses, ni siquiera se me ocurre ponerme a pensar si en ese tiempo habían mantenido relaciones sexuales, porque ya sabía la respuesta. Todas las señales de peligro estaban ahí, en un cartel enorme iluminado en un color fluorescente y yo nunca quise atenderlas.

Comenzando por el día de su cumpleaños, ese día que menciona que ahí lo encontró de nuevo. Ella llegó tres días más tarde que el que supuestamente tenía previsto, nunca me importó en lo absoluto que se demorara, porque yo estaba trabajando en lo mío e intentando sobrevivir a Margaret, también sabía que ella necesitaba su espacio y no le preguntaba siquiera el motivo. Después comenzaron los viajes cada fin de semana, siempre me decía que estaría con Wendy, lo que no comprendía era los lugares costosos a los que iba sin tocar ni un dólar de su tarjeta, o eso es lo que me decía, según ella misma, Wendy era quién pagaba todos sus viajes. Wendy nunca gastaría un dólar en Sara, ni siquiera para sus cumpleaños seamos sinceros.

Pero la mayor señal llegó el día que me dijo que iría a ver sus padres una semana completa. Cuando llamé a su madre un viernes por la tarde me dijo que Sara no había llegado, pero después intentó componer sus palabras y me había comentado de un supuesto viaje que había hecho con su hermano, el idiota calvo, por eso no estaba en casa. Creo que hasta ellos han sido cómplices de

esta catástrofe en la que se ha convertido mi vida, aunque la madre de Sara es una mujer muy dulce, también es lo suficientemente permisiva como para dejar que sus hijos hagan lo que quieran. Debí imaginármelo en el momento que me di cuenta que su hermano en realidad sí estaba en casa por unas fotografías que había publicado, pero me quise convencer que tal vez eran antiguas, era tal la confianza ciega que le tenía a mi ahora ex novia que ahora hasta me siento patético. Lo dejé pasar, hasta lo que sucedió aquel viernes por la noche y de la peor manera.

Me sentía tan cabreado, que salí a correr sin abrigarme ni un poco, sin prestarle a Simon la ropa que tomé de su armario y sin preguntarle siquiera si quería ir conmigo. Él había llegado en la madrugada, por la posición que me lo encontré esta mañana, supuse que no estaría dispuesto, su cabeza estaba colgando en un ángulo extraño que tuve que acercarme y revisar su respiración en caso de que hubiera muerto. Cuando llegó a las dos de la mañana, no hablamos nada. Después encendió el televisor y unos gemidos inundaron el espacio, estaba viendo porno con una lata de cerveza en el sillón que se suponía era mi cama.

—Simon ¿es en serio? —fue lo que dije, cuando despegué la mirada de mi teléfono celular para verlo a él, tan campante sobre el sofá cama. Yo a esa hora todavía estaba intentando desprenderme del sabor que me había dejado ese contacto con Kate.

—¿Qué? ¿Tú nunca has visto porno? —es un caso totalmente perdido hablar con Simon.

Camino hasta el parque cerca del edificio y después comienzo a correr alrededor, tanto hasta que siento que el aire que entra por mis pulmones quema y mis piernas ya no quieren responder ante tal esfuerzo. Intento recuperar aire con las manos sobre las rodillas, siento como el sudor me recorre entero, el calor que emana mi cuerpo se intensifica a pesar de estar a tan bajas temperaturas. Escucho un leve ladrido cerca de mí y después, algo tirarme con fuerza de mi pantalón deportivo hasta que miro qué está pasando y mis ojos enfocan a la criatura que está tirando con fuerza de mis pantalones.

Un pequeñísimo perro está haciendo su mayor esfuerzo para tirar mi ropa abajo, es casi adorable pero me percató que estoy mostrando la goma de mi ropa interior así que intento retirar a la mini bestia quién de inmediato gruñe y vuelve a asaltarme.

—Oh por Dios, lo siento, en serio —escucho una voz joven. Al levantar la mirada casi creo desmayarme. La chica apenada a quién le pertenece el perro, lo toma y lo levanta en brazos, miro al animal quién me muestra los dientes y no entiendo cómo puede haber tanto odio en ese ser tan pequeño.

—No es nada —le digo. Mi voz suena débil, casi como la de un desconocido. Me río un tanto nervioso. La miro de nuevo a ella y pienso en la forma de alejarme sin que ella se percate.

El animal vuelve a mostrarme los dientes. La rubia frente a mí le riñe en un idioma que creo que es holandés. En ese momento se gira hacia mí, veo como su rostro se ilumina y esboza una amplia sonrisa.

—¿Roger, cierto? —Un tanto confundido y anonadado, asiento. Muestro algo que se parece a una sonrisa, llevo mis manos a los bolsillos de mi pantalón deportivo. Veo en otra dirección intentando mostrarme indiferente y después, me enfoco de nuevo en su rostro cuando quiero preguntarle cómo es que sabe mi nombre porque no recuerdo haberlo mencionado, ahí es cuando mis alarmas se encienden, tal vez todos los Van Brouwer saben quién soy gracias a Sara. —No sé si me recuerdas, nos conocimos en el elevador el otro día, estaba con mi hermano, mencionaste que trabajabas para Hombres al poder, me encanta conocer a alguien de la revista, así no me sentiré tan sola.

Todas sus palabras me dejan aturdido, por supuesto que la recuerdo, es imposible olvidar su rostro cuando se tiene tal parecido físico a su hermano mayor. Quiero irme de aquí, ocultarme en cualquier lugar donde ningún Van Brouwer me reconozca. Yo me limito a guardar silencio, ella continúa hablando.

—Mi hermano está negociando las acciones de la revista. De llevarse todo a cabo estaríamos trabajando juntos ¿Sabes? ¿Eres el asistente de Margaret? —ahora sí me veo en la necesidad de defenderme.

—No... no... no... yo no soy asistente de Margaret.

—¿En serio? Es lo que ella me ha dicho. —Oh, genial. Respiro hondo en un intento vago e inútil de relajación. Lo que me faltaba, que la jefa dragón ande por ahí diciendo que yo soy su asistente —Por cierto, lo siento tanto, no me he presentado formalmente, soy Alice. Alice Van Brouwer —me extiende su mano, con un entusiasmo que me aterra y vacilo unos instantes. ¿Cómo se saluda a una millonaria? ¿Cómo saludaría Simon a una millonaria?

Tomo su mano y le agrego un beso al dorso, como la vez que observé a Simon hacerlo con aquellas chicas que conocimos en este mismo parque. No sé si sea lo correcto, pero la joven quién ahora sé que se llama Alice, me sonrío en respuesta.

—Es un placer. Yo soy Roger Santana.

—Ya lo sabía. Se lo pregunté Margaret. —Eso me toma por sorpresa, principalmente por las cosas que le pudo haber dicho la jefa dragón, ella es así, capaz de hablar demás, y no precisamente cosas buenas, cuando tiene la oportunidad. Todavía no puedo creer que en algún momento de mi vida la consideraba un ejemplo. —Y lamento lo de Panqueca, está aprendiendo a comportarse, está en un país completamente desconocido y le ha creado un poco de estrés, pero te

juro que no es así normalmente.

—Espera... ¿Lo llamaste Panqueca? —me da un gesto afirmativo y le da un beso sonado al animal en toda la cabeza —ahora entiendo por qué carga tanto odio.

La chica se carcajea y el animal vuelve a gruñirme. No lo culpo, lleva nombre de merienda, pero vamos, que yo no se lo he puesto, debería exteriorizar su odio a la persona correcta.

—¿Entonces qué nombre sugieres? —la miro un momento y después miro al perro. ¿Acaso me está pidiendo a mí que le ayude a elegir un nombre?

—No lo sé... tal vez Thor... va más con su personalidad —me da un asentimiento de nuevo, con una sonrisa agregada y va a decir algunas palabras cuando nos interrumpen:

—Alice —puedo reconocer esa voz de inmediato. Ella se vuelve a la persona de quién provienen esas palabras y cuando mis ojos lo enfocan me doy cuenta que sí, es él, a la par de un lujoso auto que ni siquiera me atrevo a estudiar. También me está viendo y es hasta que escucho a Alice que corto el contacto visual:

—Tengo que irme, Roger. Fue un placer —me toma un momento volver a concentrarme y agregó:

—Lo mismo digo, señorita Van Bouwer.

—Sólo dime Alice.

—De acuerdo, Alice...

Me da un adiós con un gesto de mano al mismo tiempo que se aleja y también me despido de la misma forma. No me quedo viéndola, aunque quisiera saber qué le ha dicho su hermano antes de que el hombre trajeado le ha cerrado la puerta, debió ser algo importante para sentir la mirada de ambos sobre mi nuca. Pero es hasta que el auto pasa a la par mía que comienzo a respirar y me doy cuenta de lo pequeño y bastardo que es el mundo. De lo cruel y despiadado que es el destino. Cuando se lo he comentado a Simon, lo primero que soltó sin darme realmente importancia, fue:

—¡Cógetela! —devuelvo el café con leche dentro de mi taza, hasta me provoca tos y con ella trato de expulsar el líquido que casi se me va a los pulmones. Creo que hasta está a punto de salirme por la nariz, cuando Simon, con esa inocencia que no lo caracteriza, dice: —¿Qué?

—¿Estás demente?

—Es perfecto —exclama de inmediato, manipulando su teléfono celular sin verme. Le había dicho que llegara a la cafetería a dos calles de su apartamento, no pensé que estaría despierto, pero a tan solo minutos me preguntó si estaba una chica morena en recepción. En realidad estaba

un chico, pero le dije que sí para que moviera su culo perezoso. —Koen se coge a tu ex y tú a su hermana.

—Simon ¿te estás escuchando? —Hasta creo que era mejor no decirle que viniera. Pero no sé qué otra cosa esperar de Simon si es del tipo que solo piensa en sexo.

—Si no te la follas tú, lo hago yo por ti. Dale mi número la próxima vez que te hable —lo miro un momento y mantiene la mirada en mis ojos, hasta que la baja a mi torso y suelta un jadeo: —Oye ¿esa es mi camiseta Under Armour? —Miro la prenda que menciona y sí, es de la que está hablando.

—Lo es. Te la pedí prestada esta mañana mientras dormías.

Por supuesto que no lo hice, el sonido de su celular nos interrumpe, cuando saca el teléfono suelta un bufido, se pone de pie, me dice que saldrá afuera y yo le digo que sí, que no hay problema. Mi celular es el que suena ahora y cuando lo saco de mi bolsillo me doy cuenta que es Kate. La noche anterior le había dejado un mensaje, cuando había espabilado por completo le pregunté si podía llevarla, aunque estoy recibiendo su respuesta hasta hoy, con una disculpa y un corto texto que dice que había olvidado su teléfono en casa.

Le escribo que no hay problema, estoy presionando las teclas cuando escucho un grito agudo a lo lejos, seguido de un: Es Roger. No dudo ni un instante en levantar la mirada y encontrarme con un grupo de féminas corriendo hasta mí, oh genial. Todas llevan ropas deportivas, parecen haber terminado su rutina de ejercicios y ahora están tomando lugar frente a mi mesa. El lugar que estaba Simon es invadido por completo y el espacio libre a mi lado también.

—Hola —digo, vacilante. Viendo como toman mis sobres de azúcar. Acostumbro tomar café sin azúcar de vez en cuando pero no está de más preguntarme si voy a ocuparlas o no.

—Si las fueses a ocupar, hubieras endulzado tu café antes de tomarlo —me habla Brenda. Sí, sé que las mujeres prefieren tomar decisiones apresuradas en base a lo que creen que está pasando.

—No, estaba decidiéndome si tomarlo dulce o no.

—Ups —Brenda de nuevo, abriendo el sobrecito de azúcar y dejándolo caer dentro del vasito de cartón. Creo que voy a necesitar mucha paciencia.

—¿Estás solo? —ahora Margaret viendo la taza del café que le pertenece a Simon. Revuelve el líquido oscuro con una cucharita. Los tres pares de ojos están intrigados en mí y ahora que las miro a plena luz del día, Brenda es una mujer que ama los piercings y los tatuajes. Algo me dice que ni de coña se va a acercar a Simon.

—No, Simon salió un momento. No debe tardar en estar aquí.

—¿Tienes planes para hoy?

—¿Dormir temprano cuenta? —Todas jadean, en coro. Le sigue un elocuente «No» y después, la chica que el otro día llevaba dos moños en la cabeza, toma una servilleta y extrae un lapicero de su cartera, anota algo que después me entrega y veo que se trata de una dirección de domicilio. —Si no los tienes, deberías venir a mi fiesta de cumpleaños.

—¿Hoy es tu cumpleaños?

—No, pero eso que importa. Celebro mi cumpleaños cuando se me dé la gana. —La miro un momento, de hecho, a las tres y ellas me miran a mí. Creo que debo acostumbrarse a estas nuevas personas. —Kate vendrá.

—¿No se verán aquí con ella?

—No, tenía turno en el hospital. Dijo que quería ir a casa y dormir.

—Oh si, ya lo recuerdo. —Miro mi celular, el que todavía sostengo en manos y comienzo a textearle a Kate respecto a esta fiesta. Casi de inmediato está escribiendo y en unos segundos su respuesta está en mi pantalla confirmando su asistencia.

—Oye —me llama una de ellas, levanto la mirada y tener tantos ojos sobre mi persona me intimida, casi me hace sudar y aunque solo llevo una camiseta de mangas cortas siento que hace calor aquí. Darle un trago a mi café no es tan buena idea pero no solo por eso, si no, por las siguientes palabras que Brenda menciona: —¿Tú follas con Kate?

Decir que casi me atraganto es un eufemismo, casi muero cuando el café me alcanzó todas vías respiratorias y creo que hasta se me salió por los oídos. Siento el ardor en mis ojos, no me sorprendería que la próxima vez que lllore mis lágrimas seas oscuras.

—¿Eso es un sí?

—No... yo no... —estoy tosiendo, una de ellas me entrega un refresco y toso otra vez —yo no follo con...

—¿No follas? ¿Eres de los románticos que hacen el amor?

—¿O prefieres la palabra «coger»?

—No, no hago... no... bueno... no, no follo, ni hago el amor, ni prefiero la palabra coger, o como quieran llamarle... con Kate ¿De acuerdo?

—Ah genial, solo te queríamos decir que si le rompías el corazón, nosotras te rompíamos las

pelotas. —Me quedo viéndolas a las tres, una tomando un sorbo de café... mirándome... la otra tomando su jugo de frutas... mirándome... y la otra solo sostiene su café, más bien el de Simon... también mirándome... es la primera vez que agradezco que Simon se aparezca, aunque se detiene y dice:

—Roger rodeado de mujeres, es casi un sueño. —Se abre paso entre las chicas para sentarse entre medio de Margaret y Linda, a quienes les da un beso sonado en la mejilla.

—Al menos ya sabemos que no se folla a Kate. —Oh, genial. Simon se ríe y les sigue la cuerda.

—Roger solo ha follado con una persona en toda su vida. —Que alguien me agarre porque lo mato.

—Simon... —advierdo. Pero como siempre, le vale una mierda y solo agrega:

—No hay nada de malo con eso, Roger. Relájate.

—¿En serio solo has follado con una persona? —de nuevo toda la atención en mí. Aunque yo solo estoy viendo a Simon, a quién al parecer esto se le hace de mucha gracia —¿En pleno siglo XXI?

—Entonces hemos creado una misión —continúa —¿Cómo conseguirle un ligue de una noche a Roger? ¿Quieren apuntarse?

—¿A ser el ligue de una noche de Roger? Podemos acomodarnos en días, yo estoy libre los martes —por supuesto sé que Brenda está bromeando.

—Es solo un maldito artículo que tengo que hacer para la revista.

—Se nos ocurrió hacer estudio de campo después de que su novia le pusiera el cuerno con un tipo millonario. —Maldita sea. Respiro hondo para evitar golpear a Simon frente a tanto público. Pero mi cara debe decirle todo, él solo se encoge de hombros y continúa: —Estuvo cinco años con ella.

—¡Pero qué perra!

—Perra es poco.

—Decirle perra es un insulto para las perras.

Ni siquiera sé cuál de ellas dijo cada insulto porque yo no he despegado la mirada del idiota de Simon, con quién tendré una charla nada amable después, decir que estoy molesto es poco y esto que nadie, aparte de Margaret, ha logrado tocarme los cojones tanto como Simon lo está

haciendo ahora.

—Creo que yo me voy.

—Roger, vamos.... tómate las cosas con humor.

—Maldito seas, Simon —riñe la chica que lleva el nombre de Linda. Me estoy poniendo de pie en ese momento, pero la chica del cabello naranja me toma del brazo y hace que tome mi lugar de nuevo —por tu culpa ya no querrá ir a mi fiesta de cumpleaños. Nosotras pudiéramos darle muchos tips para conseguir un ligue de una noche. ¿Quién mejor que una mujer para decirte como ligar con una mujer?

—Espera... ¿Es tu cumpleaños? —Ella toma otra servilleta al mismo tiempo que le dice a Simon lo mismo que a mí sobre celebrar su no cumpleaños. Anota la dirección, le digo a Brenda que tengo que irme en serio, me invento un trabajo y un artículo que terminar, bueno, lo del artículo es verdad pero no dije cual. —Pero Roger tiene una cita.

Me estoy poniendo de pie cuando Simon enuncia esas palabras. Cuando lo miro, lo único que dice es:

—La pelirroja, ya sabes... —hace señas con sus manos simulando unos pechos enormes. Pero sé que mira la expresión nada amable en mi rostro, así que agrega: —Pero podemos posponerla.

Me despido de todas las chicas, pero no de Simon, a quién, cuando estoy atravesando en parqueo lo escucho detrás de mí a toda prisa y en risas que no hacen más que cabrearme mucho.

Creo que este no es mi día, definitivamente cada persona estaba logrando que mi domingo fuera de malo a pésimo. No iré a esa maldita fiesta de cumpleaños. No sé con qué puedo encontrarme porque hoy, definitivamente, ni la luna, ni las estrellas, ni los planetas, ni los astros, ni lo que sea que digan que tiene que ver con tu destino están de mi lado.

—Roger, vamos... no te molestes. —Me giro hacia él en ese momento, se está riendo, yo no le encuentro la maldita gracia. —Ellas no van a tomarse en serio nada de lo que yo les diga.

No le contesto, porque no tengo nada bueno que decirle.

Camino de regreso a su apartamento, creo que hoy es un día perfecto para volver al mío. Me termino de convencer cuando un desastre me recibe. Una botella está quebrada en el suelo y es hasta que un pedazo se entierra en la palma de mi mano que suelto una palabrota y decido que voy a regresar a mi casa.

Estoy sacando la bolsa de basura del apartamento cuando me doy cuenta que estoy sangrando

mucho, en el pomo de la puerta dejó un rastro de sangre así que me percaté que aquello requiere atención urgente. Busco algo con qué detener la hemorragia y lo primero que encuentro es papel de cocina. Presiono la abertura cuando una voz desde la puerta llama mi atención. La había dejado abierta y cuando veo a Kate entrar al piso de Simon le digo que estoy bien, que en realidad no ha pasado nada.

—Esto no suena a que no ha pasado nada, Roger. ¿Cómo fue? —Me toma la mano y quita el papel que ya estaba comenzando a cubrirse. Tal vez estaba tan molesto que tomé con fuerza el pedazo de vidrio, pero no se lo digo, solamente menciono que no lo miré y terminé cortándome. —Ven conmigo.

Dejo todo y cierro el apartamento para ir en la dirección que me indica. Al estar de nuevo en su piso me doy cuenta que ya algunas cajas desaparecieron y algunas cosas reposan sobre unas cuantas mesas y el escritorio que sostiene una laptop. No hablamos nada, la observo perderse tras la puerta de lo que creo es su cuarto y solo un momento después aparece con una caja en manos. Golpea con la palma de su mano el sitio libre a su lado y obedezco para sentarme donde me indica. Mira de nuevo la herida cuando se está poniendo unos guantes de látex.

—Creo que necesitarás una puntada ¿Podrás soportarlo?

—No tienes idea de las cosas que he soportado estos últimos días. Una puntada no es nada —me río con desgane. Kate solamente me mira un momento y comienza a limpiar la herida. Arrugo la cara cuando el líquido me penetra la piel cortada y miro que prepara una aguja para atravesarme la piel.

—Una vez, cuando era niña —comienza a hablar, la miro solo un ratito porque esos ojos suyos me hacen sentir intimidado, de hecho, toda ella me hace sentir pequeño, ya lo había mencionado y puedo decirlo de nuevo porque es cierto. Su relato es pausado, tanto que me causa intriga —tuve un accidente. Mis padres tenían una finca en un precioso lugar que solíamos visitar a menudo. Un día quise probar qué era manejar una moto de cuatro ruedas y me subí a una sin la supervisión de mis padres. Me precipité a un abismo y casi pierdo los dos brazos.

—Eso no es verdad.

—No lo es, pero al menos no te dolió ¿eh? —miro la herida y ya está ahí el famoso punto del que hablaba. Me hace soltar una pequeña risa, la primera en el día que me hace despejarme la mente por completo. Yo... ni siquiera sé qué decir...

—Usaste en mí técnicas para niños ¿cierto?

—Pero sin incluirle a Peppa Pig. —Sonríe triunfante. La observo perderse de nuevo tras la

puerta de su habitación, regresa con un dulce en manos, y no puedo evitar reírme cuando me entrega la golosina. —Estoy preparando Lasaña ¿Te quedas?

Capítulo 16

Había aceptado la invitación de Kate.

Aunque voy a admitir que pensé quedarme solo un momento porque necesitaba un tiempo para mí mientras me hacía la idea de volver a mi casa y, a decir verdad, no me sentía tan bien como para charlar con alguien, especialmente con Kate, con quién me sentía en la necesidad de hablar cosas coherentes y si es posible científicas para no parecer un idiota.

Tan así estaban mis ánimos que al principio fingí sonreír como si todo estaba perfecto, como si no había algo dentro de mí desmoronándose por completo. Nada más quería estar solo, encerrarme en una habitación con la almohada sobre la cabeza y dormir... si a un caso podía. Pero lo que pensé solo duraría un almuerzo, se había convertido en casi un día completo en su piso, en su cocina más específicamente, sentados uno frente al otro, con solo una mesa de vidrio que funcionaba como un comedor dividiéndonos, dos platos de lasaña y dos copas de vino.

Kate es una persona tan alegre, entusiasta y positiva que es imposible no sentirse arrastrado por esa ola de emociones y buenas vibras que trasmite, de alguna forma había iluminado mi día, me había olvidado un momento de lo que me estresaba y me sentí extrañamente cómodo, tanto así que cuando quiero darme cuenta ya se ha hecho lo suficientemente tarde y cuando miro por la ventana ya está comenzando a oscurecer.

Todo ese tiempo habíamos hablado, reído, compartido, tomado vino y discutido por tonterías sobre los programas de televisión de esta época, teníamos gustos en común y opiniones similares. Incluso cuando habíamos terminado de comer hace varias horas y seguíamos ahí, sin movernos y conversando. Todo había iniciado cuando la ayudé a preparar una ensalada, ella me preguntó si sabía cocinar y yo mencioné los platillos que sabía hacer, después nos encontrábamos hablando sobre cocina, recetas y postres.

Después la plática se volvió más personal, charlamos sobre mí, sobre ella, más sobre ella que sobre mí, porque no es como que haya mucho que hablar de mi persona. Yo solamente había aprovechado el espacio para quejarme de mi trabajo, de mi jefa y del idiota de Simon. Supo de inmediato que me había molestado con él, obviamente no le dije el motivo pero sé que en algún momento sus amigas van a comentárselo. Gracias a Simon todas las personas en su círculo saben todo sobre mi vida sexual y estoy casi seguro que también había hablado eso con Kate.

—Simon y yo somos totalmente distintos. —Le dije. Recuerdo en ese momento haberme llevado el primer bocado de lasaña a la boca, tengo que admitir le quedaba mejor que a mí y esto

que yo cocino bastante bien.

Y no es por tirarme flores.

Kate es de esas personas que siempre mantiene contacto visual mientras conversa y yo del tipo que no puedo sostener la mirada a los ojos, mucho más cuando son tan verdes, tan enigmáticos y tan inquisidores. Así que en todo momento estaba intentando concentrarme más en mi plato para intentar verme sereno y evitar ponerme nervioso.

—De eso no me cabe duda. Todavía no comprendo cómo es tu mejor amigo. —Me reí sin querer y me defendí:

—Me pasa lo mismo, no sé cómo ese grupo de chicas pueden ser tus mejores amigas.

—Una vez que las conozcas bien, te vas a dar cuenta que son las mejores personas que podrás conocer. —Me señaló con su copa y me sonrió en ese momento. Preferí seguir tomando vino antes que el pulso se me acelerara. Creo que ya había mencionado que la sonrisa de Kate o esa forma de mirarme casi provoca que me tiemblen en las manos.

Yo nunca he sido muy bueno para tener amigas mujeres, estaba todo el tiempo en la biblioteca, había crecido con la nariz hundida en los libros, leía desde historia, cómics, ensayos, thrillers, comedias, hasta novelas románticas y eróticas. Podía leer desde Bukowski hasta Jane Austen, desde John Katzenbach hasta Stephenie Meyer, nunca me sentí avergonzado. Por ese motivo, nunca fui popular entre el sexo femenino, nunca tuve ligues o amores de verano, nunca me he fijado en el físico de una chica con morbo, siempre fui educado y respetuoso, con una idea distinta sobre lo que significaba salir con una mujer.

Ese es el motivo por el que todo este tema del maldito artículo y Simon me ponen histérico, porque soy una persona con una concepción del amor bastante romántica, del tipo pasional, monógamo, con pétalos de rosas, flores y chocolates. Había estado en una relación por cinco años con la misma persona y en ese tiempo no se me apeteció conocer a nadie más. Si besé a alguien antes de ella fue por pura casualidad, no porque lo estuviera buscando. Así ha sido para mí, nunca he sentido la necesidad de «lanzarme» a una chica. Creo fielmente que lo que va a pasar pasa, y lo que no, también.

Me arrepentí de inmediato cuando le dije todo eso a Kate, solo debí quedarme con decirle que Simon y yo somos totalmente distintos, pero mi explicación tuvo que ir más allá —*como siempre*— y cuando quise enmendarlo Kate ya había digerido todo aquel vómito de palabras y había sonreído por ese monólogo sobre mi persona que se me ocurrió soltar aunque no hizo comentarios al respecto, lo cual le agradezco.

Me estoy poniendo de pie cuando miro de nuevo mi reloj y me doy cuenta que ya pasó otra hora. No puedo entender como el tiempo se había ido volando, ojalá me pasara lo mismo en mi trabajo con Margaret, pero ahí un minuto es como si fuera una hora y así tengo que bancarme un día completo. Tomo los platos de la mesa para dejarlos dentro del lavaplatos cuando Kate me detiene y dice que ella va a hacerlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Le añade, tomando los platos de mis manos. Le digo que yo puedo hacerlo, pero menciona lo de la herida en mi mano y dejo finalmente que ella lo haga. Tomo la copa que descansa sobre la mesa y me llevo el último trago de vino a mi boca. Hago un gesto de afirmación con mi cabeza por la pregunta mencionada al mismo tiempo que el líquido dulce atraviesa mi garganta y me preparo mentalmente para lo que sea. —¿Tienes nuevos proyectos como escritor?

De todas las preguntas que pudieron haber surgido después de todas las tonterías que había soltado en todas estas últimas horas, no me esperaba esta, aunque respiro aliviado y suelto el aire que mis pulmones inconscientemente estaban reteniendo.

—¿Cuentan los artículos que creo para la revista?

—No, hablo de historias... tuyas...

Ni siquiera sé qué contestar, porque no es algo de lo que hable a menudo. De hecho, desde hace mucho tiempo que nadie se muestra interesado por mis escritos. Así que sin nada mejor que responder a esto, le doy mi respuesta más sincera:

—Tengo mucho tiempo de no escribir absolutamente nada. —Kate está dejando los utensilios dentro del lavaplatos, de espaldas a mí, cuando se gira me mira un momento y menciona:

—¿Y eso por qué? —hago un gesto, uno que denota mi frustración y no puedo ocultarlo.

—Tal vez porque han rechazado mis trabajos y eso me hizo dejar a un lado la escritura pensando que tal vez no era algo para mí. —En ningún momento que digo esto la miro a los ojos. Recuesto mis caderas en la encimera haciendo un leve movimiento circular con mi copa. —He tenido un bloqueo desde entonces.

—Simon me ha hablado mucho de ti. —Suelto un suspiro, uno que denota mi frustración e impotencia. Pero antes que se me ocurra lanzarle maldiciones a Simon, Kate se apresura a decir: —Pero fueron cosas muy buenas, de tus escritos y de lo bien que manejas todo al momento de crear una historia.

—Simon apenas leyó la historia de romance erótico que creé para un concurso. —Lo cual es

verdad, pero sí le había dado a leer fragmentos de otras historias que no logré terminar por falta de tiempo... y de entusiasmo.

—¿Puedo leerla?

—No... —me río nervioso —no, no no...

—¿Por qué no? —finge indignación, aunque se ríe en el intento. —¡Vamos! Prometo no reírme. —El que se ríe soy yo e intento cambiar de tema para evitar continuar con esta conversación. Porque no hay forma de volver a ver a Kate a los ojos si lee algo de lo que yo he escrito. No precisamente porque crea que mi trabajo es malo, si no, por las cosas que acostumbro plasmar ahí que no tienen nada que ver con mi yo interno. De hecho, tengo un pseudónimo con el que firmo mis manuscritos y los artículos dentro de la revista. Nadie, aparte de Simon, Margaret y algunos compañeros de trabajo, saben que soy yo tras esas letras.

No se me ocurre nada más para desviar la conversación que hablar de Star Wars cuando veo una taza de café con la forma de Darth Vader. Unos minutos después estamos hablando de la bendita película y una hora más tarde, estamos de nuevo sentados en el comedor riéndonos por cualquier tontería, tomando café con una colección de utensilios de la guerra de las galaxias.

—Ahora sí tengo que irme —le digo poniéndome de pie, dándole un vistazo rápido a mi reloj para percatarme que, de nuevo, ha pasado otra hora. Me doy cuenta que todo mi día había quedado invertido en una tarde con Kate.

Aunque voy a admitir, que fue la mejor manera de pasar un domingo como este que parecía ser una completa mierda. Ya a este punto, ni siquiera recuerdo qué era eso que al inicio del día me agobiaba tanto, me siento extrañamente bien, como si cualquier cosa que me afectaba había desaparecido. Ya puedo reírme de esa forma que te llega a los ojos y quisiera agradecerle a Kate por brindarme unos minutos de su tiempo... horas, en realidad fueron horas y todavía quisiera estar más tiempo aquí, pero cuando recuerdo que ella había estado en el hospital toda la noche y es muy probable que necesite descansar me apresuro a despedirme, después de todo, me esperaba un arduo trabajo de mudanza.

—En serio, gracias... por todo. —Lo que quise decir en realidad, fue: «Gracias por haber convertido mi día de mierda en algo mucho mejor», pero preferí dejarlo nada más de esa forma.

—Recuerda siempre, que si la vida te da limones, solo busca a alguien que tenga vodka y haz una fiesta. —No puedo evitar reírme en el momento que llevo la taza de Darth Vader al lavabo, le doy un vistazo rápido en el momento que ella se está acercando a mí, toma la taza en sus manos primero y después extiende su mano en mi dirección, pasa sus dedos sobre mi cabello despejando mi frente poco a poco y el tacto hace que se me revuelva todo por dentro.

—Tenías un poco de lasaña en el pelo —me dice. Le sonrío en respuesta porque las palabras se me han quedado atoradas en la garganta. Mi teléfono celular suena y aunque no miro quién es, sé de inmediato que se trata del grano en el culo que hace el papel de mi mejor amigo. Ignoro la llamada, no porque quiera, si no, porque siento que no tengo palabras para contestar.

—Puede ser importante —me habla ella, y me río un poco. Ambos sabemos que nada de lo que Simon tenga por decir puede ser importante. Abre la llave del lavabo y deja ahí las tazas que ambos habíamos utilizado.

—Quiere que vaya a una cita con una de sus amigas —hablo, después de aclarar mi garganta para lograr espabilar un poco. Ni siquiera me dan ganas de recordarlo.

—¿Por qué Simon se empeña en conseguirte cita?

—Por un maldito artículo que tengo que escribir. —Eso parece interesarle más a Kate, por la forma en que me presta toda su atención y me mira a los ojos con intriga. Sé que quiere más información al respecto, pero no pienso hablar más allá sobre el maldito artículo que me tiene hasta los cojones. —Ahora no le saco esa idea absurda de la cabeza... —me apresuro a decir: —pero no es nada importante, Simon lo toma muy a pecho porque no tiene nada mejor por hacer que fastidiarme la vida.

Otra llamada de Simon, esa sí la agradezco porque otra pregunta más y capaz terminaba hablando todo sobre el artículo de mierda y la estúpida misión de Simon. Aunque no estoy del todo contento con él, tampoco me siento tan fastidiado como me encontraba esta mañana. Creo que hasta ya se me pasó el malhumor, a no ser que al tenerlo en frente suelte alguna de sus tonterías que me hagan golpearlo en serio.

—Tengo que irme —le digo a Kate y ella asiente con un gesto de comprensión. —Voy a regresar a mi apartamento y tengo una larga noche de mudanza por delante.

Le agrego un bufido a eso, lo que hace a Kate soltar una pequeña risa y le agrega: «Buena suerte», no tiene idea de cuánto voy a necesitarlo. Estoy caminando hacia la puerta de entrada, al llegar tomo la manecilla y antes de cruzar el umbral me giro hacia ella y hablo lo suficientemente alto:

—Me avisas cuando tengas tiempo. Ahora es mi turno de mostrarte que no solo tú eres buena con la cocina. —Escucho su carcajada desde el comedor y casi de inmediato dice:

—Más te vale sacar tu mejor receta. —Ahora es mi turno de reír y mantengo una sonrisa al mismo tiempo que cierro la puerta a mis espaldas y camino en dirección al apartamento de Simon.

Las cosas nunca salen como uno espera.

Y eso es algo que debo meterme en la cabeza antes de pensar en llegar a mi casa, ver televisión y dormir. Después de haber dejado el piso de Kate pensé, por un momento, —*por un mísero momento*— que tal vez vivir con Simon no era tan malo, hasta que mi número apareció en un grupo de *WhatsApp* llamado «¿Cómo conseguirle un lígüe de una noche a Roger?» creado por una de las amigas de Kate y él incluido entre los miembros. Saco mis cosas del apartamento de Simon y solo lo escucho decir:

—¿Te vas solo porque les dije a las chicas que habías tenido sexo con una sola persona en toda tu vida? ¿Acaso es mentira? Me grita. Genial, ahora sus vecinos también van a enterarse de mis intimidades. Definitivamente, ¿Cómo había logrado soportar a Simon hasta ahora? Seguía siendo un misterio. —A mí no me molestaría si le dices a las personas con cuántas mujeres me he acostado.

Ruedo los ojos y lo dejo ahí, sin hablarle, sin decirle una palabra, aunque voy a admitir que me siento mucho mejor, más despejado e incluso suelto una risa en silencio cuando saco mi teléfono celular y miro un mensaje de Kate en el momento que estoy saliendo por la puerta del apartamento de mi amigo, cuando levanto la mirada en dirección a su puerta ella está ahí recostada en el marco y me esboza una sonrisa divertida.

Gesticula algo que no logro comprender, pero su mirada de malicia me hace intuir que aquello no es nada bueno así que niego con la cabeza de manera sutil apretando mis labios y me vuelvo a Simon cuando lo escucho decir:

—Ya vas a regresar cuando me extrañes. —Cabe destacar que eso lo ha dicho en voz alta, aunque sé que también su tono está cargado de ironía porque, precisamente, esa una frase que se presta a muchas malas interpretaciones. Yo sé que él nada más está bromeando, pero la anciana que vive en el apartamento continuo —*quién está poniéndonos atención aunque simule barrer su alfombra*— parece estar estupefacta y cuando Simon dramáticamente cierra con un portazo, ella me mira de pies a cabeza, se acomoda las gafas, me hace mala cara y se encierra dentro de su apartamento.

Maldito Simon.

Escucho la risa de Kate y eso me hace girar en su dirección, le esbozo una sonrisa a medida que avanzo hacia ella y cuando estamos de frente termino contagiado de sus carcajadas, suelto una risita y cuando nuestros ojos se conectan por instinto bajo la mirada hacia la caja que llevo en manos, después vuelvo a concentrarme en ella pero sin verla en sí, miro hacia el pasillo que va en dirección a la puerta del idiota de Simon y digo, a modo de despedida:

—Bien, ahora sí tengo que irme antes que todos tus vecinos crean que estoy terminando una relación con Simon. —Ella me dice que sí y esta vez sí la miro para decirle: —Fue un gusto charlar contigo, Kate.

—Cuando quieras, solo me envías un mensaje, preparo mis tazas de *Starwars* y mi cocina para que hagas ese pastel de queso que dices que te queda delicioso.

—Yo no dije que me quedara delicioso... —Me río. —Si quieres que lo prepare vas corriendo tu propio riesgo. —La señalo con mi dedo índice y comienzo a caminar en dirección a las escaleras. —Espero verte pronto.

—Igualmente. —La escucho decir antes de emprender mi camino hacia abajo, le doy un último vistazo y ella me esboza una sonrisa con un gesto de mano a lo que correspondo con un asentimiento. —Que tengas buenas noches.

Después de despedirme por última vez de Kate, me di cuenta que ya comenzaba a sentirme genuinamente diferente, esa sensación de tranquilidad que hasta ahora tenía un buen rato de no sentir, me acompañó todo el camino hasta mi apartamento, quería que esa sensación durara más, pero justo en el momento que doy un paso dentro de mi apartamento, me encuentro ahí a la última persona que quisiera ver en estos días.

Suelto un suspiro largo y pesado cuando miro al tipo calvo frente a mí, el hermano de Sara, dentro de mi apartamento hojeando los papeles en mi librero. Pongo la caja que llevo en manos sobre la alfombra y le digo, lo más calmado posible:

—¿Qué diablos haces hurgando en mis cosas? —A él no le importa mi presencia, sigue sacando los papeles y tirándolos al suelo con poca educación. La verdad que estoy comenzando a arrepentirme de mi decisión, estaba mejor con Simon, en eso él sí tenía razón. Hasta que le da la gana a la mala imitación de Sherk, se gira hacia mí y dice:

—Primero que nada, te vas a dirigir a mí con respeto. Señor Escribano para ti. —¿Qué carajo? Levanta el brazo de una manera atemorizante pero a mí no me causa nada de pánico, el sujeto puede estar lleno de anabólicos, pero yo le llevo alguna cabeza más de altura. —Estoy buscando el contrato de arrendamiento de este apartamento porque vas a pagarle a Sara todos los meses que te mantuvo con un techo sobre tu cabeza.

¿Qué?

¿Qué diablos?

—Estás demen....

—Recuérdalo... —me interrumpe, con un tono que me deja en claro lo poco que le importa mi opinión. —Estás tratando con una familia de abogados. ¿Cuántos meses llevaban de vivir en este feo lugar? Solo falta una demanda de su parte para que pagues dólar por dólar todos estos meses que te mantuvo.

No puedo creer esto.

Me rio irónico, no puedo evitarlo. Miro a Jonathan tomar de mi librero todos los libros relacionados con Leyes que le pertenecen a Sara y dejar caer los míos al suelo importándole poco.

—No sabes nada de leyes y tampoco sabes quién pagaba las cuentas. Deja de hablar tonterías y lárgate.

—Por suerte consiguió un mejor partido. Alguien que la lleva a pasear en helicóptero y le regaló un Ferrari. No un idiota fracasado con un trabajo de mierda en una revista para niños que creía hacerla sentir especial regalándole flores y chocolates.

Hay palabras que duelen más que una patada en los testículos. A veces, el dolor físico no se compara con lo que un conjunto de oraciones pueden causarte por dentro, como si te lanzaran una enorme bola de alambres de púas con la intención de matarte poco a poco, hiriéndote lentamente en el subconsciente. No puedo hablar, no porque me haya dejado sin palabras, sino porque las que tenía por soltarle no eran nada buenas.

—Debería darte vergüenza que una mujer pague hasta el lugar donde vives. —Continúa, y yo, me doy cuenta del terrible poder de autocontrol que tengo. —¿Flores y chocolates? ¿En serio eso así le pagas a la mujer que puso un techo sobre tu cabeza y te alimentó por cinco años?

Me temo que a Jonathan no le importa morir, cierro los ojos un momento buscando un poco de cordura entre todas las cosas que se me están pasando por la cabeza que podría hacerle a este tipo. Intento sonar indiferente, pero de todas formas mis siguientes palabras salen en un tono que muy pocas veces he escuchado en mí mismo:

—A ti debería darte vergüenza vivir en el garaje de tus padres. Al menos yo tengo un trabajo aunque sea de mierda ¿Pero qué tienes tú? Vives de la pensión que tu padre le logró quitar a las pobres mujeres que se casaron contigo. No eres un buen ejemplo.

Lo siguiente no lo veo venir, todo pasa en cámara lenta. El tipo se lanza hacia mí y me da puñetazo en la cara que me desorienta por un momento, lo había subestimado, porque sí que golpea fuerte el maldito enano. Cuando reacciono, no lo hago de la mejor manera, mi primer acto es hacer lo mismo, sin rencor, sin vacilación, estrello mis nudillos sobre su feo rostro. Tal vez no

debo admitir esto, pero se sintió tan bien que cuando él terminó gritándome antes de dejar mi apartamento:

—Voy a demandarte.

Sentí que había valido la pena.

Definitivamente este día sí estaba destinado a ser uno de los peores días de toda mi vida.

Capítulo 17

No puedo decir exactamente qué fue lo que me despertó esta mañana.

Sencillamente abrí los ojos y me quedé ahí, un tanto desorientado, desubicado y aturdido. No recuerdo exactamente qué era lo que había soñado, pero ciertas escenas se reproducían como un *gif* dentro de mi cabeza. Había despertado helado y con una gota gorda de sudor recorriéndome la frente. Todo estaba en calma, ni un ruido, ni un murmullo, ni un movimiento, ni rastro de la sensación de tener brazo derecho. Me moví y lo agité, descargando el peso que había sobre él, notando un molesto hormigueo que no hizo más que encabronarme bastante. Sentí el leve ardor en mi pómulo derecho y en ese momento recordé que en realidad lo que se reproducía en mi mente no era un sueño, el hermano de Sara sí estuvo aquí, en mi apartamento, aparte de haberme insultado y golpeado, también me amenazó y se largó.

En algo Simon tenía razón, en realidad sí estaba mejor en su apartamento.

—Te lo dije. Estabas mejor en mi apartamento. —Entra al baño de hombres como si me estuviera leyendo el pensamiento. Esta mañana cuando la alarma me dio un susto de muerte después de quedarme un rato mirando al techo de mi habitación, me levanté y me miré en el espejo del baño, un enorme moretón se extendía por toda la zona y tuve que escribirle a Simon porque no había forma de que me presentase así a trabajar... frente a Margaret.

Pero no contestó, por muchos intentos de llamada que le hice, mensajes, *stalkeos* en Facebook y Whatsapp, fue hasta que estaba en el trabajo que se dignó a hablarme, cuando le pregunté por todas las llamadas que le hice, me dijo que a esa hora estaba ocupado, aunque yo entendí a qué se refería y no eran necesarias las señales obscenas que hizo para explicarme... en medio parking.

No le contesto a Simon cuando se detiene a mi lado con la intención de usar el urinario continuo, además que ya le había contado todo, no todo exactamente pero sí la parte que el maldito enano hermano de Sara estrelló su puño contra mi rostro, el maldito se había reído y sólo dijo:

—Hubiese pagado por ver eso. ¿Por qué no le preguntaste si necesitaba su calcetín para ser libre?

Voy a admitir que eso me hizo soltar la primera risa genuina del día, aunque mis ánimos no estaban para tales cosas. Desde el primer día que conoció a Jonathan, el hermano de Sara, lo había apodado «Dobby», como el elfo de Harry Potter. Nunca se aprendió su nombre, porque para él siempre fue Dobby y voy a admitir que merecía el infierno por haberme reído de la forma que

lo hice la primera vez que Simon lo llamó de esa forma.

—Hoy cambian la cerradura. —Le hablo a Simon, ignorándolo. Estoy terminando de liberar líquidos cuando él se saca la «bestia» y comienza a orinar, pero no es todo, está haciendo círculos. —Oh por Dios. ¡Simon!

—¿Qué? Tú también tienes un pene, úsalo... —hace una pausa, de esas cuando va a decir algo malicioso, me doy cuenta de cuánto conozco a éste espécimen cuando dice: —ya que no vas a usarlo de otra forma por un buen tiempo.

Respiro hondo y creo que es mejor volver a mi escritorio antes de que Simon termine de irritarme. Hoy, aparte de despertar con la mejilla roja y los nudillos inflamados, también tenía síntomas de resfriado; me dolía la cabeza, todo el cuerpo y a duras penas tenía fuerzas para ponerme de pie y echarme a andar. Hasta el momento esos síntomas no habían mejorado.

—Por cierto... ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo? —me habla, estoy subiéndome la bragueta del pantalón y abro la llave del lavamanos cuando me vuelvo a él y contesto:

—¿Eso qué te importa?

—¡Claro que me importa! Todos los hombres tenemos necesidades y estoy esperando que te llegue ese día para ver si opinas de la misma forma sobre los ligues... al menos que... —hace una pausa misteriosa... —quieras... —hace un gesto con su mano que simula una masturbación. —Estuviste cinco años con alguien teniendo sexo cuando querías. ¿Qué vas a hacer cuando quieras sacarte toda esa tensión?

—En serio, agradezco tu preocupación. —suelto con ironía. Pudiera decirle la verdad: No, no tenía sexo cuando quería. Pero tratándose de Simon prefiero callarme eso y salir de ahí cuando lo escucho hablar algo sobre la salud y el sexo. Como dije, necesito mucha paciencia teniendo de amigo a una persona como Simon. Cuando termino de lavarme las manos camino en dirección a mi lugar, aunque él me sigue el paso, lo escucho caminar detrás de mí y después decir:

—¿Dónde estuviste ayer, por cierto? —Me detengo un momento pensando si debería decirle o no. Él me alcanza y me adapto a su paso para atravesar el pasillo. No tengo ni necesidad de pensarlo bien, obviamente prefiero la segunda opción.

—Huyendo de ti. —Y con mi respuesta no estoy mintiendo. La mente de Simon es como un agujero negro de pornografía, no me quiero ni imaginar las cosas que pasarían por su cabeza si le digo que estuve toda la tarde en el apartamento de Kate.

Para él, todo encuentro con una mujer implica algo sexual.

Aunque no solo para Simon, me di cuenta en el momento que recibí al grupo de chicas, amigas de Kate, esta mañana en mi apartamento. Me convencí que yo era la única persona en pleno siglo XXI con la mente limpia e inocente. Tal vez no debí preguntar por Kate, o no debí mencionar que me gustaba más su apartamento que el mío, pero es que cuando todas exclamaron «Guau» al entrar a mi piso —cosa que no comprendí en realidad, porque hasta ahora había entendido, según mi ex y su hermano, que este lugar era horrible—. Entonces, sin saber en realidad qué decir, no se me ocurrió nada más que eso:

—Me gusta más el apartamento de Kate. —Ahí todas me miraron. Con esos ojos lujuriosos y sonrisas malévolas. Pero era verdad, mi apartamento era más grande y estaba ubicado en una zona privilegiada, me gustaba buena pasta en un lugar que no me apetecía estar, yo necesitaba algo más... yo y me gustaba ese apartamento. —En realidad este lugar lo eligió mi ex.

—¿Podemos preguntarte si es verdad que la tipa te dejó por un sujeto millonario? —No sé qué tanto había contado Simon, pero solamente espero que no más de lo que ya había mencionado. No soy una persona que le guste hablar de su vida privada y, mucho peor, que otras personas se den cuenta de mis desgracias.

—No es algo que se me apetezca hablar. —Dejé mi taza de café sobre la mesa que nos dividía y las miré, dispuesto a no hablar al respecto.

—¿Por qué no? Podemos romperle la madre.

—¿Qué...? —me reí, no pude evitarlo. —No van a... —me reí de nuevo. —Romperle la madre a nadie, ni siquiera sé qué significa eso.

—¿En realidad es tan zorra? ¿Quién te va a dejar a ti por otro tipo? —No sé qué significaba aquello, pero me reí irónico. De seguro no me estaban viendo, o no estaban viendo mi bolsillo.

—Me dejó claro que quería a alguien con un salario de seis cifras al año. Yo puedo tener eso ni siquiera trabajando horas extras.

—Ni por todo el dinero del mundo. Mírate. Si no fueras de Kate, yo no dudaría en ser tu ligue de una noche.

—¿Qué? —Ya a ese punto ni siquiera sabía qué estábamos hablando. O sobre cuál de las dos últimas cosas estaba requiriendo que Brenda me aclarase.

—¿Y es cierto que solo has follado con ella, con tu ex? —Oh, Dios bendito. —Entonces, ¿sí eres medio virgen? —Simon podía ser un grano en el culo, pero al menos en privado estos no solían ser temas de conversación entre nosotros. Además, con Simon me sentiría más cómodo hablando de estas cosas, no con una chica... mucho peor, tres.

—Eso ni siquiera existe. —Me reí nervioso, de pronto, quería irme de mi propio apartamento, pero no tenía donde ir.

—Entonces, ¿Tú y Kate sí están juntos? —Aunque agradecí que Margaret cambiara la plática y prefirieran ignorar seguir hablando sobre mi vida, o mi casi virginidad, sabía que aquella pregunta se refería a algo más que simplemente «estar juntos». Las tenía a las tres frente a mí. Yo solo había pedido ayuda para eliminar el moretón de mi mejilla cuando Simon no contestó las llamadas, pero no pensé que todas se presentarían en mi apartamento a las siete de la mañana y peor a hacerme todas estas interrogaciones, casi me sentía investigado por el FBI.

Sí, había dejado mi dirección en el grupo de Whatsapp, porque Brenda me dijo que sabía qué hacer en estos casos, con un buen maquillaje. Aunque entré en pánico, ella me dijo que era una profesional, que solo le tomaría unos minutos y bueno, aquí estaban las tres, después de media hora, aunque no preguntaron qué había pasado me vi en la necesidad de contarles, al menos una parte. De todas formas, ya sabían cosas peores.

—Definan «juntos». —Habían estado unos minutos en mi apartamento desde que llegaron con una maleta de cosméticos, yo solo quería una mano con el moretón, no ser maquillado para un certamen de belleza. Mientras me quejaba por todas aquellas cosas que pusieron sobre mi mesa, ellas ya habían hecho café, tostadas, huevos revueltos y estábamos los cuatro desayunando juntos... en mi comedor.

—Prometemos no decir nada.

—Bueno... estuvimos juntos ayer.

—¡Lo sabía! —Linda se vuelve a Brenda. —Me debes cincuenta dólares. Te dije que lo más seguro es que estaban follando por eso no habían llegado a la fiesta.

—Guau, no no no... A ver... —sabía que no hablábamos la misma sintonía, pero no sabía hasta qué magnitud. Ahora me sentía en la necesidad de aclarar porque no había forma que aquello fuera un enorme malentendido. —No juntos en ese sentido...

—¿Follan a menudo? —Creo que cuantas veces diga que no, igual nunca van a creerlo. Respiro hondo para contestar lo suficientemente alto y elocuente:

—Qué Kate y yo no...

—Está bien, llámale «Hacer el amor...» —y aquí vamos otra vez. ¿Vale la pena discutir con una mujer? No lo creo. Ahora, hay que imaginarse discutir con tres.

—No, tampoco... —Hago una pausa para elegir mis próximas palabras... —...hacemos el

amor...

—Nos estás mintiendo... —Oh, diablos.

—¿Vinieron a arreglar este moretón o a averiguar mi vida sexual?

—¿Entonces eso es un sí? —Inquiere Brenda, con tanta curiosidad y atención en mi persona que me aterra. Tener tres chicas de frente, haciéndote preguntas de este tipo, no es para nada cómodo.

—Es un no.

—¿Por qué Kate no quiere contarnos? —Ahora Linda.

—Tal vez porque no... follamos... o... hacemos el amor... o... como quieran llamarlo.

Pensé en ese momento que en realidad Simon no era tan complicado. Después de unos minutos de charla o de investigación sobre mi vida privada con tres chicas me di cuenta que Simon en realidad no era tan malo. Casi me sentía bendecido por tener un amigo que le valiera mierda qué hacía o dejaba de hacer con mi vida, o tal vez no tanto pero al menos no me sometía a cuestionarios de esta magnitud, aunque cuando conocí a Simon ya estaba con Sara, por lo tanto, nunca en realidad me preguntó por nada sexual, u otras mujeres. Es hasta el día de hoy que me pone hasta los cojones por el maldito artículo.

—¿Qué le digo a la chica pelirroja? —Lo escucho de pronto sacándome de mis pensamientos. —Olvidalo, Roger quiere mantenerse virgen hasta el matrimonio, si es posible encerrarse en un convento. No quiere salir contigo, ¿Quieres que lo haga yo en su lugar? —me vuelvo a él y contesto:

—Dile nada más lo último. Gracias.

Simon se deja caer sobre su silla giratoria una vez que llegamos a nuestro cubículo. Saca su teléfono celular y comienza a teclear algo, cuando pienso que finalmente había tomado en cuenta mi palabra, en realidad me doy cuenta que ha hecho todo lo contrario. Lo delata su carcajada y su siguiente oración:

—Dice que por ti se sacrifica —suelta otra risa y continúa: —Me pregunta cuando quieres casarte.

Oh por Dios.

Miro a Simon, aunque en realidad tengo ganas de lanzarlo por la ventana no puedo evitar verlo con cierto gesto de diversión y fastidio en partes iguales. Creo que prefiero sentarme para comenzar a trabajar en el bendito artículo que estar escuchando sus tonterías.

¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Solo abro el archivo y lo que salta a mi vista en el encabezado. Primera vez en toda mi vida que no tengo idea de cómo iniciar un maldito artículo, estoy acomodándome cuando mi celular suena, una vez con el aparato frente a mis ojos me doy cuenta que se trata de Kate, solo espero no sea algo que sus amigas le hayan dicho y ahora yo esté en problemas.

Casi con temor abro aquella notificación, suelto el aire que mis pulmones inconscientemente estaban reteniendo cuando me doy cuenta que en realidad es una respuesta del mensaje que le había dejado esta mañana, primeramente, ella me había preguntado si estaba bien, supongo que alguna de sus amigas le había contado algo o lo vio en el grupo o nada más preguntó por el hecho que estaba solo en mi apartamento. Yo le había contestado que lo más seguro es que iba a resfriar y ella me dice en su texto que si me siento mal no dude en pasar por su oficina.

No dudo en dejarle mi respuesta:

«Aunque me siento un poco mejor, pero puedo pasar por ti si gustas»

Dejo el teléfono sobre mi escritorio, aunque me quedo viéndolo un rato esperando su mensaje. No llega en ese momento y voy a tomarlo de nuevo cuando escucho la voz de la jefa dragón llamarme y casi dejo caer mi celular al piso. Demonios.

—Roger... —No sé por qué Margaret habla con ese tono como si está entrenando personas para el ejército. Cuando levanto la mirada, ella solamente hace un gesto indicándome que la siga.

O eso creo.

En realidad, no sé si es lo que me ha pedido, pero desde que no me habla con palabras no entiendo esas gesticulaciones suyas. Cuando la veo alejarse, tomo una libreta y no dudo en seguir su paso. Veo que detiene el ascensor y me sorprende que espera ahí hasta que yo llegue. Margaret nunca detiene el ascensor por mí, seamos sinceros, primero me manda por las escaleras porque según ella «Su tiempo vale oro y no puede desperdiciarlo conmigo».

Cuando doy un paso en el interior casi vacilante, ella no me mira, está con la postura rígida viendo al frente y yo solo le doy un vistazo de reojo. Presiona el botón del último piso y me preparo para cualquier cosa con la que me encuentre allá arriba. Pero al llegar, todo parece estar normal. Pasamos a un grupo de personas que saludan a Margaret para después quedarse viéndome a mí. Oh, genial. Los saludo a todos con un leve gesto de mano un tanto nervioso y petrificado. No puedo quejarme, yo desentono en este sitio, con camiseta negra y chaqueta de cuero, pero así de oscuro sentía mi humor esta mañana.

Atravesamos un pasillo y llegamos hasta la última puerta de color gris en completo silencio.

Quiero preguntarle de qué se trata todo esto, pero no me da tiempo, cuando quiero abrir la boca la puerta se abre y una joven muchacha nos indica el pase, lo hago vacilante. La mujer que me encuentro sentada sobre una mesa de vidrio, es la pelirroja que conocí en la última reunión a la que asistí, la diseñadora de modas, la que no teme ligar conmigo frente a Margaret. ¡Ah! Estupendo.

—Bien, aquí tienes a Roger... —la jefa dragón hace una pausa, girándose levemente hacia mí. —Ya conoces a Monique. —Asiento, no sé en realidad qué debo decir o cómo debo actuar ahora o de qué se trata esto. Pero Margaret me lo hace fácil, no me deja replicar y continúa hablando mientras camina, toma lugar en una silla junto a la mujer. —Monique quiere hacerte una propuesta.

La pelirroja levanta la mirada y me sonrío ampliamente.

—Roger... un honor volver a verte. —Se pone de pie, se acerca a mí, con ese paso tan firme y tan elegante que me aterriza. La mujer me saluda con dos besos y casi de inmediato dice: —Pero siéntate por favor.

Obedezco y miro a Margaret, no habla, no se mueve, no nos mira. Ha sacado su Tablet para ignorarnos estoy seguro. Miro a la mujer de nuevo, tomar lugar donde estaba. Ella se quita las gafas con marco de cebra y chasquea los dedos, la chica joven que abrió la puerta llega a paso rápido cargado unos papeles. La mujer que lleva el nombre de Monique me mira y la escucho, con un perfecto acento inglés como el que Margaret ha querido adoptar todo este tiempo.

—¿Ya Margaret te ha comentado algo? —Es lo primero que dice. La mencionada solo levanta la mirada de su Tablet para verme por encima de sus gafas, hace una leve negación con su cabeza en dirección a ella y entonces me vuelvo a concentrar en la pelirroja. —Voy a lanzar una línea de ropa masculina.

—Bien... —Se acuerdo ¿qué hago aquí? —eso es genial.

—Quiero que tú seas el modelo. —Me atraganto, no puedo evitarlo. Y lo peor de todo, que con mi propia saliva. Esto solo puede ser una broma y de muy mal gusto. Por Dios ¿Qué?

—¿Qué?

—Quiero que seas tú quién modele mi línea. —De acuerdo, de acuerdo. Alto ahí. La asistente de la mujer me pasa un vaso con agua que no dudo en pasarme entre espalda y pecho. —Por el pago no te preocupes. Te prometo que será muy bien remunerado. —De pronto no sé de qué estamos hablando, solo he tomado agua y siento que me he perdido. Dios, esto debe ser una broma. Me extiende el folio que le pasó su asistente y vacilante lo tomo entre mis manos para

darle un vistazo. —Es el contrato.

Miro la cantidad de letras ahí, no las leo en sí, solo las estoy viendo, es hasta que espabilo que me encuentro con una cantidad de dinero bastante considerable. Alto, alto, ¿no estoy vendiendo mis órganos aquí? ¿O esto incluye algunas letras pequeñas que hablen sobre venderme como esclavo? Aunque eso es mejor que ser un esclavo sexual, eso le luce más a Simon. Creo que mi rostro debe decir todas las incógnitas que tengo, que no puedo enunciar porque las palabras se me han atorado de la garganta.

—¿Esto es en serio? —Pregunto incrédulo, ya no sé qué esperar de Margaret, pero creo que está jugando conmigo y usando a su amiga para esto.

—¿No te parece bien el pago? —La mujer barre la mano en el aire y de inmediato la chica se acerca tendiéndole un lápiz y su chequera. —Podemos negociarlo. ¿Quieres un aumento? ¿O quieres un adelanto?

¿Aumento? ¿Adelanto? ¿Qué?

—No no... yo... es solo que...—Me apresuro a decir, no puedo evitar que mi tono de voz se escuche como la de un niño ansioso y vuelvo mi vista a los papeles. —En serio agradezco esto, Monique. Pero... no soy modelo.

—Lo sé. Pero hay una primera vez para todo. —La miro, escribe algo en su libreta. —Serán solo unas fotografías, para el catálogo. Tienes un bonito rostro que iría con mi bonita colección masculina.

No puedo evitar soltar una pequeña risa, pero una que me hace sonar nervioso. Todavía sigo creyendo que esta es una broma o que es una pesadilla de la que no me he despertado.

—No... yo... —Miro a Margaret, quién todavía tiene la vista en su Tablet y vuelvo a ver a Monique cuando arranca algo de la libreta y me lo entrega.

—¿Te parece esa cantidad?

—No, no es... —Cuando miro la cantidad de números, tengo que aclararme la garganta dos veces —Yo no...

—¿Necesitas pensarlo?... ¿Cuánto tiempo necesitas? —Esto no debe ser cierto. Miro de nuevo los papeles y sí, definitivamente, antes tengo que digerir todo esto y después leer el contrato con calma. La miro a ella, cuando lo hago me devuelve una sonrisa tranquilizadora... o eso creo. —Esta es una oferta que puede expirar, Roger. —Cruza los brazos sobre el escritorio. —Piénsalo. ¿Un par de días te parece?

—Yo... —De acuerdo, ni siquiera tengo el conjunto de palabras para formar la oración correcta. —Sí, creo que necesitaría pensarlo.

—Te dejaré mi número... cualquier cosa no dudes en llamarme... —Toma su bolso, extrae una tarjeta de presentación y me la entrega. —Léelo con calma, si algo no te parece me dices, si quieres negociar una cantidad mayor, también. Piénsalo muy bien, Roger. La oferta expira.

Capítulo 18

Cuando salgo de la oficina de la amiga de Margaret estoy completamente aturdido.

Se había pasado mi hora de almuerzo y debería estar camino a la cafetería del primer piso para llenar mi empobrecido estómago, pero lo único que hago es sentarme en mi cubículo, escuchar los sonidos vergonzosos de mi organismo y mirar hacia algún punto sobre el escritorio pensando en todo pero en nada en sí.

No sé si eso tiene sentido.

Para explicar un poco, mi cabeza da vueltas en tres cosas: Modelaje, Dinero, Monique. La amiga de Margaret había mencionado algo sobre un bonito rostro y una bonita colección, no dudo que sea una bonita colección pero no creo que mi rostro vaya con ella, sigo pensando que todo esto es una broma, presiento que firmaré el maldito contrato y llegaré ese día, me probaré la ropa de Monique y un tipo con una cámara saltará desde bastidores anunciándome que había caído en una trampa.

Por suerte, Simon no está. No soportaría sus cuestionarios o que tenga que intervenir en mi decisión intentando meterse en mi cabeza para obligarme a aceptar sin preguntarme nada antes. Sé que es muy probable que salte de alegría y que pida estar en todas las sesiones fotográficas. Ni de coña. Simon no sabrá sobre esto por un buen tiempo.

Miro de nuevo el contrato y busco algunas letras pequeñas que pude no haber leído antes, pero todo se mira formal, lo sé porque yo traté con contratos cuando convivía con mi ex e incluso redacté algunos cuando ella necesitaba ayuda, si algo le agradezco a mis cinco años desperdiciados con ella es que había aprendido de leyes y esto se mira bastante legal a mi parecer, aunque pienso que debería buscar ayuda más profesional, que me garantice que no me están tomando del pelo, pero no conozco ningún abogado que pueda asesorarme. Lo único que se me ocurre es sacar mi celular, buscar el maldito grupo «¿Cómo conseguirle un ligue de una noche a Roger?» y escribir ahí:

«¿Alguna de ustedes es abogada?»

Cuando dejo de teclear y he enviado el texto, mis ojos de nuevo enfocan los números plasmados ahí y después los que Monique escribió sobre un papel de color rosa. Intento taparlos mentalmente, estos señores con un signo de dólar al frente no van a entorpecer mi decisión. Suspiro y levanto la mirada un momento cuando me encuentro con los ojos de Margaret mirándome tras sus gafas de pasta de leopardo, pretende que no nos hemos visto y da media vuelta

y se pierde tras la puerta de su oficina.

Últimamente no comprendo la actitud de Margaret y no es que haga mucho por entenderla. A decir verdad, no me interesa. Hace unos minutos cuando salimos de la oficina de Monique no pude evitar notar cierto recelo en su voz. No sé de qué vino su comentario, pero al despedirnos y atravesar la puerta de madera de la lujosa oficina, se giró hacia la pelirroja y le dijo:

—¿No te estarás intentando robar a mi muchacho, cierto? —me volví a atragantar de nuevo, ya a ese punto todas debían creer que yo tenía algún trastorno. Pero no pude evitarlo, escuchar eso de Margaret es casi como ver un cerdo vestido con falda de tul volando en el hemisferio norte.

Exacto, una completa alucinación.

—Sólo si él quiere. —Las dos se rieron. Y Monique me guiñó un ojo.

Definitivamente, no sabía en qué me estaba metiendo y ya comenzaba a entrar en pánico.

Cuando Monique entró de nuevo en su oficina la sonrisa de Margaret se disipó de repente, caminó en dirección al elevador y lo único que hice fue seguirla y encerrarme con ella detrás de las puertas de metal del ascensor. Una vez ahí, silenciosamente apretó el botón que nos traería directo a nuestro piso, pero entonces dijo:

—Si no quieres hacerlo no lo hagas. —No me giré a verla, estaba haciendo mis propios cálculos e intentando calmar mi mente sobre la propuesta que había recibido. —Sé que es mi amiga, pero es una completa perra cuando se trata de trabajo.

«¡Hey! ¡Igual a ti!» quise decirle pero preferí quedarme callado. Incluso no creo que sea peor que trabajar con ella, que ya de por sí aparte de tratarme como su esclavo, se había hecho amiga de mi ex novia y su ahora prometido, aún a sabiendas de cuánto aquello me había afectado. Tomaba champagne con el tipo en un pent house y jugaban minigolf los fines de semana —de hecho, acababa de verlo esta mañana, después de darle un vistazo rápido a su red social solo por curiosidad—, Margaret no me agradaba en lo absoluto. Si Monique no conoce a Van Brouwer, preferiría estar en su oficina que en la de la jefa dragón seamos sinceros.

—Además, —le escuché decir también, mirándose en el espejo de la pared lateral, arreglándose su teñido cabello y las gafas de leopardo —no creo que haya estado en tus planes ser modelo. ¿O sí?

No, no lo estaba. Así como muchas otras cosas.

—Me ha pasado mucho últimamente que no ha estado entre mis planes, Margaret. —No la vi en ese momento, quedé viendo la figura supuestamente mía que me devolvían las puertas metálicas

del ascensor. Esa era una de las cosas que no tenía en planes, verme así como el sujeto que me miraba de frente que se suponía era mi yo exterior. Tampoco tener que escribir un artículo de mierda o ser reemplazado por un sujeto millonario que estaba a punto de comprar la revista donde desgraciadamente todavía laboro. —No creo que esto me cause un dolor de cabeza, es trabajo después de todo. ¿Por qué?

De Simon había aprendido algo y era hablar con seguridad sin importar como me tambaleara por dentro. Por supuesto que no pensaba hacer esto, pero tantos comentarios de Margaret haciéndome querer rechazar la oferta había despertado un genuino interés en el empleo que me ofrecía Monique.

—Solo espero que no afecte tus horas laborales, es todo. No quiero tener que tomar acciones.

—No serán necesarias.

Y fue suficiente para que la jefa dragón dejara de intentar persuadirme para rechazarlo.

No dijo nada más hasta que llegamos a nuestro piso y después de ahí cada uno tomó su camino en silencio. Yo directo a mi escritorio y, ella... bueno, no sé, pero estaba viéndome a mí antes de entrar a pequeño espacio... su santuario... como llamaba esa fea oficina con una vista bastante regular.

Tamborileo mis uñas contra el escritorio al mismo tiempo que le doy un vistazo de nuevo a los papeles, me doy cuenta que necesito bastante café para digerir todo esto, me pongo de pie para ir a la cafetería pequeña que está en el piso o tal vez salir a comer algo, pero antes de apagar mi computadora, me llega una notificación de mi red social, cuando me doy cuenta que es un mensaje de Kate, inconscientemente sonrío y me dejo caer de nuevo sobre mi silla con las manos sobre el teclado dispuesto a contestar esperando que la imagen que ha enviado se cargue.

Es una fotografía.

Una selfie suya con una enorme sonrisa, sosteniendo un objeto que a simple vista no logro reconocer. Cuando amplío la foto no puedo evitar quedarme distraído un momento en esos ojos tan verdes y es hasta unos segundos más tarde que me doy cuenta que es la cosa que sostiene y le agrega el texto: *Tengo un regalo para ti.*

No puedo evitar reírme. Miro de nuevo la fotografía y después comienzo a teclear:

Roger Santana:

«¿Es en serio? ¿Una taza de Chewbacca? ¿Pretendes que me vea como un completo friki sosteniendo un personaje de Star Wars mientras trabajo?»

Ya de por sí tengo un trabajo bastante malo como para tener un hombre peludo que guarda café sobre mi escritorio.

Katheryn Rinaldi:

No es una taza, es una jarra de cerveza de estilo alemana

Roger Santana:

¿Una jarra de cerveza?

Katheryn Rinaldi:

Levantas la cabeza de Chewie y disfrutas tu bebida.

Me envía otra fotografía, una que me muestra cómo se usa, tiene un cierre metálico, sí, exactamente como la de una auténtica jarra de cerveza alemana. No puedo evitar que aquello me resulte gracioso, principalmente por visualizarme a mí tomando algo con la figura de un Wookiee.

Katheryn Rinaldi:

Ven por él cuándo puedas.

Roger Santana:

¿Es que esto es en serio?

Katheryn Rinaldi:

¿Parece ser una broma?

Roger Santana:

¿Sabes qué? Es el regalo más feo que me han hecho.

No puedo evitar soltar una risa. Si no conociera a Kate, por supuesto que nunca hubiese dado esa respuesta. Pero con todas las horas que habíamos pasado juntos, me había dado cuenta que en realidad ella no era el tipo de persona que yo me había visualizado en la cabeza. Me había hecho reír varias veces y me hizo sentir tan cómodo que hubiese podido amanecer en su apartamento y ni siquiera lo hubiera sentido —*algo que por supuesto no mencionaré frente a sus amigas*—. Su respuesta llega de inmediato y termina por confirmármelo:

Katheryn Rinaldi:

Apuesto es el único regalo que te han hecho.

Le agrega un emoticón cargado de burla.

Roger Santana:

Touché.

Le estoy sonriendo a la computadora cuando escucho la puerta de la oficina de Margaret abrirse, me capta con el gesto de diversión en el rostro y de inmediato cambio mi expresión para evitar hacerla pensar que estoy hablando con alguien. Ella está conversando a través de su celular mientras se cuelga un bolso al hombro y finjo estar realmente ocupado aunque solo estoy tocando teclas por doquier, no la miro, solo escucho sus tacones llegar hasta el elevador y después las puertas de este abrirse.

Mis ojos se topan con el contrato sobre mi escritorio y luego llevo mi vista a la pantalla para escribir:

Roger Santana: *¿Estás libre?*

Katheryn Rinaldi: *Lo estaré en un momento*

Roger Santana: *Estaré ahí en quince minutos. Tengo que comentarte algo, quiero... más bien... NECESITO tu opinión.*

En realidad, al final me tomó un poco más de tiempo del que pensaba. Fui a una cafetería para tener algo que llevarle a Kate, no debe ser fácil estar desde temprano en un hospital y ni siquiera tener tiempo para ir por un café algunas veces. El lugar estaba abarrotado, así que eché un vistazo a la pequeña tienda que acompañaba el local y me encontré un llavero bastante peculiar de color celeste y con la forma de un estetoscopio.

No pude evitarlo, terminé comprando el bendito llavero y se lo entregué a Kate justo después que me dio la jarra del personaje de Star Wars. Cuando le dije «Yo también te traje algo», y le mostré el objeto, ella soltó una carcajada en el momento que miró mis manos.

—¿Qué es esto? —Me dice entre risas observando el regalo que le hice. Yo había llegado al hospital corriendo, pensando que ya era tarde y lo más probable es que ella me estaría esperando, pero me encontré a su jefa en la recepción cuando estaba a punto de enviarle un mensaje de texto, la agradable mujer me dijo que estaba atendiendo una emergencia de última hora y me condujo hasta su oficina donde me dijo que la esperara. De nuevo frente a aquella pared cubierta de reconocimientos no pude evitar pensar si Kate tendría novio, es algo que nunca le he preguntado, tampoco es que piense hacerlo, pero voy a ser sincero, hasta un hombre ciego se daría cuenta que Kate es una mujer muy guapa que, además, es doctora, con un buen puesto y una personalidad increíble. —¿Un estetoscopio?

Ahora me está viendo a los ojos, no puedo evitar mostrarle una sonrisa para tomar un sorbo de mi café y contestarle:

—Tú me compraste algo. Yo también lo hice.

—Tiene un mono de colores.

—Perfecto para una pediatra. —Mantengo la mirada en sus ojos un momento y me encojo de hombros, Kate suelta una pequeña risa que se me hace adorable y divertida en partes iguales. Estamos en el comedor del hospital, tomando café y comiendo torta de chocolate, con Kate cualquier lugar en realidad se convierte un buen lugar. Miro mi reloj de nuevo porque

lamentablemente tengo que volver a mi trabajo y antes que nada, tengo que cerciorarme que Margaret no llegue antes que yo. —Y bien ¿Te gusta?

—Es el regalo más feo que me han dado. —No puedo evitar reírme, hasta el punto de sentir el café colándose en mis fosas nasales. Finjo indignación, como ella lo haría si en el momento que yo dije eso la hubiese tenido de frente. Suelta una carcajada ante mi expresión y yo no puedo mantener el gesto, termino conteniendo una risa que no puedo evitar dejar escapar. —En realidad está lindo, en serio, muchas gracias, Roger.

—De nada, gracias a ti... por... —tomo la jarra de Chewbacca que tengo al lado de mi vaso de cartón y la agito. —Esto. —Una sonrisa es su respuesta y saca unas llaves del bolsillo de su pantalón, observo sus manos intentar acomodar el llavero al manojito que sostiene y después la escucho decir:

—¿Estás mejor, cierto? —no despego los ojos a lo que está haciendo, aunque no estoy concentrado en eso, solo estoy meditando en la pregunta que acaba de hacerme, ¿Estoy mejor? Ni siquiera lo sé. Mi mente ha estado ocupada en cosas distintas, por tal motivo, todo aquello que me agobiaba ayer, ahora ha pasado a segundo plano. —Me debes unas seis o siete horas de terapia.

No puedo evitar reírme de nuevo y la miro solo un momento, aunque ella tiene su vista y concentración clavadas en acomodar el llavero en su manojito de llaves.

—¿Las gracias no cuentan cómo pago? —Suelto con ironía. —Déjame ayudarte. —Extiendo mis manos para tomar el objeto y sin querer nuestros dedos se rozan. Intento ignorar la corriente eléctrica que me recorre la espalda ante su tacto y lo que me produce mirarla a los ojos en ese momento. Aclaro mi garganta al bajar la mirada para concentrarme en lo que estoy haciendo. Sin verla, continúo hasta lograrlo y lo agito para mostrárselo: —Ya está.

Le entrego las llaves, me devuelve una sonrisa y agradece. Mira su reloj y por instinto hago lo mismo, me doy cuenta que ya debería estar camino a mi trabajo o Margaret va a matarme.

—Tengo que volver —me dice, recogiendo los vasos de cartón y las servilletas que habíamos usado. Yo le digo que yo también tengo que hacerlo, que no soy Simon y, por lo tanto, no se me permite llegar tarde. Vuelve a mencionar que yo le gusto a la jefa dragón y yo prefiero ignorar eso. —Por cierto ¿Ya pensaste que harás con el contrato?

Hace un rato, le había contado sobre la propuesta de Monique antes de sentarnos a charlar aquí. Antes que la jarra de Star Wars fuera tema de conversación o el llavero de estetoscopio acaparara nuestras miradas. Cuando llegó a su oficina y me preguntó qué había de nuevo mientras sacaba una caja —*la que contenía la jarra del personaje de Star Wars*— le comenté sobre el contrato, hasta expuse mis dudas y me quejé sobre no estar preparado para eso.

—Todavía no. Creo que voy a tomarme toda la noche para pensarlo.

Hace rato cuando tuvimos esta conversación, ella me preguntó: —¿A qué le temes?

Por supuesto que dije que no tenía temor en ningún aspecto, pero después esa pregunta comenzó a rodar dentro de mi cabeza y entonces comprendí el por qué aquello se me hacía difícil de asimilar. No me sentía competente para ser la imagen de una marca tan solicitada como la de Monique. A decir verdad, yo ni siquiera sé qué es ser modelo.

—Bueno... si quieres mi opinión...—hasta el momento se había abstenido a darme su opinión, me dijo que quería que yo lo meditara sin ser influido por su respuesta. Pero estaba casi seguro que quería decirme que participara, porque habló algo sobre creer que yo haría un buen trabajo, me reí por supuesto, y me doy cuenta que no estaba equivocado cuando la escucho decir: —Yo en tu lugar sí aceptaría el trabajo como modelo. Sería una lástima no sacarle provecho a ese buen físico que tienes.

No puedo evitar reírme, aunque no digo nada, solo la veo alejarse hasta perderse tras las puertas del comedor. No sé si aquello ha sido sarcasmo pero creo que ya lo he decidido, voy a aceptar la oferta de Monique.

Capítulo 19

Ni siquiera sé cómo resumir los cuatro últimos días de mi vida. Tal vez, debería iniciar con el martes que le entregué el contrato firmado a Monique, o tal vez, con el día miércoles que Margaret se comportó como una completa perra o el Jueves, que me pidió disculpas a través de un mensaje mencionando «estar muy estresada» los últimos días, o el viernes, que se cumplían dos semanas exactas desde que Sara se fue, que tan solo un par de días después me estaba dando cuenta que estaba en una playa con otro tipo y que tan solo hace unos pocos días me enteré que iba a casarse con el tipo millonario con el que me había puesto el cuerno. También, se cumplían dos semanas desde que Margaret me había otorgado el maldito artículo.

Tal vez por ese motivo, ayer había despertado con un terrible resfriado, una caja de pañuelos desechables y un documento vacío que solo dice: ¿Cómo conseguir un ligue de una noche? y se supone solo me quedan otras dos semanas más para terminarlo.

Bien, vayamos por partes:

El martes, después de entregarle el contrato firmado a Monique y que me diera un generoso cheque que significaba el 50% del total de mis ingresos trabajando para ella, tuve que comentarle a Simon la propuesta que había recibido de parte de Monique cuando me arrebató el papel que llevaba en las manos porque no podía creerme todavía lo que estaba viendo. Simon me cuestionó sobre la cantidad de números ahí y no tuve otra opción que decirle la verdad cuando preguntó:

—¿No te estás prostituyendo, cierto? —fue su único comentario sin despegar la vista del cheque. La verdad que no tenía idea, pero ya hasta me sabía el contrato de memoria y no parecía haber nada turbio, incluso, Linda —la amiga de Kate— me había dado una mano para validar aquel documento. No, ella no es abogada, pero me llamó solo para decirme que se follaba a alguien que sí y podía ayudarme.

No quise tener más información al respecto.

En fin, cuando le conté todo me hizo invitarlo a unos tragos y amanecí con un aspecto terrible y el estómago revuelto, a pesar de solo haber tomado cerveza en mi nueva taza de Chewbacca, el regalo de Kate. Ella estaba de turno en ese momento pero igual le llené su teléfono de fotografías mías usando aquella fea cosa, tal vez tomé más de lo que debí porque amanecí con una terrible resaca y el miércoles llegué a mi trabajo unos minutos más tarde. Tuve que bancarme un dolor de cabeza que se sentía como el infierno junto al mal carácter de Margaret que se ensaña conmigo cuando fallo en alguna cosa mínima, aunque Simon no se haya aparecido en toda la mañana y

tampoco se haya dignado a llamar. Todo el tiempo estuvo encima de mí, diciéndome qué hacer de la peor forma y repitiéndome el por qué no debería llegar tarde.

Cabe mencionar que solo fueron seis minutos.

Tal vez, la molestia de Margaret iba más allá que mi llegada tarde, o darse cuenta que tenía resaca. La había visto cambiar de gesto desde el día anterior, cuando me vio hablando con Monique. Incluso, me hizo quedarme hasta tarde por primera vez en varios días, así que me merecía esa salida con Simon. Al inicio, parecía ir todo bien cuando lo único que dijo al verme llegar al piso fue:

—Llegas tarde —como mencioné, eran solo seis minutos, pero ya entendía como le gustaba trabajar, al menos conmigo. Era capaz de pasarme un llamado de atención por llegar tarde y fue lo que hizo después, me pasó un memorándum y añadió: —Espero que tu nuevo empleo te pague lo suficiente.

Pero no fue todo, cuando estaba intentando no encabronarme con ella, al medio día me hizo llegar un correo donde me invitaba a trabajar horas extras el fin de semana, parecía una petición, pero aquello sonaba más a una obligación que incluso tenía que firmar para asegurar que estaría ahí. Exactamente el mismo día que ya tenía programada la sesión fotográfica con la línea de Monique. Empezaba a comprender el motivo por el que estaba tan borde conmigo, pero creo que esa vez sí se pasó un poco cuando llegué a su oficina dispuesto a rechazar las horas extras y terminó en ofensas de su parte hacia mi persona:

—Oh vamos, no estás hablando en serio. —Me dijo, cuando le comenté que no iba a estar disponible específicamente para ese día. Yo no le había hablado nada sobre aceptar la propuesta de Monique, pero sé que tal vez su amiga sí o lo supuso nada más. Ni siquiera me miraba, tecleaba algo en su computadora dándome poca importancia o nula. —Dijiste que esa propuesta de Monique no afectaría tus horas laborales.

—Lo sé, pero también conozco mis derechos, Margaret. —Le contesté. Más que seguro de mí mismo. —No haré más horas extras que no terminarás pagándome. —En ese momento sí dejó de teclear para mirarme fijo, no dije nada que no sea verdad. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que me pagó las últimas horas extras que hice, después de eso me ha dicho que es mi responsabilidad quedarme todas las horas que sean necesarias cuando ella me necesite.

—Es tu responsabilidad quedarte, es tu trabajo Roger. —Sí, conozco a Margaret lo suficiente como para predecir sus próximas palabras y yo ya me imaginaba que diría algo así. —Bien, ahora porque saliste por cinco años con una abogada crees saber todo sobre derechos ¿no?

La miré fijamente y noté la malicia con la que soltó esas palabras en su mirada, en ese

momento me dije que ni de coña me quedaba a ayudarlo. Si acaso lo estaba pensando, ya esa idea se había ido al carajo.

—No lo haré. —Lo dije con voz firme, como Simon me había dicho que debería hablarle. Pienso que en realidad tiene cierto favoritismo con él aunque Simon se niegue y me diga que un «no» de parte suyo es un «no» hasta para Margaret, que por eso la jefa dragón no lo obligaba a nada, que lo importante era la confianza con la que se decían esas palabras, que no existe tal favoritismo que yo me imagino, que yo debería aprender a ser más como él y bla bla bla. Si no se apareció toda la mañana por tener resaca y yo tuve un reporte por llegar seis minutos tarde, creo entonces que sí, hay favoritismo. Pero igual, lo de hablarle firme me estaba saliendo muy natural últimamente. —Estoy cumpliendo con todas mis horas laborales, tengo otros planes y no pienso quedarme en la oficina todo el día, mucho peor un fin de semana.

—Oh vamos, no es como que tuvieras una grandiosa vida social, Roger. —Continuó su labor tecleando en su laptop pero eso no le impidió seguirme hablando: —Yo en tu lugar, estaría mejor en mi silla de trabajo, revisando documentos, ganando dinero, que fingiendo ser un chef profesional aunque la cocina no sea lo mío y todo me quede del asco. Aburriendo a mi novia con tontos programas de televisión y prefiriendo que ella se intoxique solo porque no me plazca querer gastar un centavo en un restaurante de calidad. Me parece bastante humillante.

Ahí sí me quedé callado, porque presentí de quién venían aquellas palabras, la única persona que teníamos en común y que, para desgracia mía, todavía mantenía su amistad con ella, porque Margaret ni siquiera me conoce un poco para saber en qué dedicaba mi tiempo los fines de semana. Cuando vio que me había quedado con la mirada fija en ella se encogió de hombros y añadió:

—Lo comentó en una reunión entre amigos que tuvimos, todos sintieron lástima por ella, incluso yo. Después nos reímos y comentamos lo terrible que es vivir con un hombre tan aburrido y... patético. —Hizo un gesto que notaba su desagrado y continuó: —Y muchas otras cosas que prefiero guardármelas por tu bien emocional.

Margaret comenzaba a jugar con fuego y yo no iba a soportar eso por mucho tiempo. Ni siquiera puedo describir mi gesto y ni siquiera puedo hablar sobre la satisfacción que a Margaret se le notó después en el rostro cuando descubrió que aquello sí me había llegado.

—Genial, porque no me interesa. —Dije eso con tanta indiferencia y seguridad como si aquello no me había calado tanto por dentro y me obligué a parecer alguien a quién le parecía de poca relevancia sus palabras. Cuando me di media vuelta y me fui directo a la puerta, le dije bastante elocuente y firme: —No cuentes conmigo. Estoy seguro que aquí hay más personas que

harían un mejor trabajo que yo.

Repetí las mismas palabras tuyas, las que ya me has mencionado en varias ocasiones.

El día jueves, después de obligarme a levantarme y asistir al trabajo porque, para mi mala suerte, era el único sitio que me daba un trabajo estable. Cuando me senté en mi cubículo había ahí un correo de la jefa dragón, uno que mencionaba disculparse —o eso creo— por las cosas que dije, que estaba estresada y que en parte era mi culpa por llegar tarde, así preferí ignorarlo. Dejé a un lado mi trabajo para buscar sitios donde pudiera enviar mi currículum, tal vez, en uno de esos lugares podía tener suerte, ni siquiera me importaba ganar menos con tal de no seguir en este infierno.

Y ayer, como si no fuera poco todo lo que había vivido en estas últimas semanas, amanecí con un terrible resfriado. Con la cabeza a punto de estallarme y diez llamadas de Margaret que no se me apetecía contestar. Le pedí a Kate que me inventara una enfermedad rara para no asistir a trabajar porque en realidad me sentía terriblemente mal y no tenía ganas de soportar a la jefa dragón un día entero.

—¿Te parece un herpes genital? —me preguntó cuando llegué a su oficina, con su libreta en manos, recostando sus caderas sobre su escritorio y viéndome con una ceja enarcada. Yo había llegado específicamente porque ella me lo había pedido, porque dijo que tenía que revisarme por si aquello era más que solo un resfriado y que no me preocupara por asistir al trabajo, Kate se comenzaba a ganar un lugar muy importante en mi vida.

—Por supuesto que no me apetece tener herpes. —Contesté, Kate se rio y me hizo reírme igual aunque no tenía ánimo de ni siquiera mover un brazo. Suficiente para mí tener que conducir hasta este sitio. Me sacó el termómetro de la axila y después de mirarlo añadió:

—Tienes fiebre. —Rodeó su escritorio y se sentó de su lado para comenzar a escribir en un papel. —Has salido a correr sin abrigarte, ¿cierto?

—Más o menos. —Sí, de hecho es lo que hago todos los días, no soy una persona que se resfríe a menudo así que nunca lo vi necesario. Ella levantó la mirada ese momento y esbozó una sonrisa para continuar escribiendo.

—Bien, esto es lo que tienes que tomar. —Me miró seria. —Sí te tomas los medicamentos ¿cierto?

Vacilé con mi respuesta. De hecho, sí me tomo los medicamentos... cuando los recuerdo. Mi error fue ser muy sincero, tal vez no debí decirle eso. Por tal motivo, a las seis de la tarde estaba frente a la puerta de mi apartamento para asegurarse que sí estaba tomando todo en orden, pero no

me importó que estuviera ahí, de hecho, voy a admitir que hasta me alegró su presencia. Excepto cuando me dio una cátedra sobre el porqué no comer helado cuando estás resfriado y el clima está tan frío.

Hoy había amanecido notablemente mejor.

Aunque me es imposible no sentirme nuevamente enfermo cuando me miro en el espejo y la imagen que me devuelve es tan terrorífica como abrumadora en partes iguales. Estaba comenzando a pensar que sí, debí haber perdido el raciocinio en alguna parte. Llevo un par de horas intentando reconocirme debajo de toda esta carísima ropa de la línea de Monique y con las manos dentro de los bolsillos me doy un vistazo nuevamente de pies a cabeza, por algún motivo, la bufanda azul me resalta los ojos y el color de cabello, creo que definitivamente tengo que vestirme de este calor más a menudo.

El sujeto estilista que trabaja con Monique, es uno de los mejores y había llegado desde Europa, según lo que él mismo me comentó mientras hacía algo con mi cabello, también habían personas asistiéndome aunque todavía no entiendo bien cómo funciona esto solo pedí agua y de inmediato tenía una botella frente a mí. Cuando mi teléfono suena, la primera en alcanzarlo es una chica joven, con el cabello castaño y ondulado que cuando ve entrar a Monique, da varios pasos en la dirección contraria después de dejar el teléfono en mis manos.

—¿Y bien... —Monique se detiene de golpe y me mira de pies a cabeza. Esboza una gran sonrisa, una amplia y gigante sonrisa que no borra a medida que sus ojos me repasan y yo me siento cada vez más pequeño, es hasta que llega a mis ojos que exclama: —Guau. —Y yo me doy un vistazo de nuevo.

Monique barre su mano en el aire y de inmediato su asistente aparece detrás de ella, comienza a dictarle cosas que la chica no duda en comenzar a escribir y, aunque quisiera saber qué es lo que le está diciendo, prefiero quedarme en mi ignorancia por si aquello no me gusta nada.

—Sabía que no me equivocaría. —Habla finalmente, el estilista se va en dirección a ella y después se gira para verme dando su aprobación. Tanta atención va a provocarme un tic nervioso y prefiero ver mi teléfono para buscar distraerme en otra cosa. Tengo varios mensajes, de Simon, del grupo maldito, de Kate... no dudo ni un momento en pasar del resto e irme directamente a su texto:

De: Kate

¿Estás mejor?

Para: Kate

Esa sopa de pollo fue milagrosa.

No puedo evitar sonreírle a la pantalla de mi teléfono celular, lo dejo de regreso en el bolsillo de la chaqueta que traía antes de convertirme en lo que sea que parezco ahora. Escucho a Monique hablar y levanto la mirada para verla conversando con dos chicas. Después se vuelve a mí y ambas jóvenes, dedican su atención a mi persona.

—Chicas, él es Roger. Roger, ellas son parte de la campaña.

Asiento y me dirijo a ellas para saludarlas.

Pero cuando Monique mencionó que eran parte de la campaña, no me imaginé que las fotografías debían de ser ellas a horcajadas sobre mí, o mis manos sobre sus piernas, o su boca en mi cuello, o sus piernas sobre mi hombro, lo más decente que sostuve fue un trago de whisky que no dudo en pasarme entre espalda y pecho cuando me dicen que la sesión fotográfica ya ha terminado, me cambio unos veinte veces más en tiempo récord y termino exhausto, aturdido y desorientado, con un número de teléfono en manos que le pertenecía a la modelo que le toqué las piernas unas quince veces y me guiñó el ojo antes de irse y una invitación de Monique a la inauguración de su línea de ropa el próximo viernes.

Cuando me quiero dar cuenta ya es bastante tarde, estoy cansado y cuando un mensaje me llega a mi teléfono celular no dudo en sacarlo de mi chaqueta la cual llevo colgada en mi antebrazo, Monique me había dicho que eligiera tres trajes de su colección y uno de ellos fue el último que llevaba puesto porque no me quería ir a cambiar, no cuando tenía que hacerlo en frente de todas las chicas. Además, entre más rápido desaparecía de aquí, más rápido llegaría a casa, fingiría que esto nunca pasó y me quedaría dormido si es posible hasta el día que tenga que ir a trabajar de nuevo.

Pero los planes nunca salen como uno espera y creo que eso ya lo he mencionado varias veces, porque cuando estoy revisando mi teléfono celular mientras atravieso el parqueo abrazándome por el frío, veo la cantidad de mensajes en el grupo ¿Cómo conseguirle un ligue de una noche a Roger?, otros de Simon preguntándome sobre lo buenas que estaban las modelos y también tengo un mensaje de Kate, a quién le doy prioridad. Su texto es de hace veinte minutos mostrándome una caja de chocolates y el texto:

«Ahora que eres modelo es muy probable que estés a dieta. Es una lástima»

No puedo evitar que una risa se me escape al mismo tiempo que desactivo la alarma de mi

auto y abro la puerta para lanzar mi chaqueta en el asiento del copiloto. Estoy tomando mi lugar frente al volante cuando escribo mi respuesta y le doy enviar en el momento que me encierro en mi vehículo.

Para: Kate.

¿Dieta? Lo más probable es que también me la comí

Solo un instante después otro mensaje suyo está en mi pantalla, ingreso la llave de mi auto en el orificio correspondiente para encender la calefacción y leo después de unos emoticones de risa:

De: Kate.

¿Entonces te espero?

Tamborileo mis dedos sobre el volante mientras con mi otra mano escribo:

Para: Kate.

Dime dónde estás

Casi de inmediato tengo un mensaje suyo, una imagen compartiéndome su ubicación. Es un sitio que no está lejos pero me parece que no he estado ahí nunca. Sin embargo, pongo en marcha mi auto después de escribirle: *Te envío un mensaje cuando llegue.*

Capítulo 20

Tardo un momento en dar con el sitio que me había compartido Kate, cuando lo hago y me cercioro que sí, estoy en la dirección correcta, miro el lugar frente a mí y lo primero que hago es marcar su número. Nunca había estado aquí, porque es uno de esos lugares elegantes que prefiero no visitar, no porque tenga una fachada costosa, si no, porque no soy un fanático de las fiestas o cualquier cosa que incluya tantas personas como las que caben en este sitio.

Al primer tono la voz de Kate invade mis oídos, casi no puedo escuchar por la música que está resonando allá adentro y es la misma que escucho hasta aquí. Lo único que entiendo es que saldrá en un momento y la llamada se corta, así que confiando en que comprendí correctamente salgo del auto y me quedo ahí recostando mis caderas sobre el capó viendo alrededor, había pasado por aquí en algunas ocasiones y lo había escuchado mencionar por mi ex novia quién es de imaginarse que un sitio así obviamente le llamaría la atención, pero a mí nunca me gustaron estos lugares. Ahora estoy seguro que todas las veces que me dijo que vendría aquí con sus amigas, en realidad estaría con Koen Van Brouwer.

Me obligo a sacarme cualquier pensamiento suyo que me arruine la noche y me concentro en mi celular, me doy cuenta que ya han pasado un par de minutos más, le escribo un mensaje a Kate en caso de que se haya olvidado que estoy aquí afuera congelándome y estoy tecleando veloz cuando escucho a mi costado:

—Guau. —Dirijo mi atención en dirección a esa voz que logro reconocer de inmediato y miro a Kate, tiene una sonrisa en el rostro a medida que camina hacia mí y me mira de pies a cabeza hasta llegar a mis ojos con un gesto picarón que no hace más que avergonzarme un poco. —¿Ropa de diseñador, peinado perfecto y un nuevo teléfono?

No puedo evitar reírme. Sí es un nuevo teléfono, esta mañana había ido por uno porque el otro estaba dejando de funcionar. En realidad no, pero esa es la excusa perfecta para decir que había cambiado de número y no tener que explicar el verdadero motivo: Una llamada mientras conducía en dirección al estudio de Monique. La llamada provenía de un número desconocido que no dudé en contestar y me sorprendió escuchar la voz que me habló del otro lado:

—¿Roger? —Era el padre de Sara, reconocía esa voz a kilómetros de distancia si fuese posible, él y yo no nos llevábamos bien pero tampoco tan mal que digamos. Nos limitábamos a saludos cordiales, pero nunca hablamos sobre absolutamente nada, no teníamos nada en común a decir verdad y siempre presentí que él quería otro tipo de hombre para su hija. De hecho, creo que me lo intentó dejar bastante claro cuando me dijo que yo tenía que estar a la altura de mi novia

cuando la ascendieron como socia del despacho. Le agregó: ¿Tú qué es lo que haces en esa revista? ¿Cuánto tiempo llevas en el mismo puesto?

En ese momento solo creí que era un padre orgulloso, pero ahora entiendo qué trataba de decirme.

—Sí, él habla. —Dije, después de aclararme la garganta. Me limité a escucharlo e incluso me obligué a aparcarme en un algún sitio para poder charlar con calma. Iluso de mí, con ningún Escribano se puede charlar con calma.

Me habló —más bien me riñó de una forma educada— sobre las consecuencias de golpear a su hijo, de inmediato recordé el episodio de hace días y cerré los ojos un momento para intentar controlarme y no decirle todo lo que creía de su hijito que tanto protegía —de treinta y cinco años hay que agregar—. Dijo algo sobre procesar una demanda en mi contra y cuanto tendría que pagarle yo al idiota si llevaban el caso a juicio, ya sabía que de alguna forma iban a sacarle un beneficio económico a la situación —como siempre— y me reí irónico, no pude evitarlo. Pero entonces añadió:

—Agradece que mi esposa siente lástima por ti. Porque de no ser por ella y su insistencia sobre dejarte tranquilo, ahora mismo estaría levantando una orden en tu contra.

Me mordí el labio inferior en un gesto ansioso y me llevé la mano al rostro intentando despejar la frustración. Si todo hubiese quedado ahí, tal vez hubiese podido digerirlo con más calma, pero entonces, el señor abogado tuvo que agregar:

—Te daré un consejo, Roger... de hombre a hombre... olvídate de Sara. Es lo mejor que te puedes hacer. ¿Sirvió de algo golpear a Jonathan? ¿Hizo que Sara regresara contigo? No ¿Cierto? —No sé qué era peor, que me amenazara con ponerme una demanda por defenderme o que creyera que aquello había sido por despecho. —¿Ves las noticias? ¿Ves que ella está feliz, no? Si la amas acepta su felicidad y que él, aunque no quieras, es alguien más —hizo una pausa —de su clase... alguien que sí se ve bien a su lado...

Quise decirle que ellos tampoco estaban a la altura de una familia tan poderosa como los Van Brouwer, pero preferí callarme. Estaba comenzando a odiar toda esta situación, a todas las personas que rodeaban a Sara e incluso... a ella misma y eso que aquel sentimiento no era común en mí. Sabía que tenía límites pero nunca imaginé que aquella que llegaría a rozarlo sería mi ex, con quién hace un par de semanas todavía pensaba estar el resto de mi vida. O su familia, con quienes inocentemente me sentí bien todo este tiempo.

Cuando me despedí y corté la llamada con el señor Escribano, lo primero que hice fue cambiar de número y deshacerme de mi antiguo teléfono celular.

—Pensé que pasaría desapercibido. —Le digo a Kate, por supuesto que había pensado en cambiarme antes de entrar pero vi que el sitio es más para esta ropa que para una camiseta y chaqueta de cuero que llevo en el asiento trasero. Y lo confirmo cuando veo a Kate: maquillaje, falda corta entallada al cuerpo, una chaqueta con bolsillos donde tiene ocultas sus manos y zapatos con tacones altos. Todo muy bien acomodado a su cuerpo, voy a admitir. —No, tú guau. Solo mírate.

Ella me sonrío y abre la chaqueta con sus manos dentro de los bolsillos dejando a la vista un vestido corto de color negro que se encarga de resaltar todas sus curvas femeninas, da media vuelta de manera lenta y después un movimiento rápido haciendo que su cabello se agite a su paso hasta quedar de nuevo frente a mí con un gesto coqueto que me causa gracia pero se vio tan sensual en partes iguales.

—Oh vaya. —Exclamo con ironía pero la verdad es que eso fue excelente, mucho más porque tiene un bonito y largo cabello negro que va perfecto con todo. —¿Esa es tu jugada para ligar en una discoteca?

—Tal vez deberías incluirla en tu artículo. —Ayer, le había comentado a Kate sobre el artículo. No pensaba hacerlo, ni siquiera encontraba palabras correctas para explicarle, pero cuando se presentó en mi apartamento y vio mi laptop sobre la mesa donde había un documento con el encabezado del maldito artículo me vi en la obligación de explicar antes que creyera que yo me estaba creando un manual personal sobre este tema.

Le dije la verdad: Margaret sabe que soy un fracaso con el sexo femenino y por ese motivo me encargó el artículo.

Casi puedo visualizar a Margaret, sentada de piernas cruzadas en su escritorio, con una taza de café cargado en una mano y el borrador del artículo en otra. Leyendo a carcajadas el documento y, después, llamando a Sara para contarle sobre las estupideces que yo había escrito.

Tal vez no debí decirle todo eso a Kate, porque después me di cuenta que ya no había forma que algún día le cayera bien mi jefa, no es que quisiera que le cayera bien tampoco. Entonces, me dijo que iríamos a una discoteca y me ayudaría a crear mi artículo.

Por supuesto que no creo que haya hablado en serio.

—Claro. —exclamo con ironía. Guardándome el celular dentro del bolsillo. —De seguro se verá genial en un hombre hacer ese tipo de cosas frente a una chica.

Suelta una carcajada y camina en mi dirección, me tiende la mano y la tomo, casi de inmediato tira de mí para ir hasta la entrada del local. Un hombre encargado de la seguridad nos

abre la puerta después de pedirme mi identificación y le agradezco al mismo tiempo que doy un paso adentro. El sitio está abarrotado de personas y la música tan alta que siento me taladra los oídos. Dejamos los abrigos en recepción y al entrar al salón hay luces neón dándole un iluminado leve y colorido al lugar, también tiene una pista de baile en el centro con personas frotándose como adolescentes.

—¿Qué hacemos aquí, por cierto? —Pregunto a Kate, cuando doy un vistazo alrededor. Kate se detiene y se gira hacia mí. Cabe destacar que para poder comunicarnos tenemos que gritar muy cerca del oído del otro.

—Es el cumpleaños de Fernanda, mi jefa —contesta, viendo en dirección a un grupo de personas y los señala. Miro donde me indica y observo unas veinte personas riéndose a carcajadas, haciendo chistes y otros moviéndose al ritmo de la música—. Por allá están todos mis compañeros de trabajo, al menos los que no están de turno. Además, hay algunos amigos, familiares de Fernanda y me dijo que te invitara.

—Espera... ¿Es su cumpleaños y no me dijiste? De haber sabido, hubiese ido por un regalo.

—Le trajimos un regalo especial entre todos, así que no te preocupes por eso. —¿No preocuparme? ¿Quién llega a un sitio que fue invitado sin nada en manos? Continuamos avanzando hasta la barra cuando sus palabras se reproducen en mi cabeza otra vez y le pregunto:

—¿Un regalo especial?

—Sí. —El lugar queda completamente a oscuras y antes de poder decir algo solo las luces de un pequeño escenario se encienden. El resto del sitio queda con un leve alumbrado en verde. Sé que estoy con Kate porque está sosteniéndome del brazo. Me vuelvo a ella para preguntarle algo pero antes de poder hacerlo más luces comienzan a bailar alrededor y cuando miro en esa dirección Fernanda, la jefa de Kate, está en media sala.

Es hasta que la música inicia de nuevo que me doy cuenta de lo que está pasando, unos sujetos —dos, para ser más específico— salen de la parte trasera de unas cortinas. Uno se acerca por adelante y el otro se aparece por detrás. Los sujetos, vestidos de vaqueros y sin camisa inician a bailar sacándose la primera prenda, es en ese momento que se escuchan gritos de todas las féminas del piso y uno que otro caballero.

Ahora entiendo lo del regalo especial.

Hasta me dan ganas de soltar una carcajada cuando miro el regocijo de la jefa de Kate al ver los dos sujetos bailándole de frente y todas las personas —incluyendo hombres— comienzan a gritar cuando aquellos sujetos se arrancan el pantalón y comienzan a bailar en interiores. Pero no

queda ahí, se tapan con una toalla y se sacan el bóxer.

—¿Es en serio? ¿Este es el regalo especial? —Ella me dice que sí, que es lo que Fernanda había pedido, un par de bailarines nudistas, que lo dijo en broma, pero igual, todos en el piso como buenos compañeros se habían gastado buen dinero para conseguírselos. Le tapo los ojos con mis manos cuando aquel sujeto toma las manos de Fernanda y comienza a pasárselas por su cuerpo hasta llegar a su «bestia», sé que ya ha tocado ese destino en específico por el grito de regocijo de la jefa de Kate y los aplausos de los presentes.

—¡Roger! —Protesta la doctora cuando me la estoy llevando en dirección a la barra. —Ese regalo también salió de mi salario, merezco ver un poco. —No puedo evitar reírme y la dejo libre cuando el bartender deja un par de bebidas frente a nosotros.

—Es la peor forma de gastarse el dinero, doctora.

—Para nada, solo míralos. —Y sí miro, ahora el otro sujeto está frente a Fernanda poniéndole casi toda la «bestia» en la cara. Niego con la cabeza mirándola a ella con una sonrisa en el rostro y la observo alejarse un momento hacia el grupo de personas que señaló anteriormente. Trae consigo la caja de chocolates que me mostró en la fotografía. Casi no puedo escuchar lo que me dice cuando está de regreso por los gritos de las personas pero no es necesario entender cuando abre la caja frente a mí y tomo uno de los chocolates.

—¿Y cómo te fue en la sesión fotográfica? —Se acerca bastante a mí cuando tengo que preguntarle otra vez porque no he escuchado correctamente, no puedo evitar ver sus piernas cuando se rozan con las mías y me obligo a ver en otra dirección para evitar ponerme incómodo. Precisamente porque el vestido se ha subido unos centímetros, se ha cruzado de piernas y ahora ofrece una mejor vista de esa parte de piel tersa.

—Ammm... —vacilo un momento con mi respuesta, más gritos hasta que finalmente puedo hablar: —Tengo el número de una supermodelo, así que supongo que... según Simon me fue bien ¿No?

Kate se ríe, creo que el baile ya ha terminado porque ya no hay música y todos los presentes aplauden. Miro hacia el escenario y Fernanda está poniéndose de pie, con una sonrisa de oreja a oreja que me indica que no está para nada arrepentida.

—¿Y qué hay de ti? ¿Te gustan las supermodelos?

—Creo que no son mi tipo...

—Espera... ¿Una supermodelo no es tu tipo? ¿De qué planeta vienes, Roger? —Eso me hace soltar una risa genuina, voy a admitir. Me giro para quedar frente a frente con ella, aunque sus

piernas cruzadas queden entre las mías.

—Una mujer tiene que atraerme más allá que su aspecto físico. Yo no soy nada fácil. —Kate suelta una carcajada, obviamente eso lo he dicho con un tono de broma que sé que no ha pasado desapercibido por Kate. —¿Y a ti que tipo de hombre te gusta? ¿Los doctores? —Toma un trago de su bebida para detener su risa y me mira prestándome atención.

—¿Por qué específicamente lo doctores?

—Está bien, ¿Entonces los enfermeros? —Kate se vuelve a reír.

—No, no me gustan los doctores o enfermeros... No me importa a qué se dedica siempre y cuando no sea un completo idiota, eso es todo lo que pido.

—¿Qué no sea un idiota?

—Sí, ya sabes... de ese tipo, por ejemplo. —Me señala a un sujeto, que ha abordado a un grupo de mujeres. El tipo está muy cerca de ellas, intercambia palabras con las tres chicas. Sostiene un trago en manos y por todos los gestos que hace, se me parece mucho a Simon.

—Te refieres a un sujeto como Simon. —Kate me dice que sí y después señala a otro tipo en la sala, me comienza a decir las cosas que comúnmente los hombres hacen para acercarse a una mujer y todas las situaciones que a ella le resultan completamente incómodas. —¿De qué estás hablando? Todas las chicas aman esas jugadas de Simon.

Al parecer el show ya ha acabado, porque Mek it bunx up comienza a sonar y las personas, de nuevo, se aglutinan en la pista de baile. Se tocan, se frotan, se meten mano, no entiendo qué es bailar estos días.

—Yo no. —No duda en contradecir. —Se me hace algo totalmente desesperado. No lo incluyas en tu artículo. —Hablando del maldito artículo, me quedan menos de dos semanas para terminarlo y no tengo idea de cómo iniciar. Mi celular suena en mi bolsillo y cuando lo saco de ahí, me doy cuenta que es un mensaje de él, Simon, le había enviado un texto con mi nuevo número, al igual que a todos los pocos contactos que tengo. Mi amigo me pregunta que donde carajos estoy y lo ignoro sin pretenderlo cuando escucho: —¿Bailas?

—No no, por supuesto que no bailo. —Niego con mi cabeza con bastante vehemencia, aunque ella ya se está poniendo de pie y dejando su vaso sobre la barra. Vuelvo a decir que no cuando me está tomando de la mano y está tirando de mí en dirección a la pista. —¿En serio quieres pasar vergüenza conmigo en la pista de baile?

—Solo te paras ahí y te mueves. No es mucha ciencia. —Definitivamente, voy a hacer el

ridículo, pero me termina por convencer y me dejo llevar por ella. Al menos la pista está llena de personas así que supongo nadie va a notar mi presencia... creo.

Cuando estamos en el centro, miro alrededor esperando copiar algo de lo que miro pero antes de que pueda hacerlo Kate se comienza a mover a mi alrededor, acto que me hace soltar una carcajada y después comienza a deslizarse hacia debajo de manera sensual con su espalda contra mi torso. Cabe destacar que yo nada más estoy ahí, de pie, con ambas manos en la cintura y me llevo una a la cara para reírme tranquilo.

Kate también se está carcajeando cuando se postra frente a mí y sus manos se envuelven alrededor de mi cintura, se ríe con su cara sobre la tela de mi saco y nos quedamos unos minutos más así, carcajeándonos como dos locos, hasta que finalmente, me habla:

—¿Nunca saliste a bailar con alguien? ¿Una amiga? ¿Tu ex novia?

—Mi ex odia bailar... —Entonces, recuerdo que vi un video suyo moviéndose al son de una música de Ed Sheeran en el Instagram del hijo del millonario holandés, así que rectifico mis palabras: —Bueno, odiaba bailar conmigo.

—Entonces lo harás conmigo.

—Me niego a seguir haciendo el ridículo, Kate. Lo siento, pero mi dignidad es primero.

—Entonces ¿Te inscribirías a clases de baile conmigo? Me hace falta un compañero.

—¿Qué? Por supuesto que no. —Su gesto es una mezcla de asombro con diversión que me resulta bastante gracioso. —Otro día terminamos de hacer el ridículo. ¿Podemos ir por algo de tomar? Tengo sed.

—¿Un Gin Tonic?

—Estás planeando emborracharme para después aprovecharte de mí, ¿cierto?

—¡Diablos! Me descubriste.

Ahora soy yo quién tira de ella para salir de la pista de baile, cuando estamos cerca de las banquetas mi teléfono suena otra vez, Kate me dice que pedirá unas bebidas y yo le digo que sí, que solo contestaré un mensaje a Simon. Al sacarlo de mi bolsillo no me percaté de lo que pasa a mi alrededor hasta que en ese momento siento un empujón, uno que me indica que alguien ha chocado contra mí y voy a disculparme pero entonces la persona que me encuentro ahí es a la última mujer que me gustaría ver en este momento.

Wendy, la mejor amiga de Sara, cuando me mira también se sorprende al encontrarse conmigo y calla en ese momento todas las cosas que iba a decir —que, conociéndola, sé que no

eran nada buenas—. De inmediato cambia su gesto a completa indiferencia y toma a su pareja para alejarse de ahí después de disculparse conmigo.

Cabe mencionar, que el tipo que está con ella es uno distinto al que la acompañaba el último día que la vi, ese día que mencionó lo mucho que le satisfacía que Sara ya no estuviera conmigo, antes de darme cuenta que fue la que jugó de cupido entre Koen y mi ex novia, según el propio relato de ellos. Wendy me mira una vez más antes de llegar a un grupo que supongo estaba con ella y entonces me vuelvo a Kate.

—¿Estás bien? —me pregunta, viendo en la dirección que Wendy. —¿La conoces? —Vacilo un momento si decirle la verdad o no, pero ya sabe cosas peores de mí así que no pierdo nada.

—Nadie importante, es la mejor amiga de mi ex. La última vez que la vi me llamó mediocre y me dijo que me alejara de su amiga porque al fin había encontrado a alguien que le diera una buena calidad de vida. —Kate se queda en silencio. —Cabe destacar que el sujeto con el que ella va a casarse es también amigo de esa chica, Wendy, y por supuesto era quién le cubría todos los encuentros con el tal Koen Van Brouwer. —Tal vez no debí mencionar al hijo del millonario holandés, pero ya estaba, lo había hecho y solo espero que Kate no lo conozca y nunca llegue a hacerlo. —Por favor, dime que esta mujer no es familiar o amiga, o lo que sea, de Fernanda.

—No, debe salir con Byron, el hombre que está con ella. Es oncólogo.

—¿Es doctor con especialidad? No me sorprende.

—También es casado. —Me rio un poco, porque en realidad es otra cosa que no me sorprende. No es la primera vez que tiene un rollo con un hombre casado, tal vez sea esta la cuarta vez o la quinta y nunca pareció importarle aunque sea un poco.

El bar tender pone las dos bebidas frente a nosotros y tomo una para darle un trago largo cuando veo a Kate ponerse de pie y acercarse a mí.

—La chica nos está viendo. —Me dice en el oído. Toma la bebida que tengo en manos y la deja de nuevo en la barra. Posteriormente, toma mis manos y las pasa alrededor de su cintura. —Finge que te la estás pasando genial conmigo.

—¿Qué? —Por instinto miro en dirección donde se suponía que estaba Wendy, un tanto aturdido y preocupado por sus palabras, pero Kate no me lo permite.

—Vas a darle algo de qué hablar la próxima vez que mire a tu ex. Ellas son del tipo de mujer que quiere a un hombre que lllore y se doblegue por ellas. No vas a darles gusto. Comúnmente no soportan cuando ya las superan así que vas a dejarle un mensaje y qué mejor canal que su amiga que te llamó mediocre. Sígueme la corriente.

—Amm... yo... —aclaro mi garganta. Estoy paralizado. No entiendo casi qué es lo que me está diciendo porque mi mente está concentrada en su mano bajando por mi espalda y casi rozar mi trasero. Quiero replicar, pero entonces las palabras se me quedan atoradas en la garganta cuando sus labios se adhieren a mi cuello y comienza a dejar una línea de besos húmedos que, aunque no quiera, me hacen soltar una carcajada.

Una risa escandalosa, genuina y sincera, que tenía mucho que no dejaba salir. Esta es una de las zonas intocables para mí y creo que acabo de dejárselo saber a la persona equivocada. Estoy seguro que esto va a ser usado en mi contra luego.

—Kate... ¿Qué estás haciendo?... —Intento alejarme pero no me lo permite. —No hagas eso. ¡Kate...! ¡Por Dios!

Estoy a punto de tirarme al suelo en carcajadas, cuando ella también se suelta a reír y finalmente termina la tortura. Me duele el abdomen y, aunque quiero, no puedo reñirla porque no me salen las palabras. Nos quedamos así, abrazados, riéndonos el uno del otro, hasta que la escucho decir:

—No puedo creer que seas tan débil. —Ni siquiera puedo hablar. Es entonces, cuando Wendy pasa a la par nuestra junto al sujeto que la acompaña pero no me percató de la dirección a la que va. Mi mente todavía procesa lo que acaba de pasar y que también me ha puesto duro. Oh mierda. Me acomodo de forma que Kate no pueda sentirme y casi quiero agradecerle cuando se separa de mí y vuelve a tomar la banqueta en la que estaba.

Capítulo 21

Para el lunes por la mañana, mi imagen ya está por todas partes. Y cuando digo que está por todas partes me refiero a sitios web, anuncios de tv, vallas publicitarias y todo tipo de vía que utilice el marketing como herramienta. Sabía que a Monique le gustaba trabajar a lo grande, pero no pensé que aquello iba a pasar tan pronto. Solo habían pasado dos días ¡Dos días! y mi rostro ya estaba como spam por todos lados, anunciando el lanzamiento de la línea de ropa de Monique y una grandiosa fiesta a la que se suponía yo tenía que asistir pero estaba viendo la forma de fracturarme ambas piernas para tener una excusa.

Ni siquiera me había preparado psicológicamente cuando me vi en una enorme pantalla grande en el centro de la ciudad esta mañana mientras conducía rumbo a mi trabajo. Estaba relajado tarareando una canción, realmente cómodo en el respaldo de la silla de mi auto mientras daba golpecitos suaves al timón y esperaba que cambiara el semáforo, justo cuando se encendió la luz verde y apreté el acelerador ¡Bam! Me vi ahí y choqué mi auto contra un Volkswagen rosa que tenía en frente.

Entré en pánico, no sé si fue cuando vi que aquel auto tenía una placa que pertenecía al cuerpo diplomático o cuando me di cuenta que la mujer que lo conducía tenía la cara de lunática como la mismísima Harley Quinn, no sabía en qué concentrarme en realidad porque, a pesar del caos que había ocasionado, mi mente solo estaba concentrada en la imagen de mi mismo que tenía al frente, con un traje de raya diplomática color beige, una camisa de cuello alto oscura de fondo y una bufanda más cara que tres meses de mi apartamento, mirando la cámara fijamente, con las manos dentro de los bolsillos.

También había una modelo detrás de mí y solo se podían ver sus brazos aferrándose de mi torso. Cuando vi a aquella mujer que conducía el Volkswagen caminar en mi dirección, me bajé de mi vehículo dispuesto a aceptar las consecuencias de aquel desastre, pero no podía despegar los ojos de aquel sujeto que se mostraba en la pantalla, así que tartamudeé lo siguiente:

—Yo... en serio lo lamento. Yo... llamaré a la compañía de seguros y... —lo peor de todo esto es que iba a llegar tarde a mi trabajo... de nuevo, ya casi me imaginaba la cara de Margaret con su diablo interno haciéndome otro reporte para tener la excusa perfecta para echarme de la empresa cuando se le dé la gana. Pero eso también en parte era culpa de Simon y su tontería de ir a entrenar a un gimnasio. Había aparecido en mi apartamento a las cuatro y media de la mañana ¡Las cuatro y media de la mañana! con ropa deportiva y cuando abrí la puerta medio dormido me dijo que fuera a cambiarme.

Por supuesto que le dije que no pensaba ir a ejercitarme a esa hora y entonces entró a mi casa, tomó las llaves, ropa de mi armario y me sacó a empujones mientras decía que necesitaba tener un abdomen de revista por si algún día llegaba a publicitar ropa interior de hombre y yo me quejaba porque, primero que nada, ni de coña publicitaría ropa interior y, segundo, solo pedía tener ocho horas de sueño como las personas normales.

—Yo... solo me distraje un momento y... —Seguía intentando excusarme pero ella me interrumpió. Había notado que el rostro feroz de la mujer se había suavizado al verme. Era una mujer bastante joven para pertenecer al cuerpo diplomático, tal vez tendría algunos treinta. Saqué mi teléfono celular dispuesto a encargarme de aquello cuando la escuché:

—No te preocupes, no es nada... —La miré a ella y después a su auto, para suerte mía, el mío se había llevado la peor parte pero no era más que un pequeño golpe y alguno que otro rasguño, el Volkswagen estaba casi intacto y casi pude respirar tranquilo cuando me di cuenta que en realidad no era nada. —Pero... si quieres llamar a alguien... —Hizo una pausa y regresó al auto, se inclinó de una manera sensual que se pudieran apreciar sus tonificadas piernas debajo de una falda corta de color gris, regresó con una libreta y un bolígrafo y escribió algo ahí que después me entregó sin vacilar. Era su número, en letras brillantes y un corazón con la siguiente palabra: Llámame. —No dudes en llamarme a mí y tomamos un café mientras hablamos sobre esto.

Me guiñó un ojo y yo me quedé ahí, aturdido y desconcertado en partes iguales. Vi cuando la mujer se subió a su auto, me echó una mirada coqueta desde la ventana y se marchó. Primero me quedé estático, después me encerré en mi vehículo con la cabeza más enredada que un nudo hecho por un *BoyScout* y luego me vi obligado a moverme cuando el claxon de un montón de autos detrás del mío comenzaron a sonar pidiéndome que me largara.

Cuando llegué a las oficinas de la revista, las cosas no fueron diferente. Un grupo de chicas me saludó en el parking, otras detuvieron el ascensor a punto de cerrarse para que yo pudiera alcanzarlo y otras, me dijeron que me quedaba bien el color negro cuando estaba en la cafetería del piso preparándome un café. Era como si de pronto había dejado de ser invisible y, aunque tenía casi cuatro años de trabajar en este sitio, era hasta hoy que me estaban llegando solicitudes de amistad de mis colegas femeninas a mi red social. Al medio día ya me comenzaba a apresar el pánico e incluso cuando salí a almorzar lo hice con el gorro de mi abrigo puesto sobre la cabeza.

Por supuesto que Simon era del tipo que amaba la atención, por eso mi actitud le parecía bastante exagerada y tuvo que repetirme dos veces:

—¿Vamos a almorzar? —Lo miré ponerse de pie, guardar algunas cosas dentro de su

mochila y yo estaba pensando si debía salir o no. Se volvió a mí y preguntó de nuevo: —¿Vamos a almorzar? —Quise decirle que no, pero de nuevo el hambre podía más que la vergüenza. Al final, me decidí por ir a comer con él, así que aquí estoy entrando al ascensor en este momento y agradezco que no haya nadie más que nosotros dos porque temo que a Simon se le escape cualquier tontería.

También a él le debo el hecho de que todos mis movimientos sean torpes y meticulosamente estudiados para evitar caerme. Me había hecho hacer una rutina de cuerpo completo a las cinco de la mañana, cuando solo había tenido cuatro horas de sueño y lo único que había comido era una barrita energética. Me rugía el estómago y era capaz de comerme una vaca entera cuando salí del gimnasio, pero entonces recordé que ya era realmente tarde y tuve que posponer el desayuno para poder llegar a tiempo.

Creo que es un milagro que siga vivo.

—Relájate Roger, nadie va a reconocerte. —Continúa Simon, cuando marca el botón que nos lleva al primer piso.

—Estoy en todo el maldito internet, Simon. —Hago una pausa. —Y en una pantalla en el centro de la ciudad.

—No solo en el centro de la ciudad.

—Oh, genial. Gracias.

—Lo que te quiero decir es que ni siquiera pareces tú en esa fotografía. Está una mujer tocándote, a partir de ahí yo dudaría que seas tú. —Dice con tono de burla y le agrega una risa al ver mi expresión. Saca una bebida gaseosa de su mochila y me la lanza para extraer otra a la que de inmediato, después de quitarle el sello, le da un sorbo y arruga la cara. —Por cierto, te han seguido unas quinientas personas más en Instagram.

—¿Qué? —él ha sacado su teléfono y lo está manipulando en este momento. Entonces, se lo arrebató y miro ahí mi supuesto perfil. Son fotografías antiguas, cuando iba al gimnasio a menudo, aunque no era de los que se mostraban por ahí sí me saqué unas fotografías cuando iba a la playa, aunque en la mayoría aparecía mi ex y Simon se había encargado de recortarlas de forma que solo yo aparezo en ellas. También están las de la firma de Monique que circulaban hasta ahora en las redes.

—Esas últimas son las que tienen más *likes*, ahora imagínate una en ropa interior.

—¿Qué? Por supuesto que no me voy a tomar una foto en ropa interior, Simon. —Él rueda los ojos y le devuelvo su teléfono celular para abrir mi bebida y darle un trago, dejo que un poco

de gas salga del orificio cuando lo escucho decir: —Y adivina quién te está siguiendo.

—¿Quién? —me concentro en él para evitar verme en el reflejo de las puertas metálicas del elevador. Esta vez llevo una camiseta roja, pero sobre ella una chaqueta con gorro de color oscuro, tal vez la más cara que tenía. Aunque había recibido esta mañana un abrigo de la marca de Monique, preferí dejarlo en casa y traer mi ropa. Creo que esa fue la mejor decisión que pude tomar hoy con tanta atención que ya había recibido.

—Wendy, la amiga sexy de Sara. —Casi regreso la bebida dentro de la lata. Como dije, para Simon toda mujer es sexy. No es que Wendy sea fea, de hecho, es una mujer guapa pero con casi todo falso, hasta la personalidad. Incluso Sara se operó los senos por influencia suya, aunque yo le dejé claro que a mí tanta superficialidad me importaban poco. —Lástima que le gusten los pitos forrados de dinero.

Pero entonces, entiendo bien lo que me ha dicho.

—¿Wendy? —me vuelvo a él con el entrecejo fruncido y recuerdo lo que pasó este último sábado, pero no es a ella que recuerdo en sí, si no, a Kate. Kate y su juego con esos labios carnosos sobre mi cuello que me dejaron desconcentrado el resto de la noche y ni siquiera pude dormir correctamente sin pensar en esa sensación que me había provocado. —Wendy me odia.

—Ajá, pero no te preocupes. Me encargaré de publicar tus mejores fotos ¿Para eso son los amigos, no? si puedes tomarte algunas sugerentes, qué se yo, solo con una toalla alrededor de la cintura, mucho mejor. Las mujeres aman eso. —Se guarda el celular en el bolsillo y agrega: —En la próxima sesión me llevas contigo, soy tu representante.

—Yo no estoy buscando un representante, Simon.

—Bueno, tu contacto en Instagram es mi correo, así que soy tu representante. —Ruedo los ojos y suspiro para evitar estresarme por esta tontería. —Tengo que conocer a esas modelos guapas que trabajan con Monique. ¿Las has visto? Son mejores que las modelos de Victoria Secret.

—Tengo el número de esa modelo que estaba detrás de mí. ¿Lo quieres?

—¿Tienes el número de una modelo? —Me pregunta, por no decir: grita. Gira todo su torso hacia mí cuando la puerta se abre en el piso correspondiente, me vuelvo a Simon quién tiene su mirada puesta en mí, le platico que la modelo se había acercado y me había dicho que dejaba su número «por cualquier cosa», incluso hago las comillas al mismo tiempo que pongo un pie en recepción. Simon no contesta, solo camina detrás de mí sin decir una palabra y un tanto desconcertado me vuelvo a él para preguntar qué diablos le pasa. Él suspira, pero sin despegarme

los ojos, y dice: —¿Una modelo te dio su número y no la has llamado?

—No es mi tipo. —Simon suelta un bufido y me detengo cuando no escucho sus pasos detrás de mí y lo observo ahí de pie con su mano sobre su frente, respira hondo, me mira y dice:

—¿Qué es lo que está mal contigo, Roger?

De acuerdo, le había ofrecido el número de una supermodelo y prácticamente me está recriminando por ese acto. No entendía del todo a Simon, justo me acaba de decir que quiere conocer a las modelos que trabajan con Monique y le estoy ofreciendo el número de una. ¿Qué está mal con él en realidad?

—¿Eso es un no? —Le pregunto, con cierta duda.

—Es un «¿Qué diablos tiene Roger en la cabeza para darme el número de una supermodelo que podría llamar él mismo?» —Cabe mencionar, que si a un caso quería pasar desapercibido en esta sala, no iba a lograrlo con Simon y su tono de voz con el que está diciendo esas palabras. Puede decirme eso en privado, pero no, prefiere la presencia de algunas veinte personas para hablar específicamente sobre esto.

—Entonces, asumo que no. —Continúo mi camino. Pero entonces, cuando él me alcanza y va a decirme algo, somos interceptados por un grupo de tres jovencitas a la salida del edificio. Cabe destacar que yo al menos no las conozco de nada, pero al parecer, ellas a mí sí, me doy cuenta cuando una de ellas le habla a Simon, pero después se vuelve a mí y me dice:

—Hola Roger, así es tu nombre ¿Cierto? —Simon sí las conoce, cabe mencionar. Lo sé por la familiaridad que les habla y como saluda a una por una con un beso en la mejilla. Pero eso no es algo por lo cual asombrarse porque él conoce a todas las féminas de este piso. Incluso, puedes preguntarle por alguna de ellas y sabe su número de teléfono, dirección y hasta puede elaborarte una pequeña biografía de cada una de las mujeres de este sitio.

—Sí. —Les hablo, con el entrecejo levemente fruncido. —Hola.

—Genial. Con las chicas estábamos pensando almorzar en el restaurante de comida china que está en la esquina. ¿Les gustaría acompañarnos? —Entonces, al escuchar eso, Simon se gira hacia mí, tal vez esperando mi respuesta o diciéndome que vamos a ir sin importar lo que yo opine. Estoy seguro que va a irse por la segunda opción.

—Claro —Lo sabía. La verdad, ya estoy comenzando a molestarme por ser parte de sus decisiones sin siquiera consultármelo antes. Así que ruedo los ojos y contradigo de inmediato:

—Me encantaría. Pero quedé con alguien en unos minutos, lo lamento. —Simon gira la

cabeza, de una forma que le haría competencia a la niña del exorcista y una expresión que me deja pensando que en realidad él debería hacer un casting para un remake por lo bien que le sale ese gesto. Es más que obvio que Simon si quiere ir, pero yo no, así que lo siento mucho por Simon. Si tan solo me hubiera preguntado tal vez sí, lo hubiese pensado, aunque no creo haber aceptado tampoco.

Él sabe que en realidad no he quedado con nadie, de otra forma no hubiese aceptado comer con él, aunque ¿A quién engaño? En realidad Simon no pensaría que es verdad que quedé de verme con alguien ni aunque fuera cierto, pero no se me apetecía almorzar con un grupo de desconocidas, así que me encojo de hombros cuando Simon me lanza una de esas miradas furiosas suyas y le dejo en claro, con mi expresión, que no estoy dispuesto a ceder esta vez.

—De acuerdo. —Dice la chica que inicialmente hizo la invitación, las otras dos se miran entre sí, tal vez no les gustó mi respuesta pero me importa poco en realidad. —Pero si no puedes ahora está bien, haremos una fiesta esta noche en casa de Melanie. —Señala a la chica detrás de ella. —Podemos dejarles la dirección, en caso que quieras o puedas ir. —Me miran de nuevo, las tres. —¿Vendrías?

Simon me mira de nuevo y yo lo miro a él. Tomo la hoja de papel que me entrega la chica y le doy un vistazo antes que Simon me la arrebathe de las manos para ver lo que está escrito ahí. Las chicas se retiran murmurando cosas entre ellas y cuando quito la mirada de aquellas tres mujeres me encuentro con los ojos grisáceos y furiosos de Simon, si pudiera tirar rayos láser con ellos lo más seguro es que yo ya no estuviera aquí para contarlo.

—¿Qué? —me doy media vuelta, para mi suerte, nosotros íbamos en la dirección contraria.

—¿Qué? ¿Es en serio, Roger? ¿Acabas de rechazar una invitación de tres chicas interesadas en ti? Ni siquiera estaban interesadas en mí, estaban interesadas en ti. ¿Es que acaso no lo vistes? Hasta un ciego podría verlo y...

—Simon... —le corto. Me giro de manera leve para verle a él caminar detrás de mí a paso rápido. Se detiene cuando llega a mi lado y cuando miro que, definitivamente, piensa seguir hablando sobre ello, me apuro a decir: —Quiero comer tranquilo, por favor, deja ese tema de una buena vez.

—¿Al menos sí irías a esa fiesta?

—No lo sé, tengo pensarlo. —Suelta un bufido y se cruza de brazos, me mira un momento y después simplemente comienza a caminar pero no sin antes decirme:

—Bien, si tu plan es parecer un piano embrujado tocándote solo, adelante.

—¿Qué diablos?

—Exacto, ¿Qué diablos? —Entra a la cafetería y yo me quedo ahí viéndolo perderse tras las puertas de vidrio del local pensando en serio si almorzar con él o mejor regresar a mi cubículo.

Al final, el hambre pudo más que la razón y me decidí por lo primero. Para mi suerte, Simon no habló más del tema, y aunque no lo olvidó por completo, al menos le agradezco que haya respetado mi hora de comida y haya preferido guardar silencio. Al menos en ese momento. Porque a la hora de regresar a la oficina y encontrarnos a las chicas en la entrada del edificio, volvió a recriminarme el hecho de no haber aceptado ir a comer con ellas. Él pudo hacerlo si quería, y se lo dije, pero entonces comenzó a gritarme y decirme que soy yo el que tengo que escribir un artículo.

Hablando del maldito artículo, no tengo ni siquiera la primera línea.

Las dos horas después del almuerzo me dedico a crear aunque sea una introducción para engañar a Margaret en caso de que quiera un adelanto, pero estoy seguro que hasta ella debe saber cómo conseguir un ligue de una noche mejor que yo, así que comienzo a borrar todo lo que había escrito para poner ahí algo más coherente y comienzo de nuevo intentando armar algo realmente atractivo y se me ocurre que debería iniciar con una frase de seducción. Después solo tengo que agregar más palabras y luego comenzar a unir todas las cosas que me ha dicho Simon y otras que he investigado por mi cuenta.

No debe ser tan complicado ¡Vamos! Suelto un suspiro, miro la lámpara que está en el techo todavía con las manos sobre el teclado y vuelvo a concentrarme en la pantalla de la computadora cuando escucho el sonido de una notificación llegando a mi red social. El sonido proviene de mi teléfono, pero entonces me conecto desde la Mac aprovechando que todos están en sus labores y no tengo a nadie alrededor de mí viendo qué estoy haciendo, hasta Simon está concentrado en algo y eso no es tan común en él. Cuando mi perfil aparece frente a mis ojos, me doy cuenta que es una notificación de parte de Kate y es una fotografía que me ha etiquetado, una de nosotros dos juntos, en su apartamento.

Ayer, después de mediodía cuando ya había recuperado mis horas de sueño, recibí una invitación de Kate sobre de la jornada de donación de sangre, no dudé en confirmar mi asistencia, soy un donante regular y, además, un buen candidato: No me he hecho un tatuaje, tampoco piercings, ni estoy contagiado de enfermedades venéreas y, además, no he tenido relaciones sexuales desde hace mucho tiempo. Tal vez, esa fue la parte vergonzosa, que fuese ella quién me hiciera esas preguntas y tener que contestar específicamente esa última con un: Ni siquiera lo recuerdo.

Pero era verdad, no sabía si habían pasado semanas o meses desde la última vez que me acosté con alguien... bueno, con Sara. Pero así fue nuestra relación desde el inicio, como dije, ella y yo nunca fuimos del tipo de pareja sexual y podía contar con mis dedos las veces que tuvimos intimidad los últimos meses, antes de Koen Van Brouwer, porque después de él tal vez habían sido una dos veces como máximo.

Tal vez no debí mencionarle eso a Kate, era una simple pregunta y yo terminé hablando sobre mi pobre vida sexual con la persona que compartí cinco años de mi vida y le había dejado en claro que me habían puesto el cuerno. A este punto Kate debe pensar que soy terrible en la cama, tal vez lo soy, pero tampoco es para andarlo hablando por ahí con ella, así que me hice una nota mental: No hablar demás frente a Kate. Nunca.

Pero antes de todo eso, nos habíamos reído por la coincidencia de nuestra vestimenta: sudadera negra, vaqueros azules, un abrigo largo de color gris con gorro de felpa, entonces, cuando llegamos a su apartamento, Kate me pidió una fotografía antes de cambiarse y esa es la que estoy viendo ahora. Me llamó a su recámara y me dijo que me ubicara detrás de ella frente al espejo que está sobre la pared frontal y la verdad es que no había visto el resultado hasta hoy y aunque no soy fanático de las fotografías, ésta en especial me ha gustado hasta el punto de querer compartirla yo en mis redes sociales.

Después de eso habíamos ido por helado, luego a comer cerca de mi casa, también estuvimos en el parque que está a unos metros de su apartamento y nos habíamos tomado más fotografías, muchas fotografías y casi todas están guardadas en mi teléfono. Entonces, pienso en devolverle el gesto, tomo mi celular que está descansando a la par del teclado para elegir una de las fotografías que nos tomamos ayer y postearla en mis redes sociales. Ni siquiera las había visto ayer y hoy que les estoy dando un vistazo una por una, me detengo en la selfie tomada por Kate, es imposible no quedarse atrapado en esos enigmáticos ojos verdes, yo estoy detrás de ella sosteniendo un helado, pero mi figura es opacada por esa mirada tan atractiva, creo que ya había mencionado que tiene unos ojos bastante bonitos y ayer se lo había dicho, no sé de dónde me salió tal comentario y aunque me avergoncé después, ella se rio y me dijo:

—A mí me gusta tu sonrisa. —En ese momento estábamos en el restaurante de comida italiana. La verdad que estar todo el día fuera de casa me había dado hambre y Kate mencionó que su padre es italiano, así que después se me antojó comida italiana. Me reí cuando escuché su comentario y no voy a negar que también me abochorné un poco cuando le agregé: —Aunque... voy a admitir que todo tu rostro en realidad.

Ni siquiera supe como tomarme eso. Ni siquiera supe qué hacer o qué decir más que reírme con burla y después su mirada se conectó con la mía. Yo hubiese podido enumerar todas las

cualidades físicas de Kate, pero no me atrevía a hacerle esos tipos de comentarios, tampoco me hubiese gustado que creyera que soy una persona superficial, aunque es imposible no ver que posee una belleza bastante superior a otras chicas que haya conocido antes. Pero mejor preferí callarme, entonces me hizo reír al elogiarme por salir bien en todas las fotos que me tomaba.

Miro de nuevo la fotografía y casi puedo visualizar a sus amigas haciéndome todo tipo de pregunta vergonzosa porque aquella imagen se prestaba a malas interpretaciones, por algún motivo nuestros dedos están entrelazados, mi mano libre sobre su cintura, mi mejilla parece descansar sobre su cabeza, pero eso no es todo, claramente se ve que es su habitación de fondo y su cama a unos centímetros.

—Roger... —escucho a Margaret, después el traqueteo de sus tacones dirigirse hacia mí y entro en pánico, cierro mi red social y todas las páginas web abiertas en este ordenador. Levanto la mirada con una falsa calma que hasta ahora desconocía y la observo a ella ahí, vestida de rojo, subida en algunos tacones de quince centímetros, el cabello rubio recién pintado en un moño alto y los labios del mismo color de su ropa ejecutiva. —Ven conmigo.

Me entrega unos papeles y aunque arrugo el entrecejo antes, apago la Mac y tomo mi teléfono para caminar tras ella quién me está esperando frente a las puertas del ascensor. Cuando logro alcanzarla, las puertas del elevador se abren y cuando pasamos al interior y presiona el botón del último piso, la observo a través del reflejo, ella me observa a mí también pero entonces aparta la mirada y se concentra en arreglarse el cabello. Miro los papeles que me ha dado y entonces un mensaje me llega al celular, es una imagen de parte de Kate y dice:

De: Kate

Olvidalo, me equivoqué al decirte que te mirabas bien en todas las fotografías.

Aprieto los labios para no reír cuando miro aquella foto mía comiendo helado, con nada de delicadeza, la nariz arrugada y un gesto bastante fuera de sí, de ser yo una persona que le importen las buenas fotografías, ahora estuviera corriendo en su dirección obligándole a borrar esa foto. En realidad no sé qué había pasado ahí, pero definitivamente, era el momento equivocado para la fotografía equivocada. Voy a replicar, cuando entonces escucho a Margaret decir:

—Es muy probable que encuentres personas que no querrías ver aquí, Roger. Pero confío en tu buen juicio.

Pero cuando Margaret me dijo eso, la última persona en la que pensé encontrarme ahí fue al padre de Sara. Cuando llegamos al piso y dimos un paso dentro del salón de reuniones, el señor Escribano está ahí y frente a él está Koen Van Brouwer, en medio de ellos dos hay una serie de documentos y ahí inicié a comprenderlo todo. También todo aquello era parte de un interés propio,

debí imaginármelo.

Sé que él me reconoce en el momento que me mira entrar, no sé en realidad qué gesto es el que hace porque de inmediato que sus ojos se postran en mí decido pasar de él sin siquiera darle un vistazo, tomo lugar al lado de Margaret y me concentro en lo que sea que tengo que hacer aquí con ella. Me doy cuenta que esta posiblemente sea la reunión más larga en la que he estado y aunque quiero preguntarle a Margaret a qué hora salimos de aquí, prefiero no hacerlo. Me quedo con ellos ahí todo el rato, anotando las cosas que la jefa dragón me dice, es algo sobre la venta de las acciones de «Hombres al poder» y el señor Escribano es el que lleva la parte legal de todo el proceso y, por lo que logro escuchar, también Sara, pero para suerte mía ella no está aquí. Cuando termina aquella reunión, finjo que no tengo ganas de salir corriendo y, aunque Margaret se ha quedado hablando con algunas personas, socios de la revista también, la espero a un lado, tomando una botella de agua de las que están sobre una mesa y entonces, saco mi teléfono celular para contestar aquel mensaje de Kate que había olvidado por culpa de Margaret.

Para: Kate.

También tengo un par de malas fotografías tuyas, no me hagas mostrarlas.

Su respuesta no tarda en llegar, miro mi reloj y me doy cuenta que es bastante tarde, es muy probable que ella no esté ya en el hospital, aunque no tiene un horario específico tampoco mencionó que hoy estaría de turno. Y yo, bueno, aquí estoy, haciendo horas extras, que no me van a pagar estoy seguro.

De: Kate.

Hasta no verte, no creerte.

Para: Kate.

¿Es tu excusa para decir que quieres verme?

De: Kate

Chico listo.

No puedo evitar que una risa se me escape y dejo la botella de agua sobre la mesa que estaba anteriormente. Pienso un momento lo que voy a escribir y, entonces, escucho la voz de Margaret hablarme:

—Roger... —No me había percatado que de su presencia, no sé cuánto tiempo tendrá ahí frente a mí, así que de inmediato cambio mi gesto para verla a ella y me indica que le entregue los papeles con apuntes. Tomo mis notas del lugar que las había dejado y cuando las deposito en sus

manos, ella mira mi teléfono y después a mí para agregar: —Puedes irte.

Le digo que está bien y no dudo en terminar de enviar mi mensaje... frente a ella...

Para: Kate.

¿Dónde estás?

De: Kate.

En mi apartamento... ¿Quieres venir?

Capítulo 22

Ni siquiera había notado que últimamente me estaba comenzando a sentir mejor. Es como si de repente empezaba a olvidar todo aquello que me estaba agobiando hasta hace poco, como si todo comenzara a importarme en lo más mínimo. Como si encontrarme a Jonathan, el hermano de Sara, en la puerta de mi apartamento no fuera algo totalmente frustrante. Mucho más cuando los ojos del enano se postran sobre los míos y me mira con toda la rabia que ha podido recoger en este momento, pero ese gesto se suaviza al ver a la persona que está a mi lado: Kate.

No me causa ninguna impresión encontrarlo ahí, de hecho, mi sexto sentido me estaba avisando que podía encontrarme con una sorpresa nada grata y, por tal motivo, no quería venir aquí. Aunque estaba a gusto en el apartamento de Kate, Simon me llamó e insistió que llegara a una pequeña reunión a su casa en la playa, que no está lejos de aquí, pero tampoco tenía ganas de ir porque sé que para Simon «pequeña reunión» es amanecer él mismo vomitando en mis zapatos y yo llevando a casa a su ligue.—pero no es así como suena, cuando digo que yo tengo que llevar a casa a su ligue, me refiero a que yo tengo que llevar a una chica ebria hasta la casa de ella misma

Le había dicho que no unas diez veces cuando entonces comenzó a escribirle a Kate, porque según él, convenciéndola a ella me convencía a mí y sí que tuvo razón, quince minutos después estaba conduciendo a mi casa, quejándome de Simon y de la camiseta que había manchado con sirope de chocolate. Necesitaba cambiarme, pero entonces, para mi mala suerte, me encuentro a Jonathan aquí.

Pero no es todo, cuando estoy más cerca y a punto de abrir la puerta, veo la huella de su bota sucia sobre la madera blanca.

—¿Qué diablos hiciste? —Le pregunto, ahora sí un tanto alterado por la obvia razón que ha intentado tirar mi puerta abajo. Sabía que había hecho bien cambiar la cerradura a tiempo, no quisiera ni pensar en tener que llegar otra vez y encontrármelo en mi sala, aunque la solución de Simon había sido: Déjalo que conserve las llaves, solo tira condones usados por ahí y compra algunas bragas de Victoria Secret para regarlas por la sala. —¿Por qué pateaste mi puerta? ¿Acaso tienes diez años? ¿Después vas a llorar con tu padre diciendo que yo te golpeo cuando tú estás aquí abusando de mis cosas?

Pero el enano hermano de Sara no dice nada, su vista se clava en la persona a mi lado y su gesto se suaviza un poco, se aclara la garganta y se acomoda la chaqueta. No sé si es nada más por la mera presencia de Kate, pero él no se altera como de costumbre, no me dice alguna frase hiriente para sentirse victorioso, no habla y hasta creo que no respira. No sé qué rayos puede estar

haciendo frente a mi puerta, vestido con una chaqueta de cuero sin mangas, mostrando sus brazos llenos de anabólicos, queriendo verse amenazante con su metro sesenta, pero la verdad que ya me estaba comenzando a cansar y esto que hoy me sentía notablemente de buen humor.

—Cambiate la cerradura. —Dice eso tan calmo, como si fuese algo totalmente normal entrar a la casa de otra persona sin su permiso. Como si este fuera su sitio y lo compartiera conmigo. Hasta se ve amable, ni siquiera pareciera el niño de papi que se inventó un maltrato físico para conseguir una jugosa pensión de su ex esposa. Para mi desgracia, Sara le había dado una copia de su llave por una temporada que estuvo viviendo con nosotros. Aunque yo le había dicho que no, aunque él hubiese invadido nuestra privacidad en varias ocasiones y aunque hubiese usado nuestro apartamento como motel para sus ligues. Al parecer, todavía no logra entender que ahora ya no puede entrar y salir de aquí cuando se le dé la gana sin mi permiso. —Solo necesito sacar unas cosas pero tu jodida puerta no se abría.

—¡Por supuesto! Porque esta no es tu casa y entiende que no puedes entrar cuando quieras. —Hasta separo eso último en sílabas en caso de que su pequeño y musculoso cerebro me capte.

—Estás secuestrando las cosas de Sara. Eso ni siquiera es legal ¿Te parece si llamamos a mi padre? Me gustaría saber qué opina al respecto.

Me río irónico, no puedo evitarlo. Quiero decir una frase sarcástica pero Kate está aquí y me da vergüenza que esté presenciando esta tontería. Creo que entre más rápido termine con esto, mejor. Solo espero que se lleve todo y no vuelva a aparecerse nunca más por mi vista.

—Cariño, ¿Te importa si entro? Necesito usar el baño. —De pronto la voz de Kate me llama la atención, y... mi mente vuelve a reproducir lo que acaba de decir. Por un momento me quedo sin hablar nada hasta que siento su mano quitarme las llaves de mi apartamento. Le digo que no hay problema con toda la naturalidad que he podido recoger en este momento. Y ella, abre la puerta, entra a mi apartamento, se quita el abrigo, lo deja sobre el sillón de la sala y se pierde en dirección a mi habitación. Todo lo hace con una familiaridad fríamente calculada a propósito, como si se moviera por este sitio a menudo y sé el motivo por el que lo está haciendo.

Miro a Jonathan y él la está viendo a ella, creo que no se da cuenta que mis ojos están puestos en él desde hace rato y no ha despegado su mirada de Kate, pero no puedo culparlo, Kate se ve excepcionalmente guapa hoy, lleva una falda corta de color oscuro y una blusa sin mangas de algodón, además, unos zapatos de tacón que le hacen lucir unas piernas interminables, tersas y tonificadas. Tal vez sea porque arreglarse de esa manera le asienta verdaderamente bien, o porque el color verde olivo de su blusa le resalta los ojos o tal vez sea su cabello negro que roza sus caderas, en realidad Kate había sido premiada con una buena genética. Aunque ella tenía una

respuesta distinta, cuando estábamos en su apartamento le dije que me gustaba como se ve, entonces, me contestó:

—Estoy menstruando, a todas las chicas nos pasa en estos días. —Me reí. No sé si debía hacerlo o no, pero yo había soltado una carcajada, ya sabía que precisamente no es una mujer con pelos en la lengua pero aquello me había resultado completamente gracioso. —Es la verdad, Roger.

Ella estaba haciendo en ese momento una ensalada de frutas que me ofreció mientras yo le ayudaba a arreglar unos libros que todavía estaban dentro de unas cajas. Había llegado a su apartamento después de la reunión de Margaret, me dijo que estaba arreglando un poco mientras tenía tiempo libre antes de entrar a sus exámenes finales, dentro de unas semanas ya gozaría de su título en Pediatría y yo... bueno, era la imagen de la marca de Monique, ¿es algo, no?

Exactamente eso le dije a Kate, nos reímos un rato y nos burlamos al respecto antes de que me dijese que iba a tomar una ducha y regresara vestida de la forma que lo hace ahora. Cuando le hice el cumplido y me hizo carcajearme con su respuesta me entregó el tazón de frutas y se sentó a mi lado sobre la alfombra.

—¿Y no has pensando en hacer más trabajos como modelo? —me preguntó, pinchó un pedazo de fruta con el tenedor y se lo llevó a la boca. Alcanzó uno de los libros en el estante y lo abrió para sacar un sobre. —Me parece que te ves excelente en esas fotografías de la campaña de Monique. Casi visualizo a todas las mujeres saboreándose mientras miran esas fotos.

Me reí, no pude evitarlo. Algo que tampoco pude evitar fue ver la forma en que la falda dejó al descubierto unas bonitas y tonificadas piernas después que se acomodó sobre la alfombra. Voy a admitir que eso casi logra desconcentrarme, pero intenté desviar mi atención al bowl de frutas en mis manos, entonces le pregunté con picardía:

—¿Es eso es una anécdota personal? —La miré solo un momento mientras dejaba el libro de nuevo en el estante. Soltó una risa, se puso de pie y me dijo:

—Lo es. —Me contestó con un tono cargado de sarcasmo. La miré irse en dirección a la cocina, después se giró hacia mí y habló: —Por tentaciones como tú hay pecadoras como yo.

No sé si fue la forma en que soltó esas palabras que me hizo carcajearme, o como elevó una ceja con esa necesidad de lanzarme una mirada coqueta o la forma sensual en que se giró como ella acostumbra hacerlo cuando bromea conmigo. Me dejó una sonrisa impregnada en el rostro y preferí callarme la siguiente frase que se me pasó por la mente.

Jonathan se da cuenta que mi mirada está clavada en su persona y de inmediato se concentra

en mí. No entiendo por qué no da un paso adelante y saca las cosas que quiere de una buena vez, así salimos de esto rápido y fingimos que nunca pasó. Me apresuro a hablar cuando me doy cuenta que planea quedarse como una estatua:

—¿Y bien? ¿Sacas eso que dices o no? —Lo digo todo con una calma tan natural que yo mismo desconozco. Entro a mi apartamento, mantengo la puerta abierta para que pase y vacilante da un par de pasos al interior. —Apresúrate. Solo tengo diez minutos.

No tengo diez minutos en realidad, tengo el tiempo que quiera porque la casa de Simon puede esperar, sin embargo, no quiero verlo aquí y quiero dejarle en claro que su presencia no es bienvenida. Entro al piso y dejo la puerta abierta para caminar hacia el librero, las cosas que todavía quedaban de Sara eran las que él mismo había dejado regadas sobre la alfombra el día que le pareció buena idea darme un golpe en el ojo. Esa basura la había dejado a un lado del estante, por tal motivo, no me costó encontrarla y le entregué todo a él que no tuvo necesidad de buscar siquiera.

—¿Algo más? —Me dice que no, pero no me despega la mirada de encima, como si quisiera soltar alguna tontería suya, como si deseara que yo mismo cometiera una locura para tener la excusa perfecta y meterme en la cárcel, o pedirme dinero. Entonces, simplemente se va en dirección a la puerta de entrada y se pierde tras ella dándole un fuerte azote.

Idiota.

Finalmente puedo respirar tranquilo y me paso la mano por la cara para despejar la frustración. Me voy a la cocina para tomar una botella de agua que dejo sobre la encimera para posteriormente extraer una manzana del refrigerador. Dejo las dos cosas cerca del lavabo y buscando un vaso en el compartimento superior siento dos brazos rodearme la cintura desde atrás, para después tomar la manzana y la botella de agua.

—Eso es mío. —Le digo, cuando se ha quedado ahí, rodeándome con sus brazos. —Cariño. —Hago énfasis en esa palabra. Escucho una risa de su parte y se separa de mí para después arrastrar una banqueta y ubicarse frente al desayunador.

—¿Entonces qué palabra hubieses preferido? ¿Bebé? ¿Panquecito? ¿Peluchito?

—¿Peluchito? ¿Qué carajo...? —Suelto una carcajada. Extraigo otra manzana del refrigerador y tomo el lugar a su lado cuando está revisando un mensaje que le llegó a su celular. Se pone de pie, dejando el aparato desbloqueado sobre la mesa, sin querer veo el fondo de pantalla que tiene ahí. Es un chico. Un chico tomado de la mano con ella frente a una playa. Es alto, fuerte, con el cabello negro y logro visualizar un tatuaje en su brazo.

—¿Puedo comer helado de chocolate? —Me interrumpe, yo me estremezco y dejo de ver su celular para poner toda mi atención a ella. Aunque no capté muy bien lo que dijo, creo que sé que es lo que me ha preguntado cuando veo mi envase de helado en sus manos.

—Igual vas a comerlo aunque diga que no. —Sé que es verdad y la sonrisa maliciosa en sus labios me lo confirma. El celular se bloquea frente a mis ojos y entonces, me quedo un rato perdido en la pantalla oscura del aparato hasta que veo sus llaves que descansan a un costado. Observo que de ellas cuelga el pequeño estetoscopio llavero que le regalé el otro día y a la par un pequeñísimo álbum en forma de libro que llama mi atención.

Lo tomo entre mis manos para ver lo que hay en el interior y me doy cuenta que son varias fotografías en tamaño miniatura y el primero en aparecer en mi campo de visión es el mismo sujeto que está de fondo de pantalla en su teléfono y cuando quiero pasar a las siguientes, hay más fotografías de él, junto a otras personas, pero siempre él está ahí... en cada una, tomado de la mano de Kate, compartiendo un almuerzo, sin camisa en una piscina.

—Ese es mi hermano. —Escucho a Kate a mis espaldas. De la impresión se me caen las llaves de las manos y con ello el pequeñísimo álbum de fotografías junto al estetoscopio. Oh por Dios. Ni siquiera me había percatado que ella estaba ahí o de que siquiera me estuviera viendo. Ahora, siento vergüenza. El objeto está cerca de sus pies y los dos miramos el mismo sitio. —¿Estás viendo mis penosas fotografías sin permiso?

—¿Lo... siento? —me río un poco, más por pena que diversión en realidad. Kate me entrega una taza con helado de chocolate y recoge el álbum con sus llaves que precisamente han quedado abiertas en la fotografía que estaba viendo. Ella se ríe también y creo que es de mí en realidad. —¿Así que tienes un hermano? —me apresuro a pregunta, intento evitar que ella diga algo al respecto, así que buscando más conversación mientras me pasa el bochorno creo que es lo más inteligente.

—Mellizo en realidad.

—¿Qué? —La miro sorprendido. —¿Estás hablando en serio?

Kate asiente, toma el lugar a mi lado y continúa:

—Y también dos hermanos mayores. Todos hombres. Ya te puedes imaginar el caos que ha significado eso en toda mi vida. —Hago una mueca, porque no me quiero siquiera imaginar por la situación que han tenido que pasar los chicos que han salido con Kate. Si con tan solo el hermano enano de Sara era suficiente para hacerme la vida imposible, no quiero ni pensar cómo hubiese sido con tres.

—¿Qué tan mal les fue a los chicos con los que has salido? —Pregunto con mofa mientras me rio un poco, pero igual me resulta curioso en partes iguales. Me llevo a la boca un poco de helado de chocolate cuando Kate me extiende el álbum y ahí, hay una fotografía de los tres chicos.

—¿Lo dices por... —Hace una pausa, sé que se refiere al idiota calvo hermano de Sara. Entonces le digo que sí, en realidad, y todo lo que se me había pasado anteriormente por la cabeza sobre el sujeto que lleva el nombre de Jonathan. —Bueno, mis hermanos son geniales y... maduros, principalmente. Te encantará conocerlos. —La miro un momento y me rio un poco, pero no digo nada y continúo viendo las fotografías que me está mostrando. Me doy cuenta que en las siguientes están sus padres y el grupo de personas que miraba antes son todos ellos juntos. Todos tienen el cabello negro y aunque no puedo apreciarlo bien, la única que parece tener los ojos claros, como ella, es su madre. Me muestra una fotografía de la señora Rinaldi más joven y me doy cuenta, que es el mismo retrato de Kate.

—Oh, ¿Ella es tu madre? —Kate me dice que sí y no puedo evitar que una risa pequeña se me escape al recordar un comentario antes de dejar la reunión de Margaret. Me había llegado una notificación que provenía de algo escrito en la fotografía que me había etiquetado Kate esta mañana. Una oración simple: «Uhuh ¿Quién es ese bombón?». Cuando vi el nombre del que provenían esas letras, me llamó la atención en especial el apellido: Virginia «Rinaldi». Justo cuando llegué al apartamento de Kate, eso fue lo primero que le pregunté. Sin nada de asombro me contestó:

—Es mi madre. —Tomó mi teléfono, se sentó en el sillón para leer los comentarios y después de ver lo que había escrito, se carcajeó y me dijo: —Sabía que iba a escribir algo así, es algo muy... ella.

No paso desapercibido el hecho de que para mostrarme estas fotografías y comentarme sobre su familia, ella está detrás de mí, con su barbilla sobre en mi hombro y su mano alrededor de mi cintura. Pero ese contacto en realidad no se me hace incómodo del todo, de hecho, es algo que me resulta familiar últimamente y mis dedos se entrelazan con los suyos sobre mi abdomen, un gesto al que no sé cómo nos estábamos acostumbrando y ya incluso me resultaba bastante normal estar así con ella en público.

—Te pareces a ella, mucho voy a admitir. —Además del mismo color de ojos que poseen las dos, tienen muchas facciones en común aunque Kate es como una versión más joven y... más atractiva... me atrevo a decir. Me da un afirmación, se separa de mí al mismo tiempo que dice:

—Esa es la historia de mi vida. Hasta he considerado recurrir a las cirugías plásticas para que dejen de decirme cuánto nos parecemos. —¿También he mencionado que le gusta pensar solo

en decisiones extremas? Esta es una de ellas. La miro en ese momento y me rio un poco por su respuesta, tampoco habla en serio, lo sé. —¿Y cómo es tu madre? ¿Te pareces a ella?

Continúo dándole un vistazo al pequeño álbum y pienso un momento sobre la respuesta a esa pregunta, la verdad que no tengo idea. No sé en realidad si me parezco a ella, tal vez no, porque en varias ocasiones me dijo: «El karma de mi vida, es que te parezcas a tu padre», ni siquiera tuve la necesidad de preguntarle absolutamente nada y ya sabía que las cosas entre ellos no habían terminado nada bien.

Y eso es lo que le digo a Kate. Otra de las cosas que tal vez no debí mencionarle sobre mi vida pero ya lo había hecho. Ahora le había dejado en claro que hasta mi padre me había abandonado... incluso antes de nacer. Aunque se hizo relativamente responsable de mí, desde hace mucho tiempo habíamos perdido todo tipo de contacto, desde que asumió que ya no necesitaba de él, aunque en realidad, nunca lo he hecho.

Me pongo de pie para ir por mi cámara y buscar fotos de mi madre para mostrarle a Kate. Tengo muchas ahí del tiempo que hemos compartido juntos y bueno... ¿Qué se puede esperar de una señora de más de cuarenta que le gusten las selfies? Montones de fotografías.

—¿Y dónde está él ahora? —La escucho cuando estoy sacando la cámara de la gaveta de mi mesa de noche en mi habitación. Cuando la miro está recargada en su hombro contra el marco de la puerta. Sé que se refiere a mi padre, entonces no puedo evitar soltar un bufido y decirle la verdad: No tengo idea. —¿Lo has visto últimamente?

—¿Por Facebook cuenta? —me rio un poco. Reviso la cámara mientras camino en dirección a la sala y escucho los pies de Kate detrás de mí, me giro un poco antes de sentarme en el sillón y continúo: —Antes le daba «Me gusta» a mis fotos, pero desde hace un buen tiempo que no posteo nada nuevo ni uso redes sociales, así que no sé nada más de él. —La verdad es que no me importa saber poco de él. —La única información suya que conozco es que vive con su familia y tiene dos hijos.

—¿Conoces a sus otros hijos? Tienes más hermanos, Roger.

—En realidad no. Me invitó para navidad hace unos cuatro años, pero... bueno, para ese entonces estaba con... —hago un pausa, al mismo tiempo que me dejo caer en el sofá. Kate se queda de pie y cuando la cámara se está encendiendo la toma de mis manos y la verdad es que temo que vea todas las fotografías que tengo con Sara. —Bueno... no... no había tocado esa cámara desde un buen rato y hay fotografías personales ahí.

Me había desecho de todas las fotos de mi celular y de las que estaban en mi mesa de noche. Pero había olvidado que en la cámara hay cinco años de recuerdos que no me acordé de eliminar.

Lamentablemente, no me tomaba fotografías solo, así que en todos mis viajes, mi graduación, cumpleaños... estoy con ella.

—¿Desnudo? —Bueno... no... creo que no... no lo recuerdo.

—Por supuesto que no... —Entonces me rio, no quiero hacerlo pero termino por soltar una risa de esas nerviosas que se me hacen totalmente ridículas. —Bueno, eso creo...

Estoy haciendo memoria si alguna vez me tomé alguna foto comprometedor, pero creo que no lo hice... No lo sé... pero entonces, cuando miro a Kate mostrarme una sonrisa y... me percató... que pudo encontrar algo ahí. Me pongo de pie de un salto e intento quitarle la cámara pero no me lo permite.

Entro en pánico, entonces empiezo a forcejear con ella hasta que queda entre la pared y mi cuerpo. Se está riendo en este momento, lo más seguro es que debe de ser de mí y lo que sea que vio en esa fotografía. La inmovilizo, pero entonces me percató de la cercanía de nuestros rostros, por un momento siento su respiración rozar con delicadeza la mía, cuando deja de reír mis ojos se conectan con los suyos y... por un momento... siento una sensación abrumadora revolverme el pecho y de inmediato miro en otra dirección, algún punto sobre la pared y después le quito la cámara de las manos.

Esta vez no hace resistencia, me entrega el objeto y rápidamente me fijo qué es lo que está viendo ahí. Suelto un suspiro cuando me doy cuenta que en realidad, no es nada. Al menos nada totalmente vergonzoso o eso creo, solamente es una fotografía mía que tomé de la casa de mi madre. Yo de niño, con un diente faltante, la primera vez que gané mi primer medalla en Jiu Jitsu.

—¿Practicaste artes marciales? —Escucho a Kate en ese momento y dejo de ver la foto para mirarla a ella.

—Soy cinturón negro en Jui Jitsu. —Levanta ambas cejas en un gesto que se me antoja sorprendido... o incrédulo. —Pero fue hace mucho tiempo en realidad. Tendría algunos diecisiete o dieciocho cuando gané el último torneo, fue hace casi diez años.

—Oh, vaya. —La miro a ella en ese momento, esboza una sonrisa que le devuelvo cuando nuestros ojos se topan. Bajo la mirada un momento para desviar la tensión que me ha generado estar tan así de cerca y decido volver de regreso al sillón y me dejo caer ahí para continuar aquella imagen que me trae muy buenos recuerdos. —Tienes tus secretos bien guardados ¿eh?

—No es un secreto. —Me rio un poco. —Además fue hace mucho y... casi nadie lo sabe o lo recuerda. —Si Jonathan lo supiera, no jugaría tanto con fuego de esa forma que lo hace siempre que me mira. —Qué importa ya.

—¿Y me enseñarías algo?

—Ni siquiera yo lo recuerdo.

—¡Oh! ¡Vamos! —Kate se inclina hacia mí con una sonrisa y, entonces, una de sus manos se postra en mi pierna. Miro donde en el lugar donde se ubicó su mano, toma mi cámara y pone el lente frente a mi rostro.

—No bajas la mirada. —La escucho y me toma por sorpresa cuando con su propia mano me hace levantar el rostro sosteniendo mi barbilla, de una manera suave. Se acerca más a mí de cuclillas, quedando entre mis dos piernas. Había tomado mi teléfono hace unos segundos, pero entonces, ella me lo quita y lo deja sobre la mesa que tenemos en frente.

—Espera... ¿Qué... Qué estás haciendo, Kate? —No puedo evitar que eso me cause gracia y suelte una risa cuando el flash se dispara frente a mí. Kate me acomoda el cabello con su mano. El contacto de su piel en mi cuero cabelludo me provoca algo intenso por dentro, entonces me dice que mire la cámara. —Kate ¡Vamos! No...

—Solo mira a la cámara. —Me repite y cuando me mira de esa forma a los ojos no puedo negarme a nada. Hago lo que me dice y saca un par de fotos más. Cuando mira una de las fotografías me sonrío y después se deja caer a mi lado sobre el sillón sin despegar sus ojos de la pantalla. —Mira esto. —Me muestra lo que ha tomado y, por un momento, no parece que sea yo. Me miro bastante bien y me pregunto qué le ha hecho esta mujer a mi cámara. —¿Ya te había dicho que me encanta cuán fotogénico eres, cierto? —Me río y le quito la cámara para ver mejor la fotografía. Me agrada, creo que ya tengo nueva foto de perfil de Facebook. —Deberías continuar en esto, creo que el modelaje es lo tuyo, Roger.

—Odio el modelaje. —Me apresuro, porque sé que puede estar bromeando. Solo he estado en una campaña y ya no me quedan nada de ganas de volver. Kate se ríe y niega con su cabeza cuando recuesta su mejilla sobre mi hombro y nos quedamos en silencio, viendo la fotografía.

—Así de bien te ves cuando miras a los ojos ¿Ahora entiendes por qué nunca debes bajar la mirada cuando hablas? —Se endereza, yo la miro un momento intentando comprender lo que me ha dicho. Señala la fotografía y me señala a mí. —Siempre mantén el contacto visual cuando hablas, vas a ser capaz de muchas cosas.

—¿Qué? Yo... siempre... —Una parte de lo que dijo no logro procesar pero la otra parte me hace cerrar la boca porque en realidad... a ver... no es que evite el contacto visual con todas las personas, es con los ella en realidad porque me resulta verdaderamente intimidante y no me ha pasado así con ninguna otra chica, al menos no en esta magnitud, tal vez sea esa mirada coqueta que posee, o esa forma suya capaz de cambiarme el ánimo, o tal vez porque es una doctora

graduada en Harvard. —De acuerdo, ¿Cuál es tu punto?

—Que aparte de ser atractivo, si demostraras seguridad... como en esa fotografía... cualquiera caería rendida a tus pies, Roger. Incluso tu jefa.

Hago una mueca de desagrado y suelto un bufido ante lo último que mencionó. Todo iba genial... rozando lo interesante... hasta que menciona a Margaret, la jefa dragón, la misma mujer que se había encargado de decirme que Sara que casaba el siguiente mes, aunque en realidad no me lo dijo a mí, lo mencionó por teléfono estando yo ahí presente. Aunque, para mi sorpresa, aquello no me había importado en lo más mínimo.

—¿Sabes? Esto me resultaba interesante hasta que mencionaste a Margaret... —me pongo de pie. —Además, primero que nada, yo no quiero que nadie caiga a mis pies. El día que lo necesite, entonces lo tomaré en cuenta. Mientras tanto, seguiré viendo otro lugar mientras me hablas.

Kate me mira con diversión y suelta una risa que me resulta bastante graciosa en realidad. Me acerco a ella y ahora soy yo quién pone el lente frente a su rostro.

—Claro, escribe eso en tu artículo. —Se burla. Espera mi respuesta, con una sonrisa de esas diabólicas que solo a ella le salen tan bien, que la hacen ver hasta adorable e inocente, eso es lo que muestra la fotografía que le acabo de tomar y para evitar quedarme viendo aquella imagen por mucho tiempo finjo indignación y le digo:

—¿Te estás burlando de mi artículo? —Tal vez fue mi gesto demasiado exagerado porque ella suelta una carcajada que no hace más que una risa bastante cómica se me escape, hasta que ambos paramos de reír y nos quedamos en silencio es que recuerdo la gravedad del problema de ese maldito artículo. —Tengo una semana y seis días para terminarlo ¿Qué me sugieres aparte de mantener el contacto visual?

Kate me mira en ese momento, de esa forma que me indica que está pensando en algo y me da terror y pánico por cualquier cosa que se le ocurra. Entonces, se pone de pie, se quita los zapatos y me dice:

—Voy a ayudarte con tu artículo.

Capítulo 23

Para el viernes por la mañana, tengo casi todo el maldito artículo de ligues completo.

Digo casi, porque todavía no estoy seguro si esto es lo que quiero mostrarle a Margaret, en realidad, no parece algo que yo escribiría y sé que Margaret va a notarlo. Desde ayer estoy dándole vueltas intentando encontrarle algún fallo por el que la jefa dragón pueda matarme luego... o en el peor de los casos, reírse mientras se toma una taza de café junto a satanás como me lo he imaginado todos estos días. Deseara que se le olvide el estúpido artículo, que me diga que ya no es necesario hacerlo, que vamos a publicar algo diferente porque esto le ha parecido una completa tontería —porque lo es, seamos sinceros—. Sin embargo, esa idea se va al carajo cuando me encuentro con ella frente a las puertas metálicas del ascensor y me dice:

—Y bien... ¿Cómo va tu artículo, Roger? —La miro solo un momento sin saber qué contestar. Habíamos estado algunos diez segundos sin decir nada mientras esperábamos que descendiera el elevador. Pero ella tuvo que cortar ese magnífico silencio con un: «¿Cómo va tu artículo, Roger?». Había notado que, por algún motivo extraño, Margaret desde hace un tiempo atrás me llama por mi nombre.

Toco el botoncillo que llama al ascensor, de nuevo, y sin querer mis dedos se rozan con los de la jefa dragón quién al parecer había pensado en hacer lo mismo. Quito mi mano enseguida y con indiferencia veo al frente. De reojo observo que Margaret me da un vistazo, pero paso de ella y me apresuro a contestar:

—Ya casi está listo. —Lo digo con una seguridad que yo mismo desconozco, sin pretenderlo hago contacto visual con ella a través del reflejo que nos devuelven las puertas de metal del elevador. La verdad que no le estoy mintiendo, sí había trabajado en el artículo por más de dos días y sí estaba casi listo. Pero, por supuesto, no mencioné que tal vez había recibido un poquito de ayuda, que ¿Cómo conseguir un ligue de una noche? tenía un autor intelectual y era una chica. Que tal vez lo único mío que llevaba era la narración porque fui muy cauteloso en ese aspecto. Margaret era capaz de distinguir entre algo escrito por mí y algo escrito por cualquiera otra persona. Según ella misma, de esa forma evitaba que fuese yo quien creara los artículos de Simon.

Tan así de bien lo conoce.

En fin, tan desesperado estaba por el bendito artículo de mierda que le permití a Kate ayudarme, aunque sabía que eso no estaba bien porque era yo quién se iba a quedar con todos los créditos. A ella pareció no importarle en lo absoluto, pero mantenerlo en secreto tenía un precio:

—Si me enseñas Jiu Jitsu prometo no decirle a nadie. —Me dijo, en ese momento yo estaba un tanto desconcentrado por culpa de ella misma quién se había sentado sobre mis piernas. Fue el lunes después de que Jonathan dejara de molestar y se largara finalmente. Después de que ella me dijo que iba a ayudarme con mi artículo no pensé que hablara en serio, confesé que no tenía ni una palabra y me senté frente a mi escritorio, me tomó por sorpresa cuando ella tomó lugar sobre mí. Al parecer no le importaba en lo absoluto estar en esta posición conmigo. Tengo que confesar que, incluso a mí, me estaba comenzando a gustar esa cercanía. —¿Qué dices? Lo tomas o lo dejas.

Me reí, por supuesto, y también me arrepentí de haberle revelado que soy cinta negra en Jiu Jitsu. No logré sacarle de la cabeza querer aprender artes marciales... conmigo, aunque le repetí una y otra vez que tenía mucho de no practicar absolutamente nada. Ni siquiera a Simon había accedido a enseñarle, porque la única vez que lo intenté (que no fue una clase formal tampoco) terminó con una luxación en el hombro que él mismo se provocó pese a todas mis advertencias. La verdad es que... o Simon es un terrible aprendiz o yo soy un mal entrenador.

—No creo que seas mal entrenador. —Me dijo cuándo le comenté sobre eso. Todavía estaba sentada sobre mis piernas y dejó de ver la pantalla de mi computadora para girarse y volverse a mí. Así de cerca como estábamos. —Eres la persona más paciente que alguna vez haya conocido.

—No es verdad.

—Solo mírate. —Volvió al teclado y continuó: —Soportaste una relación monótona por cinco años de tu vida. Tienes una jefa insoportable a la que, a pesar de todo, sigues obedeciendo y un trabajo que no te gusta pero continúas ahí aunque sea algo que no te mires haciendo por el resto de tu vida.

—Mi trabajo no es malo. —Me defendí. Vale, que mi trabajo no era el mejor del mundo pero tampoco me incomodaba tanto. Al menos antes, cuando no tenía que hacer un artículo como este. —Es genial, de hecho... si tuviera otra jefa y... —hice una pausa, haciendo énfasis en esa última letra —si no tuviera un maldito artículo de ligues qué hacer.

Kate se rio y de inmediato añadió:

—De acuerdo... si tú lo dices...

—Es la verdad. Y en cuanto a mi antigua relación... no fue monótona... —Hice una pausa pensando en si Kate tiene razón en esto y, bueno, al menos los primeros años no lo fueron.

—¿Estás seguro? Porque si opinas eso en serio necesitas a alguien como yo que te muestre lo que es una verdadera relación. Una de esas pasionales... salvajes y atrevidas... —Y me reí, no

pude evitarlo. Tal vez fue por la forma en que dijo eso o quizás la manera en que se carcajeó sin terminar la frase completa. Voy a admitir que me la pasaba muy bien con Kate, creo que es la primera persona del sexo femenino con quién tengo una amistad que me hace sentir bastante cómodo.

—Espera... ¿Me estás invitando a una cita? —Bromeé, a lo que de inmediato ella añadió:

—Si me enseñas Jiu Jitsu, prepárate para las mejores citas de tu vida, bebé. —Me miró y arqueó una ceja.

De acuerdo, acepté enseñarle Jiu Jitsu.

Últimamente, por algún motivo extraño, siempre que pienso en Kate es como si estuviésemos conectados porque de inmediato mi celular suena y por la melodía sé que se trata de un mensaje suyo. He notado que pasa muy a menudo en estos últimos días y se lo había dicho el martes, cuando me llamó por teléfono y yo justo al descolgar me recosté sobre respaldar de mi silla giratoria y le dije:

—¿Por qué siempre me llamas cuando estoy pensando en ti? —Todavía estaba en el trabajo, no me había apresurado a salir porque de todas formas ella estaría de turno y no tenía nada que hacer en casa. Pero siempre manteníamos comunicación, era algo a lo que nos habíamos acostumbrado últimamente, incluso, no podía iniciar mi día sin enviarle un mensaje de buenos días. —¿Qué clase de brujería es esta?

—¿Estás admitiendo que estabas pensando en mí? —Esbocé una sonrisa y miré la pantalla de mi ordenador acomodándome el cabello hacia un lado.

—¿Cómo no hacerlo cuando tengo un mensaje de tu madre preguntándome si soy del tipo de hombre que planea casarse?

—¿Qué? —Y escuché su risa, una carcajada más bien y yo me reí con ella. De hecho, esa mañana me había aparecido una solicitud de amistad de la señora Rinaldi que acepté sin pensarlo y horas después tenía un mensaje suyo que me tomó por sorpresa. Uno que después de un saludo me preguntaba si yo era del tipo de hombre que planeaba casarse, formar una familia y si creía en la monogamia. Hasta ese día no había escuchado a nadie mencionar esa palabra. —Bueno, es mi madre, ¿Qué más podías esperar?

—En todo caso ya le dije que sí, que soy de ese tipo, que quiero una familia y que prefiero la monogamia. —Hice énfasis en esa última palabra. —¿Hice bien?

Y Kate se rio de nuevo. Casi la visualicé con esa expresión diabólica y divertida que le gustaba mostrarme, la misma que había capturado en la fotografía que le tomé el pasado lunes. La

misma foto que no había podido dejar de ver ese mismo día cuando regresé a mi apartamento después de dejarla a ella en el suyo. Esa foto que, voy a admitir, me atrae demasiado, y que ahora era su foto de contacto en mi teléfono, de esta forma, cada que ella me llame lo primero que vería sería esa imagen suya.

Margaret dice algo pero no le presto atención, estoy concentrado en extraer el teléfono de mi bolsillo cuando su celular la interrumpe y comienza a sonar con alguna balada en otro idioma que no conozco y tampoco prefiero conocer. Lo saca de su bolso Chanel y me sorprende ver que después de mirar el teléfono, hace una mueca y corta la llamada, eso es algo muy inusual en ella, sin embargo, comienza a manipularlo y después, la escucho decir:

—Por cierto, Moniq... —Justo en ese momento, me estoy sacando el celular de mi bolsillo y sus palabras quedan suspendidas en el aire cuando algo sale disparado de mi bolsa y choca contra su pierna: Un paquete de preservativos.

Santa mierda.

Miro el paquete de profilácticos en el suelo y siento como la sangre se agolpa en mis mejillas. Maldito Simon. Ya me presentía que algo iba a salir mal cuando esta mañana, después de llegar juntos al Starbucks de la esquina, él tomara —más bien me arrebatara— mi billetera y me mostrara una ristra de preservativos en frente de las dos mujeres que nos estaban atendiendo.

—Simon ¿Qué diablos estás haciendo? —Le dije, casi murmurando porque aquello se me hacía vergonzoso. Comenzó a guardar en mi billetera una cantidad bastante grande, algunos diez o quince artículos que apenas cabían en mi cartera. —¡Simon! ¿Puedes hacer eso... después... en otro momento... o —hice énfasis— en otro lugar? Además, ¡Eso es demasiado! —Señalé la cantidad de profilácticos y él nada más me miró y rodó los ojos.

—¡Buuu! Está bien. —Me dijo, pero entonces, contó cinco, los cortó y los acomodó dentro de mi cartera. —¿Qué? —Habló, con esa inocencia suya que me dan ganas de tomarlo del cuello y sacudirlo algunas veces. —Algún día vas a agradecerérmelo.

—¿Puedes... simplemente... —Forcejeé con él para tomar mis cosas por el grupo de personas que nos estaban viendo. Entonces, el paquete de preservativos se cayó de mi billetera y me tuve que inclinar a recogerlos y guardármelos en el bolsillo para evitar que más personas presenciaran esta escena. No me percaté que fue el mismo donde llevaba mi teléfono celular. Mal asunto. Después me olvidé de ellos, dejé a Simon flirteando con una de las chicas que nos habían atendido y yo había llegado aquí, a comenzar mi día de la peor manera: Golpeando a Margaret con un paquete de condones.

—Lo siento. —Le digo a ella. La jefa dragón también mira lo que ha chocado contra su

pierna, que ahora está cerca de su zapato y yo tengo que levantarlo de ahí, con la cara cubierta de vergüenza y fingiendo toda la cordura que en este momento haya podido recoger. —Yo... no... no... pensé... yo... —Mejor me callo.

Sin ver a Margaret, tomo la ristra de preservativos y rápidamente me los llevo al bolsillo, pero en el intento de hacer eso, no doy con el espacio y el paquete cae de nuevo al piso. Cierro los ojos un momento tirando lejos las ganas que tengo de salir corriendo.

—Hombre precavido vale por dos. —La escucho, quitándome la mirada da un paso al interior después que las puertas del ascensor se abrieran frente a nosotros. Deseara por primera vez en mi vida irme por las escaleras, pero sería imposible cargar con toda esta vergüenza hasta el piso número tres. —¿Y bien? ¿Vienes o no? —Me pregunta y recogiendo el paquete le digo que sí y me ubico a su lado.

Ni siquiera quiero verme en el reflejo de las puertas metálicas cuando se cierran porque me siento patético. Agradezco que el elevador esté vacío y le doy gracias a Margaret en mi interior por no hablar absolutamente nada. Toca el botón de nuestro piso y me acomodo el gorro de mi chaqueta para ver mi teléfono celular e intentar olvidarme del bochorno que justo acabo de protagonizar en estos momentos.

—Escúchame Roger, es muy probable que los padres de Sara frecuenten este edificio. — Escucho a Margaret de pronto. Ella hace una corta pausa para continuar: —Ellos están llevando la parte legal de la venta de acciones a Koen Van Brouwer, pero creo que eso ya lo sabes. Solo quiero decirte que confío en tu buen juicio.

—Sí. —Digo con indiferencia. Y la verdad que me salió tan natural que hasta a mí mismo me sorprende. —Ya me lo has dicho.

—Solo quería advertirte, en caso de que, ya sabes... van a estar aquí y es muy probable que junto a Koen Van Brouwer, en una actitud bastante amistosa porque se llevan muy bien. Eso creo que ya te lo imaginas. —La miro solo un momento y me apresuro a contestar:

—Sí, lo sé y lo entiendo. —Sé a qué quiere llegar, porque no hay otro motivo si ya me ha dejado en claro que le importa una mierda lo que yo opine, estoy casi seguro que está haciendo esto solo para dejarme en claro que ellos sí se llevan bien con el sujeto holandés. Claro, yo también lo hubiese hecho si mi padre fuera un empresario importante y tuviera millones en mi cuenta bancaria.

—Solo te aviso en caso de que te molestes o... —la interrumpo antes de que acabe:

—Margaret, no me interesa lo que hagan esas personas en lo absoluto. —Lo digo con tanta

seguridad que hasta a mí me sorprende que esas palabras salgan de mí de esa forma y vuelvo a concentrarme en mi celular.

Margaret no me dice nada más pero siento su mirada puesta en mí, aunque no despego los ojos de mi teléfono, no me muevo, pretendo que ella me interesa poco y lo que estoy haciendo en este aparato es mucho más interesante, y es que en realidad lo es, cuando miro una notificación de Kate en la fotografía que subí esta mañana, una que me había tomado después de darme una ducha. Era una selfie de espaldas frente al espejo de mi baño, solo con una toalla alrededor de la cintura —pero que, para suerte mía, eso no lograba apreciarse—. Me vi tentado varias veces a borrarla, pero me miraba bastante bien y eso que admitir algo así para mí es casi un milagro. Hace meses que había dejado de ir al gimnasio pero todavía tengo la espalda tonificada. Por tal motivo, me había decidido por compartirla en mis redes sociales y después me obligué a no pensar en ello. Ahora es la fotografía con más reacciones que tengo después de no publicar nada nuevo en los últimos dos años.

Tengo casi cincuenta notificaciones, cuarenta y dos solicitudes de amistad y más de cinco mensajes privados. Uno de Simon que, estoy seguro, tiene que ver con esa fotografía y otros de chicas que ni siquiera conozco de algún lado, dos de ellas logro reconocer que son de este piso, pero el resto no las recuerdo de nada. Ignoro todo eso y me voy directo a la notificación de Kate. No puedo evitar que una sonrisa se me dibuje en el rostro cuando leo: «Bombón» en letras mayúsculas y tengo que apretar mis labios para evitar llamar la atención de Margaret, aunque creo que tal vez haya sido muy tarde, porque cuando levanto la mirada, ella tiene sus ojos puestos en mí. Observo de nuevo mi celular ignorando a la jefa dragón y comienzo a teclear una respuesta cuando escucho a Margaret:

—¿Estás saliendo con alguien? —Su pregunta me toma por sorpresa. De todo lo que Margaret alguna vez se pudo cuestionar de mí creo que tal vez esto haya sido lo último que me esperaba. No por la pregunta en sí, si no, porque me ha dejado en claro que no le interesa mi vida privada en varias ocasiones y, además, me ha dicho que soy pésimo para conquistar mujeres. Creo que eso tiene que ver con los comentarios de mi ahora ex, quién al parecer nunca pudo quedarse callado nada frente a Margaret. Mi respuesta es arrugar mi entrecejo y levantar la mirada para encontrarme con su reflejo a través de las puertas metálicas del ascensor. —Lo pregunto por...

—¿Los preservativos? —Tal vez no debí adelantarme.

—No, por tu interés en tu teléfono celular últimamente... —Sí, no debí adelantarme. La miro un momento directamente a ella y saca un labial de su bolso para retocar el rojo de sus labios. Todo ese momento no me está viendo a mí, solo el reflejo que le devuelve el espejo a un costado. —En realidad, Jonathan comentó algo frente a mí... ayer.

Alto ahí. ¿Qué?

—¿Qué? ¿Jonathan?

—Estaba indignado. —Relame sus labios después de delinearlos y continúa: —Parecía que fuese él quien compartió cinco años de su vida contigo. Dijo que cómo era posible que tú ya estuvieras con alguien más si solo habían pasado unas cuantas semanas desde que Sara y tú terminaron. —Margaret suelta una risita y guarda el labial de regreso a su bolso. —¿Puedes creerlo?

—¿Estamos hablando de Jonathan? ¿El hermano de...

—La futura señora Van Brouwer, sí. —No puedo pasar desapercibido que ha llamado a Sara «la futura señora Van Brouwer» frente a mí a propósito. Y me rio, no sé si por lo patético que me ha sonado eso último dicho por Margaret o por el hecho de que Jonathan esté preocupado porque yo salga con otra persona.

—Eso es una tontería. —No sé en realidad a cuál de las dos cosas me refería como tontería, pero da igual, ambas lo son.

—Lo sé, pero si te sirve de algo, le recordé que su hermana iba a casarse y que tú podías follarte a quién se te daba la gana si así lo querías —Hace una pausa y yo solo pienso en qué información quiere Margaret de mí porque ella no es de las que cuentan cosas porque sí o peor aún, que me defienda. Me limito a ver al frente sin decir nada, ante mi silencio la jefa dragón agrega: —¿Hice bien?

—Así es. Gracias. —Margaret me mira otra vez y aunque yo no le presto atención a ella sé que se queda con la mirada en mí por un buen rato. —Bueno, como te dije, me importa poco todo lo que tenga que ver con Jonathan o con sus padres. Creo que al final de todo Sara me hizo un favor en realidad.

Margaret se queda callada. Tengo que agradecerle esos segundos de silencio porque ya comenzaba a irritarme.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Dice finalmente. Quiero decirle que no, porque ya me imagino qué es eso que quiere preguntarme. No tengo idea de qué contestar, sé que su pregunta tiene que ver con el hecho de creer que yo estoy saliendo con alguien ¿Debería decirle que sí? ¿O tal vez no? Mierda ¿Qué haría Simon en este caso?

—Está bien. Dime. —Sueno tan relajado en realidad, acomodándome mi chaqueta de cuero, esperando lo que sea que a Margaret se le ocurra aunque yo estoy al borde de una crisis mental pensando mi siguiente respuesta.

—¿Es Monique? —Dejo lo que estaba haciendo y la miro.

—¿Qué cosa?

—¿Sales con Monique?

—¿¡Qué!?! —Vale, de acuerdo ¿Qué es todo esto? Me rio, pero esta sí que es una risa de diversión en realidad. He compartido varias fotografías en redes sociales junto a Kate y ella piensa que salgo con una mujer a la que no he visto desde las fotografías de la campaña. Bueno, ahora que lo recuerdo, Margaret no está en mi lista de amistades. Ella misma me había rechazado cuando se la envié hace un par de años y la verdad es que me dio igual. —¿Monique? ¿Es en serio?

—Bueno, a ella le gustan los jovencitos. Y tú ahora estás soltero, pero te aviso desde ya que ella no es de ese tipo que prefiere una relación formal y tú eres de los que se comprometen hasta la médula, así que...

Me carcajeo, no puedo evitarlo. Claro, Margaret aconsejándome, preocupándose por mí. Nunca una plática con la jefa dragón se había puesto tan divertida. Creo que mis risas se las ha tomado a mal, por la expresión en su rostro cuando la miro, así que me apresuro a decir:

—No, no salgo con Monique. —Y vuelvo a reírme. En todo caso, eso no tendría que importarle. Según ella misma, mi vida le importa muy poco. —Además, creo que eso es personal. Salga con quién salga, nunca te lo diría. —Quiero agregarle que nunca volvería a cometer el mismo error. Estoy lo suficientemente arrepentido de haberle presentado a mi ex hace algún tiempo que no quiero volver a tropezar con la misma piedra.

En ese momento mi celular suena otra vez, lo tengo en mi mano cuando entra una llamada y la fotografía de Kate es la que invade mi pantalla. Justo en ese instante las puertas de elevador se abren en nuestro piso, no paso desapercibido el hecho de que Margaret se ha quedado viendo mi teléfono más tiempo del necesario, sutilmente alejo el celular de la vista de la jefa dragón y ella reacciona de inmediato, extendiendo mi brazo indicándole la salida y le digo que yo voy tras ella. Margaret se aclara la garganta, se acomoda el bolso en su hombro y se aleja con esa postura de guardia que siempre mantiene. Cuando pasamos cerca de mi escritorio y me doy cuenta que he perdido la llamada de Kate, Margaret se gira hacia mí acomodándose las gafas de pasta y me dice:

—Más te vale que tengas el artículo completo, te quiero en mi oficina en diez minutos.

Capítulo 24

Margaret había leído todo el maldito artículo sobre ligues completo, ahí frente a mí.

Ni siquiera me dejó irme a mi escritorio, ni siquiera me permitió moverme, ni siquiera pude ir por un poco de café para pasar ese mal rato —aunque estaba pensando quedarme encerrado en el baño todo ese tiempo, voy a admitir—. Margaret había decidido torturarme más a fondo, leyendo el maldito artículo en mi presencia para burlarse en mi cara, para decirme lo patético que le parecía, porque sé que aunque sean buenas palabras hace lo posible por ridiculizar mi esfuerzo, si no tiene errores entonces se los inventa. En eso Kate sí tiene razón, le he soportado demasiado a Margaret pero creo que algún día mi paciencia llegará a su límite.

Aunque hasta ahora, Margaret se ha quedado en silencio, ha leído todo el artículo —o al menos lo que tengo de él— sin ningún tipo de gesto, sin ninguna expresión que delate que aquello le estaba resultando terrible. Nada más se limita a concentrarse en aquellas páginas, se acaricia la barbilla y después me mira a mí. Sé que quiere decirme algo, sé que tal vez aquellas palabras que salgan de ella no sean nada buenas, quizá está pensando en todas las preguntas que tiene por hacerme y una de esas, estoy seguro, es si yo había escrito el artículo.

¿Qué voy a decirle si me pregunta eso? Ni siquiera puedo mentir sin sentirme completamente patético o miserable. Pone el documento sobre la mesa y cruza sus brazos sobre el escritorio después de acomodarse las gafas.

—¿Esto lo escribió Simon? —La escucho decir entonces. De acuerdo, no había pasado dos noches en vela agobiándome a mí mismo, tratando con aquel artículo tan cautelosamente para hacerlo sonar mío, como para que ahora Margaret crea que es de Simon.

—¿Qué? Por supuesto que no. —Entonces me mira fijo y casi entro en pánico. Sabía que aquellas palabras no sonaban mías, ni siquiera yo me miraría haciendo algo de lo que ahí estaba escrito, pero vamos ¿Simon? ¿En serio Simon? Simon escribiría cosas como «Fóllatela hasta el amanecer». Actúo con una seguridad que hasta yo mismo desconozco y me atrevo a decir: —Él y yo ni siquiera tenemos una narración parecida, tú misma lo has dicho.

Vale, si algo bueno tenía esto, es que no tengo que decir mentiras, tampoco es que esté diciendo la verdad pero al menos no le estoy mintiendo, Simon ni siquiera sabe de la existencia de este artículo. Pero bueno, si Margaret tanto se jacta de conocernos, es algo que ya debería saber.

—Parecen cosas que Simon escribiría, sí. —Hace una pausa, chasquea la lengua y vuelve de

nuevo a tomar el documento y concentrarse en el artículo. —Pero con palabras más suaves. Me agrada como abor das el tema sin que suene algo vulgar. Por eso, también dudé que esas líneas provinieran de Simon. Aunque, siendo sincera, también dudaría que son tuyas porque no te imaginaría a ti, Roger Santana, ligando con una chica.

¿Entonces por qué diablos encargarme a mí específicamente un maldito artículo sobre ligues?

¡Por supuesto! Porque lo que ella quería era reírse a mi costa, tal como me lo había imaginado. Después de todo no era una exageración mía como Simon me había dicho, sí era mi sexto sentido avisándome de la catástrofe. Incluso se lo había dicho a Kate, el lunes, cuando todavía sentada sobre mis piernas y mirábamos la serie de palabras que ya había escrito, a mí ni siquiera se me hubiesen ocurrido aquellas letras y ella en un rato ya había terminado dos páginas completas. Le comenté que odiaba el artículo, principalmente porque ya conocía las intenciones de Margaret, además tuve que ser sincero:

—Yo no soy así. —Entonces Kate se giró hacia mí, todavía estaba concentrado en el documento y le hablé nuevamente. —¿Cómo es posible que a ti esto te resulte tan fácil?

—Bueno, crecí entre hermanos varones, recuérdalo.

—No, no quiero recordarlo. —Kate se rio, se levantó finalmente de mis piernas y se dejó caer de espaldas en mi cama. La miré ahí por un rato y sonreí cuando la vi cerrar los ojos.

—¿Cómo es que eres así, Roger? —abrió los ojos y me miró a mí entonces. Arrugué mi entrecejo. —Incluso pareces irreal. —Solté una risa y la miré a los ojos. —Eres tan distinto al resto de hombres que alguna vez haya conocido.

No sé si aquello era bueno o malo, no sé qué tipo de hombre estaba hablando. Entonces, me reí de nuevo y me apresuré a responder:

—No puedo volar o caminar sobre el mar. Así que no, no soy distinto. —Kate me esbozó una sonrisa y negó con su cabeza con una expresión divertida.

—¿Lo ves? Sí lo eres.

La voz de Margaret me saca de mi trance cuando la escucho parlotear y después, me obligo a ponerle más atención solo para escucharla decir:

—Pero entonces me dije: Si yo logré escribir poemas de amor sin haberme enamorado, entonces Roger puede escribir un artículo sobre ligues. Todo buen escritor debe salir de su zona de confort, así que agradéceme ¡Enhorabuena!

No sé qué es peor, enterarme que Margaret escriba poemas o escucharla decir que tengo que agradecerle por ese maldito artículo que me tiene de los pelos, o tal vez, darme cuenta que acaba de felicitarme por una tontería.

—Ok, gracias. —Supongo. Tamborileo mis uñas sobre el escritorio de Margaret en un gesto ansioso. Para nada oculto las ganas que tengo de salir corriendo. —¿Puedo irme ya? Tengo trabajo que hacer.

No le importa en lo absoluto, se acomoda las gafas de pasta, vuelve su vista a la lectura y nada más me dice:

—Cualquier cosa puede esperar. —Oh genial, quisiera escuchar lo mismo cuando me está presionando a última hora del día y amenazándome con no irme a casa si no termino mi trabajo a tiempo. —Esto es más importante, es el artículo del mes.

Qué deprimente.

Si algo tenía que agradecer de todo esto, es que mis artículos iban firmados bajo un pseudónimo. Nadie, nunca, me imaginaría a mí detrás de todas esas letras. En realidad, no quisiera saber la reacción de mis lectores si algún día se llegasen a enterar que yo, su supuesto mentor, soy un fracaso con las mujeres.

No le digo nada a Margaret... como siempre. Entonces me quedo ahí viendo hacia algún punto fijo en la pared deseando que esto se termine. Le doy un vistazo de nuevo a ella y, si no la conociera lo suficiente, diría que incluso parece intrigada, para nada aburrida como siempre se mostraba cuando leía algo mío, no sé si lo hacía a propósito o no, pero eso nunca me lo tomé personal porque también pasaba cuando leía cualquier artículo de Simon. O cualquier otra cosa, en realidad. Pero esta vez, logro notar algo genuinamente distinto, incluso parece que aquello le ha resultado interesante. Tal vez es un tema que está pensando poner en práctica, no lo sé, pero de ella puede esperarse cualquier cosa.

—El aroma es fácil de establecer en la memoria y recordar. —Lee Margaret en voz alta, contengo la respiración por cualquier cosa que se le ocurra decir sobre eso, ella continúa con la vista clavada en los papeles hasta que la escucho decir: —Interesante que hables de lo importante que es para un hombre oler bien. Debería mandarle este artículo a mi ex una vez que salga a la venta.

De acuerdo, no sé si había querido soltar eso como una broma o tal vez lo ha dicho para sonar sarcástica, no lo sé, ¿Quizás espera mi respuesta? ¿Quiere que me ría? ¿Necesita un comentario? ¿Alguien que la anime? Prefiero no hacer nada y me limito a un simple: —Ok. — Sonando indiferente, incluso aburrido aunque no lo pretendo.

Me recargo sobre el espaldar de la silla y miro al techo, cuando miro a Margaret ella me está viendo a mí y vuelve a concentrarse en el documento, habla de nuevo y continúa comentando el artículo:

—La seguridad, el lenguaje corporal... —¡Diablos! Vamos Margaret, puedes leerlo en silencio si gustas, o cuando yo no esté aquí, quiero evitar cualquier cosa que haga salir a flote mi vergüenza y nerviosismo. Continúa: —Los chistes malos, evítalos. Esa me agrada. ¿Conociste a mi ex?

—No, ¿Por qué? —A este punto, no sé por qué estábamos hablando de su ex.

—Esto parece un manual estratégicamente diseñado para él.

De acuerdo, algo me dice que esa relación no terminó para nada bien.

Vuelve a la primera página. Oh mierda. Cuando creí que finalmente este martirio estaba por terminar, Margaret comienza a leer el bendito artículo desde el inicio. Ahora más cómoda, cruza una pierna sobre la otra y su espalda choca contra el respaldo de su silla giratoria. Toma su taza de café, le da un sorbo y vuelve a ponerla sobre la mesa pero esta vez frente a mí.

Justo en ese momento me llega un mensaje que me saca de mi trance, sin verlo ya puedo saber de quién se trata. También puedo imaginarme que tiene que ver con el mismo tema, le había dejado un texto corto a Kate después de perder su llamada, cuando Margaret me estaba arrastrando a esta tortura, mis palabras textuales para ella fueron:

De: Roger.

Lamento no contestar, estoy siendo arrastrado al infierno.

Su respuesta fue:

De: Kate.

Asumo que hablas del despacho de tu jefa.

Tan así de bien nos entendíamos y esto que todavía no conocía a Margaret en persona.

—¿Puedes pasarme más café? —Escucho a la jefa dragón hablarme, levanto la mirada y le doy un vistazo a la cafetera que, debo aclarar, está a dos metros de ella en realidad. Quiero soltar algo completamente sarcástico pero tiene mi artículo en manos, leyéndolo de una forma tan minuciosa que me aterra. Yo tengo alguna hora de estar intentando no entrar en un colapso nervioso por el pánico que me provoca verla inspeccionar aquellas letras con tanta paciencia. Así que prefiero callarme, porque justo en este momento tiene todo su poder sobre mí mientras siga revisando mi documento. —Necesito una buena dosis de cafeína, tal vez no debía trasnochar ayer,

pero... —hace una pausa —... unos amigos —con solo la forma que menciona eso me doy cuenta a quiénes se está refiriendo. —Me invitaron a una fiesta, no pude negarme... era en un yate.

No era necesario que me comentara eso, tampoco que especificara que fue en un yate, pero sé por qué lo está diciendo. Así es ella. Tal vez no esté mal hacerle un café y escupir dentro como hacen en las películas.

—Genial. —Le digo, con tanta indiferencia que hasta yo mismo me asombro por lo natural que ha salido aquello.

—Por favor. —Empuja la taza un poco, hasta que queda cerca de mí. Vale, que ahora sí pienso entrar en pánico, Margaret, nunca, jamás, ha pedido algo con un «Por favor». ¿Qué diablos está pasando?

Me pongo de pie y tomo su taza para ir por lo que me pide sin despegarle los ojos de encima. En realidad no es porque quiera obedecerle, si no, porque tal vez la palabra mágica proveniente de ella me ablande el corazón y vea la necesidad de ir a traerle el maldito café. O quizás es porque no quiero ver a Margaret leer de nuevo mis palabras y cualquier cosa es mejor que estar frente a ella.

Cuando estoy delante de la mesita donde está ubicada la cafetera, miro el estante de fotografías frente a mí, estoy vertiendo el líquido oscuro dentro de la taza y no dudo en darle un vistazo a los portarretratos estratégicamente ubicados por tamaño: Margaret con sus títulos en manos, Margaret en encuentros con empresarios, Margaret haciendo labor social (aunque aquello no le salía para nada natural) Margaret en Inglaterra, Margaret en Toronto, Margaret en un helicóptero.

Esto es algo así como un espacio para su egocentrismo que nada más con darle un vistazo a las primeras imágenes estaba comenzando a cansarme.

Diviso un portarretratos que está caído hacia adelante y mi parte obsesiva compulsiva quiere acomodar el objeto estratégicamente ubicado como los otros. Cuando lo levanto para ponerlo junto al resto, me doy cuenta que es muy probable que hubiese estado así a propósito.

Es una fotografía de Margaret, lo que no es nada sorprendente en este sitio donde pone en evidencia que se ama a sí misma, pero no es todo, junto a ella está Sara, mi ex, de fondo hay una serie de palabras que se leen: «Primera despedida de soltera», también a su otro costado está Wendy y a la par de esa última está una de las chicas con las que acostumbraba salir a menudo últimamente, nunca la llegué a conocer, cabe destacar, porque en los últimos meses solo existían excusas, hablaba que necesitábamos espacio y ya no me incluía en sus vacaciones.

No puedo evitar ver a Sara, pero no porque sienta algo o me provoque algún afecto, en realidad es porque ya no me despierta absolutamente nada. No hay algo dentro de mí que la extrañe como lo hacía hace tres semanas. Sara está mucho más delgada, se ha teñido el cabello en un tono mucho más claro, se inyectó los labios por lo que logro notar y también lleva la piel bronceada. Tal vez ese sea el motivo por el cual no puedo sentirla como aquella persona que amaba hace un tiempo, porque incluso parece otra mujer en realidad. Dejo el portarretrato como estaba cuando escucho a Margaret ponerse de pie y le doy un rápido vistazo para darme cuenta que está tomando una serie de papeles sobre su mesa.

Mi teléfono me anuncia una notificación, recuerdo el mensaje de Kate hace un momento y cuando lo extraigo de mi bolsillo lo primero que veo ahí es el texto que me llegó hace unos minutos, su nombre parpadea en el centro pantalla y me hace esbozar una sonrisa cuando leo:

De: Kate

¿Sigues vivo? ¿Tengo que ir buscarte a la morgue?

Dejo la taza de Margaret sobre la mesita para contestarle:

Para: Kate

Para mi desgracia sigo vivo. Ahora tengo que prepararle café a mi jefa. Pero si no contesto por la tarde, ve por mí a la morgue

De: Kate

¿Y busco signos de violación?

Para: Kate

Prefiero tirarme por la ventana antes que dejarme tocar por Margaret

Kate me envía un emoticón de risa que incluso a mí me divierte, escucho la voz de Margaret a mis espaldas causándome un susto de muerte haciendo que mi celular caiga cerca de los pies de la jefa dragón. Agradezco que se apague en el acto, porque Margaret lo está viendo y casi me provoca un paro cardíaco pensar que por poco logra ver esa conversación que me declararía por muerto. Casi estoy hiperventilando cuando la escucho decir:

—Te preguntaba si sabes cómo puedo recuperar la contraseña de mi email. —Sin ningún tipo de expresión, pasa del teléfono directo a la fotocopidora que tiene en su oficina. Cuando me he recuperado del shock y levanto el aparato del piso, mi cerebro reproduce la pregunta suya y me apresuro a responder:

—No, pero conozco a alguien que sí. Si te interesa. —Y esa persona era Linda, la amiga de

Kate.

La verdad que no sabía que aquella chica es Ingeniera Informática y trabaja para alguna empresa extranjera multimillonaria desde su casa. Ayer cuando fui por Kate después de mi jornada de trabajo terminó convenciéndome de acompañarla a casa de Linda. Me había enterado de la profesión de la chica cuando ella misma me dijo que me había enviado una solicitud de amistad a mi red social y Kate me advirtió:

—Si recibes algún link de parte de Linda en un mensaje, no lo abras. —Arrugué mi entrecejo y las miré a las dos. Estábamos en el balcón de la casa de Linda, y cuando probé el asado que había preparado las ganas de irme se esfumaron. También estaban Brenda y la otra amiga de Kate que desgraciadamente me recordaba a mi jefa, pero ellas estaban con sus respectivos acompañantes, por tal motivo no nos estaban poniendo atención ni un poco.

—¿Qué? ¿Por qué? —Pregunté curioso. Kate se rio y cuando estaba a punto de decirme algo, Linda corrió hacia ella y le tapó la boca.

—¡Kate! ¡Cállate! —Entonces miró alrededor, no entendí en ese momento, pero después me imaginé que estaba buscando al sujeto abogado que según ella misma solo se follaba nada más, se había disculpado para ir al baño solo unos segundos antes. —Julio no tiene que enterarse. ¿Acaso tú no quieres saberlo?

—Esperen... ¿De qué están hablando? —Pregunté, un tanto alarmado también. Entonces, Kate quitó la mano de Linda de su boca y me dijo:

—Linda puede entrar a tu computadora.

—¡Kate! —Otra vez le tapó la boca y un tanto desconcertado me volví a ella. —Ahora no sabremos qué tipo de pornografía es la que le gusta a Roger.

—Yo ni siquiera miro pornografía.

—Y eso es verdad. —Recalcó Linda, cuando finalmente se separó de Kate y se sentó en la banqueta frente a nosotros. También añadió: —Roger me permitió ver su computadora el último día que fuimos a su apartamento. Pero igual, pensé que era un error del sistema ¿Qué hombre no mira porno? ¿Por qué no miras porno?

—Porque no me interesa ver porno. —Hice memoria sobre el momento ese que dice le presté mi computadora, pero hasta ahora no lo recuerdo. —¿Por qué hurgaste en mi computadora?

—Solo fue curiosidad. —Entonces, para cambiar el tema, desvió la conversación: —A Simon le gusta ver pornografía con tríos.

—¿Qué?

—Pero no le digas que te dije esto, por favor.

Espero que Margaret me dé una respuesta en el momento que estoy encendiendo mi teléfono y respiro aliviado cuando aquella pantalla aparece frente a mis ojos. Margaret está sacando unas fotocopias de algo y entonces, sin volver a mí, me dice:

—¿Puedes pasarme su contacto? —Le digo que sí. Aunque tenía que advertirle a ella antes lo que supone trabajar para Margaret, aunque sea por unas cuantas horas. —Por cierto, ¿Podrías prepararme dos cafés más? Tendré visitas y creo eso ya lo sabes, actuarás como mi asistente. Harás todo lo que yo te diga y solo límitate a escribir las cosas importantes que escuches como en todas las reuniones que vas conmigo. —Detengo mi labor de buscar cualquier falla de mi teléfono debido a la caída y la miro.

—¿Qué? Por supuesto que no. —Entonces, se vuelve a mí. Con una mirada de furia que no me pasa desapercibida, pero ahora, por algún motivo extraño, aquello no se me hace nada intimidante. En lugar de eso, me provoca querer decirle que no de manera más contundente por que no pienso hacerlo. —Si no mal recuerdo, estoy contratado para crear artículos en tu revista, no para servir café o ser tu asistente ¿O me equivoco?

Margaret da un paso adelante, con tanta determinación que en otro momento y otra ocasión, o incluso, hace unas semanas atrás, me hubiese intimidado. La jefa dragón se planta frente a mí, mirándome directamente a los ojos y dice:

—Últimamente te gusta jugar con fuego ¿No es así? Porque te recuerdo que puedo quitarte ese trabajo que tienes si quiero. Solo has tenido este empleo, fui la primera persona que te ofreció algo, al menos relacionado con tu carrera universitaria. Sabes que bastaría una mala recomendación de mi parte para que no vuelvas a trabajar en años ¿Cierto? ¿No lo habías pensado?

Estoy comenzando a odiar a Margaret y ese no es ni siquiera un sentimiento muy usual en mi persona.

—Entonces voy a correr el riesgo. —Vale, como dije una vez, no es común que yo le hable de esta forma a Margaret, al menos antes. Hace unas semanas, incluso, ni siquiera me hubiese atrevido a llevarle la contraria. Pero como también había mencionado, sabía que en algún momento mi paciencia iba a comenzar a agotarse. A veces pienso que es mejor quedarse sin empleo que trabajar para Margaret. —¿Puedo irme?

Alguien toca la puerta de la oficina de Margaret y su siguiente acto es dar un paso hacia

atrás, sin despegarme los ojos de encima, sin importarle quién está allá afuera, es después de un rato que suaviza sus facciones y grita:

—Adelante. —Solo es en ese momento que deja de verme. Y entonces, prefiero irme de ahí antes de que las ganas de salir corriendo y no volver a poner un pie en este piso se apoderen de mi persona. Después de todo tengo que pagar la renta de alguna forma.

La puerta se abre, primero es un hombre vestido de negro el que hace acto de presencia y, posteriormente, Koen Van Brouwer, pero no es todo, junto a él están las dos últimas personas que me gustaría ver hoy: El señor y la señora Escribano.

Elizabeth, la madre de Sara, está tomada del brazo del hijo del empresario holandés. Ambos señores se percatan de mi presencia y, aunque no lo pretendo, hago contacto visual con ambos. La señora Elizabeth, me saluda con una sonrisa incómoda que yo intento corresponderle aunque más bien parezca un gesto forzado que ni siquiera me importa mejorar. Admito que hace algún tiempo le tuve bastante cariño a esta señora, iluso de mí, después de haber sido testigo de cómo Sara me ponía el cuerno con este sujeto, ahora se pasea por la misma empresa que yo trabajo del brazo suyo.

Prefiero ignorarlos, obviar el hecho de que los conocía de algún lado y me despido de ellos como lo haría con cualquier desconocido. No es mi intención mirar hacia atrás cuando estoy cerrando la puerta de la oficina de Margaret a mis espaldas, sin embargo, cuando doy un vistazo para nada intencional me encuentro a la madre de Sara mirándome fijamente hasta que la pierdo de vista en el instante que la madera blanca queda entre nosotros.

Camino hacia mi cubículo y me dejo caer en mi silla giratoria después de soltar un suspiro. Me recargo en el respaldar viendo la lámpara en el techo justo sobre mi cabeza y una llamada entra a mi teléfono en ese instante, lo saco de mi bolsillo para encontrarme con el nombre de Monique brillando en mi pantalla. Frunzo el ceño y entonces descuelgo sin dudar.

—Hola. —Saludo, no escucho a nadie por un momento del otro lado. Hasta que finalmente se escuchan unos pasos y después la voz de Monique inunda mis oídos.

—Roger —me habla, con ese entusiasmo tan característico suyo que me aterra. Ella siempre es así, es como si todo el tiempo estuviese de buen humor, todo lo contrario a Margaret en realidad. —¿Has leído el correo que te envié?

—Espera, ¿Qué correo? —Vale, que había estado encerrado en la oficina de Margaret por más de una hora, no había podido revisar absolutamente nada. —Ahora mismo estoy llegando a mi cubículo.

Enciendo la Mac al mismo tiempo que escucho a la pelirroja hablar, estoy esperando que el aparato se encienda, de inmediato me voy a la dirección de mi correo y en instantes estoy poniendo mi contraseña:

—¿Margaret no te ha dado mi recado?

Solo con escuchar el nombre de Margaret ya sabía que tenía algo que ver en todo esto.

—No, no lo hizo. —Entonces la escucho suspirar. Algo me dice que Margaret no quiso decirme nada de su parte a propósito.

—Bien, no importa. No me sorprende en realidad. Entonces léelo con calma, escúchame, esto es algo muy importante. Piénsalo bien. Una vez que acabes de leer el correo, avísame ¿Te parece?

Le digo que sí, entonces cuelga. Creo que me he quedado conteniendo la respiración más tiempo del que debería y comienzo a sentirme mareado cuando estoy leyendo las primeras líneas del correo de Monique. Algo llama mi atención en el cuerpo de ese mensaje, algo ahí resaltado en negrita me hace volver a leer de nuevo, tal vez unas tres veces más para cerciorarme que lo que estoy leyendo es real y no es una jugada de mi confundido cerebro al reconocer ahí dos palabras: Paco Rabanne.

Cuando me considero que sí, he leído todo correctamente, comienzo a teclearle mi respuesta a Monique, preguntándole qué diablos es esto de lo que me está hablando, por supuesto que se lo digo con palabras más sofisticadas y profesionales, pero igual lo borro y lo vuelvo a redactar unas dos veces más hasta que considero que está listo y se lo envío.

Estoy leyendo de nuevo el correo, esta tal vez sea la cuarta vez y hasta creo que ya me lo estoy comenzando a memorizar. La respuesta de Monique solo tarda un par de minutos y lo único que me pide es llegar a su oficina con cierta urgencia. Y es lo siguiente que hago, aprovechando que Margaret no está disponible y el elevador está vacío.

Justo cuando las puertas se abren en el piso de la empresa de Monique, lo primero que mis ojos encuentran es mi fotografía para la campaña, esa que se publicita por todos lados. Todavía no me acostumbro a verme ahí, en grande, así que ignorándome a mí mismo y esa mirada de hombre de revista bajo unas gafas, camino directo al despacho de Monique. En el camino, varias personas me saludan con una familiaridad que me aterra, una de las chicas me dirige a la nueva oficina de Monique y mantiene la puerta abierta para que yo pase. Casi de inmediato me doy cuenta que yo estoy en la pared de la oficina de la diseñadora, junto a mí hay otros modelos con los que ha trabajado anteriormente, o eso creo. Monique se pone de pie de inmediato, con una gran sonrisa se acerca a mí, pero no está sola, a la par de su silla está una mujer rubia, delgada, con

traje ejecutivo que se pone de pie y me regala una sonrisa.

—Es él. —Le dice a su acompañante. Monique me un beso en cada mejilla, un saludo europeo al que todavía no terminaba de acostumbrarme. Se da media vuelta tomándome del brazo. —Él es Roger, la estrella de mi campaña. Roger, ella es Judith, la representante de Paco Rabanne.

La mujer me saluda con un asentimiento y rodea la mesa para saludarme a mí, por su acento sé que también es extranjera. De acuerdo, no pensé que la mujer iba a estar aquí pero creo que estoy comenzando a entender más cosas. Margaret sabía de esto, por ese motivo no quería que yo leyera el correo, no quería que yo estuviera aquí mientras la representante de Paco Rabanne estaba presente, por eso había preferido encerrarme en su oficina con la excusa del maldito artículo. Tal vez Simon me dijera que estoy exagerando, pero como dije, mi sexto sentido jamás me falla.

—Hasta que finalmente te conozco en persona. —La mujer que ahora sé que lleva el nombre de Judith me habla. Rodea la mesa de nuevo y toma el lugar que estaba. Monique me invita a tomar lugar frente a la rubia. La observo sacar un puñado de papeles, después, cruza sus brazos sobre el escritorio y entonces, me dice:

—Si ya leíste nuestro correo entonces mi propuesta no debe ser ninguna novedad. Roger, queremos que tú seas la imagen de nuestra nueva fragancia: Invictus.

Capítulo 25

Para el viernes por la tarde, estoy firmando el contrato con Paco Rabanne.

Me había pasado toda la tarde de ayer, parte de la noche y la madrugada del día de hoy meditando en lo que iba a hacer y por qué no debería hacerlo de todas formas. Pero aquí estoy, firmando con una de las marcas más importantes, aunque cuando dejé la oficina de Monique ya estaba pensando en aceptarlo porque las palabras de Margaret todavía estaban frescas en mi mente. Mucho más, cuando al llegar a mi piso me encontré con la jefa dragón y las otras tres personas que prefiero no mencionar, riéndose a carcajadas, hablando todos con una familiaridad que no se me hace desconocida, todos ellos me vieron llegar, especialmente los padres de mi ex que por algún motivo se me quedaron viendo más tiempo del necesario y, me di cuenta que, si tengo que estar pasando por esto el resto de mi vida definitivamente no quiero seguir trabajando para Margaret.

Tampoco es que quisiera ser modelo, eso ni siquiera estaba en mis planes, tampoco me vería ejerciendo de eso el resto de mi vida. Ni siquiera me gustan las sesiones fotográficas, ni las redes sociales, mucho peor las selfies, pero Kate tenía razón en algo, por ese motivo últimamente no se me ocurría tomar una decisión sin consultárselo a ella antes, Kate es de ese tipo de persona que sabe exactamente qué palabras decir para verle el lado bueno a las catástrofes así como también convencerte para lanzarte a una.

—Guau. —Fue su primera reacción cuándo le conté todo y le mostré el contrato. La había llamado exactamente cuando dejé la oficina de Monique, incluso antes de entrar al ascensor camino de regreso a la revista de Margaret. Estaba tal vez un ochenta por ciento decidido a aceptarlo, pero siempre necesitaba una opinión cuerda, una que no fuera cegada por las palabras de Margaret como la mía. —Definitivamente tienes que hacerlo, Roger.

—Ya estaba esperando esa respuesta. —Aunque la esperaba después de que le contara sobre mi altercado con Margaret, pero al final me decidí por guardarme aquello para mí mismo. Así que sentados en aquella mesa de la cafetería del hospital, le había dicho únicamente todo lo relacionado a la propuesta que había recibido esta mañana. —No lo sé...

—¡Es Paco Rabanne! Si no aceptas no te lo perdonaría... nunca. —Me reí y tomé el contrato de nuevo en manos. Le di un vistazo otra vez y entonces, la escuché mencionar algo que después de meditarlo un poco, me di cuenta que es muy probable que no sea tan descabellado como parece. —Míralo de esta forma: —Se acomodó en su lugar frente a mí y cruzó sus brazos sobre la mesa para mirarme fijo: — Es publicidad para ti mismo, tus redes sociales están creciendo.

Crearás una base de seguidores, esto te llevará a que otras compañías se interesen en ti, y quién sabe, puedes conseguir un trabajo que sí te apasione.

No tuve un argumento en contra de eso. Entonces me limité a ver de nuevo el bendito documento legal y dije, más bien, pregunté:

—Entonces ¿Me estás aconsejando hacerlo? —Sin cambiar de posición, nada más asintió con la cabeza y después le agregó:

—¡Por supuesto! Además es Paco Rabanne. —Dejé el contrato de nuevo sobre la mesa y tomé la misma pose suya, con los antebrazos cruzados importándome poco que tenía el documento debajo de mí. La miré a los ojos con una media sonrisa y Kate, nada más, enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Entonces voy a hacerlo. —Kate dio un aplauso en el aire, me apuntó con su dedo índice y entonces añadió:

—Pero no te comprometas mañana después de tu jornada de trabajo.

—¿Qué hay mañana después de mi jornada de trabajo? —Tomé el contrato de nuevo en mis manos y la escuché decir:

—Mis clases de Jiu Jitsu. —Me reí, sin poder evitarlo. Creo que nunca va a olvidar las clases de Jiu Jitsu, más me vale a mí mismo comenzar a actualizarme, no sé cuánto tiempo tengo de no practicar absolutamente nada de artes marciales. A mi ex novia le parecía demasiado arriesgado y hablaba sobre no estar tranquila si yo practicaba esas cosas, por eso lo había dejado. Aunque mi excusa en ese momento fue el problema en mi rodilla, el verdadero motivo fue Sara.

—Vale, de acuerdo. —Y extendió su mano indicándome que tenía que cerrar el pacto y la tomé sin vacilación con una sonrisa. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que tuve planes un viernes por la noche, pero era bueno salir de la rutina aunque fuese solo para unas clases de Jiu Jitsu. —Mañana después del trabajo. ¿En tu apartamento o en el mío?

—En el tuyo o en el mío, da igual. ¿Dónde te sientes más cómodo?

Al final acordamos que sería en su apartamento.

Cuando he terminado de firmar todos los documentos con las pautas establecidas por Paco Rabanne y otras que me aconsejó el abogado de Monique (porque ella misma me puso a disposición su abogado en caso de que yo necesitara ayuda en algún asunto de lo establecido. Algo que no debe saber Margaret por supuesto porque sin duda se inventaría cosas absurdas) la mujer rubia sigue hablando más cosas de la campaña, de la nueva fragancia, explicándome cómo

vamos a trabajar y sobre el acuerdo del jugoso adelanto que figura en el contrato.

Cuando finalmente todo queda claro y miro mi reloj, salgo disparado del despacho de Monique porque no quiero tener que darle explicaciones a Margaret, ella debería estar en una reunión ahora y no está demás llegar antes que ella para evitar problemas y tener que hablarle de lo que estaba haciendo. Aunque a este punto ya debe saber que puedo estar con Monique, porque me ha visto hablar con ella esta mañana mientras abordábamos el elevador, después había llamado a su amiga por teléfono y según me dijo Monique, ella le había preguntado sobre mí y el contrato con la marca de perfumes:

—Margaret me preguntó si habías aceptado la oferta. —Me dijo, cuando llegué a su piso a la hora que habíamos acordado. Monique estaba en la oficina cerca de la entrada y se aproximó a mí para guiarme hasta su despacho. Monique es una persona distinta a Margaret, siempre me saluda con entusiasmo, me hace sentir relajado y no me siento incómodo con su presencia, al menos ya no. —Le dije que estaba en una reunión e iba a llamarla después. La verdad que no estoy nada contenta con ella después de dejarme esperando y me aseguró que te daría mi mensaje, no lo hizo.

—Margaret es así. —Eso fue lo único que le dije. Seguí sus pasos y se giró hacia mí al mismo tiempo que abrió la puerta. Continuó:

—Me hace pensar que no quiere que dejes de trabajar para ella, nunca. Se siente horrorizada con el hecho de que estés consiguiendo mejores oportunidades. Debes de ser un asistente muy eficiente para que Margaret se comporte de esa forma. —Entonces me reí, no sé si por lo que dijo antes o por lo último que soltó, así que me apuré a aclarar una cosa:

—Yo no soy su asistente.

—¿En serio? Es lo que ella dice. —Monique me tendió la mano en dirección a la silla frente a su escritorio, tomó unos papeles y se sentó en su respectivo puesto cuando yo también tomé el lugar indicado. —Deberías aclarárselo antes que lo riegue por todo el edificio.

—¡Oh! Lo he hecho, al parecer no es muy efectivo.

—Entonces, no entiendo por qué se comporta raro cuando estoy hablando contigo, por un momento creí que se debía a que teme que yo me robe a su asistente.

—Creo que... —hice una pausa, pensando si decir esto o no. Me decidí por lo primero. —Eso se debe a que ella piensa que tú y yo salimos.

—¿Por qué dices eso? —Parecía interesada cuando mencioné esas palabras, dejó de ver los papeles y se concentró en mí acomodándose las gafas de pasta.

—Me lo preguntó, ayer. Así tal cual, si yo salía contigo...

—¿Qué? —Entonces Monique soltó una carcajada. Dejó los papeles a un lado y se cruzó de piernas recargándose en el respaldar de su silla giratoria. —Es la excusa más tonta que he escuchado de su parte para intentar sacarte información sobre tu vida. Te apuesto que lo que quería saber en realidad era si salías con alguien y si es posible sacarte un nombre.

—¿Eso crees? —no suena descabellado después de todo.

—Sí, porque Margaret conoce a Krista... mi novia. —Y yo enarqué una ceja, no sé si en realidad fue por saber que Margaret quería información sobre mi vida o por darme cuenta que en realidad a Monique le gustan las mujeres.

—¿Novia?

—Sí, prefiero a las chicas. —Me sorprendí, claro que lo hice. También cuando me mostró una foto de ellas dos juntas, me di cuenta que la chica parece una modelo y me dijo que trabaja como productora de televisión en Los Ángeles, California. —Aunque soy perfectamente capaz de ver cuando un jovencito es apuesto y bromear con ello. Pero es todo, así que me parece absurdo que Margaret me use para estas tonterías.

A mí también me parecía un completo disparate y hasta hoy no lograba comprender el motivo de Margaret. No es como que en realidad le importara mi vida, ella misma me lo había dejado claro en varias ocasiones, así que no, no terminaba de comprender esa actitud.

—Por cierto, ni se te ocurra hacer planes mañana. Es la fiesta del lanzamiento de la línea y tienes que estar ahí sí o sí.

Mierda, tenía la esperanza que la maldita fiesta hubiese sido cancelada.

En fin, cuando estoy entrando al elevador mi celular suena indicándome un mensaje. Me doy cuenta que es un texto de Linda, la amiga de Kate, ayer le había dado su contacto a Margaret y me di cuenta que sí se había comunicado con ella cuando me envió un mensaje preguntándome si Margaret seguía siendo una perra, le contesté: Siempre. Cuando presiono el botón que indica mi piso, miro la pantalla de mi celular y observo las palabras de la chica ahí:

De: Linda

¿Adivina qué tipo de pornografía le gusta a tu jefa?

Arrugo el espacio en mi entrecejo y antes de poder escribir algo un nuevo mensaje me interrumpe.

De: Linda

Hombres negros con pollas de treinta centímetros.

Me quedo viendo el mensaje un largo rato y por un momento me siento perdido. ¿Qué rayos?

Para: Linda.

¿De qué estás hablando?

De: Linda

Tu jefa es una golosa.

Ni siquiera sé que contestarle ahí. Ahora el hecho de saber que Margaret mira porno me ha descolocado, aturdido y desorientado. Entonces, comienzo a teclear lo primero que se me viene en mente.

Para: Linda

¡Oye! No puedes andar por ahí hurgando la computadora de las personas.

De: Linda

¿Qué? ¿Acaso no querías saber?

Para: Linda

¡Por supuesto que no! Ahora cada que mire a Margaret recordaré que le gusta ver pornografía con sujetos súper dotados.

De: Linda

¿Súper dotados? ¿Por qué no dices «polla grande» y ya?

Para: Linda

No me gusta esa palabra.

De: Linda

Oh Dios, está bien, tipos «súper dotados»

Ahora bien, ver porno es algo normal ¿Por qué tú no miras porno?

Para: Linda

¿Para qué quiero ver porno? Ni siquiera tengo pareja.

De: Linda

¿Entonces si tienes pareja sí miras porno?

Para: Linda

Si tengo pareja no tengo necesidad de ver porno.

De: Linda

¡Diablos! ¿Pero sí has visto porno al menos?

Para: Linda

Sí he visto porno, como cualquier persona. Pero no le encuentro el sentido. ¿Qué satisfacción puedes encontrar con ver dos personas follar nada más?

De: Linda

¿De qué planeta vienes, Roger? Pareces un robot que no disfruta del sexo.

Prefiero no contestar y estoy a punto de guardar mi teléfono de regreso en mi bolsillo cuando otro mensaje suyo abarca mi pantalla y me veo obligado a responder cuando miro:

De: Linda.

Por cierto, Margaret te ha buscado en Facebook. Todos los días.

Para: Linda

¿Qué?

De: Linda

Ni siquiera son amigos en Facebook ¿Por qué buscarte para ver solamente tu foto de perfil y tu portada?

Me quedo pensativo un momento, hasta que vuelvo a recibir otro mensaje suyo.

De: Linda

Está llegando a la oficina. Te sigo contando después.

Para: Linda

¿Margaret?

De: Linda

Sí y está preguntando por ti.

Oh Dios, significa que ya dejó la bendita reunión y no fue todo el día como había dicho. Solo espero no encontrármela en el piso cuando llegue y poder decir que estaba en el baño o pasar

desapercibido, pero para mi mala suerte cuando las puertas metálicas se abren a la primera que miro es a ella, a una distancia prudencial hablando un tipo encargado de maquetación. De inmediato los ojos de la jefa dragón me enfocan a mí y me mira fijo cuando doy un paso dentro de la sala.

Vuelve a concentrarse en el sujeto que tiene en frente sin siquiera darme una mirada de reproche, me sorprende en realidad, tal vez sea la nueva actitud de indiferencia que he adoptado con ella o quizá hoy es uno de esos pocos días que ella está de buen humor, no lo sé, pero me da tiempo de ir a la cafetería del piso, prepararme una bebida y volver a tiempo para recoger una pila de papeles revisados de mi escritorio que le pertenecen a la jefa dragón.

Ella me hace un gesto con su barbilla cuando me mira aparecer de nuevo. Le da un vistazo a los folios que tengo en manos y me indica que los deje en su oficina. Camino en dirección a su despacho, solo escucho sus pasos detrás de mí y abre la puerta antes que yo llegue hasta ella. Algo extraño en realidad.

—Por cierto, ¿Dónde rayos estabas? —Oh genial. La puerta se abre y observo ahí a Linda, sentada en el escritorio de Margaret, cuando me mira pasar esboza una sonrisa y me saluda desde lejos. Hago lo mismo y la jefa dragón me indica donde dejar cada cosa. —Se supone que deberías estar aquí, haciendo tus quehaceres.

—Y ya están hechos. —La interrumpo. Ella no dice nada, se limita a observar los papeles que he dejado cerca de su computadora. Le doy un trago a mi café y la escucho decir:

—Por cierto, recibí el artículo completo. —Ni siquiera recordaba el maldito artículo. Pero sí, ayer había logrado terminarlo todo, revisarlo y quitarme de encima las ganas de borrarlo y volverlo a hacer. Se lo había enviado, a tres semanas completas desde que Margaret me otorgó ese castigo. Me sentía tan bien por terminarlo a tiempo que cada que lo recordaba me daban ganas de abrazar a Kate en agradecimiento. —Voy a admitir que superó mis expectativas.

—Genial. —Eso es todo lo que le digo, tal vez debí decir gracias pero me importa poco, no tengo porqué agradecerle algo que utilizó para martirizarme por tres semanas. —¿Puedo irme? — Por un momento no dice nada, sigue con sus ojos clavados en los papeles que está revisando hasta que finalmente los deja en su lugar y me dice:

—¿Estás disponible hoy? Después de las seis. —¿Hoy? Después de las seis. Ni de coña. — Tengo una reunión importante y necesito que me acompañes para...

—Lo siento, no puedo. —Le corto, con una seguridad que sigo desconociendo en mí, pero no voy a hacerlo, ya fue suficiente tiempo siendo la marioneta de Margaret que no me quedan fuerzas ni ganas para continuar. Aunque no tuviera planes para hoy, no lo haría. Hay tantas personas en

este piso como para ser el único que tenga que hacer horas extras porque a Margaret así se le apetece.

Entonces, antes que la jefa dragón pueda hablar, Linda interrumpe:

—Roger tiene compromisos. —Los dos la vemos a ella, tiene la vista clavada en el monitor y teclea a toda prisa sin prestarnos un poco de atención. Margaret me mira de nuevo a mí y después otra vez a ella para preguntar:

—¿Contigo? —Margaret ni siquiera ha terminado de hacer la pregunta cuando Linda se apresura a responder:

—Por supuesto que no. Él folla con una de mis mejores amigas. —Y me atraganto, justo en ese momento estaba tomando un trago de café y creo que se me ha ido por el orificio incorrecto. Oh por Dios ¿Es en serio? Linda ¿Es en serio? Y lo peor de todo es que sé por qué lo que está haciendo. —Los chicos de las amigas están prohibidos.

Margaret se ha quedado sin decir nada y yo logro controlarme en casi un instante porque no puedo, de paso, hacer el ridículo. Toso una vez más para aclararme la garganta y Margaret se vuelve a mí:

—Ah, genial. Veo que hay cosas más importantes.

—Por supuesto —Linda otra vez y temo por lo que sea que se le ocurra decirle ahora — ¿Quién va a preferir trabajar que encerrarse en una habitación con una doctora guapa?

En ese preciso instante tocan la puerta. Yo todavía no me he recuperado del shock que me ha causado Linda y creo que Margaret tampoco, por la forma en que me mira y porque tarda varios segundos hasta que finalmente dice: Adelante.

Tras la puerta aparece el hombre que siempre está con Koen Van Brouwer y detrás de este aparece él, el hijo del millonario holandés, a su lado está Alice, su hermana, quién al verme esboza una sonrisa que correspondo. Aprovecho para salir del despacho de la jefa dragón y me voy directo a mi escritorio donde Simon está tecleando bastante concentrado, al menos solo por un momento porque justo en el instante que levanta la mirada y me mira llegar, se pone de pie y cuando me doy cuenta lo tengo de frente, se quita las gafas de pasta y me dice:

—¿Tienes un contrato con Paco Rabanne y no me habías dicho? —Arrugo el espacio entre mis cejas y me apresuro a preguntar:

—Espera... ¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé? —Paso a su lado para tirar de mi silla giratoria. En el proceso, enciendo la

Mac y me giro hacia él cuando lo escucho decir, más bien gritar: —¡Todo mundo lo sabe en este piso! Soy el último en darme cuenta.

—¿Cómo es posible que todo mundo lo sepa? —Suelta un bufido y yo me dejo caer en mi lugar sin quitarle los ojos de encima.

—Si Margaret lo sabe ¡Todo el mundo lo sabe, Roger!

—¿Margaret lo sabe? ¿Fue ella quién te lo dijo?

—¿Eso qué importa? —Reposa sus caderas en mi escritorio y continúa: —¿No es que éramos amigos? ¿Por qué me ocultas estas cosas? —Me arrebató mi café y solo miro cómo se lo lleva a la boca. No le cuesta nada caminar unos metros y prepararse uno.

—No lo oculto, simplemente no lo consideré importante.

—¿No lo consideraste importante? ¡Es Paco Rabanne! —Ruedo los ojos. Simon le da un sorbo a mi bebida, de inmediato hace un gesto y devuelve el líquido de regreso al envase. —¿Por qué tomas café sin azúcar?

Me lo devuelve y yo incrédulo miro el líquido oscuro con su baba dentro del vaso descartable.

—¿Qué carajo? —Entonces, me tengo que poner de pie de nuevo para depositar el café dentro de la papelería. Después de Margaret, Simon es el que me toca los cojones más a menudo. —¿Por qué diablos tomas mi café si sabes que me gusta sin azúcar?

—¿Cómo diablos conseguiste un contrato con Paco Rabanne? —Me ignora como siempre, en cualquier momento haré lo mismo.

—No lo sé, creo que fue obra de Monique. No tengo idea.

—Eres un maldito suertudo. —Se regresa a su sitio. Se deja caer en su silla y comienza a manipular su computadora. En ese momento mi celular suena y al sacarlo de mi bolsillo me encuentro con un mensaje de Kate que inconscientemente me hace esbozar una sonrisa y de inmediato comienzo a teclear mi respuesta:

De: Kate

Paso a recordarte que hoy tienes planes a las seis.

Para: Kate

¿Nunca vas a olvidarlo?

De: Kate

Jamás.

—Roger. —Escucho a Margaret en ese instante. Levanto la mirada para encontrármela a ella ahí, sin verme, depositar unos papeles sobre mi escritorio. Me da su libreta de apuntes y me habla: —Ven conmigo.

Ruedo los ojos cuando da media vuelta y se comienza a alejar. Suelto un suspiro y me paso la mano por la cara repetidas veces para despejar la frustración. Me pongo de pie después de tomar mis cosas y está esperándome, como siempre, en medio de las puertas del elevador para que no se cierren.

Todo el camino hacia la sala de reuniones lo pasamos en silencio, Margaret no dice nada, yo tampoco, lo que es genial porque no hay nada que hablar en realidad y no quiero que me pregunte tonterías. Yo ya sé a quienes voy a encontrarme aquí y ella ya sabe que lo sé, de otra forma Margaret no me trajera con ella seamos sinceros. En fin, me limito a ver hacia el frente mientras ella revisa su teléfono celular, pero en un instante en el que estoy viendo el techo la escucho decir:

—Admiro que hayas avanzado rápido, Roger. —Arrugo mi entrecejo y me concentro solo un momento en ella. —Me refiero a que... nos estabas comenzando a preocupar, pensamos por un momento que esa ruptura te estaba golpeando fuerte. No sabes cuánto me alegra saber que nos equivocamos.

—¿Nos?

—Sí, tu ex, sus amigas y yo.

Suelto una risa irónica, no sé si en realidad sea por escucharla decir quienes se «preocuparon» por mí o por el hecho de que en algún momento fui tema de conversación entre esas personas. Ni siquiera me atrevo a pensar qué cosas pudieron decir de mí en su momento de «preocupación» y no quiero saberlo tampoco. Así que buscando la mirada de Margaret a través del reflejo que me devuelve el metal de las puertas del ascensor, me apresuro a responder:

—La verdad es que nunca pude estar mejor que ahora, Margaret. Creo que de todas las cosas que alguna vez Sara hizo por mí, irse fue una de las mejores decisiones que pudo tomar por el bien de ambos. Me siento mucho mejor sin ella. Creo que ya te lo había dicho.

Eso basta para cerrarle la boca a Margaret, quién solo me queda viendo fijo y en ese momento exacto, las puertas metálicas del elevador se abren en la sala de reuniones. Sí, lo dije con un propósito, conozco el nivel de amistad que tiene con Sara y sé que va a ir a decirle esto, incluso se me ocurre que va a aumentarle un poco, lo que es genial. Nunca me imaginé que tendría que hacer estas cosas, pero antes pensaba que estaba compartiendo mi vida una mujer adulta.

Le extiende la mano a Margaret para que pase antes que yo y, entonces, ella da un paso al frente después de acomodarse el cabello sin darle una respuesta a mi comentario. Sin hablar absolutamente nada más avanzo detrás de ella hasta la mesa con un grupo de personas aglomeradas y como pensé, los padres de Sara están aquí. Margaret se detiene a hablar con ellos y yo paso de largo para sentarme en el extremo contrario de la mesa hasta que la reunión termine. Solo los escucho mencionar al holandés y a Margaret decir que estaba arreglando algo de su laptop con «la nueva Ingeniera Informática que había contratado».

Todo el tiempo que duró la bendita reunión estuve viendo mi reloj esperando que terminara lo antes posible. Escuchar al padre de Sara alabarse a sí mismo no es uno de mis pasatiempos favoritos y estuve a punto de quedarme dormido. Siempre hace lo mismo, no puede hablar de algo sin jactarse de cosas que ha hecho y yo ya me sé todas esas historias de memoria. Cuando todo acaba y miro que ya es mi horario de salida le digo a Margaret que voy a retirarme, pero ella me dice que espere un momento y ese momento son exactamente veinte minutos.

Maldita sea.

Saco mi teléfono celular al ver que Margaret lo único que está haciendo es hablar con algunas personas, nada productivo en sí. Marco el número de Kate y cuando llevo el teléfono a mi oreja casi de inmediato esa suave voz suya invade mis oídos.

—Hola guapo. —No puedo evitar que una pequeña risa me salga al escucharla hablarme de esa forma. De hecho, no es la primera vez. Lo ha hecho cada que la llamo o nos vemos en persona por los últimos cinco o seis días, no estoy seguro e incluso estoy comenzando a acostumbrarme pero no deja de resultante intimidante en partes iguales. —Estaba a punto de llamarte.

—Margaret no me deja ir. Estoy a punto de tirarme por la ventana. —Escucho una risa adorable de parte suya y después el sonido de una puerta abrirse seguido de algunos saludos con otras personas. —¿Estás saliendo?

—Ahora mismo. ¿Te espero en mi apartamento, de acuerdo? —Miro mi reloj una vez y le doy un vistazo a Margaret. —Por cierto ¿Qué prefieres? ¿Pizza? ¿Comida China? ¿Tailandesa? ¿Comida italiana? Hay un restaurante italiano muy cerca de donde vivo.

—¿Qué quieres tú?

—Comerte a ti, pero ya que no me lo permites.

—¡Kate! —Entonces no puedo evitar soltar una risa. Una que se mezcla con esa suave, dulce y para nada inocente carcajada suya. Entonces me acomodo en mi lugar y bajo la voz para decir lo siguiente: —Además nunca lo has intentado, no sabes si te lo permito o no.

—Eso era todo lo que quería escuchar para preparar mi cuarto rojo.

—¿No estábamos hablando de comida?

—No sé en qué momento comenzaste a pensar otra cosa, Roger. ¡Por supuesto que seguimos hablando de comida! —Y me río de nuevo, sostengo mi frente y tengo que taparme la cara para poder carcajearme tranquilo. También escucho la diversión en su voz cuando me habla: —De acuerdo, ahora sí hablando en serio, será comida italiana. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo.

Definitivamente Kate no es ese tipo de mujer a la que estoy acostumbrado.

Capítulo 26

Había olvidado que hoy se cumplían exactamente tres semanas desde el día que Sara se marchó. Un viernes, hace veintiún días exactos estaba siendo arrastrado por una ola de depresión por culpa de mi ex y ahora estoy aquí sin rastro de ese sentimiento agobiador y no sé si sentirme culpable por no lamentar su abandono a tan corto tiempo. Sara tenía razón, desde hace mucho tiempo que esa relación que compartíamos era tan monótona, tan aburrida y más de lo mismo. Tanto así que ni me quedaban ganas de recordarla siquiera.

Como se lo dije a Margaret, dos veces, Sara me había hecho un favor en realidad e incluso hasta escuchar su nombre de la boca de mi jefa estaba comenzando a cansarme. Yo ya no quería que Margaret sacara a relucir ningún tema relacionado con ella de nuevo, pero Margaret quería insistir, como si mi respuesta en el elevador no había sido suficiente o como si le habían saltado más dudas, no lo sé, pero después de la maldita reunión, camino al parking, me preguntó:

—¿Vas a decirme a mí que ya no la extrañas... del todo? —Desde que escuché esas palabras, supe que no había forma que esta conversación con la jefa dragón acabara de la mejor manera. Estaba realmente cabreado, hambriento y exhausto hasta la mierda por la hora y se suponía que yo ya no tenía que estar en este sitio. Al parecer a Margaret no le había bastado con haberme retenido por más de una hora en una sala de reuniones haciendo absolutamente nada, quería seguirme irritando y bastante, presiento que a Margaret le gusta molestarme a propósito y creo que sí lo estaba logrando en serio. —Digo, ¿Tan rápido se puede olvidar a una persona con la que compartiste cinco años de tu vida?

En mi defensa, yo había abandonado el edificio solo pero tuve que regresarme cuando me di cuenta que la batería de mi teléfono estaba por morir y el cargador se había quedado en mi oficina. Fue tanta mi mala suerte que cuando tomé el elevador de regreso, Margaret estaba ahí.

Aunque no me dijo nada todo el recorrido hasta el primer piso, cuando se dio cuenta que yo estaba dejándola atrás por mi poco interés en hablar con ella reclamó mi atención y me preguntó eso, si extrañaba a Sara. Me tuve que detener por ella, no voy a mentir que no medité mi respuesta, lo hice, especialmente porque no se me había ocurrido pensar en eso antes y llegué a una conclusión: No la extrañaba ni un poco. Por muy extraño que pareciera, por mucho que a Margaret se le haya descompuesto el gesto ante mi respuesta, la verdad es que no echaba de menos a Sara.

Tal vez no debí ser tan sincero, quizás debí darle a Margaret otra respuesta, algo que ella quería escuchar, aunque a este punto yo no sabía qué era lo que ella ansiaba oír en realidad. Pero

de algo que sí me di cuenta es que no le habían gustado nada mis palabras. Mucho más cuando contesté la segunda de sus preguntas con un:

—¿Por qué no? —Todas mis palabras hasta ese momento las había soltado con tanta indiferencia que, estoy seguro, a Margaret no le había pasado desapercibido. La verdad es que en ese momento me importaba poco todo lo que pudiera salir de su boca porque, como mencioné, mi celular estaba muriendo, yo solo quería un buen plato de comida italiana y descansar, aunque no iba a descansar específicamente pero igual, pasar tiempo con Kate era suficiente para relajarme un poco. El último mensaje que le había enviado a había sido hace poco menos de media hora y temía que creyera que todo esto era una excusa para evitar las clases de Jiu Jitsu. Estaba más preocupado en otras cosas que en Margaret en realidad. Entonces, me giré un poco solo para verla e hice otra pregunta cargada de sarcasmo: —¿Debería?

Margaret había soltado tantas cosas frente a mí en los últimos días con el único propósito de hacerme sentir miserable, lo había logrado al principio, pero ahora cualquier cosa que pudiera salir de su boca me parecía irrelevante, en especial aquellas que involucraran a Sara. Me urgía llegar a mi auto para ponerle un poco de carga a mi teléfono y poder llamar a Kate, pero Margaret estaba de mí, siguiéndome, casi parecía un espectro. Me di cuenta del terrible poder de autocontrol que todavía tengo para soportar a Margaret incluso fuera de mis horarios de oficina.

—Solo te preguntaba porque ha pasado... No sé... ¿Cuánto? ¿Un mes? —Creo que era la primera vez que Margaret se sentía tan interesada en hacer plática con algo que me involucrara, también pude notar que la forma en que dijo esas palabras sonaron como si lo que yo dije fue algo totalmente malo. Me reí por lo irónico del asunto ¿Por qué ahora todos parecen dolidos por una supuesta relación que ni siquiera tengo cuando mi ex está por ahí acostándose con otro? Pero no con cualquier otro, si no con el tipo que ella misma se follaba aun estando conmigo y, lo peor de todo, es que todos (Margaret principalmente) lo sabían. —Creo que incluso han sido días.

—Tres semanas en realidad... creo. —Me apresuré a decir. Hasta ese momento fue que me di cuenta que hoy se cumplían exactamente esa cantidad de tiempo y me sorprendí porque ni siquiera me acordaba. Hasta el viernes anterior incluso, me había despertado recordándolo y hoy, sin querer, había pasado de largo ese hecho que, sin duda alguna, había marcado un antes y un después en mi vida. —¿Cuál es tu punto, Margaret?

—¿No te parece que moverte así de rápido pueda ser contraproducente? —En ese momento sí me giré hacia ella, hasta olvidé la pobre carga de mi teléfono celular y me lo guardé en el bolsillo cuando repetí con una risa irónica:

—¿Contraproducente? —Y me reí de nuevo. —Cuando ella superó esa relación unos cuatro

o cinco meses antes de terminarla. La vida sigue, Margaret. No voy a estancarme solo porque ella quiso follarse a un tipo por los millones en su cuenta bancaria. —Nunca me hubiese atrevido a hacer esa elección de palabras para hablar de mi ex novia si no hubiera estado realmente cansado, molesto con Margaret y aturdido. La jefa dragón estaba comenzando a sacar lo peor de mí y creo que si hubiera continuado en ese sitio mis siguientes palabras hubiesen sido peores, así que me apresuré a decir: —Ahora sí ¿Puedo retirarme?

Margaret nada más me miró a los ojos, no hubo una respuesta para eso porque estoy seguro que hasta ella sabía que tenía razón, aunque con mejor ánimo tal vez no lo hubiese dicho de esa forma... *tal vez...* pero ya me daba igual. Mi jefa se acomodó el bolso Channel en el hombro y cuando me di media vuelta dispuesto a largarme, la escuché decir:

—¿Sabes? Me haces pensar que en realidad no estabas enamorado como decías, más bien estabas en esa relación por comodidad.

Recordé en ese momento una conversación que había tenido con Kate el lunes, el mismo día que se había sentado sobre mis piernas y habíamos pasado bastante tiempo juntos creando el artículo. Cuando se dejó caer sobre mi cama y tomó de regreso la cámara fotográfica, se encontró con las fotografías de Sara que todavía guardaba en ese objeto y me preguntó:

—¿Es tu ex? —Le dije que sí con indiferencia cuando me mostró la foto a la que se refería. Continué leyendo el artículo y con mis manos sobre el teclado iba redactándolo a mi forma en otro documento. —Es guapa.

—Lo es, pero insistió en realizarse cirugías estéticas. —Le contesté. Desde la Sara que conocí desde que tenía quince, a la que existía ahora, había bastante diferencia. Ni siquiera era yo del tipo de hombre que se preocupara por el aspecto físico de una mujer, pero ella decía querer sentirse bien consigo misma, así que tampoco pude oponerme. —¿Tú te has hecho cirugías alguna vez?

—No. —Respondió y siguió viendo más fotografías. La miré a través del espejo que estaba en la pared de mi recámara y dejando la cámara sobre su abdomen hizo contacto visual conmigo a través del reflejo. —¿Debería?

Solté una pequeña risa sin dejar de verla a los ojos.

—Por supuesto que no. Tú eres... —hice una pausa buscando el adjetivo correcto para describirla sin llegar a hacerla sentir incómoda... quería decirle que en realidad si ella creía que Sara era guapa, probablemente ella era el doble, porque en realidad sí, Kate tiene un atractivo que fascina a cualquiera pero no me atreví a mencionarlo. Sé que ella ya lo sabe porque es imposible que no haya notado la atención que recibe de parte del sexo masculino en todas partes, algo que

raramente o casi nunca me pasó con Sara. —Preciosa. —Volví a concentrarme en el monitor y continué: —Aunque esa confianza que irradias te hace todavía más atractiva que cualquiera.

Y ella se rio entonces y miré de nuevo al espejo. La observé tomar la cámara para sentarse sobre el borde del colchón y se cruzó de piernas para mirarme fijo. Como ya he dicho en otras ocasiones, esa forma de mirarme lograba desconcentrarme por completo y ella lo sabía, por eso lo hacía cada vez que tenía la oportunidad de torturarme, así que mejor volví a mi computadora y me atreví a preguntar:

—¿Has tenido alguna relación que haya terminado realmente mal? —Se puso de pie, sosteniendo mi cámara, me rodeó y tomó lugar sobre mi escritorio.

—No, creo que no. —Dejé la laptop a un lado y me concentré en ella. No voy a negar que sus piernas así de cerca me habían provocado una sensación casi abrumadora que no era muy común en mí, así que tuve que buscar otra cosa a la que darle mi atención en el momento.

—¿No? ¿En serio?

—Todas las relaciones que he tenido se han disuelto de la mejor manera. —Ni siquiera sé lo que significaba eso, porque solo había estado en una relación y, bueno, aunque quisiera aquello no había terminado ni por cerca de la mejor manera. —Nunca existió drama de por medio, no hubieron lágrimas ni infidelidades. Si en algún momento me encuentro con alguno de ellos es muy probable que nos saludemos y continuemos con nuestras vidas. —Hizo una pausa y me preguntó: —¿Y qué hay de ti? ¿Qué hubo de tus otras relaciones?

Entonces ahí no supe que contestar. Sentí vergüenza por no tener una larga lista de relaciones amorosas como la mayoría de hombres a los veintisiete, pero al mismo tiempo alivio porque no he tenido que pasar por esto en otras ocasiones ¿Quién en su sano juicio quiere tener el corazón roto varias veces? Ahora comenzaba a comprender a Simon, salía con quién quisiera una vez y no volvía a verla para evitar pasar por esto. Aunque yo, definitivamente, no pudiera hacerlo.

Me quedé meditando mi respuesta, buscando palabras que no me hicieran sonar como un completo perdedor, pero antes de poder decir algo, Kate me interrumpió:

—Entonces... ¿Es verdad? ¿Solo has salido con una chica? —Mi silencio fue suficiente para confirmárselo, en realidad estaba buscando la forma de decirle que sí sin sonar como un inepto y mi mente estaba maldiciendo a Simon al mismo tiempo por andar soltando tantas cosas personales sobre mi persona. Entonces soltó una pequeña risa, se bajó de mi escritorio y me preguntó: —¿Ni siquiera un rollo de cama?

Yo ni siquiera sabía qué rayos era un rollo de cama. O sea, sí sabía qué era un rollo de cama

—*al menos teóricamente*— pero nunca había tenido uno.

—Ella ha sido mi único rollo de cama... —Tal vez, debería evitar confesarle a Kate cosas que no debía y concentrarme en alardear de aquellas que sí había logrado. Aunque pensándola bien, no tengo ni de qué alardear siquiera, pero debería remarcar la nota mental que me había hecho desde hace mucho tiempo: No hablar demás frente a Kate. Entonces me reí, no sé si por vergüenza o porque mi realidad es tan triste como esa y me apresuré a decir: —Te lo dije. Soy un fracaso con las mujeres.

—No lo eres, nunca siquiera has probado ligar con una. Solo por teléfono harías correrse a cualquiera ¡Vamos! —Y me reí de nuevo, relajé mi espalda en el respaldar de mi silla y ella continuó: —Admite que tienes una voz provocativa y podrías usarla a tu favor cuando te convenga.

—No es verdad... —Kate se rio conmigo y entonces en ese momento, con un tono algo serio, me preguntó:

—Crees que si tu ex regresa ¿Serías capaz de volver a retomar tu relación con ella? —Le contesté lo más honesto que pude: No. Porque además no creo que Sara regrese si está a punto de casarse con un sujeto millonario y, a decir verdad, tampoco me imaginaba mi vida otra vez con ella. Al menos ya no, no después de haberme dado cuenta que prefiere el dinero a una relación estable, no es que esté diciendo que no tenga una buena relación con el holandés porque en realidad no lo sé, tal vez él sea mucho mejor novio que yo, tal vez sí la trata como ella quiere, quizás él sí la lleva a los lugares que a ella le gustaría, de lo único de lo que puedo dar fe es que ella encontró a quién presumir en sus viajes y yo encontré esa paz que antes no sentía, estábamos a mano y yo ya no tenía ganas de volver a vivir aquello. Entonces, en ese momento fue que Kate mencionó exactamente las mismas palabras que la jefa dragón:

—¿Sabes? Yo creo que en realidad estuviste en esa relación por comodidad.

Y no supe qué contestarle, solo me quedé meditándolo y llegué a la conclusión que podía ser verdad, nunca había conocido otra relación, nunca me había dado el tiempo de conocer a otra chica. Por eso me sentía bien con Sara, aunque a veces me molestaran un poco sus reglas, sus salidas continuas sin incluirme en sus planes, sus excusas de «viaje de chicas» todos los fines de semana, pero seguía ahí por eso: Comodidad. No se me pasaba por la cabeza dejar esa relación, tal vez ya no era buena para ninguno de los dos. Por tal motivo, cuando escuché decir a Margaret exactamente lo mismo, no dudé en darle la razón y decir:

—Sí, yo también creo lo mismo.

En fin, el cabreo con Margaret se había esfumado una vez que llegué al apartamento de Kate.

No importaba lo fastidiado que estuviera, o las ganas que tenía de tirarme o tirar a Margaret por la ventana, Kate es de ese tipo de persona capaz de cambiarte el día incluso a través de la pantalla de un teléfono celular, podía enviarle un mensaje cuando mi jefa comenzaba a irritarme bastante y de inmediato recibía una respuesta de esas tuyas que me hacen apretar los labios para evitar soltar una carcajada. Me bastaron cinco minutos de su presencia para olvidarme de lo enfadado que estaba con Margaret y al cabo de diez minutos ya ni siquiera me acordaba. Me fascina la forma de ser de Kate voy a admitir... tan pícaro, tan provocativa... tan... ella misma, tanto así que darle clases de Jiu Jitsu me estaba comenzando a suponer un verdadero reto.

—De acuerdo. Escúchame con atención. —Le digo, habíamos apartado todos los muebles de su sala para despejar un poco el espacio, aunque el lugar es pequeño es suficiente para unas cuantas clases de defensa personal como me lo había pedido. Estoy detrás de ella, tengo su cuello rodeado con mi brazo y solo miro su expresión divertida a través del espejo. Kate no es muy alta, pero tampoco es pequeña, alcanza llegarme a la altura de los labios considerando que yo mido 1.88 centímetros. Bastante bueno para la estatura de una mujer. —Primero, ¿Qué es lo que haces si te encuentras en esta situación?

—Patearle las pelotas, tal vez. —Me río un poco y flexiono mi brazo con más fuerza. — ¡Roger! ¡Mi cuello!

—Tú eras la que quería aprender esto ¿No? Lo siento, pero nadie va a atacarte pensando en tu cuello, Kate. —Y se ríe, intenta liberarse de mi agarre forcejeando conmigo y, efectivamente, como me había dicho, intenta golpearme las pelotas. —Primero, estás perdiendo energías, si presiono un poco más me tomaría siete segundos dejarte inconsciente aunque creo que eso ya debes saberlo. Una vez inconsciente, puedo hacer contigo lo que quiera.

—Eso sonó erótico.

—Kate... concéntrate. —Y me río otra vez. Presiono entonces con más fuerza pero no lo suficiente para lastimarla tampoco y continúo: —Antes que nada, protege tu cuello con tus manos. —Tomo sus manos con la mía libre y le muestro como hacerlo para seguir: —Este pie al frente, el otro entre medio de nuestros cuerpos. —Señalo la pierna de la que estoy hablando sin tocarla y dejo que se ubique. Una vez en la posición que le menciono, prosigo: —Ahora, usa todo el peso de tu cuerpo para dar media vuelta y me empujas. Vamos... Uno... dos... tres... —Presiono con fuerza.

—¡Roger!

—Te lo dije, tu atacante no va a tenerte compasión, Kate.

—Es más fácil patearte las pelotas.

—Si tienes suerte y logras patearme las pelotas. —Reafirmo, todavía no logra moverse, entonces, le pido que lo haga de nuevo pero esta vez con más intensidad y firmeza, unas tres o cinco veces hasta que lo logra, o al menos lo intenta porque en realidad cuando logra liberarse de mi agarre lo único que consigue es tropezarse con su propio pie y caer al piso, entre risas aunque metí mis manos para evitar que eso pasara, igual acabó ahí y aunque no quiero reírme, lo hago y hasta tengo que sostener mi abdomen para burlarme tranquilo. —¿Lo ves? No es así de fácil.

—Esto es una mierda. —Y sigue riendo echa un ovillo en el suelo. Le extiendo mi mano para ayudarle a ponerse de pie pero entonces ella tira de mí metiendo su pie entre los míos, provocando que ahora sea yo quien caiga rodando a su lado. Si no estuviera riéndome a carcajadas hubiese podido evitar esto, pero ahora yo también estoy sobre la alfombra y todavía no entiendo qué está haciendo hasta que se ubica a horcajadas sobre mí y me aprisiona con fuerza entre sus piernas. —De acuerdo, ¿Qué haces en este caso?

—Fácil. —Tres pasos y en segundos ya la tengo debajo de mí, inmovilizándola usando mis brazos. Ahora soy yo quién la aprisiona debajo de mi cuerpo pero en una posición distinta, en esta yo estoy entre sus piernas, llevo mis manos a su garganta pero sin hacer presión para continuar: —Ahora dime tú qué harías en esta situación.

—No lo sé, pero esta posición me está excitando.

—¡Kate! —Y me río de nuevo. Incluso pierdo fuerzas por lo cual me dejo caer a su lado otra vez. Ella se ríe conmigo, no sé cuánto tiempo nos carcajamos los dos pero definitivamente, viéndolo desde este punto, entrenar a Simon es más fácil... mucho más fácil. —A ver, de acuerdo... —le digo respirando profundo para proseguir. Le pido que se ubique sobre mí en la misma posición para mostrarle como salir de este caso, algo que opino cualquier mujer debería aprender en caso de que se vea en un escenario como este y se lo digo, está de acuerdo conmigo, así que continuamos: —Con tu mano derecha sostienes el antebrazo del agresor y la izquierda la cruzas hasta el hombro izquierdo. Flexionas tu pierna hasta quedar a la altura de la ingle y la utilizas para acomodarte perpendicularmente y empujarte. Subes la otra hasta el hombro del atacante y la pierna que ha quedado libre la usas para llevarla hasta el cuello. ¿Lista? —Cuando asiente, lo hago, suave para evitar que se golpee y en segundos ella está debajo de mí, riéndose, forcejeando debajo de mis rodillas.

—¡Guau! —la escucho exclamar, entonces la libero de mi agarre.

—¿Lo ves? Así de sencillo. ¿Quieres intentarlo? —Me dice que sí, así que me ubico sobre ella de nuevo. Le explico una vez más, paso a paso, lo que tiene que hacer y va practicándolo lento hasta que logra tumbarme al suelo. En el segundo intento, al creer poderlo hacer con prisa,

falla en algún paso y terminamos rodando por el piso, uno sobre el otro, no sé cómo llegamos a pegar contra la pared. Ni siquiera me había percatado de la cercanía de ambos hasta que me doy cuenta que estoy riéndome, con la frente sobre su hombro y cuando levanto el rostro me encuentro con esos ojos verdes muy de cerca.

—De acuerdo, ni siquiera se logró lo que se pretendía. —Le agrega una risita suya de esas adorables y divertidas. Sé a lo que se refiere porque seguimos en la misma posición y por un momento, cuando la diversión se acaba, nos vemos a los ojos. Puedo sentir como su aliento roza levemente el mío, ninguno de los dos se mueve, ninguno de los dos hace nada en realidad. Siento que el corazón se me acelera y me palpita con fuerza. Trago saliva y tengo que contener la respiración un momento para poder apartarme con toda la fuerza de voluntad que no había podido recoger hasta hace un segundo.

Kate se pone de pie de inmediato y yo hago lo mismo después de ella. Se va en dirección a la cocina y tomo lugar sobre el sillón sin decir nada intentando acomodar mis pensamientos. Respiro hondo y me froto la cara con ambas manos para despejarme. Consciente de que es muy probable que esa sensación no desaparezca ni un poco, intento distraerme preguntándole algo que hasta ahora no me había atrevido pero igual lo tenía en mente:

—¿Tienes planes mañana después de la seis?

Miro en su dirección en ese momento, está tomando agua desde una botella y está dejando otra sobre el desayunador. La verdad es que desde que Monique me había dicho que podía invitar a alguien para me acompañase a la fiesta cuando estaba en su oficina, la primera que llegó a mi mente fue Kate. Aunque no estaba seguro si ella estuviese disponible, soy consciente que sus horarios de trabajo son bastante impredecibles, entonces le dije a Monique que iba a preguntarle a la única chica que me atrevería a invitar a un evento como este. Me sonrió y dijo:

—Perfecto, Margaret va a volverse loca cuando conozca a tu chica. Incluso a mí me ha intentado sacar información sobre tu vida personal que no estoy dispuesta a darle. —Un tanto atónito por su declaración le pregunté:

—¿Es en serio? —Ella asintió. Además quise decirle que en realidad Kate no era mi chica, pero me quedé pensando en lo último que dijo y me imaginé el motivo por el cual Margaret quiere saber sobre mi vida, últimamente hasta pareciera interesada en mí si no es porque eso en mi mente suena como una completa tontería.

—Así que yo en tu lugar disfruto esa fiesta, eres el protagonista. Si Margaret intenta molestarte llamas a seguridad, eso es todo lo que tienes que hacer. —No voy a mentir que después de escuchar eso solté una risa pero de esas irónicas que me salen naturales. Quería recordarle a

Monique que para mi desgracia todavía seguía trabajando para Margaret.

—Pero después tengo que volver a la realidad y hacer algo así significa quedarme sin empleo.

—Eso no importa, Roger —replicó ella de inmediato. —Tengo espacio para un redactor en mi línea, si gustas. —La verdad es que no supe qué significó aquello hasta que dejé su oficina y todo el camino en el ascensor medité eso que había dicho ¿En realidad me había ofrecido un empleo en su multimillonaria línea? Tal vez debí preguntarle más pero en ese momento no se me ocurrió nada que decirle. —Mañana solo disfrútalo. Margaret es en realidad quién tiene que temer, Roger. No tú. Métete eso en la cabeza.

Esa fue toda la conversación, después dejé su oficina y Margaret me torturó en la maldita reunión, pero no fue suficiente porque continuó en el parqueo. La voz de Kate interrumpe mis pensamientos justo en el momento que la escucho decir:

—¿Qué hay mañana después de las seis? —Toma la botella que estaba sobre el desayunador y se acerca a mí. Me extiende el agua cuando está a mi lado y después de agradecerle se deja caer sobre el mismo sillón y contesto a lo que me había preguntado:

—La fiesta del lanzamiento de la línea de Monique. —Hago una pausa, mirando la botella en mi mano y jugando con ella entre mis dedos para no verla a la cara. —Me preguntaba si... querías venir.

—¿Va a estar tu jefa? —Por un momento dudo el motivo por el cual me está preguntando por Margaret. Pero entonces, recuerdo que le había contado la conversación que habíamos tenido en el parking, ocultando algunas cosas por supuesto. Esbozo una sonrisa y en ese momento sí la miro, le respondo que sí, que es muy probable que esté presente. Ella sin siquiera meditarlo un poco, me contesta:

—Entonces sí, estoy libre mañana después de las seis.

Capítulo 27

El sábado por la mañana lo primero que mis ojos se encuentran cuando llego al edificio, es a Margaret, tomando un café desde su taza «importada de Escocia», con su carísima cartera de piel de lagarto en su mano mirándome fijo y sonando sus uñas de una forma ansiosa contra su celular. Cabe destacar que yo voy llegando con Monique, casi una hora más tarde, riéndome a carcajadas por algo que ella había dicho y su brazo alrededor de mi cintura. También estoy sosteniendo dos vasos de café de Starbucks en cada mano y el bolso de Monique cuelga de mi hombro.

Vale, no es que Monique se esté aprovechando de mí, como Margaret lo haría. En realidad yo me había ofrecido después de que a medio parking uno de sus tacones de aguja se clavara en una grieta del pavimento, casi se va de bruces contra el suelo y se agarró de mí provocando que ambos casi cayéramos rodando. Me mataría si supiera que estoy contando esto, pero da igual, su humor es bastante bueno y lo había descubierto hoy en el desayuno que acabábamos de compartir, el motivo por el cual estoy llegando tarde. Algo que no le ha hecho nada de gracia a Margaret al parecer y en este momento está viendo el bolso de Monique que cuelga en mi hombro y después el reloj que llevo en la mano izquierda.

Si no supiera todavía sobre la preferencia sexual de Monique y desconociera que Margaret ya lo sabe también, ahora mismo estuviera imaginando todas las escenas inapropiadas pasando por la cabeza de la jefa dragón, pero ahora ya no es nada para preocuparse. El único motivo para entrar en pánico es el hecho que Margaret está aquí desde hace evidentemente un buen rato y yo, bueno, estoy llegando realmente tarde.

—¿Sí le dijiste a Margaret que teníamos que arreglar unos asuntos sobre el evento de hoy y saldría a desayunar contigo, cierto? —Siseo a Monique cuando miro que Margaret baja la vista y da un vistazo a su reloj.

—Lo olvidé. —Oh mierda. No sé qué es peor, la forma tan tranquila en que lo dice o el gesto que ahora tiene la jefa dragón en la cara.

En mi defensa, Margaret me había enviado un mensaje esta mañana y me dijo que no se presentaría hasta las diez, mencionó que iba a asistir a un «suculento desayuno» a casa de los Van Brouwer donde, por cierto, también mencionó a Sara. Está demás decir que ni siquiera respondí porque: 1. No me importó ni un poco. 2. No sé qué respuesta quería de mi parte. 3. Porque había salido a correr con Kate esta mañana y un mensaje de mi jefa en ese momento fue de menor importancia.

En fin, después de ese mensaje de ella fue que recibí una invitación de parte de Monique donde me pedía reunirnos con urgencia para tratar algunos asuntos importantes del evento. Aunque cuando llegué al lugar y le pregunté al respecto, su respuesta nada más fue:

—No te preocupes, no es nada importante. En realidad solamente quería salvarte de una hora de trabajo con Margaret un fin de semana. —Y yo incrédulo, fruncí el ceño y me apresuré a preguntar:

—¿Qué? —Monique se encogió de hombros y aunque me desorienté un momento después me reí porque no podía creer que estaba faltando a mi trabajo por Monique aunque después caí en la realidad y recordé que Margaret era mi jefa. —Ya me estoy imaginando todas esas escenas donde soy despedido.

—No lo creo —me dice, después de una sonrisa. —¿Sabes? Le dije a Margaret que si algún día te llegaba a despedir me avisara, porque yo necesitaba un redactor de artículos para hablar sobre mi marca en todos los portales. —Sonrió con suficiencia y agregó: —Acabo de asegurarte tu empleo, aunque no sé si a ese punto eso sea una buena noticia.

No voy a negar que aquello me había dejado un tanto desorientado, pero me agradaba en partes iguales. Monique no le temía a Margaret y eso incluso la jefa dragón lo sabía, aunque me estaba utilizando a mí y ya veía el día que la jefa dragón se molestara y me mandara al carajo con su supuesta carta de mala recomendación hacia mi persona. No es que me importara tampoco.

En ese momento no supe qué contestarle a Monique, pero de todas formas recordé el mensaje que Margaret me había dejado, pensé hacer esto rápido y llegar justo a tiempo antes que ella se apareciera por ahí, pero como dije alguna vez en el pasado «nada sale como esperas» y entonces fui golpeado por mi brutal suerte y tuvimos que hacer contacto visual justo cuando di un paso dentro del edificio.

—¿Cómo estás, Margaret? —Saluda Monique dándole dos besos. Esa fue toda la conversación y presiona el botón del ascensor. No voy a negar que pensé que este sería el momento en el que ella intentaría salvarme o inventarse una excusa realmente buena porque lamentablemente esa mujer diabólica sigue siendo mi jefa. Pienso en decir algo yo mismo pero entonces Monique me interrumpe: —Roger y yo estábamos arreglando unos asuntos del evento de hoy.

—Ya veo. —Corta Margaret de inmediato. No sé cómo tomarme eso o si debería entrar en pánico pero no lo hago, en su lugar, pretendo indiferencia hasta que me encuentro con la mirada de Margaret a través del reflejo de las puertas metálicas del elevador y corto ese contacto visual para darle un vistazo a Monique quién está concentrada manipulando su teléfono.

Definitivamente, hoy es ese día que tendré mi siguiente reporte.

Cuando las puertas se abren Monique está hablando por teléfono, de inmediato sé que está hablando con su novia por el vocabulario cariñoso que usa y casi presiento que lo está haciendo a propósito por la presencia de Margaret. Incluso está sosteniendo mi brazo cuando da un paso al frente y me arrastra con ella, no puedo evitar notar la mirada de mi jefa puesta en nosotros, incluso la veo mirarnos a través del reflejo pero casi de inmediato lleva sus ojos al frente. El ascensor se detiene un piso antes que el nuestro y Monique avanza pero antes se gira para decirme:

—Recuerda enviarme uno de tus escritos, Roger. —Le digo que sí con un asentimiento leve y entonces da media vuelta y las puertas del elevador se cierran. Tal vez no debí comentarle que escribo desde que tengo diez años, o que me gusta narrar historias románticas, pero ella fue la que me preguntó primero mientras desayunábamos y no pude inventarme algo rápido, entonces tuve que decirle la verdad cuando me preguntó:

—Dime algo, ¿Qué es lo que escribes? —Estábamos esperando nuestro pedido en un restaurante en el centro de la ciudad al que me citó Monique, en ese momento no entendí a qué se refería, si a los artículos que hacía para la revista de Margaret o a mi pasatiempo como escritor de ficción.

—¿Te refieres a los artículos que escribo?

—No, me refiero a lo que escribes, tú personalmente. Margaret una vez me comentó que te gusta escribir. Dijo que eras bueno. —Sí, me sorprendí, porque algo así de la boca de Margaret nunca me lo imaginaría. Tal vez pensé que Monique estaba exagerando las cosas porque nada de eso suena a algo proveniente de mi jefa. Además ella nunca ha leído algo de lo que yo he escrito, al menos no algo completo. Ni siquiera Sara lo hizo alguna vez.

—Ammm... —dudé un momento sobre lo siguiente que iba a decirle. Tengo que ser sincero, nunca me he sentido cómodo hablando sobre esto, desde hace mucho tiempo que dejó de emocionarme tanto, tal vez cuando comencé a pensar que eso no era lo mío. —Sí, solía escribir... romance, alguna que otra novela de misterio, acción. Nada importante.

—¿Solías?

—Sí, lo he dejado desde hace un tiempo.

—¿Porqué? —Estaba algo cansado de mencionar lo mismo cada que alguien me preguntaba algo así. Las amistades de Sara me lo preguntaban, la familia de Sara me lo preguntaba, mi familia me lo preguntaba, pero Sara me prohibía decir la verdad, por supuesto. Así que siempre tenía que repetir un guion creado por ella misma: «Tengo otros proyectos en mente». Sara ni siquiera se

interesaba por lo que yo escribía, solo me presionaba porque necesitaba que yo alcanzara algo rápido como el resto de novios de sus amigas, en varias ocasiones me preguntó: «¿Por qué no estudiaste otra cosa? Me refiero a que escribir pudo ser tu pasatiempo, un doctor que escribe es interesante»

—Porque no creo que sea lo mío. —Me sinceré, entonces Monique me miró en ese momento con el entrecejo levemente fruncido. Se acomodó la servilleta en las piernas y me preguntó:

—¿Por qué dices eso? —Mejor hubiese mencionado lo misma respuesta de siempre, la que Sara estaba pendiente de escucharme decir. Le dije la Monique la verdad:

—Por mucho que lo he intentado, nunca he conseguido que me publiquen. Es como si todo el universo conspirara para que eso no suceda por muy duro que trabaje, creo que estoy destinado a trabajar para Margaret el resto de mi vida. Estoy comenzando a pensar que ella me hizo un conjuro o algo así. —Ella se rio fuerte y entonces, de nuevo, hizo una de esas preguntas suyas:

—¿Y alguna vez has escrito guiones?

—¿Guiones? ¿Te refieres a guiones de películas o series?

—Así es... —Con duda porque en realidad no sabía a donde quería llegar con esto, contesté su pregunta:

—No, nunca...

—¿Y te gustaría? —La miré a los ojos, no sé a qué venía todo eso pero no podía negar que una respuesta afirmativa rodaba en mi mente, desde hace mucho de hecho, incluso antes de estudiar Escritura Creativa había pensado especializarme específicamente en eso. Pero después mis prioridades habían cambiado y le dije a Monique:

—Por supuesto. —Ella asintió y me dijo:

—¿Y puedo tener el honor de leer algo que hayas escrito? —Le respondí que sí, aunque no, no pensaba hacerlo, pensé en inventarme una buena excusa después o tal vez corría con suerte y Monique lo olvidaría, yo fingiría como si esta plática nunca pasó pero ahí está de nuevo, recordándome lo que le había prometido y, definitivamente, no creo que vaya a olvidarlo así de fácil.

Margaret finge no mirarnos pero está poniendo atención a cada uno de mis gestos. No le doy indicios de lo tenso que puedo encontrarme ahora, así que relajo los hombros y continúo el corto trayecto ignorándola aunque eso no se me hace nada difícil últimamente. Ella está concentrada en su teléfono, teclea rápido algunas palabras y cuando las puertas se abren da un paso al frente

alejándose a toda prisa. El silencio de Margaret es incluso más aterrador que todas las palabras que se le ocurren soltar para hacerme sentir miserable.

Cuando llego a mi cubículo, Simon está ahí en el lugar suyo a mi lado, tomando un sorbo de café desde su taza sabia (aquella que tiene unas letras que se leen «A veces lo único bueno de mi trabajo es que la silla da vueltas») concentrando en lo que sea que está haciendo en su computadora. Levanta la mirada cuando mira a Margaret, pero esta lo ignora y camina directo hacia su oficina, después me mira a mí y me hace un gesto que interpreto como una pregunta sobre la cara nada amable que lleva la jefa dragón y le contesto lo más sincero que puedo: Ni siquiera me importa.

Me dejo caer en mi silla y enciendo la Mac al mismo tiempo que miro mi teléfono celular, tengo varias notificaciones y justo en el momento que el monitor se enciende, mi red social me envía una notificación sobre un mensaje de Linda. No dudo en darle un vistazo, el mensaje es uno de esos links que Kate me advirtió que no debía abrir más el texto «Procura estar sentado cuando veas esto».

Para: Linda

Ni de coña abriré ese link.

De inmediato aparece que está escribiendo, solo unos segundos después tengo su respuesta frente a mis ojos:

De: Linda

¡Tonto! Es un archivo para que mires algo que me encontré en la computadora de Koen Van Brouwer.

Para: Linda

¿También entraste a la computadora de Koen Van Brouwer?

De: Linda

En realidad fue fácil, el tipo se cree todo, hasta los correos sobre promociones falsas. ¿Sabes? Si quisiera robarle dinero ya lo hubiese hecho, el tipo no es tan listo, pero qué lástima que todo esté a nombre de su padre, ese señor ya intuye que su hijo es un idiota.

Para: Linda

¿Qué diablos?

De: Linda

Abre el maldito link, Roger.

Y lo hago, tal vez no debo hacerlo pero la curiosidad puede más, hago memoria si tengo en este ordenador algo por lo cual preocuparme pero en realidad no, ni siquiera me atrevería a mirar algo prohibido en la computadora de mi trabajo. Aparte de mis artículos aburridos que de nada le servirían no hay nada que ocultar así que pincho el link que me envió y ahí está una carpeta, una que dice Sara y con el entrecejo fruncido no dudo en darle un click para de inmediato darme cuenta que eso es algo que nunca debí haber visto.

Son aproximadamente veinte o más fotografías, ni siquiera las cuento bien porque en realidad no sé qué pensar. Son *nudes*, de Sara, mi ex novia y la primera se remonta al Diciembre pasado, en realidad no habían pasado cuatro meses, si no, siete. Hace siete meses que Sara, mi entonces novia, le enviaba fotos sin nada de ropa a un tipo que acababa de conocer tres meses antes.

Odié haber visto aquellas fotos, cuatro me bastaron para darme cuenta de lo patético que había sido yo todo ese tiempo, no son fotos inocentes, son fotos con el mero propósito de provocar. Una de esas imágenes es en una pose con las piernas abiertas mostrando sus partes íntimas, ni siquiera a mí alguna vez me envió fotografías así y tampoco me hubiese atrevido a pedírselas. Mis ojos se detienen un video que no me atrevo a abrir porque solo ver la figura en miniatura me doy cuenta que se también se trata de ella... sin ropa, solo con unas medias y gorro de santa Claus.

No voy a mentir que me he quedado en shock. Siete meses. Siete meses haciendo eso y yo nunca me di cuenta, soy un imbécil de mierda, definitivamente. Cierro la página web que me había traído a este sitio y me quedo viendo la pantalla de mi computadora, pero nada en sí hasta que el ordenador suena sacándome de mi trance. Respiro hondo y me concentro en lo que acabo de recibir, otro mensaje de Linda y llevo mis manos al teclado para contestar:

De: Linda

Dime que ya no estaba contigo cuando enviaba esas fotos.

Para: Linda

Desgraciadamente...

De: Linda

Es una zorraaaaaaaaaa.

Y tengo más adjetivos, Roger. Muchos más adjetivos nada buenos.

No le contesto de inmediato, entonces casi al instante otro mensaje suyo me salta en la pantalla de la computadora. Cuando lo leo, me veo obligado a contestar de la manera más rápida posible:

De: Linda

¿Filtro esas fotos?

Para: Linda

Por Dios, no.

De inmediato me llega una llamada suya a mi teléfono, no dudo en contestar y evidentemente Linda está más alterada que yo. Incluso parece que Sara es su ex y justo está descubriendo que le enviaba fotografías a un sujeto desde hace siete meses, me di cuenta porque lo primero que hizo fue lanzarle un millón de ofensas para después decirme:

—Voy a hacerlo, Roger. Voy a filtrar esas malditas fotos a la red ahora mismo. Esa cualquiera... —La corto:

—No vale la pena.

—¿No vale la pena? —Ahora grita, genial, está gritando. —¡Le enviaba fotos desnuda a un tipo estando contigo! —Se escuchan voces, quizás esté en algún café porque recuerdo que me había dicho que trabajaba desde casa para una empresa de informática extranjera, le pregunté si no se aburría estar en casa todo el día y me dijo que cuando eso pasaba iba por un café o llamaba al sujeto abogado para divertirse. Ahora debe estar en un sitio público y está gritando esas palabras decidida a arruinarle la vida a Sara.

—¡Pero no vas a filtrarlas! —Yo podía estar decepcionado, como cualquiera lo estaría al darse cuenta que la mujer con la que compartías tu vida estaba enviándole fotografías desnuda a otro sujeto, pero tampoco sería capaz de dañar su imagen, aunque no fuesen fotos mías, aunque el implicado en todo esto en todo caso sería Koen Van Brouwer. No lo haría. —Además estarías en problemas si...

—¿En serio no sabes lo que hago, verdad? —Me interrumpe ella ahora. Esta vez sí ha bajado la voz. —Por supuesto que no se darían cuenta que soy yo. Si lo investigan llegarán al link de la computadora del tal Koen, yo no he usado su computadora, así que no tendrá ninguna relación conmigo. —No entendí nada de lo que dijo pero obviamente fingiré que sí. —Y además, a ella no le conviene demandar a un tipo tan poderoso como Koen Van Brouwer.

—Solo déjalo y no vayas a filtrar nada.

—¿No estás molesto?

—Lo estoy, pero no vale la pena. Aunque en ese momento estaba conmigo ella ya no forma parte de mi vida. Cada quien paga su propio karma.

—Ese karma quiero ser yo. —De algo me estoy comenzando a dar cuenta y es que las mujeres son terriblemente vengativas. Me alegra no caerle mal a ninguna, hay de aquel sujeto que le rompa el corazón a Linda.

—No... no vas a hacerlo.

—Bien, como quieras. Esperaré que se me pase el enojo y después pensaré qué hacer sin consultarte nada antes. —Y cuelga. Respiro profundo y me paso las manos por la cara repetidas veces para aliviar la tensión que siento en este momento. Intento sacarme esas imágenes de la cabeza antes de que la rabia se me acumule por dentro. Suelto el aire poco a poco y antes de lograrlo expulsar por completo, mi teléfono celular suena una vez más sacándome el suspiro de golpe. Es un mensaje de Kate, de inmediato leo lo que hay en mi pantalla y tengo que hacerlo dos veces para comprender qué es lo que me está diciendo.

De: Kate.

¿Adivina quién me envió una solicitud de amistad a Facebook? La chica amiga de tu ex, Wendy.

Frunzo el ceño y comienzo a teclear mi respuesta, pero antes me doy cuenta que la Mac me ha alertado sobre una notificación de mis redes sociales y me percató que también proviene de Kate, es una fotografía que justo acaba de etiquetarme y después mi celular suena en mi mano para ver ahí un segundo mensaje de texto suyo:

De: Kate.

En honor a ella acabo de etiquetarte una fotografía en redes sociales.

Asumí dos cosas: Una es que aceptó la solicitud de amistad de Wendy y la segunda es que estoy casi seguro que aquella foto no es nada inocente, casi temo por lo que sea que haya publicado y cuando entro a su perfil, no puedo evitar que una sonrisa se me cuele en el rostro por la imagen que específicamente ha elegido.

Es una selfie, una donde ella me está dando un beso en la mejilla, bastante cerca de la comisura de los labios, donde evidentemente se ve que ella está sobre mí y estamos en la playa. Estoy sonriendo y hasta incluso aquello pareciera una fotografía romántica aunque en realidad no lo fue, pero se miraba tan bien que hasta me daban ganas de compartirla yo mismo por mis redes

sociales.

Esta mañana habíamos acordado salir a correr y no hubo un mejor destino a las cinco de la mañana que la playa que está en las afueras de la ciudad y aunque me rehusé primeramente terminé siendo arrastrado hasta ese sitio donde Kate me obligó a continuar con las lecciones de Jiu Jitsu, no planeaba olvidarlo al parecer. Voy a admitir que me estaba acostumbrando tanto al contacto con Kate que ya no se me hacía incómodo en lo absoluto, incluso cuando sus manos se envolvían alrededor de mi cintura y recostaba su rostro en mi hombro, o cuando sus dedos se entrelazaban con los míos y caminábamos así sin percatarnos o cuando su cuerpo estaba tan cerca del mío mientras le enseñaba artes marciales.

Cuando finalmente se cansó se dejó caer sobre la arena y yo lo hice seguido de ella, incluso había traído café y me sirvió un poco junto a un pedazo de pastel de chocolate. Me reí cuando llevó una cucharada cargada del bizcocho a mi boca y después sin decir nada me tragué el bocado que me había ofrecido.

—¿Sabes? El amanecer en la playa es una de mis cosas favoritas en el mundo —Dijo, sacó mi cámara de la mochila y se puso de pie para tomarle una foto. El pelo se le revolvió por el viento y me hizo gracia cuando la escuché maldecir. Se volvió a mí y disparó el flash ante mis ojos. —Te ves extremadamente guapo con la luz del amanecer.

Eso posiblemente era sarcasmo, porque apenas me había despertado hace unas horas y estaba ahí, sin haberme arreglado el pelo siquiera, una camiseta de Capitán América y un pantalón deportivo que a decir verdad, tengo mejores. En cambio ella sí estaba guapa, llevaba un top de color rojo y un *legging* a juego, ese es mi color favorito, ahora me gusta más por cómo se miraba especialmente en ella. El color de sus ojos se notaba visiblemente más intenso y para evitar quedarme viéndola más tiempo del necesario intenté desviar la conversación preguntándole:

—¿En serio me has hecho despertar a las cuatro de la mañana para ver el amanecer contigo? —Por supuesto que preferiría estar aquí que haciendo una rutina de gym con Simon. A quién, por cierto, le había dicho que no iba a poder acompañarlo porque estaba resfriado. Lo que no fue totalmente una mentira porque en realidad sí estaba resfriado un poco pero no tanto como para no ir a un gimnasio. —¿A mis mejores horas de sueño?

Kate me miró, con una sonrisa en los labios. Entonces sacó una manta de su mochila y tiró de ella hasta extenderla por sobre su cuerpo y después se sentó junto a mí tendiéndome un extremo. Me di cuenta que sí, definitivamente, ese era su plan y me reí acomodándome donde ella me había indicado.

Fue en ese momento que se dio lo de la fotografía, en algún instante que ella puso de nuevo

una cucharada de pastel de chocolate frente a mí, por la manta que nos cubría terminó estampando el bizcocho en mi mejilla, su solución fue lamerme la cara. Sí, lamerme la cara.

Me carcajeé porque aquello me resultaba asqueroso pero me causaba gracia en partes iguales, me dejé caer de espaldas sobre la arena y ella continuó hasta dejarme «limpio» aun cuando hice resistencia, aun cuando intenté detenerla ya ahora hasta me sentía familiar con su baba, ahí fue cuando puso la cámara frente a nosotros y me dio un beso en la mejilla para posteriormente disparar el flash quedando la foto que ahora me comparte.

Después de eso logré enderezarme e intenté contener las risas, nos miramos a los ojos un momento, apreté mis labios y entonces en un descuido esa vez fui yo quien tomó un pedazo de pastel y se lo embarró por la cara, después aquello fue una guerra sobre quién llevaba más chocolate y arena en el rostro, el cabello y la ropa. Creo que nunca me había reído tanto y cuando estaba limpiándome con una servilleta, me preguntó:

—¿Has esquiado alguna vez? —Ella estaba con su vista clavada en su brazo de donde estaba quitándose una mancha de chocolate. Cuando la miré hizo contacto visual conmigo y bajé la mirada por instinto, me reí cuando con su mano subió mi rostro para verla de nuevo a los ojos. Hasta olvidé lo que iba a contestar entonces le dije:

—Tal vez algún par de veces.

—¿Y te gustaría ir conmigo? —Entonces le sonreí dándole una respuesta afirmativa. La verdad es que hasta me sonaba interesante porque tenía tanto tiempo de no acercarme siquiera a un lugar así. Me puse de pie pero ella se quedó ahí en el mismo lugar y la escuché decir: —Sobra la cereza del pastel, ¿Te parece si la compartimos mitad y mitad?

—Me parece justo. —Le contesté, sacudiéndome la arena del pantalón y los zapatos. Aquello era un caos, sentía mis pies tan pesados por la cantidad de gravilla dentro de mi calzado.

—Entonces toma tu parte. —Para mi sorpresa se la metió en la boca y la sostuvo entre sus dientes delanteros. Sabía que estaba jugando conmigo, por el gesto divertido que se dibujó en sus facciones. No pude evitar reírme, ella elevó una ceja y me dijo de la forma que pudo: —¿No aceptas retos?

Le seguí el juego, vacilante voy a admitir. Entonces me dejé caer sobre mis rodillas frente a ella y cuando la miré a los ojos le dije:

—De acuerdo. Si es la única forma de reclamar mi parte. —Miré su sonrisa, me acerqué a su boca y, aunque voy a admitir que aquello me estaba causando un revuelo dentro del estómago, tomé con cuidado la cereza entre mis dientes, lo mordí, haciendo que algo de líquido se derramara

sobre mis labios entonces quise apartarme, pero Kate no me dejó, su mano se postró sobre mi cuello y tomó mi labio inferior entre los suyos, le correspondí. Fue algo suave, corto, dulce... tal vez no duró ni diez segundos, cuando sentí que el agarre de ella se aflojó de mi cuello, me aparté poco a poco porque me di cuenta que aquel contacto me había gustado demasiado, no sé si fue probar esos labios tan suaves o esa forma delicada que utilizó para besarme, pero me percaté que necesité una fuerza de voluntad increíble. De inmediato me obligué a distraerme, entonces le dije a ella con una sonrisa victoriosa y burlona al mismo tiempo: —Olvídalo, yo soy difícil.

Kate se carcajeó, me quedé de cuclillas frente a ella y tomando una de esas poses desafiantes suyas, me dijo:

—¿Me estás retando? Puedo llevarte a mi cama si quiero, Roger. —Por supuesto que a este punto conozco a Kate lo suficiente como para saber que es capaz de decir algo así en broma. Y ese fue el momento que llegó el mensaje de la jefa dragón interrumpiéndonos. Solté una risa mientras sacaba mi teléfono de mi bolsillo y entonces me apresuré a decir:

—Espera... ¿No habíamos venido aquí a correr? —Y ella también me conoce a mí lo suficiente como para saber que este tipo de expresión es la que uso cuando suelta una de esas frases subliminales suyas.

—De acuerdo, entonces alcánzame. —Y me quitó mi teléfono celular. Todavía no había visto qué era lo que me había llegado de parte de Margaret y no quería que ella lo leyera tampoco. Comenzó a correr y se detuvo solo cuando me dijo: —También te acaba de llegar un mensaje de Monique. No vas a saber lo que dice si no me alcanzas.

Y ese fue el mensaje invitándome a desayunar.

En fin, miro la fotografía que Kate acaba de etiquetarme de nuevo y voy a dejar un comentario cuando observo que Wendy ya le ha dado Me Gusta a la imagen, fue la primera, lo que me hace pensar que es muy probable que haya estado viendo el perfil de Kate o quizás es porque no hace nada más que estar en Facebook. Me doy cuenta que tengo otra notificación de la misma chica donde al parecer, también le había gustado un comentario que yo había dejado en la fotografía de perfil de Kate, hice solo mención de lo bello de su mirada en esa imagen aunque viendo esta situación con Wendy creo que debí escribir más. La fotografía también la había tomado yo esta mañana y la mano que se logra observar ahí sosteniendo la de Kate es la mía. Ahora creo entender por qué Margaret se quedó viendo mi reloj esta mañana, aunque esto que diré va a sonar totalmente ilógico pienso que Margaret también ha estado viendo el perfil de Kate, necesito charlar con Linda después de esto.

Me sorprende cuando un mensaje de Wendy me salta en la pantalla, es un simple «Hola» que

por supuesto no voy a contestar. Cierro la ventana de chat de ella y me aparece una de Kate que dice:

De: Kate

Te veo a las seis, necesito un beso tuyo para mi perfil.

Me rio, no voy a mentir que pienso muy bien lo siguiente que voy a escribir pero de todas formas lo hago, mis dedos se mueven con precisión sobre el teclado y le envío:

Para: Kate

¿Esta es otra excusa para besarme?

No puedo negar que espero su respuesta con ansias. Incluso me quedo observando ese «escribiendo» que se muestra en la pantalla de chat. Fue una corta pero ansiosa espera porque casi de inmediato tengo su mensaje:

De: Kate

Es tu culpa por tener labios tentadores.

Ya a este punto ni siquiera me acordaba de las fotos de Sara. Voy a admitir algo, Kate es lo mejor que me pudo haber pasado para sobrellevar todo el caos en el que se convirtió mi vida después que Sara se fue.

Capítulo 28

A las seis de la tarde, como habíamos acordado, estoy frente al apartamento de Kate.

Miro mi reloj y cada minuto que pasa significa un minuto más cerca de la fiesta de Monique. No voy a mentir que tengo ganas de salir corriendo, encerrarme en mi habitación y si es posible no salir hasta que se acabe el mundo. Sin embargo, me obligo a desechar esa idea de mi mente porque de alguna forma tengo que pagar la renta de mi apartamento.

Golpeo la puerta del piso de Kate y sacudo con cuidado una pelusa del saco del traje de la marca de Monique que en este momento llevo colgado en mi antebrazo. Aunque ella me dijo que era mío no podría soportar la idea de que algo le pase a esta bendita prenda que puede costar algunos tres meses de mi salario en «Hombres al poder». Incluso había bromeado con ello frente a Monique y entonces ella misma me respondió:

—Si quieres, después véndelo. —Refiriéndose al traje. Por supuesto que me reí porque no pensé que estaría diciéndome algo así de verdad. Además, ella sabe no conozco a nadie que pueda comprar un traje de marca a ese precio. Monique se puso de pie con una sonrisa y se giró en mi dirección para añadir: —Hablo en serio.

En ese momento estábamos en el mismo sitio que anteriormente había sido la sesión fotográfica de la campaña. Poco tiempo después me di cuenta que era un estudio y que también era de la propiedad de Monique. La miré con atención caminar hacia donde estaban colgados en perchas todos los trajes de la colección y le dije:

—Me lo dices porque sabes que no lo haría. —Escuché una risita suya. Entre sus manos tomó un traje blanco y uno negro, me indicó con una seña a través del reflejo del espejo que me acercara. Me puse de pie y cuando estuve frente a ella, puso el traje claro frente a mi persona. Había olvidado mencionar que los colores de la fiesta eran blanco, negro y gris, a petición de ella, quién mencionó algo sobre la elegancia de que daban esos tres tonos y ve tú a saber qué más.

—¿De qué color vestirá tu chica? —Me preguntó. Mi chica... pensé que se estaba refiriendo a Kate. Me sentí en la necesidad de aclarar antes que nada porque no quería que mencionara eso frente a ella. Así que me apresuré a decirle:

—No es mi chica... —Hice una pausa al mismo tiempo que me daba un vistazo en el espejo con el siguiente traje frente a mí. —Es una amiga.

La reacción de Monique me desconcentró, se rio y después me miró a mí con una sonrisa

socarrona.

—Sí, dicen que así se le dice ahora. —Y enarcó una ceja, por más que quise decirle que en realidad yo sí estaba hablando la verdad, supe que era una completa pérdida de tiempo. Entonces lo dejé así, mirando con una sonrisa su expresión y después me miré en el espejo cuando esa vez el traje que puso frente a mí fue el de color oscuro. —Así decíamos Krista y yo «somos amigas» y bueno, el desenlace ya lo sabes.

Preferí ignorar lo que estaba queriendo decirme y mejor cambié la plática.

—¿Debería preguntarle de qué color irá vestida? —Monique asintió y entonces se llevó ambos trajes, los colgó en el lugar que estaban y yo saqué el celular de mi bolsillo para dejarle un rápido mensaje a Kate.

—Quiero que luzcas lo mejor posible, no solo porque seas el protagonista de mi campaña, sino también por las personas que puedes encontrarte ahí. —Miré a Monique, esperando que especificara a lo que se refería pero entonces ella solamente se giró hacia mí y añadió: —A mí en lo personal me gusta cómo se ven todos los colores en ti, así que cualquiera está perfecto.

En el preciso momento que ella está diciendo eso, la respuesta de Kate me llegó al celular y eran exactamente las siguientes palabras:

«Un vestido negro de infarto».

No voy a mentir que después de eso me olvidé de las palabras de Monique y me quedé pensando todo el maldito día como sería ese vestido de infarto del que hablaba.

Golpeo una vez más la puerta y llevo mi vista en dirección al apartamento de Simon, sinceramente espero que a él no se le ocurra salir, ni siquiera sé si está en casa pero ya estoy rezando para que él no ponga un pie afuera en estos instantes. No quiero que me mire aquí frente al apartamento de Kate, vestido de esta forma, no quiero pensar qué me dirá cuando sepa que tengo una limusina esperándome afuera del edificio. Estoy completamente seguro que vendrá a cuestionarme el por qué no lo llevé conmigo o sobre el porqué sí invité a Kate y no a él, la respuesta es obvia y no quiero tener que darle explicaciones, él no sabía que ya había entregado el artículo y ya casi me imaginaba sus palabras de saber que asistiría con Kate, así que ya lo había decidido, él no se iba a enterar de nada.

Esta mañana me pidió prestado mi teléfono y miró mi fondo de pantalla. Todavía estábamos en la oficina, cuando lo escuché decir que tenía que realizar una llamada y la pila de su celular había muerto. Le di el mío sin prestarle mucha atención porque yo estaba tecleando como loco esperando salir a tiempo de esa tortura que llamaba trabajo, entonces lo escuché soltar una

carcajada y después me preguntó:

—¿Por qué tienes esta foto de pantalla?

Hasta ese momento recordé que traía una fotografía de Kate. En mi defensa, yo no la había puesto, ni siquiera sabía que la foto rodaba por ahí hasta que tuve el bendito aparato en manos. Quise cambiar esa imagen, no porque fuese una selfie suya, si no por lo que se mostraba de fondo en aquella fotografía pero al final terminé olvidándolo.

Sentí alivio voy a admitir, aunque aquello no era una imagen para estar orgulloso, al menos sus ataques de risa no se debían a alguna conversación mía con Kate. Me relajé y volví a posar mis manos sobre el teclado.

—Fue Kate esta mañana. —Le respondí restándole importancia. —No he tenido tiempo para eliminarla.

En ese momento esa foto era lo que menos me preocupaba, en unas horas debía estar con Monique y al parecer no había un llamado de atención por llegar tarde pero sí una pila de trabajo dispuesto a retrasarme. No sé cuánto tiempo llevaba maldiciendo a Margaret así que la charla con Simon había pasado a un segundo plano hasta que me preguntó:

—¿Esta mañana? Me dijiste que estabas resfriado. —Mierda, lo había olvidado. No quería decirle que fui a correr con Kate, o que fuimos a la playa porque terminará sacándome más información que no debería compartirle. Así que dejé mi labor, recosté mi espalda en mi silla giratoria y me giré un poco en su dirección fingiendo tanta indiferencia que no sé en qué instantes había logrado recoger.

—Lo estaba, pero... a esa hora ya había mejorado... —Como ya he dicho varias veces, la mentira no es lo mío. —Además, Kate es doctora, con unas recomendaciones y antialérgicos... — Mejor preferí no continuar.

Para suerte mía a Simon, como todo lo que me acontece, le valió un pepino. Me di cuenta que ni siquiera me estaba poniendo atención cuando me interrumpió solo para decirme:

—Tu trasero está de fondo. —Me señaló el trasero en mi teléfono con su dedo índice. Lo peor de todo es que era verdad.

En la fotografía yo estaba inclinado hacia abajo, en realidad estaba recogiendo el bendito reloj que llevaba puesto de la arena cuando en un intento de ajustármelo cayó a mis pies, tardé un buen rato en recuperarlo y Kate aprovechó para tomarse una selfie, cabe mencionar que se ubicó estratégicamente a una buena distancia y la imagen fue maliciosamente calculada de forma que parece que me está agarrando el trasero.

Así es Kate y ya ni siquiera me asombraba absolutamente nada.

Pero a Simon le provocó un ataque de risa y tuve que soportarlo por un gran rato hasta que finalmente lo olvidó pero lo recordó de nuevo y continuó riéndose de ello camino al parking. Lo único que agradezco es que no me preguntó nada más, tampoco sacó un comentario sarcástico de su repertorio y eso se me hizo un tanto extraño. Tal vez se debe a que después de todo era lo que él quería, verme con una mujer ¿No es así? Aunque esa mujer sea completamente distinta a las que yo alguna vez pensaría llegar a conocer. Sin duda alguna si pudiera devolver el tiempo, no cambiaría nada, volvería específicamente a ese día que conocí a Kate una y mil veces de ser posible.

Estaba pensando en eso cuando atravesaba el parking con Simon. El maldito podía ser un grano en el culo cuando se lo proponía pero también era la mejor persona que alguien podría conocer. Le comenté sobre la cantidad de trabajo que maliciosamente Margaret me había entregado y él mismo me ayudó a terminar. Cuando llegué a mi auto me despedí de él porque el suyo estaba al otro extremo, siguió su camino y antes de que yo ingresara a mi vehículo lo escuché decir:

—Roger... —Me giré al escuchar mi nombre de su boca. Él ya estaba llegando a su Mustang, pero eso no le impidió gritarme: —Solo un recordatorio: Llevas preservativos en tu cartera, úsalos.

Cabe destacar que él y yo no éramos los únicos en ese sitio.

Quito la mirada del apartamento de Simon cuando escucho el sonido de la cerradura que indica que están abriendo la puerta frente a mí. La persona que aparece frente a mis ojos no es ni de cerca la que yo estaba esperando ver. Un sujeto, con un tatuaje extendiéndose por su antebrazo es el que acapara mi campo de visión y aunque en este momento trato de entender el por qué los tatuajes así son la moda últimamente, tampoco puedo despegar la mirada del tipo que está sin camisa, comiendo helado desde el envase con los ojos puestos en mí, se saca la cuchara de la boca para decir, más bien, gritar:

—Frijol, Roger está aquí. —No me pasa desapercibido el hecho que ha llamado a Kate frijol o al menos creo que es a Kate. Miro el número de apartamento de su puerta para asegurarme que no es el incorrecto y me doy cuenta que definitivamente no me he equivocado de piso. Tampoco dejo pasar por alto que él sabe mi nombre y aunque quisiera que todo esto sea una confusión el sujeto si me hace tan familiar que sin necesidad de una presentación formal creo saber de quién se trata. —¿Sí eres Roger, verdad?

—Lo soy. —Hablo, aclarándome la garganta. No voy a mentir que esto me ha provocado

más ansiedad que la fiesta de Monique en sí. Me extiende su mano como saludo, cuando le correspondo se presenta y me dice:

—Yo soy Kenan. El hermano de Kate. —Lo intuí, sí. Porque comparten tantos rasgos faciales similares que me aterra. Misma mirada, misma sonrisa. Lo noté después de darle un asentimiento en respuesta y que él curvara sus labios y abriera más la puerta para dejarme pasar. —Entra, ya está casi lista.

Doy un paso al frente vacilante, no estaba preparado para esto y no sé qué hacer mientras espero a Kate así que tomo una piedra que está sobre la mesa cerca de la entrada y la inspecciono.

—Yo se la regalé cuando regresé de Grecia. —Lo escucho a él y levanto la mirada un momento para casi de inmediato ponerla sobre el objeto que tengo en manos. —Me dijo: No me traigas dulces, tráeme algo que vaya a durarme para siempre. Y bueno, miré esa piedra y aquí está.

No voy a mentir que eso me ha causado gracia y no puedo evitar que una pequeña risa se me escape al mismo tiempo que dejo la piedra en su lugar.

—Ingenioso. —Le digo y lo miro llevarse otra cucharada de helado a la boca, deja el envase sobre la mesa frente a la tv y se aleja en dirección a la cocina. —¿Tú eres su hermano mellizo?

—¿Te ha hablado de mí?

—No exactamente. Miré unas fotografías...

—¿No te habla de mí? —Pregunta, estaba a punto de llevarse una botella de agua a la boca y dejó de hacerlo para preguntar específicamente eso con indignación. —Yo he escuchado tu nombre como cinco veces hoy ¿Y ella no te habla de mí?

—¿Qué quieres que le hable de ti? —Escucho finalmente la voz de Kate. Después de eso la observo salir de su habitación, lleva maquillaje bastante intenso en la zona de los ojos que hace resaltar el verde de esa mirada tan enigmática suya, no es común ver a Kate arreglada de esa forma, pero no voy a negar que se mira excepcionalmente guapa. La verdad es que todas las versiones de Kate me atraen bastante. —Que dejaste la universidad cuando estabas en último año de tu carrera y ahora estás en primer semestre de otra que no sabes si vas a dejar también. Que cambias de empleo tan seguido como cambias de novia...

—No... no sigas.

—¿Lo ves? Roger no quiere saber eso. —Esboza una sonrisa cuando hacemos contacto visual y se dirige en mi dirección para posteriormente rodearme con sus brazos, darme un beso en la mejilla y me toma por sorpresa cuando me dice en el oído:

—Te ves tan guapo que me provocas quitarte esa ropa aquí mismo. —Creo que Kate hasta disfruta decirme estas cosas por el gesto que me hace dibujar en la cara cuando escucho algo así de parte de ella. Eso la hace reír y no puedo creer que se esté divirtiendo a mi costa.

Voy a contestarle con sarcasmo, pero entonces me percató que su hermano nos está viendo... a ambos y solo espero que no haya escuchado lo que ella me dijo y también espero que no haya visto ese guiño de ojo coqueto que me regaló antes de separarse de mí e irse en dirección al sillón que está frente a la tv. Aunque creo que es demasiado tarde para desear algo así porque él de inmediato, con un gesto de diversión, dice:

—¿Saben qué? Yo ya me voy. —Se acerca a la mesa de donde toma una camiseta y se saca unas llaves del pantalón que tintinea frente a Kate. No había puesto atención a lo que estaba haciendo ella pero sostiene una aguja en manos y le indica a Kenan, después de tomar las llaves, que tome lugar en un banco que tiene en frente. Yo soy el que respira profundo cuando le atraviesa la piel y le inyecta el líquido en la vena.

—La próxima vez piensa mejor qué cosas sucias vas a llevarte a la boca. —Le dice a su hermano, enarcando una ceja. Él rueda los ojos y se pone de pie después que Kate le pone una curita adhesiva.

—Gracias por prestarme tu auto. —Le habla, dándole un abrazo y un beso en la frente. Caigo en cuenta que nunca se me había ocurrido preguntarle a Kate sobre su vehículo. Asumí que simplemente no tendría o me diría que pronto se haría de uno. La verdad que nunca me importó porque me hacía bien llevarla a todos lados y contagiarme de esa personalidad suya. Si su auto está de vuelta, significa que esos días se acabaron. El tipo se va en dirección a la puerta de entrada, pero se detiene para decirme: —Fue un gusto conocerte, Roger. Kate me dijo que vendrás a esquiar con nosotros... ¿Sí vendrás, cierto?

Y ahí recuerdo lo que me preguntó Kate esta mañana, sobre ir a esquiar aunque no me dijo quienes nos acompañarían. Después haré más preguntas sobre eso, le digo que sí y él después de esbozar una amplia sonrisa, me extiende su mano para despedirse. Lo observo alejarse y perderse tras la puerta de entrada. Entonces me vuelvo a Kate:

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Mis padres y mis hermanos. —Alto ahí. Voy a protestar, pero antes de que pueda hacerlo ella me interrumpe cuando suelta una carcajada y me dice: —Pero relájate, solo les dije que sí para que dejaran de preguntármelo todo el tiempo y bueno, no mentí, sí te pregunté y me dijiste que sí. —Entonces supongo que puedo respirar tranquilo. —Pero puedes pensarlo si te gustaría ir.

Le digo que no con una risa nerviosa, en realidad el mero hecho de pensarlo me produce

jaqueca. Soy terrible conociendo nuevas personas y se lo digo, quiero agregarle que mucho más si se trata de la familia de ella, pero eso me lo guardo para mí. A Kate siempre le causan diversión mis confesiones en cuando a conocer gente se refiere y después de soltar una risita, me dice:

—Solo terminaré de alistarme. Dame unos minutos ¿Está bien?

Le digo que sí cuando ella se pierde tras las puertas de su habitación. Mientras la espero, me acomodo el saco de mi traje sobre el cuerpo. Me miro en el espejo de nuevo y casi no puedo reconocer a la persona frente a mí, me obligo a moverme de ahí porque aquello que ven mis ojos no me gusta nada. Me detengo en uno de los estantes en su sala y veo ahí varias fotografías enmarcadas, todas parecen ser de la familia de Kate.

Les doy un vistazo una por una y me detengo especialmente en una fotografía que me llama la atención: Una niña de algunos siete u ocho años con un diente frontal faltante sonriendo a la cámara, mismo cabello negro y lacio, esa sonrisa pícara, la mirada verduzca y llamativa. Kate no ha cambiado en nada, a diferencia de que antes era una niña adorable y ahora es una mujer hermosa.

Inconscientemente le sonrío al retrato, tomo otro que está cerca donde se puede apreciar a la familia completa y en ese momento un mensaje me llega a mi teléfono celular. Lo saco de mi bolsillo después de acomodar cada una de las fotografías en su sitio y me quedo viendo aquella foto de Kate hasta que tengo el texto frente a mis ojos y doy cuenta que es de Linda, en esta ocasión el mensaje es simplemente:

De: Linda

LAS MATO.

Todo en letras mayúsculas, así tal cual.

Me llama la atención no voy a negarlo y especialmente el link adjunto, aunque por un momento temo por lo que sea que haya en esa dirección web pero la curiosidad puede más cuando segundos después me envía otro:

De: Linda

¿Todavía no quieres que filtre las fotografías?

En segundos estoy dando click en el sitio. Me dirige a un video, uno que según el siguiente comentario de Linda, tomó de las cámaras de seguridad de la casa de Margaret. No sé hasta dónde es capaz de llegar esta chica pero está comenzando a darme miedo. Reproduzco el video que se está mostrando en la pantalla y me toma solo segundos darme cuenta que esto es otra de las cosas

que jamás debí ver.

En el video se muestra a Sara, Wendy y la otra amiga de ellas que nunca llegué a conocer. Margaret aparece después sirviéndole un trago a cada una de las chicas. La plática no es para nada interesante al inicio y cuando estoy a punto de enviarle un mensaje a Linda cuestionándole el porqué del motivo de ese video, escucho mi nombre, de esa voz que soy capaz de reconocer perfectamente: Sara. Me quedo helado cuando aquellas palabras que salen de su boca son las siguientes:

—Roger es tan... —hace una pausa, tal vez buscando la palabra correcta para describirme a mí pero no la encuentra, entonces continúa: —Te apuesto que es muy probable que se quede soltero el resto de su vida. Es tan aburrido y eso para cualquier mujer es frustrante. No tuvimos relaciones hasta casi un año después porque él prefería evitar esos momentos en los que estuviéramos completamente solos ¿Puedes creerlo? Sentía que estaba saliendo con un Monge. Con Koen todo es distinto... desde el primer día que nos conocimos pasó todo eso que teníamos ganas que pasara y cada encuentro era más excitante todavía. Es que es un completo apasionado en la cama que ni siquiera me acordaba quién diablos era Roger.

Sara suelta una risa y se cruza de piernas para, posteriormente, llevarse la copa a los labios. Me quedo viendo la pantalla mientras intento procesar todas esas palabras dichas por ella, no puedo creerlo, fue ella misma quien dijo que le gustaba que yo no corriera a buscar el placer sexual en una mujer como todos los hombres.

Además, me había quedado claro que se acostó con Koen Van Brouwer desde mismo día que lo conoció.

—Hace unos meses no decías lo mismo. —Ahora escucho la voz de la otra amiga suya que está frente a ella. Mi mente está en blanco, aun así soy capaz de comprender lo que están diciendo. —Hasta voy a admitir que me provocaba un poquito de envidia ese novio tan perfecto que decías tener. Todas queríamos un Roger en nuestras vidas ¿Lo recuerdas?

—Excepto yo. —Habla Wendy. —¿Es que no lo has visto? Parece un hippie que fuma marihuana y te habla de amor y paz mundial. —Las dos, Sara y Margaret, sueltan una carcajada. —Además, no tiene ni donde caer muerto. ¿Qué vida le puede ofrecer a una respetable abogada socia de un despacho un hombre que trabaja como asistente?

No soy asistente de Margaret, maldita sea.

—A ver... —Sara de nuevo. Mira a la chica que habló antes de Wendy dejando su copa sobre la mesa. —Contaba solo lo que a mí me convenía cuando ustedes comenzaban a hablar de esos novios adinerados que tenían, yo sentía vergüenza mencionar a qué se dedica Roger, no es la

persona para mí definitivamente, merezco a alguien a quien pueda presumir frente a mis amistades importantes. No hay nada en él que me haga preferirlo más que a Koen Van Brouwer.

—¿Debería sentir pena por Roger? —Interrumpe Margaret esta vez. —El pobre está al borde del suicidio, no me sorprendería que se emborrache y te dedique serenatas por la radio. Es tan patético ¡Ah! Y le encargué un artículo sobre ligues de una noche. —La jefa dragón se ríe a carcajadas. —Sé que llegará ese día y no tendrá ni siquiera una línea de ese artículo, será la excusa perfecta para despedirlo.

—¿Pero... no sientes nada por haberlo dejado así nada más? —pregunta la otra chica dirigiéndose a Sara. —Es decir, fue la persona con la que estuviste los últimos cinco años de tu vida y lo dejaste por otro hombre. ¿No sientes aunque sea algo de remordimiento?

—La verdad no. —Responde de inmediato. —Ya era hora, no soportaba un minuto más... quiero un hombre de verdad...

Prefiero detener el video.

Cierro los ojos un momento para intentar buscar autocontrol y comprender que Sara definitivamente no es la persona que yo creía conocer. Cinco años de mi vida. Cinco años y no sabía con qué clase de ser tan ruin estaba conviviendo. De Margaret no me sorprende nada pero ahora tengo unas inmensas ganas de mandarla a la mierda y tengo que respirar profundo antes de cometer una tontería. Agradezco cuando Kate me llama, por un momento se me olvida lo que acabo de ver y me giro en dirección al sitio de donde proviene su voz.

—¿Puedes venir un momento? —Me dice después. Solo miro que la puerta está entreabierta pero no logro divisarla a ella. Le digo que sí y dejo todo ubicado exactamente como estaba sobre el estante para caminar hacia su habitación. Empujo lentamente la madera blanca para evitar encontrarme con algo que no debería pero es Kate quién termina de abrirla y me dice que le ayude con el cierre del vestido.

Puedo ver su espalda, ella está sosteniéndose la prenda por delante y me señala como subiré la cremallera. Se ubica delante de mí, tomo la parte del vestido que me indica y observo como su piel va quedando oculta poco a poco dentro de una tela con transparencias de color negro.

—Listo. —Le hablo, entonces me agradece y se aleja para verse en el espejo. Ahora que tengo una mejor vista de toda ella me doy cuenta a qué se refería cuando me dijo que usaría un «vestido de infarto». La prenda tiene corte corazón y le realza los pechos, yo jamás opinaría sobre el cuerpo de una mujer pero es imposible no darse cuenta de la buena figura que Kate posee y el vestido le favorece bastante. Se entalla en su cintura y cae ligeramente hasta sus tobillos dejando a la vista una de sus piernas a través de una abertura que se extiende a lo largo de la falda. Y cuando

me ve observándola, da una vuelta coqueta de esas suyas que hacen que el cabello se le mueva al mismo ritmo y a mí me hace soltar una carcajada.

—Y bien ¿Te gusta? —Ella sabe perfectamente la respuesta a esa pregunta. No tengo necesidad de contestarla pero por algún motivo quiere escucharlo de mi boca. Aprieto mis labios para evitar dejar a flote esa sonrisa que quiere colárseme en el rostro.

—Estás preciosa. —No la miro a los ojos cuando digo esto y casi la visualizo tomándome la barbilla para hacerme mirarla a los ojos. Cuando levanto la vista ella me está viendo a mí y esboza una sonrisa que me sacude todo por dentro. Se deja caer en el borde del colchón de su cama y observo con atención cuando se está poniendo una de sus sandalias.

—¿Te ayudo? —Le pregunto, señalando sus pies. Me mira un momento y después me dice que sí. Me inclino frente a ella para deslizar cada calzado en el pie correspondiente. Sujeto la hebilla de cada uno y cuando termino levanto la mirada para encontrarme con esos ojos mirándome fijo y una sonrisa. —¿Qué? —Pregunto cuando me estoy poniendo de pie y le extiendo mi mano para que ella haga lo mismo.

—Es que... no lo sé... eres tan dulce. —Me río, no sé si a este punto eso sea algo bueno pero qué importa ya. Finalmente se pone de pie para, acto seguido, tomar su teléfono celular y pedirme una foto frente a su espejo. Lo hago como ella me lo pide y el resultado parece una imagen promocional de revista que, voy a admitir, me gusta bastante. —¿Nos vamos?

Le doy un asentimiento y salimos de su apartamento para ir en dirección al parqueo donde está la limusina que Monique me había asignado. Ella se detiene cuando le muestro el vehículo y me mira con un gesto de asombro que se me hace gracioso y adorable en partes iguales. Suelto una pequeña risa para abrirle la puerta y le indico con mi brazo que suba antes que yo. Me mira una vez más y después de darme las gracias me da un beso en la mejilla con una sonrisa.

Al llegar al sitio donde se llevaría a cabo la fiesta, no puedo creer la cantidad de fotografías que hay afuera, miro por la ventana aquella gran cantidad de personas ahí y me trago esas ganas que tengo de salir corriendo.

—¿Estás listo? —me pregunta ella, extendiéndome su mano. Le digo que sí después de respirar profundo y aunque hay personas que abren las puertas por nosotros yo descendo primero y con mi mano ayudo a Kate a bajar del vehículo. Cuando está en el último escalón, sujeto su cintura con mis dos manos para ayudarla yo mismo a descender y eso la hace soltar una carcajada, una genuina y divertida que me provoca reír con ella hasta que mis ojos se encuentran con los de Margaret en la entrada del lugar.

Verla ahí me hace recordar el maldito video de nuevo, sabía que iba a estar aquí pero no

pensé que justo al llegar al sitio tendría que topármela. Prefiero ignorarla, ni un corto saludo, ni siquiera un asentimiento, nada, paso de ella y su vista se clava en la persona que está a mi lado.

—Ella es Margaret. —Le digo a Kate, cuando la jefa dragón mira en otra dirección disimuladamente. Tal vez no debí mencionarlo porque de inmediato su respuesta es:

—Solo espero que nunca llegue a la sala de emergencias y yo esté presente.

Por supuesto que pensé que estaría bromeando, aunque últimamente tanto contacto con mujeres me ha dejado en claro sobre lo vengativas que las féminas pueden ser, así que al menos yo sí espero que esté bromeando.

Un hombre de seguridad me guía hacia Monique y tras bastidores me encuentro a la diseñadora que esboza una amplia sonrisa al verme. Ella me presenta a Krista y yo le presento a Kate. Me gusta la profesionalidad con la que Kate se desenvuelve, me parece alucinante como es capaz de entablar una plática de manera rápida y soltar sus frases sarcásticas sin perder el encanto. No está nerviosa, no es tímida... bueno, es Kate. No sé cómo lo logra, pero absorbe a las personas tanto que de pronto todos parecen más interesados en ella que en el evento en sí.

Definitivamente, no pude encontrarme una mejor compañía.

El lanzamiento se resume en estas cosas: Flashes, desfiles, más flashes, entrevistas, flashes otra vez, *after party* y más flashes. Todo este tiempo he tenido que sonreír junto a Monique en cada *photocall* al que me invita «Al parecer estás muy solicitado hoy» me dijo y me volvió a tomar del brazo para llevarme con ella frente a otro montón de cámaras. Creo que no sabe lo mal que la estoy pasando pero Kate sí y en lugar de darme ánimos su mirada socarrona es la que me lanza todo el tiempo cuando Monique me arrastra con ella.

—¿Sabes? —Escucho a Monique hablarme después de tomarnos una fotografía juntos cerca de un cartel enorme donde estoy yo y unas letras en rojo con el nombre de su marca. Yo estaba viendo a Kate segundos antes y le sonreí cuando me dijo en señas que mirara a los ojos a Monique, comprendí también algo sobre matarme pero tal vez sobre fue el trauma que ya ella misma me había causado, no lo sé, pero me reí, algo que Monique notó al parecer. La diseñadora se interesó por saber en qué tenía toda mi atención en ese momento entonces después de concentrarme en ella me dice: —Tu mejor accesorio esta noche es esa chica. ¿Todavía te atreves a decir que es solo una amiga?

No voy a mentir que sus palabras me han hecho algo de gracia y me rio un poco solo para decirle:

—Es que lo es. —No la convence. Lo sé por sus ojos, por ese gesto y esa forma que sus

labios se curvan en una malicia. Pero no dice nada más, le extiende mi brazo en un gesto caballeroso para regresar a la zona VIP donde Krista y Kate se encuentran, justo al llegar me percato que también está Margaret, aunque charlando con otra persona y cuando estamos ahí finge indiferencia, pero no por mucho tiempo porque en el exacto momento que Monique y yo tomamos lugar sobre los sillones de cuero. La diseñadora le pregunta a Kate: —¿Tú eres modelo?

A lo que inmediatamente ella responde:

—No... —Se ríe un poco y en ese momento observo como Margaret se gira levemente aprovechando que su compañía se ha ido por unos tragos. —Estudié medicina en Harvard.

Y entonces, todos me miran a mí.

¡Vamos! Yo no soy quién se graduó en Harvard.

—¿Harvard? —Ahora Monique parece más interesada. Se lleva a la boca una copa de champagne y vuelve a hablar: —¡Vaya! Roger sale con una doctora graduada en Harvard y no había mencionado nada.

Alto ahí...

—Margaret... —Llama la atención de mi jefa, quién aunque finge estar absorta en la copa que sostiene sé que está poniendo atención a todo lo que hablamos. Ahí caigo en cuenta, ha llamado a Margaret y cuando esta la mira, le dice: —¿Sabías esto? La novia de Roger es una guapa doctora graduada en Harvard. ¿Ya la conocías?

Margaret le dice que no y yo quiero pegarme la cabeza contra la pared repetidas veces.

Ambas se saludan, se presentan y casi puedo intuir todas las ideas que están pasando dentro de la cabeza de Kate para usar en contra de la pobre Margaret. Cuando se sienta junto a mí de nuevo yo solo quiero salir de aquí corriendo a la velocidad de flash aunque a ella parece estarle divirtiendo toda esta escena: El gesto de Margaret, la forma en que nos mira a los dos, las tres margaritas que se ha tragado sin respirar siquiera. Kate entrelaza sus dedos con los míos mientras contesta las preguntas que Monique le hace sobre medicina.

—¿Vamos a la barra? —Le pregunto a Kate cuando Monique se ha retirado con alguien que le pidió una entrevista. Al lugar nos están llevando bebidas pero soy sincero con ella y le digo: —No quiero que Monique regrese por mí para tomarnos más fotografías.

Se ríe un poco y me mira a los ojos, entonces me dice que sí poniéndose de pie conmigo. El sitio está aglutinado de personas, la mayoría de ellos son gente importante, famosos, trabajadores del mundo de espectáculo. Nos toma un tiempo bajar todas las escaleras que dividen los dos pisos

y cuando llegamos al lugar Kate pide algo y después se vuelve a mí.

—¿Quieres Sexo en la Playa?

—¿Qué?

—¡La bebida, Roger! —Vale, que la pregunta fue más por el sonido del lugar que no me deja escucharla bien. Sí, sé que es una bebida y también sé que es una de las favoritas de Simon. Le digo que preferiría algo sin alcohol, entonces finge asombro, se lleva la mano al pecho dramáticamente pero termina pidiendo bebidas sin alcohol para los dos.

Tomo una banqueta cuando me dejan la bebida en frente, de pronto, Kate deja su vaso sobre la barra y se pone de pie de un salto automáticamente quitándome el mío y dejándolo a la par del suyo. Me toma de la mano y tira de mí en dirección a la pista de baile. No comprendo nada, hasta que ella me dice:

—Esa es una de mis canciones favoritas. —Me percató de la música que está sonando, entonces, me vuelvo a ella:

—Es *Single Ladies*.

—Es ley general que cuando escuches *Single Ladies* tienes que bailarla. No importa cuántos años pasen. —Entonces hace algunos pasos y me mueve las manos para que lo haga con ella. Suelto una carcajada y la rodeo con mis brazos inmovilizándola contra mi cuerpo.

—No... ni de coña... no pienses que yo voy a bailar eso contigo. —Se ríe ante la gracia que le causan mis protestas y su rostro se pega a la tela de mi saco para carcajearse tranquila. Cuando levanta la mirada tengo ese rostro precioso tan de cerca, entonces me dice:

—Tu jefa nos está viendo. —Toma mis brazos para aferrarlos más a su cuerpo. Quiero ver en dirección a Margaret pero ella no me lo permite, comienza a dejar besos húmedos desde mi mejilla hasta la comisura de mis labios haciéndome esbozar una sonrisa. —Bésame. —La escucho y yo me río un poco un tanto desconcertado, la miro a los ojos cuando añade: —Es en serio, Roger.

Por un momento no sé qué contestar y relamo mis labios fingiendo pensarla bastante. Enarca una ceja con un gesto divertido entonces me atrevo a decir:

—De acuerdo ¿Cómo te gusta? ¿Pasional? ¿Romántico? ¿Salvaje?

—Sorpréndeme.

Entonces me río de nuevo y tomo su rostro con ambas manos llevando uno de los mechones de su cabello detrás de su oreja. Me acerco a su boca y la beso, de la forma más dulce que alguna

vez haya besado a alguien. Kate de inmediato me corresponde de la mejor manera y siento como una corriente eléctrica me recorre la columna vertebral. No sé qué es eso que Kate me provoca, pero es capaz de robarme el aliento con solo un roce de esos labios suyos. Me encanta la forma de besar de Kate, tan delicada, tan suave, tan... ella. Cuando finalmente nos separamos, nos miramos a los ojos y me dice:

—Guau. —Y yo suelto una risa nerviosa, va a decir otra cosa pero entonces le tapo la boca con mi mano porque presiento que no quiero escuchar aquello. Aún ante sus protestas, vuelvo a inmovilizarla con un abrazo y es en ese momento, cuando estoy poniendo mi barbilla en el hombro de Kate, que una figura a cierta distancia llama mi atención. Aunque me cuesta reconocerla porque ahora lleva el cabello claro, es Sara, tomada de la mano del sujeto Van Brouwer quién en ese momento está poniendo su atención a otra cosa pero ella sí me está viendo a mí. Cuando hacemos contacto visual de inmediato le dice algo al tipo que la acompaña y se van en una dirección distinta.

Para mi sorpresa, no sentí absolutamente nada encontrarme a Sara de nuevo ahí.

Capítulo 29

Ni siquiera sé cómo resumir todos los acontecimientos que le procedieron a esa escena durante la fiesta de Monique.

Tal vez debería iniciar con lo que sucedió en el momento justo después que vi a Sara, cuando Monique tomó el micrófono, dijo unas palabras y me mencionó a mí, a mí... a eso le siguieron aplausos, flashes, una botella de champagne y no fue todo... además, me invitó a pasar al frente. Sentí vértigo cuando desde el escenario vi a aquellas trescientas personas mirarme fijo y entre ellos a Kate, con ese gesto burlesco y bonito desde donde me lanzó un beso y tuve que apretar mis labios para evitar soltar una risa.

O quizás debería iniciar mencionando lo que pasó después, cuando bajé del escenario y le ayudaba a bajar el último escalón a la diseñadora. Un sujeto con el cabello rosa se me acercó y no supe de quién diablos se trataba:

—¡Roger! ¡Oh por Dios! ¿Eres tú? —Tal vez debí suponerlo cuando vi aquellas gafas de pasta cubierta de incrustaciones, pero en el momento ni siquiera se me pasó por la cabeza. Tal vez el tipo vio la interrogante que se colaba en mi rostro, así que se apresuró en refrescarme la memoria: —Soy Estebano, Estebano Johns-Webber. Por supuesto que me recuerdas. ¡Pero qué diferente estás!

—¿Conocías a Roger antes? —Inquirió Monique de inmediato. A lo que él contestó con un efusivo y demasiado entusiasmado «Sí».

—¿Has visto la película «El diario de una princesa»? Yo fui Paolo en la vida de Roger. ¡Pero míralo ahora! Una fea oruga se ha convertido en una bella mariposa.

Decir que estaba incómodo era poco, quería salir corriendo de ahí y pegarme la cabeza contra la ventana, o pegar la cabeza de Estebano contra la ventana, ya no sé ni que quería pero estaba seguro que optaba más por lo segundo. Estebano se acercó a mí y me dio dos besos, que no correspondí, porque a este nuevo Estebano yo ni siquiera estaba acostumbrado.

Y no era por el nuevo look con su pelo rosa en realidad, si no, por la nueva forma de tratarme que me confundió un poco. Había notado desde hace un rato la forma tan diferente que ahora me trataban las personas y Estebano no se había quedado atrás. Entonces, le hablé a Kate sobre eso y su respuesta me hizo esbozar una sonrisa:

—¡No es verdad! A mí me han gustado tus dos versiones. —Es algo que nunca olvidaría: Lo

amable que había sido desde antes y las palabras que me dijo en ese momento. —Ese aire misterioso por encima de tu buen físico, pero la superficialidad no lo es todo ¿Sabes cuál es tu mayor atractivo?

—No lo sé, tú dime. —Bromeé, entonces su siguiente gesto me pareció bastante dulce: Me miró a los ojos y después llevó su mano a mi cabeza para arreglarme el cabello.

—Eres caballeroso, inteligente, detallista, romántico, fiel y no dudo que seas un apasionado. —Me reí, entonces ella continuó: —Puedo asegurar que esa timidez es algo que dejas a un lado en otras ocasiones.

—¿Otras ocasiones?

—Unas que estoy tentada a averiguar. —Vale, que yo podía ser medio lento pero también entendía todos esos mensajes subliminales e irónicos de Kate. Nervioso me llevé el trago a la boca e hice un gesto cuando aquel líquido me quemó la garganta y todo el esófago provocándole una risa a Kate y me dio golpecitos en la espalda mientras recuperaba el aliento. —¿Sabes? Esta es otra de las cosas que me gustan de ti.

Y la miré, porque no podía estar hablando en serio. Kate tomó un pastel de los que nos pusieron en frente en ese momento. Otra de las cosas sobre la fiesta de Monique que merecen ser contadas, es lo que pasó después cuando a Kate no le bastó llevar ese pastel a mi boca para que le diera un mordisco, si no, que tomó con su dedo un poco del dulce e hizo un recorrido lentamente desde mi mejilla hasta la comisura de mis labios.

—Ups. —Fue todo lo que me dijo y se limpió la mano en una servilleta. Solo la miré sin hacer nada, apreté mis labios para evitar carcajearme y entonces sin previo aviso tomé su rostro y con mi mejilla sobre la suya le ensucié toda la cara a ella. Protestó, por supuesto que lo hizo, pero también se carcajeaba fuerte. —¿Si me arruinas el maquillaje no te lo perdono! ¿Sabes cuánto tiempo y dinero me tomó todo esto?

No me importó, por supuesto, y nos reímos bastante en ese momento, creo que hasta babeé un poco y cuando tomé una de las servilletas para limpiarme la cara, ella tomó una copa de vino y me la ofreció diciéndome:

—Este vino está muy bueno ¿Quieres un poco?

—¿Está dulce?

—No lo sé. —Se llevó la copa a la boca y solo dejó que el líquido le acariciara los labios un poco. Se acercó a mí, cerró los ojos y me dijo: —Pruébalo.

Le sonreí en respuesta, aunque ella no me estaba viendo no pude evitar que mis labios se curvaran y entonces lo hice, fue algo tierno, corto y sí... *dulce*... estaban comenzando a gustarme estos juegos pero es algo que no admitiré frente a Kate... nunca.

—Está dulce. —Le dije entonces y tomé la copa de su mano para llevármela a la boca. Hicimos un contacto visual hasta que yo, como siempre, desvié la mirada y ella me tomó la barbilla para hacerme verla a los ojos. Me dio un corto beso en los labios y se puso de pie para preguntarme:

—¿Te traigo algo de tomar?

—En todo caso, sería yo quién iría por algo de tomar.

—No no, ¡Vamos! Que yo también tengo pies y manos. —Y me hizo sentarme de nuevo, me reí un poco y le permití alejarse entonces. —Sin alcohol, ya lo sé. —La escuché. Me quedé viendo a Kate hasta que llegó al lugar de las bebidas. Y cuando me obligué a mí mismo a ver en otra dirección, me encontré de nuevo con Sara.

Vale, a este punto ya ni siquiera recordaba que ella podía seguir en la fiesta. Tenía los ojos puestos en mí, sin importarle que a su lado estuviera Koen Van Brouwer, sin disimular porque hay personas rodeándonos y que Margaret fácilmente podría darse cuenta. A mí no me importaba su atención en lo absoluto, así que la ignoré nada más y me sorprendí porque ni siquiera me costó hacerlo, ahora tenía a Kate y esta mujer lograba que soltara carcajadas a plena vía pública.

No podía pedir más.

Terminamos la fiesta en una estación de *Subway* a las dos de la mañana y ahí fue que le comenté lo de Sara. Ella solo me miró nada más y después fingió reñirme llevándose la mano dramáticamente a la frente:

—¡Roger! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —Para suerte mía solo éramos nosotros dos los únicos en este sitio a esa hora. —Estuve preparando escenarios para ese encuentro en mi cabeza desde... no sé... el primer día que supe sobre esa mujerzuela.

Vale, me reí. No sé si fue por esa forma suya tan irónica y divertida con la que dijo esas palabras o porque fingiera estar molesta abanicándose con sus dedos fingiendo dramatismo.

—A ver... que vio cosas mucho mejores que las que tú y yo podíamos haber planeado.

—¿Estás diciendo que el beso para Margaret no fue estupendo?

—Ese beso fue delicioso, pero... —Entonces me di cuenta de mi elección de palabras justo en el momento que Kate me miró a los ojos y me lanzó una mirada pícaro de esas suyas. Decir que

me dio vergüenza fue poco y me reí nervioso, me tomé un trago largo de Coca Cola y ella me preguntó:

—¿Y qué sentiste? —Ahora tenía toda su atención volcada en mí. —Digo... al verla de nuevo. —No sé qué percibí en el semblante de Kate, pero inseguridad no fue ni un poco. Tal vez fue mi respuesta rápida y contundente o el hecho de que a una mujer como Kate no le intimidaría Sara en lo absoluto.

—Absolutamente nada. —Entonces me sonrió y después de alargar su brazo para darme una palmadita en el hombro, me dijo:

—¡Has crecido! —Entendí también la ironía que se colaba en esas palabras. Después de nuestra comida en la madrugada la acompañé hasta la puerta de su apartamento donde, después de abrir, se giró hacia mí y me miró a los ojos para preguntarme:

—¿Eso contó como cena o desayuno?

—Puede ser desayuno, no pienso despertar hasta el mediodía.

—¡Uh! Yo tengo que trabajar mañana.

—Lo siento tanto por ti. —Kate me sonrió. Y no me percaté de su siguiente acto hasta que tenía sus manos sosteniendo mi rostro y sus labios sobre los míos. No supe como corresponder de inmediato porque aquello me había tomado por sorpresa y así de rápido como los labios de Kate se adhirieron a los míos, también se alejó de mí cuando yo no había terminado de asimilarlo todavía. Cuando eso sucedió la miré con una sonrisa y me atreví a preguntarle de manera irónica:

—Espera, no sabía que Margaret nos estaba viendo.

Y las comisuras de sus labios se curvaron hasta que soltó una carcajada. Una que me contagió a mí y tomé su rostro con ambas manos para deleitarme en esos labios de nuevo, uno por uno, sin prisa... no sabía cómo iba a verla a los ojos la próxima vez que nos encontráramos pero en ese momento me estaba importando poco. Cada beso de la boca de Kate valía tanto la pena y fue tanta la comodidad que sentí cuando sus brazos se envolvieron en mi cuello que yo llevé los míos alrededor de su cintura.

—Buenas noches, Roger. —Me dijo, cuando se separó de mí. Pero entonces, volvió a besarme y estuvimos así, entre Buenas noches y besos, por varios minutos, hasta que finalmente entró a su apartamento y antes de cerrar la puerta me dio un adiós con su mano.

—Buenas noches, Kate.

Está demás decir que no logré dormir absolutamente nada y ahora estoy aquí, considerando

la opción de inyectarme café directamente en las venas.

Cuando logré conciliar el sueño finalmente ya estaba amaneciendo y de inmediato mi teléfono celular sonó causándome un susto de muerte. Eran las seis de la mañana ¡Las seis de la mañana! Y era domingo. ¿Quién diablos está despierto un domingo a las seis de la mañana?

Por supuesto, mi madre.

Cuando vi el aparato tuve que parpadear varias veces y cuando iba a contestarle, la llamada se terminó y tiré el aparato sobre mi cama. Me puse la almohada sobre el rostro dispuesto a volver a lo que estaba cuando el aparato sonó de nuevo y solté una maldición por mi brutal suerte. Tal vez aquello era una emergencia, entonces tomé el celular y me senté sobre el borde de mi cama, me aclaré la vista y con el entrecejo levemente fruncido descolgué:

—¿Mamá? ¿Qué sucede?

Se escuchaba un ruido de fondo, también sirenas y yo comencé a imaginar cualquier tipo de escena nada buena dentro de mi cabeza.

—¿Roger? ¡Por Dios! ¡Tengo como cinco horas llamándote!

—Mamá ¡Son las seis de la mañana y es domingo! ¿Cómo es posible que hayas estado llamándome desde hace cinco horas?

—Roger ¿Estás tú saliendo con alguien y no me habías dicho? —Oh Dios, algo que pasé por alto fue el hecho de que tenía a mi madre de amiga en Facebook. Pero vale, en mi defensa, ella ni siquiera entraba a aquella bendita red social porque decía que era una completa pérdida de tiempo. Supongo que ya había visto mis fotos, todas las que compartí de la noche anterior y en una de ellas estoy con Kate besándome la mejilla. —¿Por qué soy la última en enterarme de todo?

—¿Qué... —Miré mi despertador sobre la mesa de noche y me percaté que todavía eran las seis menos cuarto. —Mamá ¡Todavía son las cinco de la mañana!

—Roger ¿Estás o no saliendo con alguien?

—No estoy saliendo con nadie... ¿Cómo diablos...? ¿No decías que las redes sociales son una completa pérdida de tiempo?

—¿Qué redes sociales y qué nada! Sara acaba de llamar para preguntarme si yo conocía a tu nueva novia... —Vale, me quedé callado. ¿Qué diablos...? Por un momento pensé que había escuchado mal, hasta que ella volvió a hablarme. —Espera... ¿Compartes en redes sociales que sales con alguien y no se lo cuentas a tu madre?

—¿Sara te llamó solo para preguntarte eso?

—¿Y sabes? Yo no sabía nada ¿Qué le iba a decir? Ni siquiera la habías mencionado nunca. Tuve que decirle que sí la conocía, que es una chica muy bonita y dulce ¡Ni siquiera sé si es bonita o si es dulce al menos!

—¿Y te llamó solo para eso?

—No, primero comenzó con pláticas... ya sabes, que cómo estabas tú... bla bla... le pregunté por qué no te lo preguntaba ella... bla bla... me dijo que tú no le contestas las llamadas... bla bla... después poco a poco soltó la bomba y digo la bomba porque yo ni enterada Roger. Entiendo que seas completamente independiente y que tengas tu vida aparte ¿Pero por qué...

—Kate es mi amiga nada más.

—¿La doctora se llama Kate?

—¿Sabes que es doctora?

—Sara lo mencionó. —Oh, genial, eso es lo único que pude decirme dentro de mi cabeza «Genial». Esta situación sí que me superaba en serio. Me puse la mano sobre la frente y después la pasé por mi cara para despejar la frustración. —¿Pero por qué no le contestas las llamadas a Sara? Según acordaron terminar en buenas términos ¿No es así? Entiendo que las cosas entre ustedes se hayan terminado hace mucho, pero ignorarla solo porque sales con una doctora graduada en Harvard.

—Por Dios ¿Qué? —Vale, alto al mundo. Seguía creyendo que no había entendido muy bien o no capté como debería. Entonces solté una carcajada por lo irónico que me sonó todo esto.

—Todavía no entiendo por qué acabaste tu relación con Sara... es una mujer tan preocupada por ti y tu bienestar Roger, solo quiere saber cómo estás, no tienes porqué ser tan duro con ella.

—Santo cielo. ¿Ella te dijo todo eso?

—¿Por qué le haces eso Roger? No fue la forma que yo te crie. Sara es...

—Mamá... —Le corté, cuando la escuché dispuesta a continuar con aquello que estaba logrando molestarme en serio. —Sara me dejó hace tres semanas por ese sujeto millonario con el que va a casarse. Solo pasaron días para que anunciaran a todo el mundo que se habían comprometido. La escuché decir que se había acostado con ese tipo un año antes, cuando ella estaba todavía conmigo. ¿En serio crees que es esa persona que dices tú conocer?

No la culpo, ni siquiera yo creí que Sara resultaría ser tan ruin.

Silencio del otro lado, por un momento temí que haya sido un mal momento. No es como que

haya sido una gran noticia tampoco, ni siquiera le caía muy bien. La toleraba, como ella me dijo, pero poco a poco comenzaron a llevarse mejor aunque nunca Sara fue de sus personas favoritas.

—¿Sabes? Me está llamando de nuevo. —Me dijo finalmente aclarándose la garganta. —
Discúlpame, tengo mucho que decirle...

—Mamá... no vayas a...

Y colgó. Genial. Me arrepentí de haberle contado todo y cuando intenté regresarle la llamada lo hice sin éxito. Solté un suspiro y me pasé las manos por la cara repetidas veces. Me di cuenta que entre mis mensajes no leídos tenía uno de Linda y también uno de Kate. Obviamente, corrí al de Kate antes que cualquier otro y leí ahí el texto:

De: Kate.

Buenos días, guapo.

Quiero verte.

Olvidé toda la conversación con mi madre y me concentré en las palabras de Kate. No voy a mentir que pensé mucho mi respuesta y tecleé ahí lo mismo que se me había ocurrido desde que vi su texto, lo borré un par de veces y volví a escribirlo hasta que finalmente terminé por enviárselo:

Para: Kate

Yo igual.

Lo dejé así, aunque quise escribirle más preferí dejarlo así porque tampoco quería parecer uno de esos tipos desesperados, de los que ahuyentan a las chicas. Me fui directo al mensaje que me dejó su amiga y sus palabras fueron:

De: Linda.

¿Quieres ir a la playa? ¿Sol, bikinis, cerveza, música?

Sabía que ya después de esto no iba a poder dormir del todo, pero tampoco se me antojaban esas cosas que ella mencionaba.

Para: Linda

Para nada.

Su respuesta me llegó casi de inmediato:

De: Linda

Kate va a estar aquí.

Me estaba comenzando a dar cuenta que últimamente para todo aquello que implicara una salida a la que sabían que yo no asistiría, mencionaban a Kate. Iba a dejarle un mensaje, pero entonces, la doctora me envió otro texto. Uno que mencionaba la fiesta en la casa de playa que Linda acababa de comprar, le pregunté si la había robado de algún ataque cibernético y después de eso me envió unos emoticones de risa pero agregó que una empresa importante había comprado una aplicación creada por su amiga y, bueno, se lo gastó todo en una bonita casa en la playa.

¡Vaya! Eso fue lo único que se me ocurrió contestar. Estoy en un punto de mi vida donde solo conozco gente exitosa y yo, bueno, intento de escritor. Era lo único que lograba bajarme el autoestima, ni siquiera eran los tipos de las revistas, ni los cuerpos musculosos, ni los ojos azules de Van Brouwer. Simplemente, eran las personas jóvenes y exitosas que conocía últimamente, así que cambié de tema y le dije a Kate que iba a llegar por ella a la hora de almuerzo pero entonces me recordó el pequeño asunto de su auto y me di cuenta que era mejor cuando Kate no tenía uno. Igualmente, cuando se hizo la hora del almuerzo conduje hasta el hospital y la esperé ahí en el parking hasta que me dijo que podía pasar a su oficina.

Siento sus brazos rodearme por la espalda cuando estoy concentrado una vez más en aquella cantidad de títulos en la pared cerca de su escritorio. Once posgrados... nada más —eso último lo digo con ironía—. Veintiséis diplomas. Reconocimientos de voluntariado en Siria, África y Afganistán. También fotografías que no había visualizado antes sobre visitas a lugares más vulnerables, otras que parecen ser en este hospital, dando conferencias, un reconocimiento por la universidad de Oxford... Inglaterra. Oh vaya.

—¿Cómo es posible que a esta edad hayas hecho todo esto? —Le pregunto, cuando he postrado mis manos sobre las suyas una vez que descansan sobre mi abdomen. —¿Cuántas vidas te ha tomado? —Pregunto con burla.

—Puedo decir que he aprovechado bien esta.

—¿No eres *Carlisle Cullen*, verdad?

—Déjame ver. —Se separa de mí y cuando me giro un tanto curioso, su siguiente acto me toma por sorpresa. Se toma la goma del pantalón azul y tira de él para mirar dentro donde están sus partes íntimas. —No, creo que no lo soy.

Aprieto mis labios para no soltar una carcajada pero igual, no me es imposible. Siento que Kate me supera en todos los aspectos en realidad. No sé si es por la forma irónica que habla o porque hace las cosas con una extrema seriedad que hasta me confunde. Siento que no puedo con ella. Es como si Kate ha sido estratégicamente puesta en mi vida para hacerme ver las cosas de otra forma en mis peores momentos.

—De acuerdo. —No voy a mentir que verla otra vez me provoca una sensación abrumadora y no sé cómo proceder ahora, me refiero a... después de los besos de ayer. ¿Me acerco a sus labios? ¿Tal vez solo un abrazo es suficiente? Por Dios, es que soy tan nuevo en esto que lo único que se me ocurre decir es:

—Te traje comida. —Kate me mira y enarca una ceja. Tomo la bolsa que había puesto sobre uno de los sillones de cuero y saco de ahí lo que había traído para ella. Sé cuánto le gusta la pasta y después de que me dijo que solo atendería una emergencia —*hace un par de horas precisamente*— conduje hasta su restaurante italiano favorito, el que está cerca de su apartamento y le traje eso específicamente. —Es pasta. Es del restaurante italiano que tanto te gusta.

Sus ojos se agrandan con sorpresa y después mira la bolsa que le estoy extendiendo:

—Oh por Dios, gracias. No... no tenías que hacerlo, Roger.

—Quería hacerlo, está bien. —Le doy una pequeña sonrisa tranquilizadora al mismo tiempo que toma el paquete en sus manos. —También traje rollos de canela. No sé si son tus favoritos pero quise buscar un postre que no tuviera merengue y me lo embarraras en la cara.

Kate suelta una risotada y me mira con una expresión divertida al mismo tiempo que se lleva uno de los rollos de canela a la boca. Me dice que está corta de tiempo y yo menciono que no me importa comer aquí en su oficina siempre y cuando sea con ella. No sé de donde me salió decirle eso, pero ella me devolvió una sonrisa simpática y no me importó esperarla otras dos horas, hubiese deseado que se quedara más tiempo para no tener que ir a la casa de Linda cuando la escuché decir a todos sus amigos: «Chicos, él es mi amigo, Roger. Es modelo»

Los saludé incómodo después de esa presentación y es que para ser Linda una experta hacker es una mujer bastante popular y simpática. Siempre me imaginé a estas personas del tipo que se encierran en casa, no tienen amigos y nunca salen de su habitación, pero me equivoqué. Así como también me he equivocado con la mayoría de personas que me rodean.

—Roger ¿Puedes ponerme un poco en la espalda? —Me pregunta Kate, me extiende algo que asumo es un protector solar y le digo que sí cuando ella se ubica en frente. Estoy sobre una de las sillas playeras que está frente a una piscina —*porque la casa también tiene una*— meditando sobre el porqué no debí haber venido. Pero entonces, se sentó a mi lado y me hizo esa petición. Kate lleva un top que deja a la vista parte de su abdomen plano y espalda, también está usando un short que me deja apreciar esas largas y tonificadas piernas de cerca. Por mi parte, yo ni siquiera me he cambiado de ropa. Doy un vistazo alrededor y yo soy el único que parece un nerd aquí, con una camiseta de *Games of Thrones* y, al menos, llevo pantalones cortos que por algún motivo tenía dentro de mi auto.

Vierto un poco del líquido sobre mis dedos cuando me acomodo mejor para esparcir el protector solar sobre su espalda. Llego hasta la mitad, pero ella me pide que lo haga por debajo del borde del short en sus caderas. Le vuelvo a preguntar si está segura y de nuevo me dice que sí con una sonrisa.

—Lo siento. —Le digo, cuando mis manos van por su espalda baja, dejando una buena capa del protector como ella me dijo y siento que he rozado su ropa interior.

—¿Te estás disculpando por tocarme la espalda? —Suelta una risita. Vale, que así suena ridículo. Me disculpo por la zona que estoy tocando en realidad. Agradezco cuando cambia de tema y me pregunta: —¿Quieres irte a casa, cierto?

—¿Puedo?

—Si te quitaras la camiseta y bailaras un poco no te aburrirías en una fiesta —Me dice. Entonces, se gira hacia mí y toma el borde de mi camiseta para tirar de ella hacia arriba. Hago resistencia, primero porque no entiendo que está haciendo y después porque entiendo qué está haciendo. —Vamos.

—No. —Me río un poco. —Olvídalo.

Pero entonces, entre forcejeos termino cediendo. No sé si fue sentir sus manos sobre mi torso o el hecho de que está a horcajadas sobre mí intentándome desvestirme. Toma el protector solar y después de dejar caer un poco en sus manos, las frota y me las pasa por el abdomen. Debí haber seguido las dietas extremas de Simon y sus entrenamientos intensos, ahora tuviera un abdomen de acero que mereciera ser tocado de esa forma.

—Solo querías tocarme. ¿Verdad? —Entonces, Kate me guiñó un ojo. Algo que ya sabía qué significaba y entonces me reí, solo hicimos contacto visual por un momento y justo en ese instante se puso de pie y me pidió girarme, me senté a su lado con mi espalda frente a ella y solamente sentí sus piernas acomodándose a cada uno de mis costados y acto seguido, sus manos sobre mi espalda. —Prometo volver temprano si tú prometes que continuaremos mis clases de Jiu Jitsu.

Me giro, le devuelvo una sonrisa y le agrega:

—Y si te tomas al menos una cerveza.

Se pone de pie, pero sin esperar mi respuesta se aleja en dirección al mini bar que también ha instalado Linda aquí. Me quedo viendo a Kate, tal vez más tiempo del que debería, quizás un buen rato más del que alguna vez yo me haya tomado en ver a una mujer, pero es que Kate es tan sensual sin pretenderlo y yo nunca siquiera he mencionado la palabra «sensual» para referirme a una mujer.

Es en ese momento que escucho a alguien aclarándose la garganta y cuando levanto la mirada, Linda está ahí, extendiéndome una bebida roja en una copa. Voy a decirle que yo no tomo, pero entonces ella mira en dirección donde mis ojos estaban puestos y suelta una pequeña risa que me hace entender todas las cosas que no se atreve a decirme pero tampoco le faltan ganas. Tomo la copa sin saber qué hacer y ella se aleja nada más... con una sonrisa en la boca... con un gesto diabólico que me dice que irá a comentárselo a Kate.

En fin, cuando Kate volvió yo ya me había tomado la bebida que Linda me ofreció, que para mi sorpresa, no tenía alcohol. Linda debió saberlo, intuirlo, averiguarlo, no lo sé... pero le agradecí por respetarlo. La cerveza que Kate me llevó me la tomé en todo el camino de regreso a casa... al apartamento de Kate más específicamente. Ella condujo, así que pude relajarme... bueno, no tanto... porque se encargó de jugar con las velocidades y conmigo durante todo el recorrido.

Cuando llegamos a su apartamento, lo primero que hace es quitarse los zapatos. Lleva la misma ropa: El top de color beige y los pantalones cortos de color blanco. Camina hacia la cocina mientras habla por teléfono con quién asumo es su madre, mucho más cuando suelta una risa y dice: «Sí, él está aquí».

Sinceramente, no quiero saber qué es eso de mí que están hablando.

Estoy dejando la lata de cerveza dentro del refrigerador de Kate, todavía sobra la mitad y le dije que pensaba guardarla para más tarde. En ese momento me percaté que se está quedando sin comida y pienso que no sería una mala idea ayudarle a hacer algunas compras tal vez mañana temprano.

Cuando cuelga la llamada y se acerca, me dice que no le ha dado tiempo de ir al supermercado, no le digo nada porque sé que si me ofrezco a ir por ella no va a permitirlo. Estoy tomando una botella con agua cuando siento que ella se cuelga de mi cuello provocando que escupa el agua de regreso en el envase.

—A ver... ¿Qué estás haciendo? —Pregunto entre risas. Fue mala idea enseñarle artes marciales a Kate y se lo he dicho cada vez que me hace cosas que yo mismo le enseñé, como una llave en el brazo —*por ejemplo*—. De haber sabido que iba a ser usado en mi contra, estas clases nunca hubiesen ocurrido. —¿Qué es esto?

—Defiéndete.

—¿Estás segura? —Sin escuchar su respuesta, tomo su brazo y le doy una vuelta completa hasta que ella queda completamente de espaldas hacia mí. La inmovilizo contra mi cuerpo, por supuesto que nunca hago nada que pueda lastimarla, sin embargo, siempre se queja y he

comprendido que lo hace a propósito para hacerme soltar mi agarre y poder alejarse de mí para atacarme de nuevo.

Vuelvo a defenderme, nunca este tipo de clases fueron tan divertidas como lo son con Kate. Se ríe a carcajadas todas las veces que la inmovilizo provocándome una sonrisa y cuando la dejo contra la pared con mi mano sobre su cuello, le pregunto:

—Bien, ¿Cómo te defenderías en este caso? —Intenta forcejear conmigo, pero le es inútil. No es la forma correcta que lo hace y ella lo sabe por mucho que intenta soltarse sin éxito. — Estás perdiendo energías.

—Bien, me rindo. —Le regalo una sonrisa y entonces, comienzo a explicarle como tiene que hacerlo paso a paso. —Ya sabes, usas tu pierna, la fuerza de todo tu torso y golpeas con fuerza mi antebrazo con tu mano derecha. Recuerda que es más fácil ir en contra del dedo pulgar y no el resto de los cuatro dedos. —Señalo mi mano, haciendo referencia a la posición que mis dedos están y presiono con un poco más de fuerza pero no lo suficiente para hacerle algún daño. — Vamos, uno, dos, tres...

Y lo hace, con éxito. Practicamos unas tres veces más hasta que vuelve a usar la llave de brazo que le enseñé en mi contra, pero no es todo, también lo hace con mi cuello debajo de su antebrazo. Cuando me defiende terminamos en el suelo, aprovecha mis risas para ubicarse a horcajadas sobre mí para inmovilizarme cuando yo estoy sentado recostando mi espalda sobre la pared del desayunador.

—Estás aprendiendo. No sé si reír o llorar por eso. —Le digo hiperventilando, ella suelta una risotada y deja caer su rostro sobre mi hombro buscando controlar su respiración también. Cuando se endereza de nuevo y abro los ojos, me encuentro con ese rostro tan hermoso y sin querer hago un fuerte contacto visual con ese atractivo par de ojos verdes.

Soy consciente cuando Kate se va acercando a mis labios, sin previo aviso, sin una advertencia antes. Acapara mi labio inferior con los suyos y comienza a besarme de una manera tan especial, tan suave y delicada que me eriza todos los vellos del cuerpo.

Siento como una corriente eléctrica me recorre toda la columna vertebral y cuando me separo un poco para ponerme de pie e intentar contralar mis hormonas, voy a decir algo pero antes de que cualquier cosa salga de mi boca, ella me toma la barbilla y de nuevo, comienza a besarme otra vez.

En esta ocasión el beso es más pasional, salvaje, más *demandante*... no sé cómo llamarle siquiera y presiento que si esto continúa voy a perder el raciocinio bastante rápido, Kate está sobre mí, besándome de esta forma, enredando sus dedos entre mi cabello. Envuelvo mis brazos

alrededor de su cintura y sin pensarlo mucho la atraigo a mí, la estrujo contra mi cuerpo, ni siquiera me importa que sienta lo duro que me está poniendo, no me importa siquiera que sienta mi erección sobre su entrepierna. Ella no parece ponerle mente del todo e incluso se acomoda mejor para sentirme a plenitud y se mueve sobre mí provocando que el corazón me palpite sin control. «Deberías parar» me grita mi subconsciente, pero Kate no está dispuesta a dejarme ir, lo sé por la forma que me está aferrando a su cuerpo, por la manera que me está besando y está pasando sus manos sobre mi torso. Yo a este punto tampoco quiero que se separe de mí.

Me olvido incluso de quién soy en el momento justo que su mano se cuelga dentro de mi pantalón, acariciando mi creciente entrepierna, besándome el cuello, la barbilla, la cara. Ni siquiera soy consciente cuando sus labios vuelven a mi boca y mis manos se cuelgan a sus piernas. Ella comienza a tirar de la goma de mi ropa interior, toma mi miembro con su mano y entonces con esos movimientos de sus dedos es donde siento que pierdo la razón por completo. No estoy pensando claro cuando la sostengo con fuerza por su cintura y en un impulso hago que ella quede debajo de mí con su espalda sobre la alfombra, tampoco cuando estoy tirando de su short hacia abajo y con una mano me empiezo a deshacer de sus bragas. Cuando vuelvo a devorar sus labios es que la escucho decir:

—¿Traes preservativos? —Simon tenía razón, algún día iba a agradecer los malditos profilácticos que metió en mi cartera, una vez en toda mi maldita vida que tengo algo que agradecerle al idiota. Con la respiración entrecortada le digo que sí y saco la cartera de mi bolsillo para, nada inteligentemente, vaciar todo lo que llevo ahí.

Tal vez ese debió ser el momento que debí preguntarle si estaba lista, si estaba plenamente consciente de lo que estábamos a punto de hacer o si estaba segura de que quería esto pero no soy un ser humano muy pensante ahora, aunque al parecer Kate está mucho más decidida que yo porque de un solo movimiento me hace quedar debajo de ella, se ubica sobre mí al mismo tiempo que rasga el papel plateado y comienza a cubrirme entero.

Segundos después está deslizándose sobre mí, escucho un gemido suave a medida que voy abriéndome paso en su interior. Jadeo cuando todo su calor me ha envuelto por completo. Siento en este momento como se esfuma la poca cordura que me queda cuando inicia a moverse, primero es lento, suave, sin prisa... empujándose contra mí de una manera tan sublime mientras mis manos comienzan a acariciar la piel tan tersa de sus piernas hasta llegar a su cintura. Va acelerando el ritmo, siento que estoy a punto de volverme loco con el placer que la fricción que su interior me está proporcionando por esos movimientos. Cuando su ritmo se vuelve intenso, salvaje... estoy completamente perdido, la sostengo fuerza con mis brazos para girarme sin salir de ella. Comienzo a besarla cuando la tengo debajo de mí y lo siguiente soy yo moviéndome sobre ella,

devorándole el cuello, la barbilla, volviendo a los labios, ahogando sus gemidos en mi boca.

A medida que me acerco al clímax, mis movimientos son más vehementes. Soy consciente que ha alcanzado el orgasmo por la forma que me hace vibrar y me estruja entre sus brazos. No tardo mucho en sentir como la sensación entera de placer me sacude por dentro y siento que exploto. Mi corazón está lo suficientemente acelerado como para creer que quiere hacerse un hueco en mi pecho y salir corriendo. Es hasta ese momento de lucidez que soy plenamente consciente... que acabo de acostarme con Kate y que lo acabamos de hacer sobre la alfombra.

Descanso mi rostro en el hueco de su mandíbula. Todavía no salgo de su interior porque temo que cualquier movimiento vaya a provocar tener que vernos a los ojos y enfrentar lo que acaba de pasar. Casi estoy seguro que esto va a cambiar algo entre nosotros dos y no quisiera perder una amiga como Kate. Pero es entonces, cuando estoy intentando recuperar el aliento para enfrentarme a lo que sea que venga ahora es que la escucho decir:

—¡Vaya! Y yo que creí que eras de esos románticos que hacían el amor... —Entonces, de inmediato le tapo la boca con mi mano para evitar escuchar el resto.

—No, no digas nada.

Suelta una risa, una de esas que me contagian y termino carcajeándome con ella.

Capítulo 30

Al día siguiente despierto con un terrible dolor de espalda.

Arrugo mi entrecejo y me obligo a girar sobre mi torso cuando siento que tengo todo mi peso recargado sobre mi brazo derecho, solo ese pequeño movimiento me advierte que me duele el cuerpo y siento que un leve hormigueo se extiende desde mi hombro hasta las uñas indicándome que finalmente me comienza a llegar la sangre hasta los dedos. Es en ese momento, cuando intento abrir los ojos que la luz me golpea con fuerza y caigo en cuenta que esta no es mi habitación y, definitivamente, esta no es mi cama.

Cierro los ojos otra vez y parpadeo para adaptarme poco a poco a esa claridad que proviene de la ventana, en mi habitación hay cortinas oscuras porque despertar de esta forma no es precisamente una de mis actividades favoritas, me provoca ponerme la almohada sobre la cara pero al recordar el propósito por el que estoy aquí, en un lugar que no es el mío y un olor que definitivamente no me pertenece, me quedo viendo el techo, después la ventana y por último, a mi lado, la cabellera negra de Kate que yace tendida sobre la sábana blanca. Ella está de espaldas a mí, puedo ver además parte de la piel tersa de su espalda e inconscientemente mi cerebro comienza a proyectar como un gif todas las imágenes de la noche anterior.

Me paso ambas manos por el rostro para intentar despejarme de esos pensamientos inoportunos porque mi parte racional no puede dejar de pensar en tres cosas: 1. ¿Qué procede ahora? 2. ¿Cómo voy a poder verla a los ojos cuando se despierte? 3. ¿Es conveniente nada más ignorarlo y seguir con nuestras vidas? Y tengo que agregarle una número 4. ¿Qué va a hacer ella?

Creo que mejor voy a esperar a tener una respuesta a esta última.

Me doy cuenta que estoy pensando demasiado, pero nunca antes he estado en una situación similar y no sé qué continúa, siempre he sido una persona que no piensa con la otra cabeza aunque ayer hubiera demostrado lo contrario. Quise aclarárselo a Kate, cuando estaba buscando mi ropa para vestirme y le dije:

—Escúchame, yo no soy así de acuerdo... no sé qué ser acaba de poseerme. —No la miré cuando hablé y aunque no pretendía que aquello sonara gracioso al parecer sí lo había sido. Kate soltó una carcajada y me sonrió aunque no pareció importarle mis palabras.

—Pues, tengo que agradecerle a ese ser entonces. —Y me guiñó un ojo, intenté no concentrarme en el hecho de que solo se había puesto las bragas y se había girado mientras se amarraba el cabello en una coleta. —¿Recuerdas lo que te dije? Que te llevaría a mi cama cuando quisiera. —Entonces, me di cuenta y creo que bastante tarde, que es muy probable que toda la insistencia por traerme aquí tenía un detrás un propósito.

Definitivamente, nunca volvería a ver las clases de Jiu Jitsu de la misma forma.

—Pero no me tienes en tu cama. —Le dije, con tono retador, victorioso y con cierta picardía. Entonces giró sobre sus talones con una mirada maliciosa, me sonrió de nuevo y le agregó:

—No por mucho tiempo.

Y sí, al final, sí acabé en su cama.

Me quito las manos de la cara para ver mi reloj, aunque primero estoy desorientado no tardo mucho en recordar que hoy es lunes y... ¡Santa mierda! Son las ocho menos cuarto y yo debería estar camino a mi trabajo. Margaret va a matarme, principalmente, por la reunión que me avisó desde el viernes que tendríamos a las nueve en punto el día de hoy. Tengo que ir hasta mi apartamento porque no tengo nada con qué vestirme aquí y solo ese recorrido más el que me llevo hasta las oficinas suman más de treinta minutos.

Definitivamente, hoy van a despedirme.

Me pongo de pie de un salto al mismo tiempo que busco mi ropa como loco por toda la habitación, hay prendas en el suelo, precisamente porque en algún momento de pérdida de cordura tropecé contra el cesto de ropa sucia, me golpeé el dedo pequeño del pie y definitivamente me di cuenta que yo estoy destinado a arruinarlo todo.

Llevo ropa interior nada más y lo único que logro divisar aquí son mis zapatos. Es muy probable que Kate también esté tarde, aunque sus horarios son impredecibles siento que no estaría bien si no la despierto solo para confirmarlo, Kate es del tipo de persona responsable que estoy seguro no olvidaría poner el despertador, pero bueno, yo tampoco pero ayer incluso hasta me había olvidado de mi existencia.

Me acerco a ella y me siento sobre el borde de la cama, pienso un par de minutos como voy a hacerlo, qué voy a decirle, intento tocarle el brazo pero me detengo, tal vez debería acariciarle el cabello, o tal vez la mejilla, recuerdo que estoy perdiendo parte de mi tiempo decidiéndome sobre una tontería y antes de que pueda hacer algo, ella abre los ojos.

Parpadea un par de veces y se gira hasta quedar bocarriba, se frota los ojos y en ese momento me enfoca a mí ¿He mencionado que sus ojos son usualmente de un verde mucho más

pálido al amanecer? Acabo de confirmarlo.

—Son casi las ocho de la mañana. —Le digo. Me esboza una sonrisa que se me hace tan dulce y adorable en partes iguales.

—Vaya, esa es la frase más romántica con la que me hayan dado los buenos días alguna vez. —La escucho decir. Entonces me río un poco y dejo de verle los ojos cuando hacemos contacto visual para concentrarme en mi zapato. En realidad es porque estoy un tanto avergonzado y no puedo dejar de pensar en... —Espera... ¿Las ocho de la mañana?

—Sí ¿Tenías que ir al hospital? —No he ni siquiera terminado la pregunta cuando ella se está poniendo de pie de un salto. Está en bragas, de encaje fino, color negro, contrasta con su piel y le combina con el cabello, toma una blusa del primer cajón de ropa y yo me obligo a mirar a otro lado porque... bueno... no ayuda a mi estado en lo absoluto: —Oye, en realidad son casi las ocho con treinta, tu reloj debe haberse averiado.

Y miro mi reloj de nuevo, no se ha movido desde que lo vi por última vez y ya deberían haber pasado algunos minutos, sí está dañado y lo ha hecho en el peor momento. De acuerdo, ahora sí es hora de entrar en pánico. Me pongo de pie alarmado y busco lo que llevaba puesto ayer por todos lados, tomo un vaquero que me encuentro y me doy cuenta que ni siquiera me pasa del pie, tiro de él con fuerza pero nada más logra engancharse en mi talón.

—¿Qué... qué estás haciendo? Estoy casi segura que no llevabas eso ayer. —Kate me pregunta soltando una risa. Entonces la miro a ella interrogante y me dice: —Ese pantalón es mío.

Y miro la prenda, tiene una flor bordada en el bolsillo.

—¿Qué? ¡Oh mierda! —Suelta una carcajada e intento sacarme el pantalón pero ahora no puedo.

—Dejaste tu ropa en algún lado de la sala. —Ahora que lo recuerdo mejor, llevaba el maldito short con flores tropicales. El pantalón se ha trabado en mi tobillo y cuando intento tirar de él no cede en ningún momento. Kate tiene que ayudarme y después somos los dos tirando de la bendita prenda que se ha quedado atorada en mi pie, creo que tal vez es la rapidez por la hora, pero esto es una escena bastante cómica en realidad.

Terminamos en el suelo, riéndonos a carcajadas por el bendito pantalón que tuvimos que cortar con tijeras para poder zafarlo, le había arruinado una pieza de ropa a Kate y le prometí que iba a compensárselo y entonces me dijo:

—No te preocupes, después de todo eso que hiciste anoche puedes arruinarme toda la ropa y no me importaría...

—No... —Le tapé la boca de nuevo, porque definitivamente no quiero comentarios respecto a eso.

Cuando estoy llegando al edificio son las nueve y quince minutos. Estoy tarde, jadeando, con gafas de sol porque apenas había dormido y aquello se sentía como la resaca misma, ni siquiera había podido parar en el Starbucks de la esquina, necesito un café bien cargado para terminar de despertarme correctamente o algo que me llene mi pobre estómago vacío y para mi mala suerte, cuando estoy llegando al elevador pensando en escaparme para ir a comprar algo: Margaret está ahí.

Ella me da un vistazo nada más, uno corto pero nada amable vistazo aunque puedo asegurar que también está llegando tarde. Espero esa reprimenda suya, pero en su lugar, para mi sorpresa lo primero que me dice es:

—Ni te apures, Koen Van Brouwer todavía no llega. Debe estar muy ocupado. —Un tanto desconcertado arrugo mi entrecejo y le doy un asentimiento, no digo nada. Ella continúa ojeando su Tablet y yo sigo esperando su típico: «Llegas tarde» —Llegas tarde.

Ahí está.

Pero no me riñe esas palabras, tampoco me está viendo de mala gana y no le sigue un mal gesto. Tal vez sea porque se nota a leguas que me había atravesado todo el parking corriendo por nada.

—Por cierto... —habla, dejando el aparato dentro de su bolso. —No publicaremos el artículo sobre cómo conseguir un ligue de una noche este mes.

Aquí cobra fuerza lo dicho por ella misma en el video que Linda me envió, Margaret me había otorgado ese artículo por el mero propósito de tener un motivo para despedirme. El maldito artículo por el que trasnoché y me llevé horas editando, todo mi esfuerzo había sido en vano. Respiré hondo y entonces, contra toda fuerza de voluntad le digo a Margaret que no hay problema, pero le agrego:

—¿Y cuál es el motivo? —Finjo inocencia, como si nunca la escuché decir cuál era su objetivo.

—El otro mes ya estaría bajo el mando de los Van Brouwer. —Finjo ponerle atención y que la plática está interesante, aunque mi mente se ha quedado trabada en: No publicaremos el artículo. Y yo solo tenga ganas de lanzar a Margaret por la ventana. —Ellos van a decidir si quieren publicar el artículo. Aunque no lo creo, Koen no es de ese tipo de hombre que se interese por los ligues, no es muy probable que quiera lanzar la primera edición bajo su sello con ese

artículo específicamente. Pero enhorabuena porque hiciste un excelente trabajo, hasta Sara se sorprendió.

Levanto la mirada y la veo, lo sabía, sabía ya que eso era lo que pensaba hacer desde el minuto uno. Aprieto mis labios para evitar decirle todas las cosas que se me pasan por la mente y en lugar de eso prefiero guardar la calma y continuar con mi indiferencia. La dejo terminar de hablar aunque la sangre me hierve y el pulso se incrementa detrás de mis orejas, las puertas del elevador se abren y pienso seriamente si subir con ella.

—No le parecías de ese tipo de hombre capaz de tener un ligue de una noche. Al parecer, ni siquiera ella con quién estuviste por cinco años te ha podido conocer a plenitud. ¿Has tenido tus cuantos ligues, cierto? —Y yo me rio con ironía ¡Claro! ¡Porque yo tengo ganas de contagiarme de una enfermedad de transmisión sexual en una discoteca! Obviamente, eso es sarcasmo.

—Stephen King escribe sobre payasos asesinos y eso no significa que él sea uno, Margaret. —Doy un paso al frente y toco el botón de nuestro piso, la jefa dragón se ha quedado callada y cuando me giro observo al sujeto que me devuelve el reflejo del metal del ascensor, no me había dado tiempo de arreglarme el cabello y se había secado sin ningún orden en todo el camino hacia mi trabajo. Me saco las gafas y comienzo a intentar peinarme con los dedos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Escucho a Margaret a la par mía. Quiero decirle que no, que estamos bien en silencio, pero asiento y me encuentro con su mirada a través de las del reflejo. —Dime la verdad ¿Ya conocías a la doctora desde antes de terminar con Sara?

Ya sé lo que sigue: Buscar la forma de echarme parte de la culpa de la infidelidad de Sara a mí o peor aún, decir que yo fui infiel desde mucho antes.

—No, la conocí días después. ¿Por...? —Finjo no saber su propósito y continúo peinándome el pelo. También me acomodo la camiseta azul de las mangas porque apenas me había vestido cuando llegué a mi apartamento, ahora la ropa incluso comienza a quedarme más ajustada. Mal asunto.

—Porque es muy rápido para que...

—Vamos Margaret... —la interrumpo, con un tono que demuestra lo harto que estoy de estas conversaciones y continúo: —En serio estoy cansado de estas tonterías. Sara tenía razón, un día llega esa persona que en unos pocos días te hace sentir todo aquello que otra no pudo en cinco años. ¿Qué están intentando averiguar? ¿Si yo le fui infiel a Sara? —Le agrego una risa irónica. —Tienes que ser una persona completamente miserable para engañar a la mujer que está compartiendo su vida contigo. Yo no soy ese tipo de ser humano Margaret y eso ya lo sabes.

Hay un silencio después de eso y un corto contacto visual cuando la miro pero de inmediato me concentro en mi reflejo de otra vez, saco mi teléfono celular para tomarme una fotografía, no es que ahora sea un adicto a las selfies pero esta camiseta es de Simon y quiero comparar mi progreso con el suyo usando una fotografía que se tomó en este mismo. A tiempo las puertas se abren y deja a la vista las oficinas de Hombres al poder, tiendo mi mano para que Margaret pase primero y cuando lo hace finalmente yo camino detrás de ella. Lo primero que mis ojos enfocan cuando estoy llegando a mi escritorio es al señor Escribano, parece estar impaciente frente a la oficina de Margaret, algo me dice que no le gusta nada la falta de puntualidad del holandés y la verdad es que Koen nunca llega tarde a ningún lado.

El señor abogado mira a Margaret primero y después me mira a mí, decido pasar de él y dejo caer mi mochila sobre mi escritorio. Me voy directo a la cafetería porque necesito mi buena dosis de café para sobrevivir, no es el mejor pero al menos cumple su propósito de mantenerme despierto. Miro la fotografía que me tomé en el elevador y el resultado me gusta bastante, así que la publico en mis redes sociales.

Estoy subiéndola a mi perfil cuando entro al lugar que funciona como cafetería o lugar de reunión de los trabajadores de este sitio, hay un tv plasma, mesas con sillas, un oasis y varias portadas de la revista colgadas en las paredes. Simon está aquí. Junto a él está una chica que recuerdo haber visto en Recursos Humanos desde la primera vez que yo llegué a este lugar. También me acuerdo que me envió solicitud de amistad a Facebook hace poco, después de tantos años trabajando en el mismo piso, a este tipo de cosas es a las que me refiero, de pronto todos quieren ser parte de mi círculo social y yo no tengo ganas de hacer amistades.

La chica me sonrío y yo no sé cómo corresponder eso siquiera así que hago lo mismo y le agrego un asentimiento al mismo tiempo que Simon extiende su puño en mi dirección y yo choco mis nudillos contra los suyos en el momento que me dice:

—Roger ¿Ya conoces a Camila? —Tomo un vaso de cartón y la miro a ella. Simon está señalando a la muchacha y cuando le digo que sí —*aunque no sabía el nombre voy a admitir*— me concentro en la cafetera y presiono el botón para dejar caer un poco del líquido oscuro dentro de mi envase. —Quiere tu número.

—Simon... —Le riño ella. Para suerte mía estoy de espaldas a ellos cuando Simon dice eso y no son capaces de ver mi gesto. —¡Vamos!

—¿Qué? —replica él de inmediato. ¿Ya he mencionado esa inocencia con la que responde cuando sabe que la ha cagado? Ahí está de nuevo. —Te dije que iba a preguntárselo y lo estoy haciendo.

—Pero... no... diablos... hablamos después. —Está molesta con Simon puedo percibirlo. Me giro y la observo perderse tras la puerta de la cafetería. Simon se queda viéndola por un largo rato hasta que finalmente se vuelve a mí y no duda en preguntarme:

—¿Se lo doy? Está linda. Es parte de Recursos Humanos y será en algún momento la jefa de ese departamento, según ella misma. A ti te gustan las mujeres empoderadas, así que ahí tienes una.

—No, gracias.

—Yo se lo dije, le advertí que si tenías el número de una modelo y nunca la llamaste, mucho peor que ibas a ponerle atención a ella. Le dije que querías ser sacerdote.

Cierro los ojos un momento intentando encontrar la paz que Simon me roba todas las veces. Mejor continúo en lo que estaba, me giro otra vez para tomar solo una bolsita de azúcar y verterla en mi café porque creo que hoy lo necesito.

—¿Por cierto, donde has estado todos estos días? —Lo escucho decir a mis espaldas, aprovechando que no me mira pienso una excusa rápida pero no se me ocurre nada. Cuando quedo de nuevo frente a él se apresura a preguntar: —¿Estás saliendo con alguien?

—¿Qué? No. —Me rio, no estoy mintiendo, yo no salgo con Kate. Lo que me lleva a preguntarme de nuevo ¿Qué somos ella y yo?

—Pensé que era el motivo por el cual ya no llevas tu cara de culo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Es un cumplido. Siempre estás de mal humor y mal encarado, es extraño verte como un semblante distinto. ¿Hay algo nuevo? —Vale, Simon solo puede estar bromeando. —Por favor, dime que no volviste con Sara.

—Por supuesto que no, Simon. ¿Estás de mente?

—Esa... —habla, por no decir, grita, señalándome con su dedo índice. —Es la reacción que quería desde el primer día. Te está haciendo bien convertirte en modelo, ir al gym y dedicar tu tiempo a otras personas ¿Ya lo ves? —Abre sus manos en señal de victoria —Estoy tan orgulloso de ti.

Finge lloriquear al mismo tiempo que se acerca y me estruja entre sus brazos.

Prefiero ignorar a Simon, le pido que se separe de mí y cuando finalmente lo hace me concentro en revolver mi café. Un mensaje me llega a mi teléfono celular y lo tomo de la mesa cerca de la cafetera. Es... de Wendy... son dos en realidad y no estoy seguro si leerlo o no,

finalmente me decido por darle un vistazo nada más y en su texto están las siguientes palabras:

De: Wendy

Hola Roger ¡Pero qué cambiado estás!

De: Wendy

Haré una fiesta en mi casa este fin de semana, si quieres venir estás invitado. No estará Sara si así lo deseas, además creo que mi compañía será suficiente ;)

Creo que si el cinismo llevara nombre se llamaría Wendy.

—Por cierto, tienes diez mil seguidores en Instagram. ¿Podemos celebrarlo con una foto tuya en bóxer? —escucho a Simon, arrugo el especio en mi entrecejo y contesto de inmediato:

—¿Qué? Por supuesto que no.

Simon bufa, rueda los ojos y se lleva un trago de café a la boca. Yo estoy eliminando los mensajes de Wendy y cuando regreso al inicio, lo primero que me aparece es una linda fotografía de Kate, es una selfie suya con su barbilla recostada sobre el dorso de su mano, parece ser sobre su escritorio y la luz le da de frente en el rostro enmarcando más esos preciosos ojos verdes.

Voy a comentarle algo, pero entonces una notificación suya aparece, me voy directo al comentario que ha dejado en mi fotografía y sus palabras son exactamente:

«Pareces alguien que tuvo una muy buena noche».

Vale, que su madre está entre mis amistades de Facebook y va a ver estas cosas. Pienso muy bien la respuesta que voy a dejarle y cuando estoy escribiéndolo ni siquiera reparo a revisar lo que tecleé ahí porque lo más seguro es que me arrepienta:

«Parezco alguien de quién se aprovecharon en clases de Jiu Jitsu».

Kate me contesta de inmediato, ni siquiera termino de darle un sorbo a mi café cuando ya tengo ahí entre mis comentarios:

«Pareces alguien a quién no le importó en lo absoluto».

Me rio y agradezco que Simon esté tan concentrado en el juego de fútbol que hay en la tv entonces me da tiempo de salir de ahí sin que él me mire el semblante, con mi café en manos me rio afuera tranquilo. Le dejo un mensaje privado a Kate, uno que dice lo siguiente:

Para: Katheryn Rinaldi

¡Kate! ¡Tu madre está entre mis amistades de Facebook!

Su mensaje está casi de inmediato en mi teléfono.

De: Katheryn Rinaldi.

Me he dado cuenta, acaba de enviarme el Kamasutra.

Oh por Dios. Por supuesto que no creo que eso sea verdad, creo... o espero... Un mensaje de Whatsapp me interrumpe, es de Linda y es otro link, yo solo espero que no sea nada más de Wendy o Sara o Margaret siquiera. No me importa ninguna de esas mujeres en lo absoluto y se lo digo, pero entonces me envía:

De: Linda

No es ningún video, son fotografías... mías.

Frunzo mi entrecejo ante sus palabras, cuando levanto la mirada está Margaret de pie a un lado de mi escritorio y me hace una seña con su barbilla, me pide seguirla pero no se queda a esperarme. Estoy contestándole a Linda cuando recojo mi mochila y le envío:

Para: Linda

¿Para qué quiero ver fotos tuyas?

De: Linda

Vas a agradecermelo.

A este punto, ya no sé qué se puede traer esta mujer entre manos.

Para: Linda

¿No son nudes tuyas, verdad? ¿O mías?

De: Linda

No son nudes, Roger ¡Abre el maldito link!

Lo hago... vacilante, pero antes entro al elevador con Margaret, el señor Escribano y otro de los abogados de su grupo de trabajo. No voy a mentir que estos sitios web a los que ella me envía me provocan ansiedad y pánico, así que me espero hasta salir del elevador para ver lo que sea que esta chica me ha enviado. Es cuando me estoy ubicando en el otro extremo de la mesa una vez que hemos llegado al piso de reuniones que miro la página web y sí es ella, Linda, en una cama, con una sonrisa de oreja a oreja, es una selfie.

Parece que se está levantando, no le importa ni un poco que en la fotografía se note su cabello en todas las direcciones y lleve el rímel corrido. Está tapándose la parte delantera con una

sábana y cuando voy a preguntar sobre el motivo de esa imagen reparo en la figura de un hombre que está de fondo... es Koen, Koen Van Brouwer.

Arrugo el espacio entre mis cejas y parpadeo para asegurarme que no me estoy equivocando. Sujetos rubios y parecidos puede haber montones, pero esa cantidad de tatuajes en los brazos definitivamente solo le pueden pertenecer al holandés. Cuando hago zoom y confirmo que es él definitivamente, comienzo a escribirle con tanta velocidad que hasta hoy yo mismo desconocía.

Para: Linda

¿Qué diablos...?

Su mensaje no tarda en llegarme:

De: Linda

Es Koen Van Brouwer, está en mi cama.

Me quedo estático, temo que hasta haya dejado de respirar por un momento y miro de nuevo la fotografía, oh por Dios.

Para: Linda

¿Qué carajo?

Hay otro link que me envió hace unos segundos, son fotos, no sé por qué me envía un link y no simplemente la foto a mi Whatsapp. No dudo en ir directo al sitio y esta vez es uno que muestra a Linda tocándole el trasero al sujeto Van Brouwer. Él está dormido, le ha bajado la sábana y le estoy viendo el culo pálido. De inmediato otro mensaje suyo aparece en mi vista y dice lo que ya me había supuesto yo mismo:

De: Linda

Me acosté con Koen Van Brouwer.

No sé qué es peor, lo que acaba de decirme o que hayan aquí personas esperándolo mientras él está dormido, en la cama de otra mujer que no es su prometida. No parecen montajes, aunque espero que sí lo sean. Estoy escribiendo, pero siento que las palabras no van a alcanzarme en un solo mensaje. Entonces, otro texto suyo aparece en la pantalla y me dice:

De: Linda

¡Este hombre es más fácil que el código para descifrar contraseñas de Facebook!

Me llamó porque su computadora estaba teniendo problemas (obvio que yo lo causé con ese propósito) entonces lo invité a mi casa. Trajo champagne y aquí estamos.

Más emoticones de risa. Qué diablos...

Para: Linda

¿Te acostaste con Koen Van Brouwer?

Vale, que me ha quedado claro pero mejor es estar seguro.

Me está llamando, genial, me está llamando y es una video llamada. ¡Yo estoy en una reunión con gente que espera a Koen Van Brouwer! Tengo que alejarme a una buena distancia, por suerte aquí hay mucho hacia dónde ir y contesto. Su cara es la que aparece en grande y me dice:

—Qué no vas a adivinar lo que me dijo... —Está susurrando esas palabras, muy cerca de la cámara así que solo le veo los ojos enormes y la frente. Yo ni siquiera puedo hablar y me quedo en silencio cuando la escucho seguir: —Que está harto de su novia, que no piensa casarse con ella, que Sara es la que insiste. Típico de los hombres malditos. ¡Koen Van Brouwer es un insecto, Roger! Sara se lo merece, son tal para cual. Ah y la tiene pequeña.

Yo todavía intento procesar todo lo que acaba de decirme, me llevo la mano a la frente, pero antes de que yo pueda decir algo enfoca a Koen Van Brouwer durmiendo plácidamente, un flequillo rubio le cae en la frente e incluso parece estar tan cómodo que ha babeado un poco.

—¿Cuánto te mide, Roger?

—¿Qué? —Vale que sí puedo intuir a qué se está refiriendo.

—Es que la de este tipo tal vez serán unos diez centímetros. —Se ríe, se ha encerrado en lo que parece ser un baño y continúa hablando: —Aunque el sexo con él no es tan malo, he tenido mejores. Incluso Julio folla mucho mejor que Koen Van Brouwer.

Recuerdo que el tal Julio era el supuesto abogado con el que salía, o sale... o estuvo saliendo, ya no lo sé. Pero si tiene al sujeto Julio ¿Por qué está con Koen Van Brouwer?

—¿Acabas de acostarte con Koen Van Brouwer? —Musito, no es una pregunta como la hice sonar, es una afirmación en realidad. Quiero que me diga que es broma.

—Ladrón que roba a ladrón... Completa la frase.

—Oh por Dios. —Bien ¿Qué procede ahora? —¿Quieres que te felicite por lo que hiciste?

—Un gracias no estaría mal. Te dije que me encanta ser el karma.

No me creo esto todavía, lo peor de todo es que estoy escuchando a Margaret y al abogado —el mismo padre de Sara— decir:

—Estoy seguro que Koen Van Brouwer está ocupado, tal vez salió de urgencia fuera del país

y no pudo avisarnos.

—¿Qué hay de Sara sabe algo? —Lo bueno de ser un heredero millonario es que al parecer a nadie le importa que estés tarde, todos van a moverse a tu ritmo y apuesto que si no se aparece hoy, volverán a hacer todo el papeleo cuando él lo decida.

—Dice que su teléfono está averiado, lo más seguro es que tuvo un imprevisto pero no debe tardar en comunicarse con nosotros.

Y ese imprevisto tiene nombre y apellido.

—Están esperándolo aquí. —Le hablo a Linda, también le digo que es importante y que tiene que firmar unos papeles a Margaret. Entonces ella suspira, lo llama por su nombre, el tipo solo se remueve y se acomoda de otra forma, una que deja ver su desnudez a plenitud y yo tengo que cerrar los ojos.

—Ya va a llegar, no te preocupes.

Y cuelga, así nada más.

No sé nada más de ella ni del tal Koen el resto de la tarde, es hasta las cuatro y media de más o menos que me envía un texto y dice:

«Vamos a celebrarlo. Una disco, cerveza y sin Koen Van Brouwer»

Voy a dejarle una respuesta, pero no es para nada afirmativa. Entonces, antes de que yo pueda decir algo, recurre a la técnica de siempre:

«Kate va a estar ahí»

Media hora después recibo un mensaje de la doctora, uno que me habla sobre acompañarla a la discoteca con sus amigas, no puedo decirle que no y eso es algo que Linda ya sabe. Llego más de una hora tarde porque al sujeto holandés se le ocurrió llegar después de las cinco. Estaba empezando a no caerme bien en lo absoluto, no es que antes lo haya hecho tampoco pero hay algo que no pude evitar notar y fue que el tipo se presentó a la sala, leyó los papeles pero no firmó ninguno; después vi a Margaret pasearse de un lado a otro y preguntarle al señor Escribano:

—¿Hay algo mal en el contrato? ¿Está incluido todo lo negociado verdad?

Él le dijo que sí, que todo estaba como Koen había insistido, entonces ella volvió a andar de un lado a otro pidiéndole que lo revise de nuevo.

Cuando llego al sitio que Kate me había compartido, algún lugar nuevo, bohemio y bastante bonito voy a admitir, nada lujoso, con luces de colores y nada de autos del año en el parking.

Logro divisar a Linda, junto a la otra chica que se llama Brenda en una mesa de la esquina, Brenda está con alguien, Linda también y no es Koen Van Brouwer. Miro alrededor intentando encontrarme a Kate y no tardo en reconocerla en la barra junto a su amiga que comparte nombre con la jefa dragón. Kate está de espaldas, lleva un vestido negro, corto, que se le entalla perfectamente a todo el cuerpo. La primera en verme es Margaret que está frente a ella y de inmediato ella voltea en mi dirección esbozando una sonrisa.

La saludo con un asentimiento y tomo lugar en la mesa que está Linda hablando animadamente con un chico, cuando me mira vuelve a presentarme de la misma forma: «Carlos, él es mi amigo Roger, es modelo» Y yo quiero decirle que es mentira. Le dice al sujeto que vaya por unas cervezas y entonces me da una copa para brindar por Koen Van Brouwer.

—¡Me ha estado llamado todo el día! —Me dice, soltando una carcajada cuando el tipo que la acompaña se ha alejado lo suficiente. —Definitivamente, no es mi tipo de hombre. Si le quitas los millones es un hombre cualquiera, insignificante, poco inteligente, no es el dios del sexo y tampoco es tan atractivo. ¿Quieres saber todos los detalles sucios?

—No, gracias. Prefiero que te guardes esos comentarios. —Es en ese momento que Kate llega junto a Margaret, aunque primeramente no me percató de su presencia es hasta que estampa sus labios en mi mejilla que me percató que es ella y cuando siento ese olor de su perfume que ayer se me quedó impregnado en la ropa. Toma el lugar a mi lado y me vuelvo a Linda para preguntar: —¿Tú le contaste algo sobre Margaret?

—No, ¿por qué?

—Llegó a las oficinas, miró los documentos que iba a firmar y se fue antes de llegar a un acuerdo. Margaret está tirándose de los pelos ahora mismo.

—Su hermana no tolera a Margaret, algo así me comentó. De algo debió enterarse, no lo sé. —En ese momento que Linda me está diciendo todas esas palabras, es que siento la mano de Kate subiendo desde mi rodilla hasta cerca de la entrepierna. Me estremezco y casi dejo caer mi teléfono celular que todavía tenía en manos. —Por cierto, le gustas a Alice.

Había dejado de ponerle atención a Linda, entonces vuelvo a concentrarme en ella y preguntarle de nuevo:

—¿Qué cosa?

—Alice Van Brouwer. Le gustas. Te busca en google casi todos los días, incluso ha googleado: «Roger Santana desnudo» —Y hace las comillas con sus manos.

—Por Dios ¿Qué? —Linda suelta una carcajada. Y aunque quiero que eso sea una de sus

bromas me dice que es verdad y yo preferiría no haber sabido nada de eso en lo absoluto.

—¿Debo preocuparme? —Escucho a Kate, con un tono socarrón y de picardía. La conozco muy bien como para saber que ella no preguntaría nada así en serio, además, porque su mano sigue su recorrido sobre mi humanidad aprovechando que nos oculta una mesa. Suelto una risita nerviosa cuando su mano está exactamente sobre mi masculinidad, me está acariciando ¡Santo Cielo! Estoy poniéndome duro, ahora tengo ganas de follar y yo ni siquiera he usado esa frase «Tengo ganas de follar».

Retiro su mano apretando los labios para evitar que una carcajada nos delate. Ella también tiene esa expresión de diversión en el rostro, una que me dice que está disfrutando torturarme de esta forma. Entrelazo sus dedos con los míos para evitar más travesuras, entonces después es con la punta de su sandalia que está acariciando de manera sensual mi pantorrilla.

—Kate... basta. —Le susurro como advertencia, pero me estoy riendo en realidad. Nadie nos está poniendo atención para suerte mía y de pronto todos empiezan a reírse, me he perdido de algo importante tal vez pero después me doy cuenta que fue un chiste de nerds que yo ni siquiera entendería.

Kate se pone de pie y le doy un vistazo rápido hacia el lugar que se está alejando, no me dijo nada, solo se levantó y caminó hacia la barra, pero en realidad va más allá de ahí. En ese momento es que recibo un mensaje de texto y es suyo, cuando levanto la mirada ella me está viendo y me hace una sutil seña sobre seguirla y es lo que dice el texto también.

Me pongo de pie disimuladamente, aprovechando que ya dejé de ser el centro de la plática y miro la dirección a la que Kate se está alejando. Cuando estoy llegando a lo que creo es la zona de los baños, siento una mano tomar mi antebrazo y tirar de mí hasta un cubículo.

Primero me toma por sorpresa cuando nos encerramos en el minúsculo espacio donde está una letrina. Kate me besa, me devora los labios y después la barbilla, el cuello y comienza a desabotonarme el pantalón, no sé cómo logra descontrolarme tan rápido, pero no han pasado ni sesenta segundos cuando ya estoy comenzando a perder la conciencia. Estoy dejando besos por su clavícula, por la parte de la piel de sus pechos que se asoma de su vestido. Estoy consciente que estamos en un baño público, pero eso no es algo que parezca importarme en lo absoluto.

—Fóllame. —Me susurra en el oído de una forma que me hace estremecerme y me muerde el lóbulo de la oreja provocando que una corriente eléctrica me recorra toda la espina dorsal.

—¿Aquí? —Hablo, entre toda la excitación logro soltar una risita y mirarla con diversión. —¿Estás segura? —Me dice que sí, con una sonrisa y no tengo necesidad de preguntarle nada más cuando sus piernas ya se están enrollando alrededor de mi cintura.

—¿Nunca lo has hecho en un baño público?

—No.

—Yo tampoco. —Me besa otra vez, con pasión, con ternura y fervor. Mis manos se cuelan en su trasero y voy deshaciéndome de sus bragas al mismo tiempo que devoro su boca, ella me baja la goma de la ropa interior y después de prepararme me abro paso dentro de ella. Definitivamente, con Kate se acabó la monotonía de mi vida. Sus gemidos se mezclan con la música de la discoteca y a un punto tengo que taparle la boca porque dos personas entran al baño y parecen ser mujeres, genial, estamos en el baño de mujeres y yo ni siquiera me había percatado.

Los dos nos reímos cuando llegamos al clímax en completo silencio mientras escuchamos una plática sobre herpes vaginales. Definitivamente, este no es ni por cerca uno de mis lugares favoritos, pero fue bueno, voy a admitir. Tenía tanto tiempo de no divertirme tanto teniendo relaciones sexuales que incluso cerca de una letrina me ha sabido a gloria. Cuando las mujeres dejan el baño de damas, estoy jadeando sobre el hombro de Kate y es entonces que me atrevo a preguntarle:

—Kate... ¿Qué somos tú y yo? —Su respuesta no me la esperaba, me hace soltar una carcajada cuando la escucho decir:

—Soy tu ligue de una noche.

—¿Mi ligue de una noche? —Me rio de nuevo y ella con una sonrisa termina de confirmarme que no he escuchado mal.

Vale, que si las cosas serían así siempre entonces quiero ser el ligue de muchas noches de Kate.

Capítulo 31

Ni siquiera sé cómo resumir todos los acontecimientos que me acompañaron estos tres últimos días de mi vida.

Tal vez debería iniciar con el hecho de que he tenido una vida sexual más activa en las últimas setenta y dos horas que en los últimos dos años de mi existencia. Tal vez estoy exagerando, pero es así como se siente en realidad. Yo nunca he sido del tipo de hombre sexual, podía pasar meses sin ningún tipo de contacto físico, había leído que el sexo era importante entre las parejas, pero Sara y yo nunca tuvimos esa chispa, ni siquiera al inicio de nuestra relación, pero yo estaba bien con eso y ella también, en algún momento, lo estuvo. Cuando descubrí que se acostaba con otro tipo pensé que entonces el problema era yo, llegué a pensar que la falta de intimidad entre ella y mi persona se debía a mí, pero entonces conocí a Kate y me hizo replantearme todas esas cosas que yo pensaba sobre mí mismo.

Es que Kate es... tan diferente... tan divertida, tan perspicaz, tan coqueta, sensual, provocadora... todo lo contrario a mí, todo lo contrario a cualquier mujer que haya conocido en realidad, es que somos como agua y aceite pero eso es lo que más me atrae a ella. Kate es... Kate, en todos los aspectos y no creo llegar a conocer otra mujer así nunca, de hecho jamás me imaginé conocer a alguien como ella y me siento bien, con todos sus sarcasmos, sus ironías, su coqueteo, su forma de reclamar mi atención, esa manera de caminar suya, de mirarme, de reírse, me gusta todo de ella en realidad y no le cambiaría nada, ni siquiera la forma ni la situación que nos conocimos, después de todo, Kate fue lo mejor que me pudo haber pasado.

Y se lo había dicho el lunes, después de quedarnos un rato dentro del servicio sanitario esperando que las dos mujeres presentes finalmente se largaran, por supuesto que no le dije que ella fue lo mejor que me pudo haber pasado, eso me lo guardaré para el futuro, lo que le mencioné fue que definitivamente no había conocido a una mujer como ella nunca y entonces me contestó:

—¿Y eso es algo bueno o malo? —Estábamos susurrando dentro de aquel pequeño espacio. Escuchamos la puerta abrirse y nos percatamos que nos quedábamos solos de nuevo.

—No hay cosa mala en ti, Kate. Así que sí, es un cumplido. —Kate me sonrió y entonces sacó un pintalabios rojo del pequeño bolso que colgaba de su hombro, retocó su maquillaje y después pegó sus labios a mi mejilla. Sé lo que estaba haciendo y cuando protesté solamente solté una carcajada y me dijo:

—Es la marca, que todas las sedientas allá afuera sepan que eres mío. —Vale, por supuesto

que sé que se estaba burlando, pero entonces le dije que yo también tenía que tener una marca específicamente para ella, me dijo que no le importaba en lo absoluto, que incluso podría tatuarse mi nombre, que no le importaría recordarme el resto de su vida porque eso significaba que se acordaría del buen sexo en unos baños públicos. Entonces le pedí que mejor no lo hiciera.

Cuando finalmente escuchamos el silencio del lugar —ni tanto, porque la música electrónica resonaba entre las cuatro paredes— Kate se asomó primero, cuando me aseguró que no quedaba nadie salí del pequeño espacio y me planté frente al espejo, la vi ir hacia la puerta y dejé caer un poco de agua entre mis manos para limpiar sus labios pintados en mi mejilla. Entonces ella regresó y me dijo que estaba lleno de personas allá afuera, me alarmé, porque eso significaba que tendría que quedarme ahí encerrado más tiempo.

—¿Estás diciendo que vamos a estar aquí el resto de la noche? —La idea no me gustaba nada. En los momentos de lucidez es que te das cuenta que aquello que hiciste totalmente apasionado fue una mala idea, al menos el lugar fue una mala idea porque el resto fue lo más glorioso que alguna vez yo haya podido hacer.

—Al menos que... —Señaló algo a mis espaldas y yo miré en dirección a lo que ella estaba viendo. Era una ventana, una pequeña ventana que tampoco estaba muy alta. Supe de inmediato qué quería decirme y me pareció una terrible idea, la otra opción era encerrarnos en el sanitario entonces mejor opté por la ventana.

—Vale, búscame del otro lado, sal de aquí por la puerta como si...

—¿Y perderme esta experiencia? —me interrumpió. —Olvidalo.

Entonces, me pidió que tomara su bolso y se quitó los zapatos de tacón. Cuando se los acomodó en la mano, me dijo: —Estoy lista, vamos.

Hay cosas que me fascinan de Kate, dejando a un lado su aspecto físico, su personalidad es lo que más me atrae de esta mujer.

Yo fui primero, aunque no quería hacerlo porque mi educación fue de siempre cederles el paso a las damas primero, también me vi en la obligación de intentarlo antes para saber dónde caeríamos al otro lado. Además, Kate tenía razón, si alguien entraba a este sitio al menos ella podría salir por la puerta, si me pillaban a mí, sería obligado a dejar el lugar con un guardaespaldas acompañándome hasta el parqueo. Lo que sería totalmente vergonzoso.

Pero algo salió mal, como todas las cosas que hago y me resbalé cayendo de golpe sobre unas enormes bolsas de basura que preferí no saber qué guardaban dentro. Al menos era esto y no grava como el resto del terreno. Tal vez debí detenerme a analizar como bajaría antes, pero la

adrenalina hizo que me lanzara sin pensarlo, ese impulso me había provocado un posible esguince en el tobillo al que en ese momento le resté importancia cuando vi a Kate buscando la forma de bajar y le ayudé para evitar que se llenara de mugre pero de igual manera los dos terminamos rodando por el suelo. Entre carcajadas, bolsas de basura y hojarasca seca.

Definitivamente, mi vida dejó de ser monótona con Kate.

—¿Estás bien? —Me preguntó, todavía nos estábamos riendo. La observé ponerse de pie, sacudirse la falda del vestido y me extendió su mano para ayudarme a levantarme. Mi tobillo reclamó mi atención y un quejido se me salió de repente cuando intenté apoyarlo.

—Creo que no lo estoy, pero voy a fingir que sí. —Kate me invitó a sentarme en una de las bancas cerca del parking y me quitó el zapato, ahí mismo, sin importarle que hubieran personas cerca de nosotros. Me inspeccionó el tobillo y palpó con sus dedos, presionó un sitio que me hizo jadear.

—Solo necesitas un poco de hielo y analgésicos, vas a estar bien.

—¡Diablos! Deseara haberme fracturado para evitar asistir a la sesión fotográfica de Paco Rabanne. —Kate fingió indignación, llevándose la mano al pecho dramáticamente haciéndome soltar una risita. Me puse de pie y tomé su rostro, besé sus labios con ternura, con cariño, me correspondió de la manera más dulce y fue en ese momento que comenzó a caer un aguacero, tan así que sentí como de inmediato se me pegaba la ropa al cuerpo y se me empapaba el cabello.

Tuvimos que correr y atravesar todo el parking debajo de la lluvia, aunque a esas alturas ya estábamos mojados de la cabeza a los pies, me quité la chaqueta de cuero para ponérsela a ella sobre los hombros. Le pregunté si volveríamos allá adentro y después de mirarnos el uno al otro, concluimos que no. Ya no estábamos presentables y, además, hacía un frío tan tremendo que me provocaba querer encerrarme en una habitación con Kate. Como si estábamos sincronizados, ella me dijo las mismas palabras que yo me había imaginado en mi cabeza: «Preferiría encerrarme en una habitación contigo», entonces me guiñó un ojo, se acomodó el cabello mojado y comenzó a caminar en dirección a su auto de esa manera tan sexy y provocativa que hace a propósito.

—¿Te veo en mi apartamento? —Me preguntó, cuando abrió la puerta de su coche. —El que llegue de último, preparará el desayuno mañana.

—No es una competencia muy legal, ya estás en tu auto.

—Entonces apresúrate. —Se encerró en su vehículo, arrancó y pasó junto a mí, bajó la ventana y me dijo: —Buuu... perdedor.

Y se fue. Me quedé sonriendo sin voltear a verla y entonces tuve que apresurarme y correr

hasta mi coche que, cabe destacar, estaba al otro lado del parqueo.

Está demás decir que no logré alcanzarla.

Al día siguiente tuve que hacer el desayuno, al parecer la apuesta iba en serio. Aunque Kate estuvo conmigo y pasamos un rato excelente en la cocina inventando una receta de panecillos. Yo me la sabía a mi manera, ella a la suya, mezclamos las dos recetas para llegar a un punto medio en la discusión y ¡bam! Fue un fiasco, terminamos desayunando en el restaurante italiano cerca del apartamento de Kate y por su cara de felicidad sospecho que alteró la receta a propósito para que acabáramos en este sitio. Kate me cambia el humor, me pone feliz y me hace sentir extremadamente bien, tanto así que ni siquiera me percataba del tiempo cuando estaba con ella e incluso se me había olvidado que debía presentarme al estudio de Paco Rabanne ese mismo martes a las diez de la mañana.

Logré llegar a tiempo, o eso creí porque los ascensores estaban abarrotados, habían personas por doquier, gente corriendo de un lado a otro, extasiados, estresados, aburridos y todo lo que se ve en un detrás de cámaras. Alcancé el piso que ellos me avisaron unos seis minutos tarde y aunque me había inventado una excusa realmente convincente a nadie pareció importarle que llegara tarde. De inmediato, una mujer con el cabello naranja, me tomó del brazo y me guio a un camerino.

Como en todos los comerciales, ese no era la excepción, había una cantidad insospechable de modelos femeninas y cuando me dieron un guion me di cuenta que aquello era un video que consistía en caminar a lo largo de un pasillo, llegar a un vestíbulo que está en la última puerta, tomar un envase de perfume que posteriormente pulverizaría en mi cuello. Ahí estarían las modelos, las chicas se desmayarían con mi presencia. Genial. Así de ridículo iba a verme en televisión nacional.

Agradecí cuando la estilista me dejó verme al espejo, porque me di cuenta que había hecho un trabajo estupendo y no parecía ni de cerca al Roger Santana de todos los días, así que nadie, absolutamente nadie, podría conocerme. O eso fue lo que esperé yo en realidad, así que el miércoles a medio día, mientras estaba en el Starbucks de la esquina entré en pánico cuando escuché a una chica murmurarle a otra:

—Él es... ese es Roger Santana... —Casi escupí el líquido oscuro de regreso. Habían pasado horas nada más no era posible que ya estuviera el comercial en marcha. Un tanto cohibido me fui de regreso al edificio de la revista y me puse el gorro de la chaqueta en mi cabeza cuando la mayoría de mujeres del piso se me quedaron viendo. Cuando llegué a mi cubículo, se lo comenté a Simon, a quién por supuesto le valió una mierda y tiempo después me di cuenta del

motivo y aquello no tenía que ver nada con Paco Rabanne, todo era culpa de él mismo: Simon.

Había posteado una fotografía mía en sus redes sociales.

Ni siquiera yo subía fotos semi desnudo en mi perfil y Simon se había encargado de postear una en el suyo, con la descripción: Mujeres dejen sus mejores comentarios. Estaba yo con una toalla alrededor de la cintura, frente al espejo de cuerpo completo que está en el cuarto de Kate, acababa de tomar una ducha y quise fotografiarme porque ya se comenzaban a notar los avances de las malditas rutinas que Simon me obligaba a hacer en el gym. Cometí el error de mostrársela y después no me percaté en qué momento robó mi foto para mostrarla en todos sus perfiles.

Me enteré demasiado tarde y eso me encabronó bastante. Ya había más de doscientos comentarios, la imagen se había compartido más de mil veces y la gente comenzaba a preguntar mi perfil de Instagram.

Maldito Simon.

Pero esa fotografía había pasado a segundo plano ayer por la mañana.

Era jueves y aunque yo no iría a trabajar hasta las ocho, me había despertado temprano porque Kate tendría que estar en el hospital mucho antes. Me había ofrecido a preparar café cuando ella estaba tomando una ducha, se le hacía tarde así que de paso le había preparado el desayuno.

—Roger, ¿qué estás haciendo? —Me preguntó, cuando llegó a la cocina con una bata ajustada por la cintura, se secaba el cabello con una toalla y se detuvo cuando me vio en la cocina poniendo un plato sobre el desayunador.

—Tu desayuno. —Entonces se quedó callada, me miró poner unos huevos revueltos sobre su plato y después me dijo:

—Roger, no era necesario.

—Tú misma me has dicho que a veces no tienes tiempo para desayunar siquiera. No te preocupes, yo no tengo ningún problema. —Me acerqué y le di un beso en la frente. Soy consciente que no soy el mejor cocinero del mundo pero al menos las cosas me quedan en el punto de cocción indicado.

Kate se cruzó de brazos, me sonrió entonces y se me quedó mirando un buen rato mientras iba y venía por el pequeño espacio de la cocina. Me detuve y divertido le pregunté:

—¿Qué?

—Nada. —Respondió, subiendo sus manos al aire pero sin cambiar aquel gesto simpático

de su rostro. Se acercó y me dio un beso en la punta de la nariz provocándome una risa. Después comenzó a dejar sus labios por toda mi cara haciéndome soltar una carcajada. —Gracias. —Más besos. —Muchas gracias. —Más besos. —Eres el mejor.

Me dejó libre cuando le recordé la hora y se perdió de nuevo tras la puerta de su habitación. Me serví café y me fui directo a la mesa de la sala que está frente a la tv donde descansaba mi teléfono celular. Me di cuenta en ese momento que Simon no había eliminado la fotografía de sus redes sociales y dispuesto a darle una reprimenda, comencé a teclear un texto nada amable que le dejaría en su Whatsapp.

Fue en ese momento que sucedió lo que jamás hubiera pensado, algo inimaginable, incomprensible, inentendible, algo que nunca me hubiese imaginado vivir siquiera... no ahora... no de esa forma, no en esta situación. La puerta de entrada se abrió y di un respingo provocando que el líquido de mi taza se me derramara por el brazo.

Una mujer se había detenido frente a mí con los ojos bien abiertos por la impresión, supe de inmediato de quién se trataba, la había visto en fotografías, la tenía de amiga en redes sociales, además su parecido con la doctora era tan increíble que era imposible no imaginármelo, la persona que tenía frente a mí era la madre de Kate.

Si no hubiese sabido que ella era la única mujer entre sus hermanos, hubiese pensado que era una hermana suya en realidad. La señora Rinaldi es una mujer alta, esbelta, con el cabello negro muy al estilo Kris Jenner y los ojos verdes enigmáticos como los de Kate. No parecía una mujer en sus sesenta, en realidad. Se llevó las manos al pecho en sorpresa y a mí se me cayó el teléfono de las manos.

No fue el hecho de encontrármela ahí sin previo aviso que me causó tanta impresión, tal vez me hubiese podido recomponer al primer segundo si no es porque yo estaba ahí de pie frente a ella... en ropa interior.

No sabía si esconderme en un hueco detrás del sofá o salir corriendo en búsqueda de mis prendas de vestir que en ese momento ni siquiera sabía dónde estaban. Entonces lo primero que hice fue tomar un cojín y ponérmelo justo ahí... al frente... para ya saben... esconder mi «bestia». La madre de Kate bajó su vista por mi torso desnudo, miró el cojín, después mis piernas y llegó hasta los dedos de mis pies. Volvió a recorrerme de regreso hasta llegar a mis ojos y esbozó una sonrisa.

No sé qué gesto debí tener en ese momento, pero ni siquiera podía sentir mi corazón latir.

—Tú debes ser Roger. —Me habló. Maldita sea, yo no sabía qué hacer en ese momento. Esta señora era algo así como mi suegra tal vez... y ahí estaba yo... semi desnudo conociéndola

por primera vez usando solo una prenda de vestir. —Pero qué gusto conocerte.

Me aclaré la garganta, dejé la taza de café sobre la mesa y todavía sosteniendo el cojín firme le estreché mi otra mano a ella. De manera cortés, ignorando que estaba casi desnudo, le dije:

—El gusto es mío, señora Rinaldi. —Ella entonces me dio su mano y me dijo:

—Oh no, llámame Virginia. —Le sonreí, a pesar de que lo único que quería era ir a cavar mi tumba y dejarme caer ahí adentro. Me rodeó y llamó a Kate, entonces después se volvió a mí y me dijo: —Y no te preocupes, que ya he visto muchos de esos antes. —Me señaló ahí, exactamente en dirección al cojín y yo llevé mi vista con incertidumbre aunque sabía a qué se refería, entonces le agregé: —No me malinterpretes. Soy uróloga.

—¿Mamá? —Escucho a Kate en ese momento, está saliendo de su habitación, al menos ella sí está vestida. —¿Por qué no me avisaste que vendrías? ¿Cómo entraste? —Antes de terminar de formular la pregunta, su vista va de su madre hacia mí, después baja al cojín y vuelve a poner la vista en mis ojos, me encojo de hombros y ella priensa sus labios para evitar soltar una carcajada. —Veo que ya conociste a Roger.

—Uf y de la mejor manera. —Soltó ella en respuesta, agradecí no tener que ver mi rostro en ese momento porque estoy seguro que era un poema. —Respecto a tus preguntas, tú misma me hablaste de tu llave de repuesto la última vez que estuve aquí. Iba camino a la conferencia, sé que ibas para allá también así que se me ocurrió pasar antes para que fuéramos a desayunar juntas. Estaba de mal humor pero encontrarme a Roger en ropa interior mejoró mi día.

Kate suelta la risotada que estaba reteniendo, yo cierro los ojos esperando que más tarde esto se me olvide. Les digo a las dos que voy a cambiarme... más bien... vestirme y entonces tengo que pasar frente a la atenta mirada de la madre de Kate y en la rapidez termino tropezándome con la mesa, cayendo de bruces, golpeándome la rodilla y de paso me pegué en el dedo chiquito del pie.

Defitivamente supe que habían días malos, pero otros que eran mucho peores.

Cuando regresé a la sala después de ducharme y ponerme ropa, me las encontré en el comedor. Tomé un jugo de la nevera y cuando Kate se puso de pie para atender su teléfono celular, me disculpé con la señora Rinaldi y no supe muy bien qué hacer así que recosté mis caderas sobre la encimera.

—¿Tú preparaste esto? —Me preguntó. Le dije que sí con un asentimiento. Como mencioné, no soy muy bueno en la cocina aunque el gesto de la señora Rinaldi me hizo tranquilizarme. Se llevó otro bocado a la boca y entonces, habló de nuevo: —Está delicioso. Estoy seguro que le vas

a agradar a mi esposo cuando te conozca, le encanta la cocina.

—Solo espero que el día que eso suceda sí lleve ropa. —Lo dije en serio, pero la señora Rinaldi soltó una carcajada. Puso sus brazos sobre la mesa y se volvió a mí con un gesto divertido, tan similar al de Kate y entonces, con tono de picardía, añadió:

—No te preocupes, si querías causarme una buena primera impresión sí que lo has hecho. — Se rió de nuevo, aunque me ardía la cara por la vergüenza me las empeñé para reírme un poco de mi desgracia. Necesitaba cambiar de tema así que tomando su vaso vacío le ofrecí más jugo de naranja, a lo que ella contestó: —Gracias, pero creo que necesito una cerveza.

Está demás decir que después ya no pude concentrarme en más nada, incluso había olvidado la fotografía mía que circulaba en redes sociales gracias a Simon. Hasta que hace poco, después de tomar el elevador una chica morena murmurara a la par mía:

—Te miras bien en la fotografía del perfil de Simon. —Entonces, me di cuenta que tenía esa charla pendiente con Simon. Le había pedido desde el primer día que borrara la maldita foto pero no lo había hecho, cuando llego a mi cubículo y me doy cuenta que él ya está ahí con unos audífonos en las orejas lo primero que hago es quitárselos de golpe, gritarle sobre el porqué debió eliminar mi fotografía de sus redes sociales hace mucho tiempo, pero lo único que me contesta es:

—¿Por qué? Esa fotografía tuya es un éxito. —Me dan ganas de quebrarle el cuello con un palillo chino. Simon suelta una carcajada y añade: —Es que tienes que ver los comentarios.

Toma su teléfono y lo pone frente a mis ojos. Comienzo a pasar por cada uno de los comentarios y de inmediato me arrepiento haber iniciado mi lectura: «Quién fuera jugo de limón para escurrirme en ese chile... » «Quisiera ser plato de cereal para que me llenes de leche...» «En el cielo están las estrellas, en las playas las gaviotas y entre mis piernas quiero que reboten tus pel...» prefiero dejar de leer.

—Publicaste esa fotografía sin mi permiso y quiero que la borres, es la última vez que te lo pido por las buenas. —Mi tono es amenazante. Él se continúa riendo y me arrebató el teléfono para volver a concentrarse en la pantalla, no le importan mis palabras en lo absoluto, como siempre. Sin prestarme atención, solo replica:

—Oh mira. Esta es buena... —Se aclara la garganta y continúa: —«Me palpita la pepita ¿Eso podría considerarse un infarto vaginal?» —Suelta otra carcajada y yo solo me llevo las manos al rostro intentando despejarme de la frustración que me está causando. Intento arrebatárselo el teléfono, entonces continúa la lectura forcejeando conmigo.

—Simon, borra esa maldita fotografía.

—¡Vamos! Solo es una foto.

—Que tomaste de mi teléfono sin mi permiso. —A este punto, ya ni sé qué tono debe tener mi voz pero Simon ya no pone resistencia y me cede el teléfono celular.

—Oye, tranquilo viejo. —Me doy directo a borrar la imagen sin quitarle la mirada sin nada de amabilidad de encima. No quiero saber dónde más la ha subido y no me creo capaz de preguntárselo, de todas formas se lo digo, que quiero que esa foto desaparezca de todo internet si es posible. Cuando el perfil de Facebook de Simon se actualiza indicándome que ya no hay rastro de mi fotografía, me aparece una foto de Kate: Una selfie con su mejilla recostada sobre el oso de felpa que yo gané para ella este pasado miércoles.

Habíamos ido a una feria en las afueras de la ciudad y había una actividad sobre derribar un sujeto de goma en tres intentos, el premio era el oso más grande entonces observé como cuatro personas, incluso el nuevo ligue de Linda que se llamaba Carlos, pasaban sin éxito y cuando fue mi turno, una sola vez me tomó derribar al tipo.

Todos me miraron expectantes y tuve que decir que era cinturón negro en Jiu Jitsu, mal asunto. Después todos los tipos que acompañaban a las amigas de Kate querían saber más sobre artes marciales que de sus propias chicas, tan así, que pasaron conmigo toda la velada hasta que Kate me salvó y me arrastró con ella hasta el otro lado de la playa.

Como si me leyera la mente, me suena el teléfono celular y es ella, cuando me saco el celular del bolsillo me percató que me ha enviado un video, la computadora me está redirigiendo hacia mi red social y miro la descripción: «¿Te gusta mi *outfit*?». Reproduzco el video y su imagen frente al espejo de su habitación es la que me aparece en la pantalla, con unos pantalones cortos de color negro, zapatos altos a juego y una blusa sin mangas de color rosa. El cabello liso y perfecto, así que me apresuro a contestarle:

Para: Kate

¿Puedo saber a dónde vas así de guapa?

De inmediato me llega su respuesta, miro la pantalla de mi computadora para ver la fotografía que ella me acaba de etiquetar y me doy cuenta que tengo más solicitudes de amistad, entre ellas está una de Kenan el hermano de Kate y otros dos Rinaldi que asumo, son los otros dos hermanos suyos. Solo espero que su madre no les haya hablado de mí, en especial de la forma que nos conocimos. Los acepto a todos y después desvío la mirada a mi celular para ver el texto que dice:

De: Kate

A verte a ti. Estoy en el parking.

Creo por un momento que está bromeando, incrédulo me asomo por la ventana y me doy cuenta que sí está hablando en serio, su auto está ahí y ahora ella está bajándose del mismo. Me pongo de pie evitando llamar la atención de Simon para no pasar por penosos interrogatorios y estoy contestándole el mensaje mientras espero el elevador para poder ir hasta el primer piso.

Cuando escucho que el aparato ha llegado y las puertas del ascensor se abren frente a mí, me encuentro con la última persona que me esperé encontrar en este sitio: Sara. Había evitado llegar a las reuniones para no verme a mí, pero desde el martes pasado, según me comentó Simon, se había presentado dos veces con el sujeto Van Brouwer aunque para suerte mía yo no estuve en ninguna de las dos ocasiones. Ahora solo la está acompañando Alice y aunque no puedo evitar recordar lo que me comentó Linda, saludo a la chica rubia que me ha esbozado una sonrisa.

—Oye Roger. —Me habla, me detengo para ver a la chica y Sara ha mermado su paso cuando escucha mi nombre de parte de su cuñada. —Mi fiesta de cumpleaños es este domingo ¿Te gustaría venir?

Sara se ha girado y nos da un vistazo a los dos. No tengo ni siquiera que pensar esa respuesta, no me gustan las fiestas y no me apetece ir a ninguna en la que Kate no esté presente.

—Me encantaría, pero estoy realmente ocupado. —La chica se sorprende y después de darme un exagerado asentimiento que no supe cómo interpretar, marco el botón del primer piso. — Fue un gusto verte, Alice.

Entro entonces me dice adiós y se va en dirección a Sara quién se había detenido a unos pasos. Antes que las puertas del elevador se cierren Sara se gira hacia mí, la pillo observándome en el momento que levanto la mirada y ella de inmediato se concentra en girar su cabeza para seguir la conversación con la hermana del holandés.

Cuando estoy saliendo del edificio y diviso a la doctora a mitad del parking esbozo una sonrisa cuando sus ojos se topan con los míos. Hace un gesto, algo que no es una sonrisa pero es bastante adorable por la forma que arruga su pequeña nariz en forma de saludo. Pero no es todo, también camina hacia mí y se abalanza con sus brazos extendidos sobre mi persona, no me da tiempo de reaccionar cuando ya está dejando muchos besos sobre mi boca con los labios pintados de rojo carmesí.

Hasta hoy había dejado de reírse por la forma en que yo llegué a conocer a su madre, incluso yo solté alguna que otra carcajada cuando ya me había pasado el shock. Solo espero que la señora Rinaldi lo olvide en algún momento porque por ahora parecía no estar dispuesta, me di cuenta cuando esta mañana comentó una fotografía de Kate con las siguientes palabras: «Puedo apostar

que esa es la ropa interior de Roger» agregó una captura de pantalla con zoom donde se lograba visualizar una prenda de color blanco en el fondo de la imagen. Me reí, por supuesto que no era mi ropa interior. Aunque ahora la situación me estaba comenzando a resultar graciosa, no dejaba de ser la cosa más vergonzosa que me haya pasado en la vida.

—¡Kate! —Le riño, cuando siento que ha dejado todo su labial en mi cara. Aunque sonó más a un gesto de diversión que lo que yo intentaba hacer sonar en realidad. —Vamos, tengo que volver a trabajar y no puedo... —hago una seña en sus labios indicándole el color que lleva. Aunque yo sé que de igual manera esa es su intención porque no se detiene y es que tal vez mis risas no ayuden tanto. La rodeo con mis brazos inmovilizándola y ahora tengo que buscar la forma de quitarme toda esta pintura de la cara.

—Pasaba por aquí y pensé que tendrías hambre. —Levanta una bolsa de comida. Es algo que yo hago con ella casi todos los días y de cierto modo me alegra que esté intentando los mismos detalles conmigo aunque yo nunca lo he hecho esperando algo a cambio. Le doy una sonrisa en agradecimiento, entonces le devuelvo el gesto besándole los labios y haciendo un recorrido por toda su cara haciéndola soltar una carcajada.

—Roger ¡Basta! ¿Sabes cuánto tiempo me tomó maquillarme?

—No es como que lo necesites tampoco. —Continúo besándole la barbilla, después el cuello, da unos pasos hacia atrás entre risas hasta que recuesta las caderas sobre el capó de su auto y continúo besándole todo el rostro, la nariz, los ojos. Me detengo cuando la escucho decir:

—¡Roger! ¡Basta! Harás que me enamore de ti. —Puedo sentir la picardía colada en esas palabras, así que le respondo:

—¿Y hay algún problema con eso? —Estoy sacando un pañuelo de mi bolsillo y comienzo a limpiarle el rostro poco a poco, iniciando por su nariz que se ha manchado del labial de color rojo. —Porque a mí no me importaría enamorarme de ti, Kate.

Entonces, me mira a los ojos y me devuelve una sonrisa, una tierna y bastante dulce que me hace vibrar algo por dentro. Toma el pañuelo entre sus manos y me besa de nuevo, de esa forma suave y delicada que me fascina, los besos de Kate tienen algo realmente especial y adictivo. Se separa de mí y veo que ya no hay ni rastro del labial rojo en su lugar, me río y ella también lo hace conmigo, asumo que yo también debo tener la cara llena de manchas de ese color. Tomo el pañuelo de nuevo, pero ella me lo arrebató otra vez y comienza a limpiarme el rostro.

—¿Nos escapamos un rato? A la mierda Margaret. —Exclamo, con tanta seguridad que no pareciera que estoy hablando de mi jefa. Kate suelta una carcajada, mira en dirección a la puerta del edificio y me dice:

—Bien, en todo caso, ¿qué enfermedad quieres que te invente en caso de que tu jefa quiera hacerte un drama?

Kate y yo nos entendemos perfectamente.

Lamentablemente, ella tenía turno hoy, así que cualquier reprimenda o reporte de Margaret por desaparecer dos horas completas, hubiera valido totalmente la pena. Pero últimamente a la jefa dragón todo estaba comenzando a darle igual, así que ni siquiera se percató de mi ausencia y yo no tuve que fingir mi muerte, después de todo dentro de unos días la revista estaría en manos de otra persona y, para suerte mía, ya no tendría que ver a Margaret.

Esta es la primera noche desde el domingo anterior que no dormiría en el apartamento de Kate. Incluso veo los escalones de mi edificio completamente macabros y tenebrosos por la poca luz que llega a este sitio. Si no es porque este lugar es cien por ciento seguro tal vez estuviera entrando en pánico.

Cuando estoy a la mitad de mi camino recibo un Whatsapp de la doctora y me detengo para ver la selfie que me ha enviado, me doy cuenta que tiene el Koala de felpa en su consultorio y esbozo una sonrisa cuando leo:

«Al menos tengo un recuerdo tuyo aquí conmigo»

Llego al último escalón de mi piso y giro para ir hacia mi morada, estoy contestando el mensaje de Kate con los ojos puestos en mi teléfono celular cuando algo me llama la atención, levanto la mirada cuando me percató que hay una persona recostada a mi puerta y cuando ella levanta el rostro me encuentro con el último ser humano que me gustaría ver hoy:

Sara.

Capítulo 32

Ni siquiera se me ocurriría pensar un motivo por el cual Sara esté aquí.

Por un momento me viene a la mente que tal vez sea producto de mi imaginación, alguna alucinación de la que no soy consciente, pero cuando sus ojos me enfocan me doy cuenta que sí es real, sí es ella y sí está aquí, frente a mí, sentada sobre mi alfombra, recostando su espalda contra mi puerta.

Hace cuatro semanas exactas, hubiera matado por esta escena, soñaba que regresaba de mi trabajo y la encontraba esperándome ahí frente a mi puerta. Pero había pasado tanto —y no me refiero al tiempo— que ahora incluso me resultaba incómodo, un tanto fastidioso... *desagradable*, ya no había nada dentro de mí que añorara a Sara, que deseara tenerla aquí de frente, que quisiera hablar con ella en persona. Todo eso había quedado atrás, pero mi parte educada evitó que le pidiera que se marchase.

Detengo mis pasos cuando ella se pone de pie, me da un vistazo y esboza una débil sonrisa al mismo tiempo que se acomoda la chaqueta del traje azul marino. Su vista baja a mi teléfono celular y de inmediato vuelve a mirarme para decir:

—Cambiate tu número de teléfono. —Su voz suena débil, un tanto nerviosa, temerosa y cobarde. No creo que mi celular sea el motivo por el que esté aquí específicamente. Así que quiero que vaya al grano de una vez por todas. —Iba a llamarte antes, pero no pude comunicarme contigo.

—Sí, me vi obligado a deshacerme de mi antiguo teléfono gracias a tu padre y tu hermano. —Soy cortante con mi respuesta. Porque lo que menos quiero es entablar una conversación con esta persona, así que voy directo si ella no piensa hacerlo: —¿Qué haces aquí, Sara?

No fue mi intención sonar rudo pero sin querer lo había hecho y sentí el impulso de disculparme, sin embargo, no lo hice y en su lugar me quedé a esperar su respuesta. No me dice nada por un momento y estoy comenzando a perder la paciencia. Es hasta ese momento que la miro exactamente a los ojos y no puedo evitar fijarme que Sara está notablemente más delgada, pálida, puedo ver sus ojeras y su semblante cansado que ya no es el mismo con el que dejó este apartamento cuatro semanas atrás.

Casi siento lástima por ella... casi.

—Todavía se me quedó algo de la mudanza, mi libro sobre Derechos Comerciales.

Cambiaste la cerradura. —Casi tengo ganas de echarla de aquí. Pero bueno, hago memoria de algún libro de su pertenencia que haya visto por algún lado pero recuerdo haberle dado todo al estúpido enano para que no volviera a aparecerse en mi vista. Voy a otorgarle el beneficio de la duda y entonces después de darle un corto vistazo, camino en dirección a la puerta mientras digo:

—Por supuesto, tu hermano estaba abusando. Un día iba a cansarme y lo más seguro es que yo hubiese terminado en la cárcel o con una demanda de miles de dólares. Creo que conoces a tu padre mejor que yo.

Giro la manecilla y después empujo la puerta para entrar, lo hago de forma que solo yo pueda pasar al interior dejando un claro mensaje sobre no pensar en dejarla entrar. Giro mi rostro hacia ella y pregunto:

—¿Dónde crees que lo dejaste? —Baja la mirada, me doy cuenta que no puede hacer contacto visual conmigo. Se aclara la garganta y me contesta finalmente:

—No lo sé, el librero tal vez...

—Estoy seguro que le di todo lo que te pertenecía al id... a tu hermano. —Corrijo. —Estoy seguro que no estaba ahí. —No hay otro sitio donde pudiera buscar tampoco, me sé cada rincón de esta casa y estoy casi seguro que no me lo he encontrado por aquí. Lo siguiente que puedo sospechar es que su hermano lo perdió a propósito para echarme la culpa sabiendo que aquel libro era demasiado importante para ella.

—¿Puedo pasar? —No voy a mentir que dudo por un momento. Quiero decirle que no, que yo lo puedo buscar por ella pero en su lugar abro la puerta lo suficiente para permitirle entrar porque tampoco quiero demorarme buscando algo que posiblemente no exista.

—Seguro. —Sara pasa a mi lado y se postra frente al librero viendo cada uno de los títulos. De cuclillas observa los que están más abajo y alcanza uno que está en la esquina, todo este tiempo estoy siendo cauteloso, estoy tomando una botella de agua de la nevera pero sin despegarle los ojos de encima.

Uno nunca sabe qué esperar de Sara.

—Lo encontré. —Me habla, levantando el título y poniéndose de pie. Vale, que yo estaba equivocado entonces. Le da una ojeada y después me da un vistazo a mí, abraza el libro cruzando sus brazos sobre su pecho y, con cierta duda, me pregunta: —¿Y cómo has estado, Roger?

Otra de las preguntas que me dan ganas de reírme.

—Bien. —Respondo cortante. Ni siquiera le pregunto cómo está ella porque me importa

poco en realidad. No parece estar bien, pero asumo que tampoco está mal porque logró lo que ella quería: Tener a un novio con millones en su cuenta bancaria. —Revisa si hay algo más que sea tuyo en ese librero para que te lo lleves, por favor.

Sara me mira, después desvía la vista hacia el lugar indicado pero no me dice nada. Se aclara la garganta y me dice:

—Roger ¿Podemos hablar?

—¿No es eso lo que estamos haciendo? —Como dije, no pretendo sonar rudo; sin embargo, todas las veces que hablo no puedo evitarlo.

—No... me refiero a ir a algún lugar, charlar un rato, quiero saber qué tal te ha ido, cómo es tu nueva vida. Escúchame, tal vez las cosas entre nosotros dos no terminaron bien, pero...

—¿No terminaron bien? —Suelto una risa irónica, aunque todo lo digo con un tono calmo, con una indiferencia que me sale tan natural últimamente. —Te acostabas con un tipo mientras todavía vivíamos juntos. Me dijiste en mi cara que yo te daba vergüenza. Te burlabas de mí con tus amigas. ¿Crees que en algún momento yo hubiese sido capaz de hacer algo así?

Yo nunca me hubiese atrevido a hablar tan despectivamente de Sara, a despotricar en su contra, a reírme de su personalidad. Hasta la actualidad, no me atrevería a hablar mal de Sara.

—¿Qué es lo que te ha dicho, Margaret? —¿Margaret? Si tan solo supiera todo lo que he escuchado, mi jefa no estaría metida en esta conversación.

—¿Margaret? —Me rio. —Margaret no me diría absolutamente nada y eso lo sabes. —No le doy más detalles, no le digo que vi todo en un video. Lo dejo hasta ahí, que piense que tal vez fue ella quién lo hizo o quizás no.

—Ella está tan celosa de mí, de nosotros... Margaret es capaz de inventar cualquier cosa...

No puedo creer que todavía se esté refiriendo a ella y a mí como un «nosotros».

—Margaret no tuvo nada que ver, Sara. —La interrumpo. —Ahora, por favor, ¿puedes dejarme solo? —Esa es la manera más educada para decir «lárgate» y todavía estoy siendo muy caballeroso por no pedírselo de esa forma. Tomo un trago de agua pero ella no se mueve de ahí, no sé qué voy a hacer, llamar a la policía tal vez no sea una mala idea.

—Terminé con Koen Van Brouwer. —Suelta de pronto, no sé si espera alguna reacción de mi parte pero no la obtiene, no es para nada una noticia que me alegre de escuchar ahora. Tal vez lo único que me entusiasme es que el tipo no estará enredado con personas que solo se dejan atraer por sus millones. —Fue hace un momento, antes de llegar aquí, no tenía otro sitio donde ir. —Los

ojos se le humedecen y yo solo pienso en la buena actriz que Sara pudiera llegar a ser, tal vez debió dejar su carrera y mudarse a Hollywood. —Él no es la persona para mí, no es el hombre con el que me gustaría estar. No sabes lo arrepentida que estoy de todo esto que causé ¡Dios! Solo quisiera devolver el tiempo y enmendar mis errores. Como deseara no haber salido de aquí... como quisiera no...

La interrumpo:

—Bueno, en mi caso, yo creo que eso fue lo mejor que pudiste hacerme, Sara. Así que no te preocupes. —Hay un silencio, un silencio denso y cortante mientras me está viendo a los ojos. Me encojo de hombros, cierro la botella y vuelvo a dejarla en el interior de la nevera. Me sorprende que no diga nada y tengo que girar en su dirección para percatarme que siga ahí. —¿Eso es todo? Puedes retirarte, si gustas... —Señalo la puerta. Pero entonces, me dice:

—No tengo donde ir. —Se acomoda el bolso, sujeta el libro más fuerte pero no me está viendo en realidad. Le cuesta decir esas palabras pero no sé qué es lo que espera de mí en realidad, esto no es un hotel. —No tengo dinero, mis padres van a matarme si se enteran que acabo de arruinarles uno de sus trabajos más importantes. No tengo el coraje para verlos siquiera. Ya conoces a mi padre, no se lo va a tomar nada bien.

No sé si es verla tan vulnerable, con los ojos cristalizados, con la cara derrotada, pero no puedo decirle todas las cosas que se me pasan por la cabeza. Mi parte caballerosa no me permite echarla a la calle así por así. Tal vez no ha sido la mejor persona, quizás ya no la mire como antes lo hacía, pero algo que no puede cambiar es que compartimos cinco años juntos.

—¿Necesitas dinero? —Niega con su cabeza de inmediato y me contesta:

—Solo necesito un lugar para quedarme esta noche. —Ella sabe perfectamente que en este lugar solo hay una cama, la misma que solíamos compartir ella y yo, no hay espacio para otra persona y no pienso respirar el mismo aire que el suyo.

—Seguro. —Le hablo. En ese momento estoy tomando mis cosas, dejando otras guardadas de forma segura y tomo las llaves de mi auto para dirigirme a la puerta de mi apartamento. Me giro cuando tomo la manecilla y le digo: —Pero que sea solo esta noche, por favor.

—¿Dónde vas?

—Con mi novia, buenas noches.

Kate no es mi novia, al menos no lo habíamos hablado todavía pero sé que eventualmente va a serlo. Si de algo estoy seguro es que lo que sea que tenemos es exclusivo y eso me gusta, me gusta lo que sea que tengo con Kate. Algo que nunca tuve ni siquiera con Sara, esa chisma capaz

de provocar una llamarada que nunca logré sentir con otra persona. Algo que me fascina y que por nada del mundo deseara perder.

Esta vez sí me voy directo al ascensor, ahí tomo mi teléfono celular y lo siguiente que hago es marcar el número de Kate. Espero llegar al primer piso y la llamo pero no contesta de inmediato. De todas formas sé dónde guarda una llave de repuesto, cuando llego a mi auto dejo el teléfono sobre el asiento del copiloto dispuesto a conducir cuando me anuncia un mensaje y la pantalla se ilumina indicándome que es de ella.

De: Kate.

Hola, cariño.

No sé si sería correcto contarle a Kate sobre lo que acaba de suceder con Sara, pero yo no soy una persona que ande por ahí ocultando cosas, así que me veo en la necesidad de hacerlo. Dispuesto a decirle todo, inicio con la pregunta esencial y comienzo a teclear:

Para: Kate.

¿Puedo quedarme en tu apartamento?

De: Kate

¿Pasó algo?

Para: Kate

Quiero llamarte ¿Puedo?

Un par de minutos después me dice que sí, el tiempo que asumo ha dedicado a buscar otro sitio para hablar con tranquilidad porque también mencionó alguna reunión. Cuando marco su número, su voz de inmediato inunda mis oídos, le hablo sobre Sara y su aparición en mi apartamento. También le menciono que tendré que quedarme en el suyo.

—¿Tu ex está en tu apartamento? —Replica, aunque su voz es suave, calma, con si el asunto le importara poco. Bueno, es Kate y así es ella. No creo que tenga motivos por los cuales alarmarse tratándose de Sara.

—Estaba aquí cuando yo llegué. Me dijo que no tenía un sitio donde ir y bueno, ahora soy yo el que no tiene un lugar donde quedarse. —Le estoy diciendo que la mujer con la que compartí cinco años de mi vida está en mi apartamento a la persona con la que ahora tengo lo más cercano a una relación. Tal vez otro tipo de mujer hubiera estallado con esa confesión, pero Kate no es así, aunque me espero una reacción totalmente distinta lo que obtengo es:

—Algo me dice que tendrás que mudarte cuanto antes y yo no tengo problemas si te quieres ir a vivir conmigo. —Suelto una pequeña risa. No creo que esté hablando en serio, tenemos tan poco tiempo de estar juntos aunque... tampoco es una mala idea.

—Voy a pensarlo. —Le devuelvo con socarronería. Le agregaría que soy difícil pero ya he probado en varias ocasiones que con ella no lo soy.

La charla que pensé sería rápida terminó siendo una conversación entre risas de cuarenta minutos en la que incluso olvidé por completo a Sara. Fue hasta que ella me dijo que tenía que volver que colgué y me conduje en dirección a su apartamento. Compartimos un par de mensajes más pero fue hasta esta mañana que Kate me preguntó sobre Sara, le conté todo, le contesté con toda la sinceridad posible hasta el detalle más mínimo.

Sé que tal vez no le hayan gustado algunas cosas de las que Sara me dijo, al menos a mí no me hubiese gustado escucharlas si en este caso hubiese sido un ex suyo el que volvió y se quedó en su apartamento. Pero Kate no es del tipo de mujer dramática, incluso bromeó un par de veces con Sara y ni siquiera le importó la presencia de ella en mi apartamento. Me gusta que confíe en mí así, que también tenga esa confianza en sí misma que la hace verdaderamente atractiva. Toma otra fresa de las que estaban en el cuenco que puse esta mañana y la lleva a mis labios, la muerdo y siento como el jugo se escurre dentro de mi boca.

—Me gusta que me hayas contado esto. —Me dice, estamos sobre el desayunador. Ella había traído pastel y yo me comprometí a preparar el café. Algo que necesitaba bastante un día como hoy. —¿No lo estás haciendo porque crees que Linda puede rastrearte, cierto?

Suelto una carcajada, aunque... alto ahí... ¿Linda puede rastrearme?

No me sorprende ni un poco.

—No... —le digo, con una sonrisa. —Simplemente no soy del tipo de persona que oculte cosas, Kate. Me gusta ser transparente, que no desconfíes de mí. No quiero tener problemas por algo tan insignificante. —Entonces me esboza una sonrisa encantadora mientras mantenemos contacto visual y yo —*como siempre*— bajo la mirada. Me toma de la barbilla y me besa los labios. Me gusta cómo se pasea por cada uno de ellos con tanta delicadeza y suavidad que hace que me recorra una corriente eléctrica por toda la columna vertebral. Se separa de mí, me mira a los ojos y después un mechón que se cuelga en mi frente. Intenta llevarlo hacia atrás, pero a este punto ya debe saber que eso es imposible.

—¿Sabes algo? Nunca alguien me había encantado tanto como tú, Roger. —Eso me hace dibujar una sonrisa. Y la miro a los ojos para contestar:

—A mí nadie me ha gustado tanto como tú, Kate. —Hago lo que siempre ella hace conmigo. Tomo un poco del baño del pastel con mi dedo índice y hago un recorrido desde su oreja hasta su barbilla. Suelta un risa cuando comienzo a besar el camino donde he dejado dulce del bizcocho.

No me doy cuenta en qué momento ha tomado un pedazo del pastel y me lo ha estrellado contra la mejilla, bastante romántico hay que agregar —por supuesto que lo digo con ironía—. Entonces hago lo mismo y poco tiempo después estamos los dos manchados de dulce y de ese pastel ya no ha quedado absolutamente nada.

La inmovilizo entre mis brazos y comienzo a lamerle la cara, la mejilla, la nariz, intenta soltarse de mi agarre pero le es imposible. Inicio a lamerle cuello y ella comienza a reírse fuerte, no voy a negar que me causan gracia y ternura esas carcajadas tuyas. Me hacen sentir bien, confiado, alegre, optimista. No mentí cuando le dije que me gustaba como nunca antes nadie lo había hecho. Me doy cuenta que, definitivamente, no me va a costar mucho enamorarme perdidamente de Kate.

—¡Roger! ¡Vamos! —Continúa carcajeándose. Finalmente la dejo libre cuando los dos ya hemos caído al piso entre risas y mi celular ha sonado anunciándome un mensaje de texto. Me pongo de pie y tomo una servilleta para limpiarme los dedos, Kate se ha quedado tendida sobre la alfombra y no puedo evitar que una sonrisa se me escape al verla ahí tapándose el rostro, la piel colorada y las risas asomándose desde el fondo de su garganta.

—Es Linda. —Anuncio, un tanto desconcertado, más que todo por el texto que se lee:

«Tienes que ver esto, apresúrate»

Hay un link, uno que por experiencia ya sé qué es lo que puede mostrarme aunque cuando doy click donde me indica y la página logra cargarse completamente no me esperaba ni por cerca con el video que me presenta. Me llaman la atención las letras que hay en mi pantalla y también la imagen del sujeto Van Brouwer en lo que parece ser una conferencia de prensa. Si en algo Sara no mintió, es que había roto con el tipo holandés porque aquí mismo en letras mayúsculas se lee:

«Koen Van Brouwer rompe su compromiso con la abogada Sara Escribano»

Reproduzco el video y la cara del sujeto millonario invade toda mi pantalla. Lo están rodeando representantes de revistas, canales de televisión, periódicos nacionales que logro reconocer por los micrófonos que tiene en frente. Lo escucho decir que terminó su compromiso con Sara y le agrega:

«No voy a alargarme con esto, solo diré que Sara no es definitivamente la persona para mí. Quiero una mujer exitosa, intelectual, que trabaje a mi lado, que me ayude a impulsar mi empresa.

Sara es una mujer superficial, con la cabeza hueca. No es ni por cerca la mujer que quiero tener por esposa»

Todo esto al parecer se había generado desde las fotografías del holandés que salieron este jueves pasado, según lo que me dijo Linda. Yo ni me había enterado de nada y es hasta hoy que las estoy viendo, están apareciendo una por una en la pantalla de mi celular. Es Koen Van Brouwer, tomado de la mano de una chica y esa chica es Wendy.

Sí, la supuesta mejor amiga de Kate.

No sé por qué no me asombra nada, Wendy es capaz de andar con un tipo que tiene una esposa enferma de cáncer y mofarse de ello, supe que no tenía escrúpulos cuando le dijo a Sara: «Ya ni siquiera puede tener sexo con él, que deje que lo disfrute otra», refiriéndose a la pobre mujer batallando por su vida.

Continúo escuchando, incluso me he sentado sobre una de las banquetas y Kate está detrás de mí, me rodea el torso con sus brazos y su barbilla descansa en mi hombro. Sigo escuchando al holandés despotricar contra Sara, la llama manipuladora, interesada y un fracaso como abogada. Incluso asegura que logró graduarse por la popularidad de su familia en esa rama. Pero no se queda ahí, continúa su discurso agregándole:

«Aparte de anunciar que cancelo mi compromiso con esa mujer. También quiero advertir a mis colegas sobre trabajar con algún Escribano. No hagan negocios con esta familia fraudulenta, me he enterado de una estafa que intentaron hacerme. Decidí que el señor Escribano llevara el caso de la compra de «Hombres al poder» después que Sara me dijo que su padre era el mejor para el tema de los negocios. Pero ellos solo querían quedarse con parte de las acciones que compraría de la revista. Gracias a una persona muy especial para mí pude darme cuenta de lo que estaban intentando hacerme. Con esto también anuncio que cancelo la compra de las acciones mencionadas y corto cualquier relación laboral con Margaret García»

Detengo el video intentando digerir todo eso que acabo de escuchar. Otro mensaje de Linda interrumpe mi pantalla y leo: «Yo fui esa persona especial». Entonces, le contesto: «No me sorprende nada»

En parte me alegro por el tipo holandés que no perdió ni un centavo ante la familia de Sara. Fuertes rumores corrieron hace mucho tiempo después de que sus padres adquirieran una bonita casa en uno de los sitios más lujosos de la ciudad, algunas personas decían que la habían logrado después de una estafa a un pobre hombre que confió sus bienes al señor Escribano, aunque Sara aseguraba que solo era fruto del excelente trabajo de su padre todos estos años.

Otro mensaje de Linda interrumpe mis pensamientos:

«Amo el karma, es una completa perra»

Kate se ríe detrás de mí y le agrega:

—Yo sí creo que es una completa perra. Tu ex te dejó por un tipo con dinero, ahora ese tipo acaba de acabarle la vida y la carrera en televisión nacional. —No solo acaba de arruinar la carrera de Sara, también de cualquier abogado que lleve el apellido «Escribano», incluyendo su padre, lo que me hace sentir bien. Creo que merezco el infierno por pensar eso. Kate se separa de mí, toma una de las fresas del tazón y le da un mordisco para agregar: —Adoro los finales felices ¿Tú no?

—El único final feliz que adoro de todo esto es haberte conocido a ti, Kate. —Eso sí que es verdad. Aunque no estoy mirándola a los ojos cuando digo eso, de reojo observo que sus ojos se postran en mí y entonces siento su mano acomodarme un mechón de cabello en la oreja.

—Te mereces un baile con *striptease* incluido por eso. —Suelto una risa y en ese momento sí me vuelvo a ella. Le da otro mordisco a la fresa de manera sensual y se aleja en dirección a su habitación contoneando sus caderas. Me quedo observándola con una sonrisa y dejo mi teléfono celular sobre la encimera para ir detrás de ella.

Está demás decir que en la revista todo se volvió un caos.

Casi a medio día, todo el mundo corría de un lado a otro buscando todo lo que Margaret ordenaba para evitar la demanda que el sujeto Van Brouwer había asegurado contra Margaret, aunque ella decía no tener nada que ver con el papel legal creado por el señor Escribano, su nombre sí estaba ahí y sí podía presentar cargos por eso, de algo que estaba seguro es que los padres de Sara sí iban a tener que ir a tribunal después de meterse con Koen Van Brouwer.

Margaret nos obligó a quedarnos hasta tarde, estuvo toda la mañana gritándole por teléfono al canal de televisión que filtró una conversación suya hablando sobre la necesidad de sacarle unos millones a Koen Van Brouwer vendiéndole esa revista fracasada. Además, ese mismo canal había mostrado el contrato que le habían ofrecido los Escribano, donde había una cláusula que decía claramente cuantas acciones les estaba cediendo. Así que no había forma que los Escribanos alegaran que eso era mentira.

Pero las cosas no quedaron ahí, también se repetía la misma conferencia de prensa que hizo el holandés y hubo algo que yo no había alcanzado a escuchar: Dijo que Sara salía antes con un tipo al mismo tiempo que se acostaba con él a cambio de dinero. En ese momento sí me quedé a escuchar todo hasta el final, estaba yo en el Starbucks de la esquina cuando todo esto se estaba

mostrando en el tv plasma del lugar. Solo esperaba que no mencionara mi nombre y cuando un reportero le preguntó si sabía quién era el novio de Sara en ese entonces, él dijo que no, también agregó que se disculpaba con él porque no tenía ni la menor idea de la clase de mujer que estaba metiendo en su casa.

A mitad de la tarde, se habían filtrado las fotos íntimas de Sara en todos los canales de televisión. Los programas de cotilleo se burlaban de ella y solo censuraban sus partes para mostrarlas cada que tenían la oportunidad de hacerlo. Las cosas se habían salido de control y yo solo podía pensar en una persona: Linda. La llamé sin dudarle, dispuesto a darle una reprimenda porque algo así no podía tolerarlo, no importa lo mal que haya hecho esa persona, pero es su intimidad y no puedes mostrarla así al público. Ella no vaciló un instante en negarse y asegurar que ella no tenía absolutamente nada que ver con esas fotografías, entonces agregó:

—Fue el mismo Koen Van Brouwer que ordenó filtrarlas. Le pagó a los canales de televisión para que las mostraran. Te lo dije Roger, ese sujeto es un maldito.

No sé qué tan molesto se puede estar con alguien como para hacer tal cosa pero en mi cabeza todavía no cabe la posibilidad de que una persona se empeñara tanto en arruinarla la vida a una mujer y ridiculizarla de tal forma. Yo no sería capaz de hacer algo así, pero obviamente yo no soy Koen Van Brouwer y al parecer Sara prefería un sujeto así.

—¿Pero quién provocó esto? —Le pregunté a Linda. —¿Fuiste tú quién le comentó que Sara salía con alguien al mismo tiempo que se acostaba con él?

—Yo no lo hice, Roger. Fue Wendy.

Wendy... debí imaginármelo. Siempre intuí que su amistad con Sara no era sincera. Estoy seguro que se acostaba con Koen Van Brouwer desde mucho antes y ahora lo quería para ella sola, por eso no le había costado derribar a Sara.

Me quedé en mi cubículo toda la tarde y es hasta que miro como el sol se oculta por la ventana que me pongo de pie cuando me doy cuenta que Margaret no había salido de su oficina. Había llegado una carta para ella en correspondencia y esperé para entregársela pero ningún momento fue bueno. Avanzo hasta su puerta donde doy suaves toques con mis nudillos hasta que escucho un «Adelante» con voz quebrada y triste.

Abro con vacilación y cuando doy un paso adentro me percató del olor a alcohol y tabaco que invade el pequeño espacio. Ahí está Margaret con el rostro descompuesto, el maquillaje corrido y también no paso por alto que ha tomado mucho.

—¿Estás bien? —Le pregunto. Nunca había visto a la jefa dragón en este estado y no puedo

saber qué tan borracha está pero intuyo que lo suficiente como para dejarme verla así: Despeinada, triste, desolada; con los ojos como dos enormes hamburguesas, el labial rojo con el que llegó le llega hasta la barbilla. Se aprecian sus líneas de expresión y algunas arrugas que debajo de tanto maquillaje no logran asomarse. —¿Te puedo ayudar en algo?

—Mi vida acaba de arruinarse, mi carrera se acaba de ir al caño todo por confiar en Sara y su familia. Ella me había dicho que no me preocupara, que dejara todo en manos de su padre. Había trabajado tan duro en esta revista, había encontrado un excelente comprador y... —Sorbe por la nariz, se limpia el rostro y se acomoda las gafas. Saca otra botella de licor y vierte líquido en una de las tazas que usa para tomar café. Ya hay una botella vacía tirada en el piso. Y continúa:

»Ella nada más lanza una plática que tuvimos por teléfono solo para arruinarme la vida. — Según lo que comprendo, ella cree que Sara fue quien compartió esa conversación con ella. Siento la necesidad de aclararlo, pero en su lugar me quedo callado porque no es algo que me incumbe a mí. —¿Qué he hecho yo para merecer todo lo que me pasa? No puedo tener una relación estable, nunca voy a tener hijos, no voy a lograr mis metas. Yo soy buena persona ¿Por qué la mala suerte me persigue?

Quisiera contestar eso, pero Margaret no está en el estado como para soltarle algo cargado de ironía. Intento lo más que puedo darle ánimos, pero no me sale nada para ella. Así que lo único que se me ocurre es:

—Tal vez está por llegar algo mejor. —Margaret suelta una risa irónica y se lleva un trago de whisky a la boca arrugando la cara cuando el líquido le quema la garganta. —Puedo llevarte a casa si gustas.

Ya es realmente tarde y ha sido un día cargado de emociones para Margaret, sé que solo quiere irse y descansar. Pero no puede conducir en ese estado y no es que me preocupe por ella, simplemente me preocupan las personas inocentes que puedan pagar las consecuencias de su ebriedad.

—¿Dónde está Simon? —Suelta de pronto. Ni siquiera lo sé, algo que había pasado por alto porque siempre se aparece cuando se le da la gana. No sé si decirle a Margaret que no ha llegado ni un momento al piso u ocultárselo, decirle que ya se fue o que tuvo alguna emergencia. Pero antes de que yo pueda decir algo, antes de que yo pueda siquiera encontrar una excusa para cubrirle las espaldas al idiota, ella dice: —Oh, me lo imagino, debe andar parrandeando con mis mil dólares. Dile que mañana sí lo quiero aquí arreglando todas estas cajas deshechas, también quiero que tú lo acompañes. Después de todo, ustedes son las únicas dos personas de confianza que tengo aquí.

Dejo de prestarle atención cuando mencionó que Simon debía de andar parrandeando con sus mil dólares. Así que me atrevo a preguntar:

—¿Mil dólares? ¿Por qué le diste mil dólares a Simon? —Cualquier persona sabe que darle a guardar dinero a Simon es como lanzarlos al viento y esperar encontrarlos completos.

—No se los di. —Replica de inmediato. —Fue lo acordamos por la maldita apuesta ¿Sí te lo contó, verdad?

Creo que mi mente se ha quedado en blanco un momento.

—¿De qué estás hablando, Margaret?

—La apuesta, Roger. ¡Dios! No te hagas el tonto. Ya no importa si me dices que sí lo sabías. Los mil dólares, el artículo, tu ligue de una noche. —Intenta ponerse de pie, pero está tan ebria que le es casi imposible mantenerse sobre esos enormes tacones que lleva puestos. Yo siento que mi mente está peor que el estado de ebriedad de Margaret. —Aunque no es nada justo, él me prometió que iba a conseguirlo sin mencionártelo siquiera.

—Margaret, no estoy seguro de qué hablas. —Estoy consciente de su nivel de alcoholismo y que a este punto ya debe estar comenzando a delirar, pero no la culpo, yo me puse así o incluso peor cuando me partió el corazón ver a Sara por primera vez con Koen Van Brouwer. —Vamos, te llevo a casa. Después me hablas del supuesto ligue y la mencionada apuesta.

—Ese fue el motivo por el cual te encargué escribir sobre ligues ¿Nunca te pusiste a pensar por qué no le encargué un artículo tan especial como ese a un sujeto más experimentado como Simon? —Muchas veces en realidad, pero Margaret no me deja hablar, me está viendo con los ojos cristalizados y continúa: —Un día estábamos en un bar y hablábamos sobre ti. También mencionó cómo era posible que Sara estuviera acostándose con Koen Van Brouwer en tus narices.

—Te equivocas, Simon se enteró como yo y como todo el mundo.

—En realidad no. —Me contradice de inmediato. Se sirve otro poco de licor y yo me acerco a ella para quitarle la botella de las manos. —Yo se lo comenté mucho antes, él sabía antes que ti y antes que todo el mundo. En ese momento fue que se me ocurrió decirle que sería genial viéndote escribir a ti, un hombre tan recto, un artículo sobre ligues. Me reí y él me aseguro que podía conseguirte un ligue en menos de un mes. —Toma su bolso y lo cuelga de su hombro. —Maldito Simon, ganó.

—Margaret, creo que estás muy ebria.

—Escúchame, si no te lo había contado no le digas que yo lo mencioné ¿De acuerdo? Que se

quede con esos mil dólares, da igual. De todas formas esos mil dólares no van a salvarme de lo que voy a tener que enfrentar estos próximos días. —Da unos pasos rodeando el escritorio y tropieza por lo que yo intento sostenerla hasta que se estabiliza. —Él tiene mil dólares, tú tienes una chica, los dos ganan, pero ¡guau! yo pensé que no lo lograría por ese motivo es que aposté tanto. Es que mírate... tan caballeroso, tan educado, tan... guapo. Maldita Sara, cómo pudo dejarte por un hombre sin escrúpulos capaz de publicar sus fotografías íntimas por todos los canales. Qué lástima que no tengo tu edad, pero si a mí me lo hubieses preguntando, nunca hubiera dudado en ser tu ligue de una noche.

Definitivamente, Margaret está hablando cosas de las que se arrepentirá mañana.

Se vomita sobre la alfombra y yo le alcanzo la papelera para que no siga causando más desastres. Me ofrezco de nuevo a llevarla a casa, se reúsa y me dice que ella puede conducir sola. De igual forma le digo que la acompaño al parking, me dice que sí cuando se tropieza con sus propios pies golpeándose la rodilla. Se queda dormida en el elevador y tengo que pedirle ayuda al hombre encargado de seguridad para llevar a Margaret hasta mi auto, no es que no pueda solo, simplemente no quiero ser relacionado con Margaret si alguien me mira cargándola por todo el edificio.

Las cosas se vuelven más fáciles cuando ella no está consciente, así que puedo conducir con tranquilidad mientras ella duerme en el asiento trasero de mi viejo auto. Me doy cuenta que no tengo ni la mínima idea sobre dónde vive y se me ocurre pedirle a Linda su dirección. De inmediato me está enviando un mensaje y aunque antes me pregunta el motivo le contesto de manera rápida que es una emergencia, le envío una foto de Margaret dormida y segundos después me está compartiendo un sitio, además le agrega:

De: Linda

Genial, porque no quiero patearte las pelotas si me entero que engañas a Kate con tu jefa.

Mi respuesta es sencilla:

Para: Linda.

¡Puaj!

Cuando llego a la casa de la jefa dragón no me sorprende nada los lujos con los que me encuentro. Toco el timbre, una mujer es la que me encuentro del otro lado y le hablo del nivel de alcohol de Margaret, ella sale para ayudarme a bajarla de mi auto, por el uniforme intuyo que es su ama de llaves. Margaret va diciendo cosas inentendibles a medida que entre los dos la sacamos del coche, dice mi nombre y después algo parecido a un: «Eres tan dulce, Roger. Cásate conmigo»

Definitivamente está tan borracha que siento pena por ella misma.

Cuando vuelvo a encerrarme en mi auto no puedo evitar en lo que me ha dicho sobre Simon. Sostengo el volante con ambas manos y me quedo pensativo un momento. Haciendo memoria sobre todo este tiempo después de asignarme el artículo de los ligue, tal vez Margaret tenga razón. Me obligo a desechar esa idea, porque no es posible, es Simon. Después de todo él puede ser un grano en el culo de primera pero sé que jamás sería capaz de hacer algo así, apostar tanto dinero a mi costa sin decirme absolutamente nada.

Saco mi teléfono celular, tal vez debería comentarle lo que Margaret me ha dicho solo para despejar la duda, hacerlo sonar algo sencillo como «Oye, Margaret me habló sobre una tal apuesta ¿Estaba muy borracha, verdad?» Pero si eso no fue verdad sonaría tan patético.

Creo que lo meditaré mejor antes de comentarle algo a Simon, comienzo a dejarle un mensaje pero nada relacionado con lo que Margaret ebria me comentó.

Para: Simon

Margaret me dijo de unas cajas que le ayudaríamos a ordenar, te espero mañana a las diez.

Pongo en marcha mi auto después de dejar mi teléfono sobre el asiento del copiloto. Escucho mi celular sonar y cuando doy un vistazo es un simple «Ok» de su parte.

Capítulo 33

Está demás decir que no logré dormir absolutamente nada.

Toda la noche estuve haciendo memoria de cada acontecimiento a partir de que Margaret me había otorgado el artículo, me obligué a no pensar, pero fue imposible no comenzar a enumerar cada suceso intentando no encontrarle lógica a lo que Margaret me dijo, pero entre más pensaba más iniciaba a dudar de Simon.

Todo comenzó cuando Sara todavía no había terminado conmigo, pero estoy seguro que Margaret ya estaba al tanto de lo que mi entonces novia estaba a punto de hacer. No me sorprendería nada que también Simon ya lo supiera en ese momento, porque ni siquiera se asombró cuando se lo comenté, por la tarde ya estaba en mi apartamento intentando arrastrarme a un bar hablándome sobre la importancia de tener un ligue aun ante todas mis protestas.

Algo en lo que no pude evitar pensar, fue que ese mismo domingo conocí a Kate. Así que ahora agradezco a Simon por haberme sacado de mi habitación ese día. Pero tampoco pude sacarme de la cabeza los días posteriores, cuando él hizo hasta lo imposible por conseguirme una cita, ahí las palabras de Margaret comenzaron a cobrar sentido. Cada cosa que recordaba me hacía pensar en la confesión de Margaret, tanto así que en la madrugada tuve que levantarme para darme una ducha y despejarme un poco. Me obligué a no seguirme torturando de esa forma, Margaret estaba ebria, pudo haber dicho cualquier tontería y no fue la única cosa absurda que había soltado.

Me sentía cansado cuando desperté, ahora solo quiero tirarme en una cama y no estar aquí por culpa de la jefa dragón y sus malas decisiones. Cierro los ojos un momento y los froto para despejarme la vista nublada a causa de la falta de sueño a la que me sometí anoche. Me acomodo mejor en la banqueta mientras espero a Simon y saco mi teléfono celular para preguntarle donde diablos está. Han pasado más de veinte minutos y temo que se haya quedado dormido. Solo espero que se le ocurra aparecer o me molestaré en serio con Simon.

Estoy tecleando rápido cuando la puerta del elevador se abre y al levantar la mirada lo veo a él ahí, caminar en mi dirección, a un paso que me indica que no está contento con esto del todo. Carga su mochila en su espalda, tiene puestas unas gafas de sol y sostiene un vasito de café de Starbucks donde se lee «Simon».

—¿Por qué Margaret nos hace venir a trabajar un domingo? —Es lo primero que dice, deja caer su mochila a mi lado, suelta un gruñido cuando me encojo de hombros y continúa quejándose: —¿Qué rayos le pasa? ¿Dónde está ella siquiera? Por cierto ¿Es verdad? ¿Koen Van Brouwer la mandó a la mierda en plena televisión nacional?

Le digo que sí y hoy específicamente no estoy muy comunicativo. Tal vez es por la duda que ronda mi mente o por las pocas horas que logré conciliar el sueño, no lo sé, lo único en lo que puedo pensar es en Margaret, diciéndome sobre la apuesta y los supuestos mil dólares que se ganó Simon.

Suelta una carcajada, después comienza a decir las cosas que habló Koen Van Brouwer, se queda por Margaret y del tráfico antes de llegar aquí. También habla sobre Sara, menciona lo maldita que ha sido Wendy por acostarse con el prometido de su mejor amiga. Me doy cuenta que últimamente no hablamos mucho, no salimos como antes y también pienso que todo eso ha sido después de que comencé a salir con Kate.

No es posible que Simon sepa sobre lo que tengo con Kate, aunque también recuerdo que no soy precisamente de las personas que borran los mensajes de textos y él está casi siempre hurgando en mi teléfono celular. Mierda. Algo que había pasado por algo, perfectamente pudo tomar capturas, sacarlas de contexto y mostrárselas a Margaret para ganar ese dinero tan fácil.

Mi vista está puesta en algún punto específico sobre la pared, me percató que Simon me está hablando y cuando vuelvo mi mirada a la suya él me está observando fijamente, no me di cuenta en qué momento tomó la banqueta a mi lado y se lleva el vasito de cartón a la boca sin despegarme los ojos de encima.

—¿Qué es lo que te pasa? —Me pregunta. Es en ese momento que reacciono y le doy un trago al frapuccino que Kate me había comprado para mí esta mañana. No le mencioné a ella lo que me había dicho Margaret porque no es algo de lo que esté seguro y, además, es ilógico repetir las palabras de una persona ebria. —¿Estás bien?

Hago una mueca, no por la pregunta en sí. El café ya está frío y me doy cuenta que no había tomado ni un poco.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué? —Algo que yo nunca he podido hacer, es lograr mentir de manera convincente. Simon me conoce lo suficientemente bien, así que estoy seguro que él sabe que algo está perturbándome la mente.

—Puedes hablarme de lo que sea, ya lo sabes. ¿Te pasó algo con alguien? ¿Fuiste acosado sexualmente en Facebook? Porque tienes casi quince mil seguidores en Instagram y no dudo que te hayan buscado por todas las redes sociales, tu foto fue un éxito rotundo. —Continúa hablando de

la fotografía, después habla sobre lo fácil que se me haría a mí follar con mujeres si me lo propongo, habla de que necesito más fotos enseñando el abdomen y también dice que gracias a él se me han marcado los cuadros. No hay un momento en el que Simon no se de crédito a sí mismo y ya un poco cansado de su parloteo, tomo el valor para soltar:

—¿Tú sabías el motivo de Margaret para dejarme ese artículo, el de los ligues? —Ya había pasado un mes desde ese bendito artículo, pero ahora quiero a Simon completamente sincero conmigo... al menos ahora.

—Claro, quería joderte la existencia nada más. —Algo me dice que no está al tanto de la información que me soltó Margaret. O tal vez es que la manera en que estoy haciendo todo este interrogatorio es completamente pacífica.

—¿Estás seguro? ¿No tuvo que ver con una apuesta o algo así? —Algo en el gesto de Simon cambia y estoy casi seguro que no pudo tragar el sorbo de café que se había metido en la boca.

—¿Qué? —Está exagerando en su expresión, eso me hace estar un poco más alerta porque no es la forma que haya visto actuar a Simon nunca. —No... no no... ¿Qué apuesta? ¿De dónde sacas eso?

—Margaret me lo dijo. —Voy al grano, esta vez sí tengo un gesto más serio y estoy dejándole claro que quiero todas las respuestas. Simon arruga su entrecejo y ahora sí me está dando su atención a mí.

—¿Qué? ¿Cómo... No tengo ni idea de lo que estás hablando, Roger.

—Estaba borracha. —Menciono, mi voz está calma y mi espalda está recostada de manera relajada sobre la pared cerca de la oficina de la jefa dragón. —Me dijo todo, tal vez incluso habló demás y me comentó también que tú sabías que Sara se estaba follando al sujeto holandés.

Simon que queda en silencio y después se aclara la garganta para decirme:

—Escúchame... lo comentó una vez, pero no pensé que era cierto. Hay muchas cosas que salen de la boca de Margaret que son mitad verdad, pero la mayoría no lo es.

—¿Entonces por eso apostaste con Margaret que me conseguirías un ligue de una noche?

—¿Qué? No. —Esta vez, no pienso dejarme convencer tan fácil por las palabras de Simon. Hay algo en su cara que no había visto antes, sorpresa, temor, inquietud, no lo sé. Tal vez sea porque se siente acorralado o porque está pensando la excusa perfecta, pero de pronto está a la defensiva y me dice: —Margaret todo el tiempo se ha burlado de ti, se reía de lo que Sara hacía en tu cara, ella supo que tu ex tenía un amorío con ese holandés desde el primer día, a mí me lo

contó talvez unos... —hace un pausa— dos o tres días antes.

Entonces, suelto una risa irónica.

—Eso es para mí suficiente. Creo que no quiero seguir escuchando el resto...

—Por supuesto que no te lo iba a decir, Roger. —Ahora está levantando la voz, genial. Para mi suerte solo estamos los dos en todo el piso. —¿Cómo crees que iba a llegar a ti sin pruebas? Oye... —finge una conversación— Sara te está poniendo el cuerno con un sujeto holandés, no te lo ha dicho pero planea irse a vivir con él este próximo viernes. Es ridículo ¿Ibas a creerme? No, ¿cierto? Estabas tan ciego que el día que te dejó me puse feliz por ti.

—Pero no era eso lo que estábamos hablando.

—Sí era lo que estábamos hablando, Sara iba a dejarte entonces le dije a Margaret que tú eras también capaz de conseguirte un ligue si así lo querías, estaba tan molesto que lo hice una apuesta, pero eso fue todo. Yo no quería que ninguna de ellas te estuviera viendo la cara de gilipollas, deberías estar agradecido.

—¿Si estabas tan preocupado por mí, porqué apostaste mil dólares? —Abre y cierra la boca, se queja callado y vuelve a intentar hablar, es como si su mente está trabajando demasiado para darme una respuesta convincente.

—N... no sé de qué estás hablando. —Tartamudea, duda... no está seguro qué decir, por tal motivo mis reclamos toman fuerza.

—A ti lo único que te interesaba era el dinero, como siempre.

—No... no lo entiendes, Roger. El dinero es lo de menos.

—¿Entonces sí es verdad? ¿Sí apostaste mil dólares? —Ni siquiera he levantado la voz aunque sea una vez y esto que la situación me está superando bastante. Simon va a protestar, pero antes de que lo haga lo interrumpo: —Solo dime la verdad de una buena vez. Apostaste esos mil dólares sí o no.

Más silencio, me mira a los ojos para entonces confirmar:

—Sí... —Siento en este instante como el pulso se me acelera y la sangre me golpea con fuerza detrás de las orejas. —Pero fue Margaret la que ofreció el dinero para «hacerlo más interesante» —Hace incluso comillas con sus manos. —Me dijo a mí que si no lograba conseguirte un ligue en menos de un mes sin mencionarte la apuesta era yo quien tendría que pagarle a ella... ¿En serio crees que yo hubiese querido arriesgarme por tanto sabiendo que eras un fracaso total con las mujeres?

Era todo lo que quería escuchar, se puede meter sus explicaciones por donde más le quepan. Sigue hablando, culpando a Margaret, también a Sara, al holandés, pero en ningún momento lo escucho a él culparse por los mil dólares que se ganó a mi costa.

—Ahora lo entiendo perfectamente. —Hablo, poniéndome de pie. —Todo esto era para tu beneficio ¿Sabes cuál es tu problema? Que eres tan egoísta y piensas nada más en ti. Esto no fue por mí. En serio, felicidades, Simon. Te diría que te lo mereces, pero me estabas usando. Por Dios, creí que eras mi amigo.

—Oh no, no vas a usar esa frase para hacerme sentir culpable cuando gracias a mí...

—Insistías tanto en convertirme en una persona que no soy. —Lo interrumpo, ahora sí yo también he elevado el tono de mi voz, tal vez más alto que el suyo. No quiero seguir escuchando a Simon. —Te importó en lo más mínimo que yo no quisiera verme con chicas que tú elegías sabiendo que era muy probable que no iban a gustarme. Que te quede claro, yo no tengo ligues de una noche, no tengo necesidad de probarle nada a nadie. No soy de ese tipo de hombre, yo no soy como tú, Simon ¿Está difícil de entender?

—Oh vamos Roger, que no eres distinto a los demás hombres ¿Cuántos días le tomó a Kate llevarte a la cama? ¿Quince? ¿Veinte? Bueno, la media son cinco días, pero tú no está muy lejos de eso así que por favor...

Me quedo en silencio entonces y esta vez sí nos miramos a los ojos... ambos. Él también se ha puesto de pie así que casi estamos frente a frente, a una distancia considerable, lo que agradezco porque tengo unas terribles ganas de golpearlo, aunque estas se disiparon en el instante que escuché el nombre de Kate y de pronto, mis cinco sentidos se concentraron en eso último que dijo.

—¿Qué has dicho? —Como dije, no soy del tipo de persona que borra los mensajes de texto, ahora estoy comenzando a arrepentirme. Había cometido un error y él se había favorecido de eso a mi costa, además ahora sabe que me acuesto con Kate y Simon no es precisamente una persona que se guarde ciertas cosas para sí. No me gustaría que Kate creyera que yo le he hablado sobre todas las cosas que hacemos a Simon, eso no es algo que haría un caballero y yo jamás —*jamás*— hablaría sobre mi intimidad cuando eso incluye a otra persona.

Las palabras de Simon interrumpen mis pensamientos, me concentro en él cuando lo escucho aunque es lo que menos quiero ahora.

—¿En serio crees que una mujer va a esforzarse tanto para acostarse contigo solo porque sí? Ninguna mujer lo hubiera hecho, Roger. Ni siquiera Kate.

—Ya basta de incluir a Kate en esto. —Estoy tomando mis cosas, porque en serio todo esto me ha superado. Estoy molesto y lo que menos quiero es seguir en esta conversación con Simon. Lo escucho parlotear, no le presto atención cuando me estoy alejando pero entonces sus palabras me detienen cuando dice —*más bien, grita*—:

—Yo fui quién habló con Kate. Ella ya estaba al tanto de todo desde el primer día. Ella sabía sobre la apuesta que hice con Margaret, yo le hablé del artículo, le comenté lo de tu ex y te mencioné a ti. ¿Y sabes qué? Le dije que iba a compartir mi premio con ella si lograba acostarse contigo en menos de un mes ¿Qué? ¿No te lo dijo? —Estoy a punto de regresar y darle un puñetazo en la cara a Simon. —Ella también aceptó unirse al reto. Aunque te seré sincero, no creí que iba a lograrlo pero ¡Vaya! para mi sorpresa, sí que lo hizo. Así que no Roger ¡No! No eres tan distinto al resto de los hombres.

Me estoy girando en este momento y con lo primero que me encuentro es con su mirada y retengo las ganas que tengo de golpearlo. Eso no es verdad, por supuesto; está intentando usar a Kate para desviar mi atención y evitar que yo descargue toda mi ira en su contra.

—Estás mintiendo.

Entonces saca su teléfono del bolsillo y comienza a manipularlo al mismo tiempo que camina en mi dirección, intento adivinar qué es lo que está haciendo pero no tengo que pensarlo mucho siquiera. En instantes me está mostrando su teléfono celular y es hasta ese momento que mis ojos se enfocan en la pantalla y se concentran en lo que me está enseñando.

Es una conversación de Whatsapp con Kate, se remonta al día que le hablé sobre la apuesta. Simon le pide ayudarlo para ganarse mil dólares, alegando que no soporta que Margaret y mi ex se sigan burlando de mí. También agrega que va a llevarme al bar, al lugar donde conocí a Kate, le pidió que le dijera a Brenda que le dejara su puesto solo por esa noche, que quería hacerlo ver casual. Para mi desgracia, Simon no mintió en una cosa y eso fue prometerle la mitad del premio a Kate.

Así van pasando los días, Kate y Simon continúan hablando, poniéndose al día de todo lo que me pasa a mí, el idiota le dice «Te lo dije, es un tipo difícil» a lo que Kate le contestó: «Ningún hombre lo es». Hay más cosas, hay más textos, continúo pasando la conversación pero a este punto ya ni siquiera estoy leyendo, mi mente se ha quedado procesando todo eso que acabo de ver, no sé si estoy respirando, si el corazón todavía me palpita pero tengo la mirada todavía en esta cosa.

Me detengo cuando observo una fotografía, es mía, estoy dormido y se ve claramente que es la habitación de Kate. La sábana blanca me cubre nada más de la cintura hacia abajo, tengo el

torso descubierto y una pierna de fuera. El texto corresponde a la fecha de dos días después de la primera vez que estuvimos juntos.

El mensaje de Simon que le procede a esa fotografía es:

«¿Por qué diablos él no me ha dicho nada?»

A lo que Kate respondió:

«Porque él sí es un caballero, Simon»

No voy a negar que los ojos me arden, el corazón me duele y siento un enorme nudo en la garganta, como si he intentado tragarme un puñado de grava que ahora se me ha instalado en el estómago. Lo primero que hago que darle un vistazo a su número, tengo una buena memoria así que puedo recordar perfectamente el número de Kate aunque deseara que no fuera así cuando me doy cuenta que está correcto. Mi vista se clava ahora en la imagen de nosotros dos que guarda como foto de perfil, una que nos habíamos tomado esta mañana, antes de que ella se fuera a trabajar y le dije:

—Odio cuando tienes que quedarte casi todo el día en el hospital. Es domingo. —Fingí dramatismo, casi de la misma forma que ella lo hace, con la mano en el pecho y la otra en la frente. Entonces Kate se rio y se sentó a horcajadas sobre mí soltando un suspiro y recostándose sobre mi torso.

—Por primera vez en mi vida yo también lo estoy odiando. —Hizo un puchero, uno que me resultó bastante tierno y le sonreí para acomodar uno de los mechones de su cabello detrás de su oreja. Se enderezó y me rodeó el cuello con sus brazos, comenzó a dejar una ristra de besos desde mi oreja hasta mi barbilla, el cosquilleo me hizo reír y ella le agregó: —De acuerdo, tengo exactamente seis minutos. ¿Follamos antes de irme?

—¿Follar? No me gusta esa palabra. Disculpa, pero yo voy a hacerte el amor. —Me quité la camiseta, Kate soltó una carcajada cuando la sostuve de la cintura y en un rápido movimiento la dejé debajo de mí, con su espalda recostada sobre el sofá, comencé a besarla con ternura, de una forma suave, dulce y provocativa.

Le hice el amor, de la manera más cariñosa que ella se merecía. Por supuesto que no duró seis minutos, fue mucho más que eso. Llegaría tarde, pero no pareció importarle en lo absoluto. Esa había sido la mejor de todas las veces que habíamos estado juntos y sé que no solo yo lo sentí de esa forma porque después de eso Kate no me quitó las manos de encima, me besó todo el camino mientras iba a dejarla al hospital y después continuamos esos besos en su oficina donde ante de tomar esa fotografía que ahora era su imagen de perfil.

Ahora que lo pienso mejor, Simon nunca me preguntó por esas fotografías con Kate, ella compartía imágenes nuestras casi todo el tiempo y es imposible que Simon no haya visto al menos una. Nunca me hizo un comentario o intentó indagar sobre nuestra cercanía, porque él ya sabía que estaba pasando y maldita sea que yo nunca pude notarlo.

Le devuelvo el teléfono a Simon, estoy conteniendo la respiración y cierro los ojos un momento porque me hierve la sangre. Solo me doy cuenta cuando toma el aparato y es entonces cuando me doy media vuelta que escucho su voz temblorosa y me dice:

—Escúchame... lo... lo siento, Roger. No pensé que... no creí que... escucha... —Escucho sus pasos detrás de mí, pero no me detengo. No pienso hacerlo, solo quiero que me deje en paz de una maldita vez. —No vayas a comentarle nada a Kate, deja que ella te lo cuente porque me dijo que... oye, ¿al menos leíste toda la conversación?

El elevador se abre cuando está diciendo esas últimas palabras, entro sin pensarla demasiado y cuando doy media vuelta es que hago contacto visual con Simon, no sé qué gesto debo tener, pero no es nada bueno porque él se detiene en seco, justo en ese momento las puertas de metal se cierran y es mi reflejo el que queda frente a mis ojos. Un semblante triste, herido, preocupado, eso es lo que logro percibir en mí cuando me veo y me obligo a mirar en otra dirección donde no sea capaz de provocarme lástima a mí mismo.

Conduzco en dirección al hospital a una velocidad insospechable, no me importa nada ahorita, ni siquiera el tráfico, ni siquiera las personas cruzando la calle, ni siquiera otros autos cuando estoy a punto de provocar un accidente. Escucho el claxon de varios coches, pero en estos momentos todo me importa poco. Pienso en Kate, en todo este tiempo junto a ella, en lo ingenuo que fui por dejarme convencer así ¡Dios! Estaba comenzando a querer tanto a esa mujer que siento como se me desgarran el alma por dentro.

En minutos estoy en el parking del hospital, me doy cuenta que nunca había conducido de esta forma y mi paso ansioso es el que me acompaña cuando cruzo recepción y pregunto por la doctora. Ya todos me conocen aquí, así que no soy una cara nueva para nadie. No tengo ni siquiera que preguntar, porque en ese momento está llegando la jefa de Kate y me dice que en este momento está en una reunión pero que puedo esperarla en el mismo lugar de siempre.

Ese mismo lugar es la oficina de ella, no le envío un mensaje, no quiero ver nada referente a ella porque me duele. Me están llamando y cuando saco el teléfono de mi bolsillo me doy cuenta que es el idiota de Simon, no quiero saber nada de él, así que corto la llamada y bloqueo su número, es lo más bajo que he hecho, pero no le ha quedado claro que espero no tener noticias de él.

La doctora no tarda mucho en aparecer, cuando entra a su oficina yo estoy con la vista clavada sobre la pared al frente, no es la que tiene sus reconocimientos, es una simple pared blanca adornada con una planta esquinera. Se sorprende al verme, pero después de decir que no me esperaba esboza una sonrisa y se acerca a mí, su gesto cambia cuando nota que yo me he apartado con una expresión cruda, entonces se aleja y me dice:

—¿Estás bien? —Esto es como si estoy viviendo un sueño, una maldita pesadilla de la que quiero despertarme. Es como si nada más soy un expectante de mi propia vida y yo estoy sentado observando esta escena desde el otro lado de la sala. —Roger, me estás preocupando.

—¿Por qué lo hiciste, Kate? —Parpadea un par de veces y arruga su entrecejo, tal vez no está segura de lo que estoy hablando ahora, pero sé que cuando se lo diga sabrá a lo que me refiero.

—¿De qué estás hablando, Roger? —O simplemente, sí lo intuye pero prefiere no hablarlo.

—De la apuesta de Simon con Margaret, de ellos me espero cualquier cosa ¿Pero de ti? Me estuviste mintiendo todo este tiempo, Kate ¿Por qué lo hiciste?

Silencio, me mira a los ojos, ahora sí estoy seguro que sabe a qué me refiero.

—¿Qué? No...

—No me mientas, Kate, por favor. Simon me ha dicho todo, me lo contó, me enseñó la conversación, la fotografía mía que le enviaste ¿Te sientes bien ahora que cumpliste tu objetivo? ¿Quinientos dólares son más importantes para ti que los sentimientos de una persona?

—Roger, escúchame, hay una explicación para esto, te lo juro.

—Kate, no quiero excusas, maldita sea. Solo quiero que me digas la verdad. —Nunca antes le había hablado de esta forma a Kate, jamás me imaginé que llegaría algún día que pudiera hacerlo. No soy una persona que explote fácil, no frente a una mujer, no frente a la persona que ha llegado a apropiarse de una parte importante de mi vida. Me siento terrible por el tono que he usado, pero en este momento es lo último por lo cual preocuparme. —¿Fue parte de un reto con Simon sí o no?

—Sí. —Algo se me rompe por dentro, cierro los ojos, me arden... me duele el pecho. Me obligo a ver en otra dirección porque no soporto verla. —Pero tienes que escucharme... Simon me contó sobre eso, es verdad. Le dije que sí, que iba a hacerlo porque me fascinó tu forma de ser... —la voz le tiembla, también las manos le tiritan y tiene que dejar los papeles que carga sobre su escritorio para después inclinarse hacia mí, se acucilla entre mis piernas e intenta tomarme las manos pero no se lo permito, tengo la voz ronca, la garganta seca y me cuesta respirar

incluso. —No es lo que crees, Roger. Te lo juro. Iba a contártelo en algún momento, pensé en hacerlo en el momento justo que pudiéramos reírnos sobre eso porque temía tu reacción, tenía miedo de arruinar...

—Arruinar... —Repito con sarcasmo haciendo que ella se calle. —¿Ese es el motivo por el cual no te importaba nada, verdad? Ni siquiera la presencia de Sara porque de todas formas tú estabas jugando conmigo.

—Roger, no...

—No. —La interrumpo. —No quiero escucharte...

El sonido de la puerta nos saca de la burbuja tensa en la que estábamos los dos, miramos en esa dirección cuando su jefa es la que asoma la cabeza y dice, con un tono de alarma:

—Kate, tenemos una emergencia. Cuidados intensivos, ahora mismo. —Debe ser algo sumamente importante para que ella no haya reparado en mí y solo se haya dirigido a Kate. Ha desaparecido así como vino. Kate se debate entre el lugar que debería estar y es obvio que lo que sea que está pasando en cuidados intensivos es mucho más importante, así que le ayudo a tomar su decisión para que sea más fácil:

—No te preocupes. —Me pongo de pie y tomo mis cosas. —Ve donde te necesitan, no pienses en mí, no pienses en nada de esto. Una persona te necesita, haz tu mejor trabajo. Esto podemos hablarlo después.

—Roger, por favor... —Su voz es diferente. Está tomando sus cosas, está nerviosa, ansiosa... no lo sé, siento que ya no conozco del todo a Kate.

—Concéntrate. No pienses en mí, yo voy a estar bien.

—¿Te llamo después?

Le doy un leve asentimiento, intento verme convincente aunque estoy seguro que es muy probable que no quiera hablar con ella por un buen tiempo. Se acerca a besarme los labios y yo me aparto por instinto, en su lugar le tomo el rostro con ambas manos y le doy un beso en la frente. Uno corto, dulce... que siento que me quema por dentro. Cuando abro la puerta para ella, otra persona se asoma y entonces vuelve a llamarla:

—Kate, emergencia. —Ella asiente, me mira un momento y después se aleja a paso rápido en dirección a un grupo de tres doctores.

Estoy caminando en la dirección contraria, tomo el elevador que está al otro lado del pasillo pero antes de que dé un paso al frente me giro y lo hago en el momento justo cuando ella está

haciendo lo mismo. Le doy una sonrisa tranquilizadora pero nada convincente, entra al elevador y yo doy media vuelta porque no quiero que esa imagen triste de Kate se me quede grabada en la mente.

Si con Sara se me rompió el corazón, con Kate se me acaba de romper el alma en mil pedazos. En algo mi ex tenía razón y fue en aquellas palabras que mencionó en televisión nacional: «Un día llega esa persona que en días te hace sentir todo lo que otra persona no hizo en cinco años»

Capítulo 34

Mientras conduzco hacia mi apartamento no puedo evitar sentirme el corazón destrozado.

Me toma más tiempo de lo normal llegar hasta mi piso porque no soy consciente de lo que estoy haciendo. No estoy en estado para conducir, tengo los ojos cristalizados, el corazón herido, el semblante acabado. Me miro en el espejo retrovisor y solo quiero alejarme de aquí, necesito un tiempo para mí mismo, tal vez era muy temprano para iniciar algo con otra persona pero no pude evitarlo, Kate estaba decidida a ganar una apuesta con Simon y ahora aquí estoy yo burlado por segunda vez en menos de dos meses.

Soy un completo imbécil.

El trayecto desde el primer piso hasta mi apartamento se siente demasiado largo, quiero tirarme en mi cama y dormir, pero al mismo tiempo desaparecer y que nadie sepa absolutamente nada sobre mi persona. Inserto la llave en la puerta de mi piso pensando qué hacer ahora.

Cuando entro, me percató que todavía Sara está aquí. No voy a mentir que eso logra encabronarme bastante, me la encuentro frente a la tv hecha un ovillo envuelta en una manta, cuando me mira aparecer se pone de pie y yo no puedo creer que ahora ya ni siquiera tengo mi propio lugar para encerrarme.

—Fui claro, Sara. Dije que solo te permitiría estar aquí una noche.

—Yo... lo siento... no tengo donde ir, Roger ¿Has visto la televisión? Koen acaba de arruinarme la vida, no puedo siquiera salir a la calle.

—Ese no es mi problema Sara. Era la vida tú querías ¿No? —Vale, estoy frustrado. No quiero desquitarme con ella pero tampoco la quiero cerca de mí, no ahora... ni nunca. Tengo suficiente con todo lo que estoy viviendo que me hierva la sangre tener que soportarla solo porque Koen Van Brouwer hizo de las suyas. Suelto un suspiro para intentar tranquilizarme y me voy directo a mi habitación para tomar mi mochila de viaje y comenzar a dejar ahí todas las cosas que necesito para unos días.

—¿Dónde vas? —No le contesto. No me gusta nada que esté haciéndome preguntas recostada sobre el marco de la habitación como cuando vivía en este sitio. Respiro profundo para procurar relajarme y cuando tengo todo lo necesario junto a mi laptop en manos paso a la par

suya, no se quita, prefiere que la mochila la golpee aunque no es lo que pretendo, cuando me vuelvo a ella para ofrecer una disculpa su siguiente acto me toma por sorpresa. Se acerca a mí, me toma el rostro con ambas manos y presiona sus labios contra los míos.

Me besa salvaje, con hambre, con pasión, con la mera intención de excitarme pero mi cuerpo no responde, siento de inmediato que aquellos labios no son de Kate, ese olor no es de Kate, esas manos pasándose sobre mi torso no son de Kate, es a ella a la que extraño y definitivamente, ella no es Kate.

Tomo a Sara de los brazos y la separo bruscamente de mí. Estoy molesto, cansado y aturdido. No digo nada porque sé que no diré cosas buenas, intenta besarme otra vez, forcejea conmigo pero antes de que pueda siquiera dar un paso, le advierto con suficiente elocuencia:

—No.

—Roger...

—No Sara... no.

Estoy dispuesto a salir de ahí, pero su mano se envuelve alrededor de mi antebrazo, cierro los ojos un momento intentando calmarme, este es el peor día que Sara ha decidido para colmarme la paciencia.

—Roger, por favor, solo dame otra oportunidad...

—Lo siento Sara, no quiero sonar grosero pero yo ya no siento nada por ti. —Tiro de mi brazo para soltarme finalmente de su agarre. —Agradezco mucho los cinco años que estuviste en mi vida pero se acabó.

—Roger... —Puedo escuchar en su voz que está a punto de llorar. Por Dios, no va a manipularme de esta forma.

—Y te voy a pedir algo, espero ser lo suficientemente claro. —La señalo con mi dedo índice. —Quiero que te vayas de mi apartamento mañana temprano o llamo a la policía.

Si Sara me conoce lo suficiente, sabrá que yo sí soy capaz de llamar a la policía. No dudaría incluso de pedir una orden de restricción en su contra si no ha dejado mi piso cuando yo regrese. Si algo admiro de mí es que cuando estoy lo suficientemente encabronado soy capaz de cosas que normalmente no haría cuando estoy tranquilo, como hablarle de la forma que lo he hecho a Sara, como no importarme que se quede llorando ahí sentada sobre la alfombra. La única imagen que no soporto recordar es el semblante triste de Kate y todos nuestros buenos momentos juntos se reproducen en mi cabeza y me duele.

Conduzco varios kilómetros intentando callar mi mente con música de la radio e intento despejarme todo el recorrido. Mi celular ha sonado varias veces y por el tono sé de quién se trata. Solo me basta con dar un vistazo al asiento del copiloto donde descansa el aparato para mirar la foto de Kate y solo lo tomo un momento para ubicarlo de forma que la pantalla ahora está contra la tela del asiento.

Cuando estoy frente a la casa de mi madre ella está ahí, regando un jardín que no recuerdo que haya existido antes, supongo que es algo nuevo como el cerco de bambú que rodea la entrada. Tenía tanto tiempo de no venir que ya nada me resulta familiar en este sitio. A un lado está mi hermano jugando sobre la grama con el perro que yo le regalé el año pasado, mi madre está de cuclillas frente a una planta y el primero en verme es él quién se pone de pie de un salto gritando:

—Mami es Roger. —No le había dicho a mi madre que vendría así que su expresión, cuando levanta el rostro, es de completa sorpresa. Se pone de pie al mismo tiempo que mi hermano se abalanza hacia mí y lo levanto en brazos haciéndole soltar un grito divertido. Observo que ya le faltan los dientes delanteros y me apresuro a saludar:

—Hola enano. —Su mata de pelo rubio ahora está más oscura. Estoy seguro que correrá con la misma suerte que yo, tuve el cabello rubio hace algún tiempo atrás pero ahora es completamente castaño con algunas tonalidad claras pero no tanto como el de él. —Has crecido.

—Roger ¿Por qué no me avisaste que vendrías? —Mi madre riñe mientras se lleva las manos a la cintura al estilo jarra. Tiene el cabello unos centímetros más largo, lo lleva más rubio que la última vez que la vi, no del tipo claro pero rubio al fin y al cabo. —Hubiera preparado algo.

—Lo siento, fue algo de improvisado y no te preocupes, no tengo hambre. —Max, el perro, se abalanza sobre mí y comienza a saltar moviéndome la cola.

—¿Pasó algo? ¿Huyes de la policía? ¿Robaste un banco? ¿Quieren asesinarte? —Se mofa, siempre dice cosas así cuando me aparezco de repente, aunque la última vez que vine de esta forma fue cuando todavía estaba en la universidad.

Me hace esbozar una sonrisa, pero así de fácil como la nuestro también se desvanece porque no me siento precisamente bien en estos momentos. Dejo a Román en el suelo para acariciar a Max. El enano corre gritando que va a mostrarme su nuevo camión de bomberos.

—No es nada. ¿Puedo quedarme unos días? —Mi madre arruga su entrecejo, sé que intuye algo. Sexto sentido de madre, dice ella.

—Claro, esta también es tu casa, Roger.

Camina detrás de mí de manera cautelosa, no me hace preguntas lo cual le agradezco enormemente. Estar aquí se siente bien, se siente distinto y casi siento que respiro aire puro por todos los cerezos que dan sombra a la entrada. Me doy cuenta que mi abuela ya se ha enterado de mi presencia, está caminando a toda la velocidad que puede en mi dirección, mi tía Pili está cruzando el cerco que divide su casa y la de mi madre. No sé cómo nunca logré entender al sexo femenino si toda la vida crecí entre mujeres.

—Pero qué diferente estás. —Me habla mi abuela al mismo tiempo que me da un abrazo. No recuerdo cuando fue la última vez que la vi porque la mayoría del tiempo era mi madre que llegaba a mi apartamento. —Cuando Rosie nos dijo que habías cambiado no pensé que se refería a que ahora eras un jovencito mucho más apuesto.

—Abuela... —la interrumpo, antes que suelte muchas más cosas que me den vergüenza, —Qué bueno verte. —Mi tía ya me está rodeando con sus brazos también. No somos una familia precisamente grande, solo somos nosotros y los dos hijos de mi tía que ya están en la universidad. —Fue un viaje largo ¿Puedo ir a recostarme?

Las dos asienten y se miran entre ellas para después mirarme a mí y luego a mi mamá quién se encoge de hombros. Mi abuela es quién me sigue hasta la habitación que solía ser mía y ahora es un cuarto de invitados, me dice que va a cambiar las sábanas pero yo le aseguro que así están bien y me encierro para dejarme caer de espaldas sobre el colchón. Miro hacia la enorme ventana lateral, las cortinas estás corridas y entonces puedo divisar desde aquí la pequeña laguna que se extiende en el patio trasero. No puedo evitar que varios recuerdos de mi niñez se me amontonen en la mente, antes de darme cuenta de lo complejo que es la vida de adulto. Maldita sea, solía ser feliz en este sitio y no me daba cuenta.

Paso en cama el resto de días, incluso mi madre se ha preocupado que mi vida se resuma en dormir y —algunas veces— comer, apenas puedo probar bocado aunque mi abuela se encargue de traerme comida cada hora. Todo se lo termina comiendo Max cuando el enano viene a mi habitación a pedirme que juguemos videojuegos.

—Mamá dice que estás enfermo del corazón ¿Vas a morir? —Me dijo un día, no voy a mentir que me hizo soltar la primera risa auténtica después de tanto tiempo. —El abuelo también estaba enfermo del corazón antes de morir.

Tal vez mi madre escogió las palabras incorrectas para decirle al enano que yo era un asco para las relaciones sentimentales.

—No estoy enfermo del corazón. —Le acomodé el mechón de cabello que le caía en la frente. El suyo era lacio y mi madre raras veces se lo dejaba corto. —Mamá se refería a otra cosa.

—Me dijo que por esa razón yo nunca debería tener una novia. —Me reí de nuevo. Entonces se dejó caer sobre el colchón y se acurrucó a mi lado. —Yo no quiero tener novia nunca, las niñas son muy lloronas. —Vale, que el enano me hacía olvidarme de todo por un momento. —Max y yo nos quedaremos a cuidarte, no queremos que mueras.

Al menos a él sí le importaba de una manera desinteresada y genuina.

Alguna semana después es que me atrevo a salir de mi habitación y pararme frente a la laguna viendo el horizonte. Estoy sosteniendo mi celular y me doy cuenta que Margaret me estuvo llamando, y, por supuesto, también Kate. Me ha dejado mensajes también, me ha compartido fotografías que no me atrevo a ver. También tengo notificaciones suyas en redes sociales. No caigo en la tentación, no reviso nada que provenga de ella y estoy a punto de apagar de nuevo el aparato cuando me entra una llamada de mi jefa. Vacilo unos instantes en contestar, finalmente lo hago y lo primero que escucho es:

—Cielos, Roger ¿Te tragó la tierra o qué? ¿Dónde diablos estás? ¿Piensas que no tienes empleo o qué?

—Renuncio. —Es todo lo que digo. Hay un silencio del otro lado, después escucho lo más cerca a un jadeo y luego la voz histérica de Margaret.

—No puedes...

—Demándame si quieres... pero ya no trabajo para ti, Margaret.

—Roger... tú eres el escritor de artículos con más seguidores en esta revista. —Recuerdo perfectamente que lo dijo alguna vez cuando mostró las estadísticas de la página y la mayoría me votó como favorito. Después se le ocurrió crear una sección para que pudieran seguirnos y fui yo el que obtuvo la mayor cantidad de personas. —No puedes hacerme esto, no ahora. Tengo que poner en marcha todo esto otra vez desde cero.

—Eso ya no es mi problema. Lo siento, Margaret. Suerte.

Cuelgo, respiro profundo y antes de recibir otra llamada suya apago mi teléfono celular. También me pareció ver que tenía una llamada de Monique pero ya hablaré con ella después. Me siento sobre la grama y estoy a punto de lanzar mi teléfono al agua cuando escucho unos pasos detrás de mí. No tengo necesidad de voltear, ya sé de quién se trata.

—Hola tú. ¿Puedo sentarme? —Le digo que sí con un gesto, aunque no me giro a verla. Me quedo viendo el mismo punto que estaba observando antes y me pregunta: —¿Qué sucede?

—No es nada. —Mi madre no va a creerse nada de esto, vamos. Es la persona que me dio la

vida y me conoce incluso mejor que yo mismo.

—Está bien... supongo. —Se deja caer a mi lado, se cruza de piernas para ver también al mismo punto donde mis ojos están puestos. Suspiro y me sincero:

—Necesitaba venir acá porque no tengo otro lugar. Sara se apoderó de mi apartamento. — Bueno, al menos me sinceré a medias. Eso es suficiente para que ahora me dedique toda su atención y gire todo su torso hacia mí.

—¿Qué? —Me encojo de hombros.

—Le permití quedarse porque no tenía donde ir, aparentemente el holandés la había dejado sin casa y sin dinero. Le dije que podía estar ahí, pero solo por esa noche. —Creo que a este punto mi madre está malinterpretando las cosas, por la forma que ha elevado una ceja y ha achicado sus ojos, así que me apresuro a aclarar: —Por supuesto que yo no me quedé con ella, pero ahora no quiere irse.

—Oh por Dios. Espera hago mi maleta, esa Sara se va de ahí hoy mismo.

—Mamá, no... —Mi madre es tan terca, que temo agarre el primer autobús directo a mi apartamento y saque a Sara de ahí a gritos.

—¿Qué hay de Kate? ¿Cómo está? —No contesto, mi silencio debe decirle muchas más cosas de las que yo estoy dispuesto a contar. —¿Está molesta por Sara? ¿Hiciste algo con esa mujer que no me estás contando?

—No, por Dios ¿Qué tipo de ser humano crees que soy? —Suspira con alivio y entonces se vuelve a mí de nuevo para preguntar:

—¿Terminaron?

—¿Con Kate? Ni siquiera iniciamos, mamá. No sé lo que fue, pero no hubo un comienzo ni un final...

—¿Por qué?

—No quiero hablar de esto.

—Confía en mí, Roger. Soy tu madre, las madres nunca nos equivocamos. —Le doy un vistazo y ella nada más levanta ambas cejas esperando que comience la historia.

—No...

—Roger...

—Es que no quiero hablarlo... es... —Hago una pausa. Porque no quiero sonar patético

contándole como se burlaron de mí las dos personas a las que más aprecio les tenía. —Olvídalo.

—¿La extrañas? —Pienso muy bien lo que voy a decirle. Precisamente he intentado no pensar en ella para evitar echarla de menos. Aun así me ha costado bastante no recordarla cada vez que me es posible.

—Solo han pasado unos días... —Trago saliva. —Sí la extraño.

—¿Qué pasó? ¿Te engañó con alguien?

—No.

—¿Es lesbiana?

—Creo que no.

—¿Es travesti?

—No. —Me rio, no puedo evitarlo. Precisamente por ese motivo había preferido venir aquí y no ir a cualquier otro sitio si tengo dinero suficiente. Mi madre es una persona bastante cómica, todo lo contrario a mí. Hubiera deseado heredar su personalidad y no este cabello difícil de manejar.

—¿Sabes? Ninguna relación es fácil, Roger. Por eso yo huyo de ellas.

—Me estás ayudando bastante. —Le digo irónico, con una amplia sonrisa y ella me devuelve el gesto. Pone su mano en mi rodilla y agrega:

—Bien, escucho tu historia, Roger. Estoy segura que tú no quieres escuchar las mías. —Creo que ya las he escuchado todas y no me apetece recordarlas.

—Es una larga historia, mamá. Todo comenzó con un maldito artículo que me otorgó Margaret. —Como dije antes, a mi madre no le agrada nada Margaret. —Y le prosiguió la idea de Simon sobre conseguirme un ligue de una noche...

—Oh, ¿Fue Kate tu ligue de una noche?

—No... bueno, no... yo fui su ligue de una noche... creo. —No sé por qué diablos estoy hablando con mi madre sobre esto.

—¿Y te gustó ser su ligue?

—Mamá, no voy a hablar esto contigo.

—¿Te gustó ser su ligue sí o no?

—¿Cuál es tu punto?

—Si el sexo fue bueno y ella no te engañó con otro, tampoco es lesbiana, ni travesti, no sé cuál es el problema.

—Que aceptó un reto de Simon para acostarse conmigo.

—Pero te gustó, después de todo tuviste sexo y te olvidaste de Sara. —Oh por Dios, definitivamente, es una mala idea hablar con mi madre de estas cosas, siempre.

—No le llares sexo. Eres mi madre y me causas trauma.

—¿Cómo quieres que le llame? Sé lo que es el sexo ¿En serio crees que tú caíste del cielo? Tuve mucho sexo y por eso llegaste tú.

—Mamá no. —Finjo taparme las orejas, pero eso en realidad provoca que mi madre comience a hablar demás y creo que me estoy arrepintiéndome de haber salido de ese cuarto.

—Tu padre era un hombre muy apasionado y el sexo con él no fue bueno, fue maravilloso. —Carajo. —Puedo asegurarte que sentí que valieron la pena todas esas traspachadas cuando naciste porque el sexo de tu procreación fue... uf

—Mamá no ¡Diablos! ¿Puedes guardarte los detalles?

—Pero tuvo que ser un idiota y se fue.

—Mamá no vas a contarme esa historia de nuevo, por favor.

—No lo haré, solo quería recordarte que sé lo que es el sexo.

—No sigas...

Nos quedamos en silencio un momento, yo estoy viendo hacia el horizonte y me sorprende no escuchar a mi madre hablar cuando ella es precisamente una persona que casi nunca está callada. Me vuelvo a ella, se está viendo las uñas, suelta un suspiro y me dice:

—Te contaré algo, espero no te molestes conmigo.

—Esto no huele nada bien... —Siempre que mi madre menciona esas palabras y con ese tono, nada bueno se avecina.

—¿Sabes? —hace una pausa y yo contengo la respiración. —Conocí a Kate.

—¿Qué? —Arrugo mi entrecejo. —¿Dónde?

—Un día te llamé y ella contestó tu teléfono celular. Dijo que andabas haciendo unas compras y lo habías dejado. —Creo recordar qué día específico fue ese. —Agregó que te avisaría para que me llamas más tarde. Entonces, no dejé ir la oportunidad de conocer a la chica. Le dije

que quería conocerla y ella muy amablemente me dijo que estaba disponible.

—Oh por Dios... —Me esperaba cualquier cosa de mi madre, cualquier cosa... menos esto, ni en un millón de años lo hubiese intuido, santo cielo. —¿Por qué diablos ella no me lo dijo?

—Yo le pedí que no lo hiciera ¿Te das cuenta? Sí es leal conmigo lo será contigo también.

—Me ocultó haberte conocido. —Creo que si ya estaba molesto con Kate antes, ahora estoy peor.

—¿Y? Solo quería saber cómo era esa chica que te había hecho olvidarte de Sara tan rápido y entonces la vi, de inmediato pude entenderlo, una joven guapa, inteligente, educada, profesional, amable. Hasta yo dije... guau...

—Oh Dios...

—Tu hermano la amó. Nunca me comentaste que estaba especializándose en pediatría.

—¿Llevaste al enano a conocerla también? —Mi madre se encoge de hombros y continúa:

—Pensé charlar un poco con ella nada más pero estuvimos ahí por casi seis horas. ¿Puedes creerlo? Cuando nos despedimos en el parking del restaurante hasta yo ya me había enamorado de ella.

—Mamá no... —Mi madre suelta una risa.

—Entonces se lo restregué a Sara en la cara, ya después sí podía hablar de ella con base. Esa es la razón por la que Sara te buscó de nuevo, no fue porque haya terminado su relación con el sujeto holandés, no fue quedarse sin casa o sin dinero, no fue nada de eso, fue porque ya estabas con alguien más. Es lo típico ¿Sabes? Es lo que pasó con tu padre también, su ex volvió cuando se enteró que estaba feliz y tenía una familia, fue suficiente para que tú y yo dejáramos de existir. — Hace una pausa, me mira y añade: —A como tú me dijeras que habías regresado con Sara, te juro que te lanzaba por un puente, Roger.

—Oh por Dios. —Me río un poco, creo entonces que al menos eso hice bien.

—Lo que quiero decirte con esto es que... Kate no parece una persona que estaba contigo por un reto, habló de ti de una forma que hasta yo me sentí orgullosa. Nunca había escuchado a alguien hablar con esa devoción y orgullo con el Kate se dirigía hacia ti. Incluso a mí se me hinchó el pecho y dije «Sí, ese es mi hijo». Sé que tal vez no quieras mi opinión, pero no la considero una mujer de aceptar un reto así si en realidad no le hubieras atraído tanto. Yo he tenido ligues de una noche Roger y no quiero volver a hacerlo con ellos otro día.

—Mamá, no, no me cuentes, no quiero saberlo. —Le tapo la boca con mi mano cuando me

doy cuenta que está dispuesta a proseguir. Hay cosas que debería guardarse para sí misma pero no lo hace. Se comienza a reír y cuando la dejo libre entonces continúa, pero le advierto antes que no quiero escuchar sobre sus ligues.

—No te digo que hagas algo que no quieras, Roger. Si en tu corazón en realidad está no querer volver a verla, eso está bien, pero si todavía la quieres no vayas a arrepentirte después. ¿Cuántos hombres no matarían porque una mujer así de guapa, así de inteligente y así de atenta los utilice como un reto al menos? A ver... Contéstame esa pregunta. —Voy a hablar, pero entonces no se me ocurre nada inteligente. —¿Lo ves? Y lo mejor de todo es que esa mujer guapa, inteligente y atenta es tuya nada más.

Tal vez, estaba mejor sin hablar con mi madre.

—Medítalo. —Continúa. —Date un tiempo. Pero sigue lo que tu corazón te dicte Roger. Recuerda que siempre todas las decisiones que tomes están bien. —Miro el teléfono celular entre mis dedos y tamborileo mis uñas sobre él. Escucho a mi madre decir más cosas y después preguntar: —¿Te ha llamado?

—Todos los días...

—Entonces no fuiste solo un reto. Mejor agrádecele a Simon que te unió a esa grandiosa mujer, después de todo sirvió para algo el cabeza hueca ¿No es así? —No puedo evitar que eso me haga algo de gracia y suelte una pequeña risa. A mi madre nunca le agradó tanto Simon, sin embargo, le divertían las tonterías que soltaba el idiota algunas veces así que permitía que lo trajera a reuniones familiares, especialmente el último año cuando venía solo porque Sara estaba más concentrada en acostarse con Koen Van Brouwer. —Habla con ella, no lo hagas ahora, hazlo cuando estés listo. Aunque cuando la miro estoy segura que lo que menos querrás es hablar y solo pensarás en sexo. —Oh por Dios, quiero taponarle la boca de nuevo pero antes que lo haga ágilmente se pone de pie aunque le truena el tobillo en el intento.

—Estás vieja. —Le digo con sorna y finge sentirse ofendida, se lleva la mano al pecho con una expresión exagerada y divertida, entonces agrega:

—No estoy vieja, estoy crujiente. —Me hace soltar una risa y antes de comenzar a alejarse, me dice: —Tu vida parece una novela y tú eres escritor, así que ya sabes que hacer. Escríbela.

No sé si se refería a escribir todo lo que me había pasado estos últimos meses, pero sí que tenía razón, todo aquello sonaba a una novela de ficción que mantendría entretenido al público. Entonces ahí esa tarde me había decidido qué iba a escribir, después de tanto tiempo comenzaba a tener ideas frescas y lo primero que hice esa noche fue sentarme frente a mi laptop y escribir: ¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Ese sería el título, comenzaría narrando desde el día del maldito artículo que Margaret me asignó. Cambiaría los nombres de mis personajes, nadie tendría que enterarse sobre quién estaba narrando. Era una autobiografía de la que nadie, nunca, iba a enterarse.

No dormí absolutamente nada por los días siguientes, por supuesto que estoy exagerando pero así fue como se sintió. El cansancio me venció cuando ya casi acababa con mi novela, en ese tiempo tomándome un descanso comencé a hablar más con mi madre y le ayudé con su nueva afición por la jardinería. De vez en cuando me acordaba de Kate, pero intentaba alejarla de mis pensamientos aunque recordar las escenas con ella para plasmarlas en mi documento de Word no me ayudaran en lo absoluto. Cada línea me hacía recordar lo que me había gustado de ella, qué fue lo que me atrajo de esa mujer aparte de esos sensuales ojos verdes.

No sé qué será de ella, ya debe haberse graduado de su especialidad, no sé si estará trabajando a esta hora o si será su día libre, no puedo evitar imaginar qué hará ella ahora en ese tiempo que no está en el hospital, tal vez ya estará conociendo a otra persona o quizás está como yo, acordándose de esos días que pasábamos juntos, de nuestros desayunos en el restaurante italiano o de nuestras visitas matutinas a la playa para ver el amanecer.

Estoy deprimido.

Es domingo cuando estoy pensando en el final que tendrá ¿Cómo conseguir un ligue de una noche? Miro mi teléfono sobre el escritorio y lo tomo solo para darle un vistazo al aparato, a este punto es muy probable que Kate ya ni siquiera se acuerde de mí. Cuando la pantalla se ilumina frente a mis ojos, de inmediato setenta y seis mensajes comienzan a hacerse sonar, su nombre es el que se muestra una y otra vez, texto tras texto, todos son de ella. Es un mensaje por cada día, todas las mañanas se había encargado de dejarme unas palabras y en el último logro leer «Te extraño, Roger»

Más mensajes aparecen, entre ellos uno de Monique preguntándome si me ha tragado la tierra y otra de Linda, quién escribe «Tal vez deberías leer esto» No quiero hacerlo, porque no pienso seguir rompiéndome el corazón cuando me doy cuenta que es la conversación completa entre Kate y Simon.

Uno de ellos fue quién le pidió que me compartiera la charla de inicio a fin. Estoy más seguro que lo hizo Kate porque a Simon todo le vale una mierda, o tal vez no tanto, porque me han llegado notificaciones tuyas a mis redes sociales que, por supuesto, voy a ignorar. Vuelvo a concentrarme en el mensaje de Linda y en el link que sobresale en azul mientras me debato si debo leer esto o no. Finalmente me relajo sobre el respaldo de mi silla y doy click en el sitio web que de inmediato me dirige a lo que Linda quiere mostrarme.

Leo rápidamente todos los mensajes que ya conocía desde antes y después de una manera más cautelosa comienzo a ver uno por uno aquellos que todavía no. Hay un mensaje de Kate después de haberle enviado la fotografía a Simon, uno que dice:

«Puedes quedarte tu premio. Yo me quedo con Roger»

Simon le agrega unos emoticones de risa y después:

«Oh por Dios. ¿Tan bueno es?»

Puedo intuir el doble sentido de las palabras de Simon.

«Un veinte de diez. Pero es más que eso, Roger es el hombre más increíble, caballeroso, especial y atento que una vez yo haya podido conocer. Bendita Margaret y su apuesta. Quédate con tus mil dólares.»

Simon le respondió:

«Te lo dije, Roger es un buen tipo.

Acabo de decirle a Margaret que no quiero su dinero, que lo único que quería era mostrarle que Roger no era ningún idiota como ellas pensaban»

Prefiero parar de leer.

Busco la fecha, indago sobre alguna modificación que haya podido sufrir esta plática pero no hay nada, otro mensaje de Kate aparece en mi pantalla y esta vez es la palabra: «Perdón». Mi corazón se estruja dentro de mi pecho y se encoge otro poco cuando veo su rostro ahí en su imagen de foto de perfil, sus ojos verdes, sus labios rosados, su nariz perfecta, su cabello lacio, sedoso y oscuro, su piel tersa.

Estoy buscando las palabras correctas para escribirle por primera vez después de un largo tiempo, pero antes de que yo pueda hacerlo me aparece el mensaje *«escribiendo...»* justo debajo de su nombre. Pero no es lo que hace, no me envía un mensaje, ya no aparece que está por enviarme algo y me quedo viendo el teléfono. Estoy dudando si debería entonces dejarle unas palabras yo, pero es en ese instante que me llama directamente, me toma por sorpresa pero de igual manera no dudo en responder y digo:

—Hola. —Hay un silencio y después finalmente escucho su voz decirme:

—¿Roger? No... no pensé que contestarías... —Casi escucho la emoción y preocupación al mismo que se filtra en su voz y yo no sé cómo sentirme al respecto. —¿Cómo estás?

—Bien... gracias... —No hablo más, pero mi silencio no es nada malo en sí, solo estoy

pensando, debatiéndome si debería comentarle sobre lo que acabo de crear o no.

—Roger... en serio lo lamento tanto. —Ahora su tono de voz es triste. No digo nada, cierro los ojos un momento y la escucho continuar: —Te extraño y... por Dios... no tienes idea de...

—Kate... —La interrumpo. Creo que ya he obtenido suficientes disculpas en todos los mensajes que me dejó todos los días. Después de todo ya no sabía si estaba molesto o no, lo que era evidente es que la extrañaba por mucho que me intentaba convencer que no era así. —¿Puedo verte?...

Tal vez eso la toma por sorpresa porque se ha quedado en silencio, pero de igual forma se las arregla para contestarme rápido:

—Claro... Por supuesto.

Le digo que tengo algo que mostrarle y que necesito su opinión. Cuando cuelgo la llamada le dejo un correo a Kate que incluye un archivo que se lee ¿Cómo conseguir un ligue de una noche? No es el bendito artículo, es una historia, un libro completo, no exactamente pero sí es un borrador. Tal vez vaya a intuir que ella es la protagonista, pero después le pediré que guarde el secreto.

Está anocheciendo cuando estoy conduciendo al sitio que acordamos vernos, la playa que acostumbrábamos frecuentar cuando estábamos juntos. Cuando estaciono mi auto logro divisarla a cierta distancia de mí, está de pie viendo el horizonte, no puedo evitar que la garganta se me seque de inmediato y que el corazón me comience a latir como un desquiciado cuando ella se gira y sus ojos me enfocan.

Kate lleva el cabello un poco más corto que la última vez que la vi, además lleva ondas suaves y una blusa de color negro que se asoma dentro de una chaqueta de cuero. Un nudo se instala en mi pecho cuando está caminando en mi dirección y entonces la escucho:

—Hola.

—Hola. —Repito. Kate está extremadamente guapa y creo que verse así de bien fue su objetivo, aunque para ser sincero, no necesita esforzarse siquiera. Se me dificulta hablarle de frente, siento que las palabras ni siquiera abandonan mi garganta. —¿Leíste...

—Sí... —Su respuesta es inmediata, además me muestra lo que lleva en manos y me doy cuenta que es el borrador, lo ha impreso y en la portada se logra observar «¿Cómo conseguir un ligue de una noche?» —¿Sabes? Mi sueño siempre fue salir con un escritor, sabía que en algún momento sería un personaje de un libro.

Suelto una risa pequeña y en el momento que hacemos contacto visual siento la necesidad de mirar el horizonte.

—Gracias... —La escucho decir, es entonces que la enfoco de nuevo y tiene una sonrisa sincera enmarcada en el rostro. —Por... describirme de esta forma... es lo más lindo que he leído sobre mí.

—Fuiste una persona muy especial para mí, Kate. Sin importar qué cosas pasaron quería retratarte de la mejor manera. —Hay un silencio después de eso, me llevo las manos a los bolsillos y me concentro en lo que tiene en manos para no tener que verla a ella. —¿Te parece bien que haya narrado...

No me deja terminar, de inmediato me dice que no hay ningún problema. Además, le agrega:

—¿Roger, en serio crees que hubiera aceptado el reto de Simon si no me hubieses gustado desde el principio?

No era por donde quería que fuera esta plática, estaba pensando en olvidar eso nada más y hacer un punto y aparte.

—¿Por qué te atraería? Soy todo lo contrario a ti, no soy extrovertido, no tengo una carrera brillante, no soy...

—¿Menosprecias tu trabajo cuando puedes crear algo como esto? —Señala el documento que tiene en su mano. —Eres muy distinto a todos los hombres que alguna vez he conocido y eso me causa una fascinación increíble. Me encanta tu aspecto, que seas tan meticuloso y tan desaliñado al mismo tiempo. Me maravilla como hablas, como sonrías, como me miras, me gustan tus ojos, tu forma de ser, que seas tan distinto a mí es todavía más interesante. Que seas tan caballeroso, sensible, amable, dulce...

Me río antes de contestar:

—No es verdad...

—No cambiaría nada de lo que pasó, Roger. Gracias a esa tontería conocí al mejor hombre de todo el planeta. Simon me habló de ti de tal forma que me causó curiosidad y después llegué a conocerte mejor, me capturaste por esa forma de ser tan tuya... —Suelta una pequeña risita que también se cuele con algo de melancolía. —Nunca haría algo así por dinero y puedes preguntarle a Simon...

—Kate... —Voy a decir algo, pero entonces me interrumpe para continuar:

—Está bien si no quieres volver a verme, Roger. Pero quiero dejarte claro que para mí has

sido lo mejor que pudo haberme pasado, que estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras con el motivo que perdones. No quisiera perderte... —Solloza esas últimas palabras, una lágrima se le escurre por la mejilla y a mí se me rompe el corazón, no me gusta ver a Kate así, me dan ganas de abrazarla y estrujarla en mis brazos. —Y no quiero que creas que estoy intentando manipularte, usualmente no lloro... de acuerdo... esto es vergonzoso. Solo... —hace una pausa —solo fue solo una basura... en mi ojo.

Sorbe por la nariz y yo tengo que apretar los labios para no soltar una risa.

—Está bien...

—Y nuestras escenas de sexo... guau... —Ahí si tengo que acercarme lo suficiente a ella para tapparle la boca. Suelta una pequeña carcajada que me contagia y en el acto tropiezo con un montón de arena. Logro estabilizarme, tomándola a ella por la cintura, el contacto visual de ese momento consume toda mi atención y aunque tengo ganas de mirar a otro sitio, me quedo ahí y me atrevo a decirle:

—Gracias por aparecer en mi vida y darle vuelta de esa forma, Kate. —La estoy viendo a los ojos cuando le digo esto, esos ojos tan preciosos, tan verdes, tan enigmáticos. Están cristalizados y esto provoca que su precioso color se vea mucho más pálido, una imagen que siempre voy a guardar en mi memoria.

—¿Ese es un adiós? —La alegría se ha esfumado para darle paso a la preocupación que emana Kate, traga saliva, baja la mirada y esta vez soy yo quién le toma la barbilla para que me mire a los ojos. Me rio por haber intercambiado papeles aunque sea solo una vez y entonces me atrevo a decirle:

—No, ese es un... quiero iniciar desde cero, volver a conocerte sin secretos, porque yo... yo tampoco quiero perderte, Kate.

Esta pudiera ser una escena romántica, el anochecer, la luz de las estrellas, la playa de fondo. Pero Kate lo arruina cuando dice:

—¿Y olvidar todo ese buen sexo?

—¡No! no sigas... —Y me carcajeo cuando le tapo la boca otra vez. Me rodea el cuello con los brazos y en ese momento nos vemos a los ojos, mi mano ha bajado a su cintura y miro sus labios, intento no caer en la tentación, pero me doy por vencido cuando su boca roza la mía y se me roba el aliento, la beso... ahí... sin recordar lo que venía pensando decirle todo el camino hasta aquí, en mi mente imaginé una escena donde yo le diría «Quiero llevar las cosas con calma esta vez, quiero conocerte antes» pero aquí estoy, recordando ese sabor suyo y sintiendo como mi

pantalón se va estrechando de mis caderas.

—Espera... esa no es una forma de iniciar desde cero... —me habla, separándose bruscamente cuando roza mi erección. Me causa gracia yuelto una pequeña carcajada. Debería avergonzarme, pero es Kate y sé que ella ha provocado esto a propósito. —Por cierto ¿Recuerdas como nos conocimos? Cuando Simon te estaba diciendo que parecías estreñido, aunque eso no es verdad en lo absoluto.

—Oh por Dios ¡Kate! Vamos. —Eso sí es algo para avergonzarse, se vuelve a reír y entonces, agrega:

—Qué suerte que Simon está aquí para volver a recrear esa escena...

—¿Qué?

Y miro al idiota a cierta distancia salir de una camioneta, él me saluda tímidamente con un gesto de mano y yo solo lo miro acercarse de manera vacilante. No sé si estoy listo para dejar pasar lo que hizo, pero entonces él trae algo en manos y me muestra ahí el cheque que le había dado Margaret.

—Solo quiero decirte que lo siento mucho y que nunca usé esto. —Sacude el cheque y lo pone frente a mis ojos más de cerca. —Yo le dije a Margaret que no lo quería, entonces lo dejó en mi escritorio alegando que ella sí era una mujer de palabras. Sé que yo no tengo ojos verdes, ni el cabello largo y mucho peor una vagina pero quiero disculparme por haberme comportado como un imbécil, Roger. —Va, que a pesar de estar molesto con Simon me ha provocado soltar una carcajada. Maldito idiota.

—Voy a pensarlo.

—Eso es suficiente.

Pero él ya sabe que soy tan fácil y que igual terminaré hablándole de todas formas.

Epílogo

Mi historia con Kate se había convertido en un libro.

En uno exitoso, que me convirtió en un autor súper ventas según el New York Times, mi nombre encabezó la lista por varias semanas, mi novela estaba en todas las librerías, se colaba en los estantes donde se leía «Los más vendidos», había viajado por todo el mundo con aquella historia en manos. Era como estar viviendo un sueño y no quería despertarme. Después de tanto tiempo y varios intentos lo había logrado, con una historia que jamás me imaginé que tendría tanto auge, una novela juvenil de la que nadie sabía el trasfondo, solamente Kate y yo, ese era nuestro gran secreto.

Sentí que todo sucedió tan rápido, había enviado el manuscrito sin ninguna esperanza y, para mi sorpresa, dos meses después estaba recibiendo un correo con una propuesta de publicación proveniente de una de las mejores editoriales. Solo tomó algunas semanas para que Krista viera el auge y me contactara para adquirir los derechos de adaptación. Pero no fue todo, en las negociaciones me pidió trabajar con ella... como guionista, comencé con el guión para la adaptación de mi novela pero después me confió otros filmes. Me había vuelto tan cercano a ella y a Monique que incluso fui el padrino de la boda de ellas dos en una bonita ceremonia en otro continente.

En cuando a Margaret, no volví a saber de ella. La última noticia que escuché que la relacionara fue cuando tuvo que pagar una multa a Koen Van Brouwer por la demanda que este interpuso y, por ende, había tenido que cerrar la revista declarándose en banca rota. El sujeto holandés había ido con todo, dejó a los padres de Sara sin casa, sin auto y sin empleo, sin ni un dólar en sus cuentas bancarias, no solo les destruyó la reputación, sino también sus vidas. El señor Escribano estuvo un tiempo en la cárcel y, por ende, el hermano de Sara tuvo que conseguirse un empleo, fue la persona que me sirvió una BigMac en McDonald's.

De Sara no sé absolutamente nada, me la encontré hace un par de meses en una ciudad completamente distinta en el parqueo de un supermercado en un pequeño pueblo donde asistí a realizar una firma. La verdad que no estaba prestando atención a mi alrededor cuando escuché una maldición de una voz que se me hizo extrañamente conocida, me giré y miré a Sara a unos pocos metros aunque al inicio no supe que era ella, fue hasta que me acerqué a ayudarle con las frutas que rodaban por el suelo que hicimos contacto visual y exclamó:

—¿Roger? ¡Vaya! —Se puso nerviosa, lo sé porque dejó caer el resto de las bolsas de papel que tenía en manos. Me costó reconocerla, porque de la Sara que había estado en mi memoria ya

no quedaba nada. Se veía demacrada, con bolsas oscuras debajo de los ojos, la piel reseca y el cabello de un extraño rubio que no le favorecía en nada. No debió pasarla nada bien cuando se enteró que su supuesta mejor amiga, Wendy, se había casado con su ex prometido. Aunque después de todo lo que hizo el sujeto holandés y que dijera en televisión nacional que se arrepentía de haberse casado con Wendy porque estaba enamorado de otra mujer, es Sara quién debería sentir pena por ella en realidad. —Qué gusto verte.

Le ayudé a recoger sus bolsas de comida. Poco tiempo después me di cuenta que su auto estaba curiosamente aparcado a la par del mío. Ni siquiera pude intuirlo antes, su coche era viejo, más que el que el Impala que yo tuve en mis tiempo que conviví con ella. Aunque ella tampoco se hubiera imaginado que el vehículo a la par del suyo era el mío.

—¿Cómo has estado? —Le pregunté de manera cortés. Por un momento se me pasó por la cabeza pensar que estaría enferma, pero tal vez solo era el efecto de no llevar ni una sola gota de maquillaje o ropa de diseñadores, algo a lo que yo no estaba acostumbrado.

Se giró cuando puso sus bolsas dentro del asiento del copiloto y contestó:

—Bien... gracias. Intentando sobrevivir, tuve que mudarme a algún lugar que nadie me conociera para... ya sabes... poder rehacer mi carrera y mi vida. Fue difícil, pero ahora estoy mejor. —Así que la cuestión de Koen Van Brouwer sí logró afectarle de verdad, ironías de la vida. Nunca me había detenido a pensar qué hubiese sido de nosotros si ella no se hubiera largado con el holandés. Yo no hubiese escrito este libro, no tuviera a Kate y tampoco un trabajo en el que me siento verdaderamente conforme. Sí que me había hecho un favor, por tal motivo no puedo odiar a Sara. —Me alegra que te vaya bien, en serio.

—Gracias. Espero que... pronto pase la mala racha.

—Espero que sí. —Replicó de inmediato. —Leí tu libro por cierto, gracias por retratarme como una perra. —En realidad no parecía molesta, soltó una risilla incómoda a medida que rodeó su auto y me miró de reojo. —Creo que me lo merezco y Margaret también.

—Tengo que irme. —Dije, cuando recibí una llamada de *mi chica* a mi teléfono. Sentí la mirada de Sara puesta en mi espalda cuando subí a mi nuevo auto deportivo. Le di un vistazo a través del espejo retrovisor cuando me iba alejando y ella estaba ahí, de pie, viéndome partir hasta que desaparecí completamente de su vista.

En cuanto a mí, todo me va muy bien... increíble... incluso mejor de lo que alguna vez pudiera imaginar. Todavía hago trabajos de modelaje, pero exclusivamente para la línea de Monique, después de todo le debía tanto a esa mujer.

Todo había sucedido tan rápido pero ahora estaba ahí, con un perfil en Instagram con más de cien mil seguidores sin necesidad de mostrarme semi desnudo, algo que restregarle en la cara a Simon. También tengo el auto de mis sueños, una bonita casa en la playa, tres cuñados fantásticos, unos suegros increíbles y una bellísima novia a quién diviso a cierta distancia cuando me bajo de mi vehículo y camino hacia ella.

Ni siquiera tengo que llegar hasta donde está para hacerle notar mi presencia, es como si estuviésemos conectados de alguna forma que siempre voltea a verme cuando apenas he dado unos pasos en su dirección. Me esboza una sonrisa y corre hacia mí para posteriormente enrollar sus piernas alrededor mi cintura, me besa, tan bien, tan suave y tan especial que me hace soltar una risa.

—¿Estás lista? —Le hablo, ella asiente y miro en dirección al amable señor que nos está esperando.

Hoy cumplimos un año desde que comenzamos a salir oficialmente, dos exactos de habernos conocido. Le había propuesto celebrarlo con un viaje en un globo aerostático, así que en la misma posición que estamos la llevo conmigo en dirección al lugar donde iniciará el paseo.

—¿Listos? —Nos habla el hombre. Los dos le decimos que sí al unísono cuando comenzamos a subir como él nos indica. Con mi cámara le tomo una fotografía a Kate. Entonces ella me sonríe y la toma entre sus manos para obligarme a tomarnos una foto juntos.

—Tengo que presumir a mi novio escritor. —Menciona, haciéndome sonreír y hacer una leve negación. Cuando el globo está a la altura suficiente para ver toda la ciudad, le digo a Kate que necesito un favor suyo mostrándole la botella de vino que voy a descorchar. Le pido que tire de un cordón detrás de nosotros y aunque primero no comprende el motivo, le explico que ahí está el descorchador.

No es verdad, por supuesto. Creo que es la primera vez que engaño a Kate pero el motivo vale totalmente la pena. Cuando ella vacilante tira del cordel y ve desplegarse una pequeña manta de color rojo con letras doradas arruga su entrecejo, lee el letrero y después me mira a mí con sorpresa. Vuelve a poner sus ojos sobre la manta y es en ese momento que aprovecho para postrarme sobre mi rodilla y sacar una cajita de terciopelo de mi bolsillo. Cuando Kate me mira otra vez sus ojos están cristalizados, no puede evitar mostrar la sorpresa que emana hasta por los poros y se lleva una mano a la boca de la impresión.

—¿Te casarías conmigo, Kate? —Lo mismo dice la manta, ella le da un vistazo una vez más y ahora ambas manos están sobre su rostro. Se está riendo, está llorando... no sé qué es pero sí puedo sentir la emoción que me contagia. Las manos le tiemblan, tiene lágrimas en los ojos pero

una sonrisa enorme en la cara.

—¡No puede ser! —Se está riendo, de una manera adorable y nerviosa que me da ternura. Me da su mano para ponerle el anillo, es de oro blanco y una esmeralda en el centro, había llevado a su madre a ayudarme a elegirlo, también mi madre me había acompañado, entre los tres nos decidimos por este aunque a decir verdad fue el que me atrajo desde el principio porque me recordó a sus ojos. Lo hago, deslizo la sortija en su dedo anular después que me dice: —Sí, por supuesto que sí...

Entonces es mi turno de reír cuando casi me hace caer de espaldas en el momento que me pongo de pie y me abraza. Me besa al mismo tiempo. Me da besos por toda la cara. Los dos estamos riendo, nos estamos besando, nos tomamos fotos, el hombre que nos está llevando en el globo nos felicita. Me vuelvo a ella, tomo su rostro con ambas manos y le digo:

—Te amo, Kate. —Mi nariz está junto a la suya y le doy un pequeño beso que la hace sonreír. —Te amo con todo mi corazón. Gracias por aparecer en mi vida de esa forma.

—Gracias a ti por dejarme entrar, Roger. No sé qué sería de mi vida sin ti. —Me besa suave, succiona mi labio inferior cuando envuelve sus brazos alrededor de mi cuello. Me va dejando besos suaves por todo el rostro, de esos que siempre me hacen soltar una risa auténtica. —Te amo, mi amor. Te amo con toda el alma.

—¿Entonces esto significa que ya no serás mi ligue de una noche? —Pregunto con sorna, acomodando los mechones de su cabello que están entre nosotros. Le doy un beso en la punta de la nariz, me da una sonrisa cálida y su respuesta es:

—Yo voy a ser tu ligue de una noche toda la vida, mi amor.

FIN

¿Quieres saber más sobre mis novelas?

¡Sígueme en redes sociales!

Instagram: @r1aguirre

Facebook: @roxanaguirreautora

Twitter: @r1_aguirre